

MURRAY LEINSTER

EXPLORADOR DE PLANETAS



GALAXIA
Ciencia-Ficción

Murray Leinster nos deleita con *Explorador de planetas*, en la que nos relata la capacidad del hombre para vencer los elementos adversos en distintos planetas.

En realidad, este libro es un
fix-up

compuesto por cuatro narraciones inicialmente publicadas por separado; para incluirlas en un mismo libro, Leinster sustituyó los cuatro protagonistas por uno solo (Bordman, de «Constante Solar»).

Vértice sólo incluyó tres de las narraciones, pero en esta edición para epublibre están las cuatro.



Murray Leinster

Explorador de planetas

Galaxia - 03

ePub r1.2

Titivillus 09.05.16

Título original: *The planet explorer*
Murray Leinster, 1956
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

EL DECANO DE LA CIENCIA FICCIÓN

«En aquellos días había gigantes en la tierra... Hombres poderosos y renombrados desde tiempos remotos».
Génesis 6, 4.

También las subculturas tienen figuras legendarias, y en el mundo de la ciencia ficción, Murray Leinster fue una de ellas.

En los últimos años de su vida, Leinster comenzó a ser considerado como el decano de la ciencia ficción. Su carrera, dedicada a este género de literatura, se extiende a lo largo de cincuenta años, lo que de por sí ya es un caso sorprendente. Pero 10 que todavía es menos corriente es que durante todo este tiempo se mantuviera como escritor de primera fila.

A Leinster, que en la vida real era un modesto virginiano llamado William Fitzgerald Jenkins (1896-1975),

le hubiera divertido el paralelismo bíblico; pero al igual que los patriarcas de la antigüedad, su longevidad parecía increíble. Docenas de escritores se desvanecieron en el olvido, escuelas enteras de diversos estilos literarios aparecieron, florecieron y murieron, mientras Leinster seguía adelante.

Ello requirió, además de una especial habilidad, una dedicación poco común. Hoy día, cuando la ciencia ficción se enseña incluso en las universidades, y una sola película de este género de buena calidad tiene grandes posibilidades de proporcionar unas ganancias brutas de 100 millones de dólares, es difícil hacerse cargo de la dedicación requerida por escritores como Leinster para hacer de

algo marginal y poco apreciado, como era el género literario que cultivaban, una obra de la que tanto ellos como sus lectores podían sentirse legítimamente orgullosos.

Un escritor, pionero también de aquellos primeros tiempos, comentó una vez que el escribir ciencia ficción daba más trabajo y menos dinero que colocar ladrillos; él lo había hecho y sabía lo que decía. La albañilería está hoy día mucho mejor pagada que entonces, y lo mismo puede decirse de la ciencia ficción pero, tanto entonces como ahora, siempre ha habido medios más fáciles de ganarse la vida que dedicándose a ella.

Es importante recordar que los pioneros de la ciencia ficción eran, por lo general, escritores comerciales. Nunca hablaban de arte ni de literatura, si no más bien de «artesanía» y de niveles «profesionales». Pero eso no quiere decir, como algunos críticos actuales poco informados parecen pensar, que aquellos escritores no valoraran su trabajo. La ciencia ficción podría tener hoy mucho más prestigio si algunos de esos críticos, y sus autores favoritos, amaran el género tanto, como lo hicieron Leinster y algunos de sus colegas.

Cuando Leinster comenzó a escribir ciencia ficción, ni siquiera se la conocía por ese nombre. No existían revistas dedicadas a ella, y lo que se llamaban «novelas científicas» o «historias diferentes», aparecían, por lo general, en publicaciones baratas de aventuras, donde se alternaban con relatos del Oeste, novelas de espionaje, detectivescas, cuentos de terror y narraciones por el estilo. La ciencia ficción no tenía una identidad diferenciada ni unos niveles literarios reconocidos en general.

El primer relato de Leinster, «El rascacielos fugitivo» (1919), es el modelo típico de lo que quería un mercado que iba en busca de novelas emocionantes, pero que no sabía apreciar todavía la lógica y la imaginación científicas de aquellos cuentos. Un rascacielos neoyorquino retrocede de repente en el tiempo —no importa el cómo ni el porqué— y sus habitantes tienen que aprender a luchar y desenvolverse en un entorno salvaje. Sin embargo, incluso en sus primeras obras, Leinster introdujo un nuevo tipo de imaginación en estas revistas baratas de aventuras. «El planeta loco» (1920), seguía la tradición de la «novela científica», sumergiendo a seres humanos reducidos al estado salvaje, en la lucha por su supervivencia en un mundo poblado por insectos y hongos de tamaño gigantesco. Y, no

obstante, esta obra sigue produciendo en la actualidad la sensación de algo fresco y vivo.

A Leinster le fascinaba el mundo de los insectos y, con ellos, no sólo asusta a sus lectores, sino que también les comunica su propia fascinación.

Cuando el mercado comenzó a pedir narraciones sobre científicos dementes que amenazaban la supervivencia del planeta con sus locos inventos, Leinster supo crearlas, pero conservando siempre en ellas un sentido de la lógica que las diferenciaba. En «La ciudad de los ciegos» (1929), el invento criminal de un científico sume a Nueva York en la oscuridad para encubrir una oleada de robos. Pero solamente a Leinster pudo ocurrírsele el considerar los efectos que este invento podía ejercer sobre el clima.

Sin embargo, Murray Leinster no se limitó tan sólo a mejorar los temas y modelos existentes, sino que introdujo temáticas nuevas en sus escritos. «A través del tiempo» es ya un clásico en este sentido. Se trata de la narración de ciencia ficción más influyente que jamás se haya escrito, al desarrollar el concepto de «mundos paralelos», mundos que existen en el mismo «tiempo» que el nuestro, pero en los que la historia natural o humana ha seguido un camino diferente. Esta idea ha sido desde entonces adoptada y desarrollada por multitud de escritores, entre los que figuran H. Beam Piper y Keith Laumer. Se sabe incluso que algunos físicos se han interesado seriamente por el tema y lo están estudiando. Por supuesto no los detalles específicos, pero sí el concepto de que nuestro universo puede no ser el único en este espacio-tiempo continuo.

Leinster no era en absoluto un teórico pesado; era un hombre capaz de divertirse con sus ideas y compartir su diversión con los lectores. «El demostrador de la cuarta dimensión» es como la continuación del viejo sueño de fabricar oro, pero a nadie de los que antes que él escribieron sobre la avaricia, se le ocurrió que un invento de producir riqueza de la nada también podría hacer lo mismo con otras cosas, incluso fabricar amigas...

Otra de sus más divertidas y curiosas narraciones, además de increíblemente profética, es «Un lógico llamado Joe». En la época en que la escribió casi nadie tenía menor idea sobre máquinas computadoras, y a nadie se le pudo ocurrir que un día pudieran existir y encontrarse en todas partes terminales de información

procedente de computadoras, con el consiguiente séquito de problemas que ello comportaría, Resulta divertido (y muy serio, si bien se piensa), leer sobre personas que piden información computada sobre la manera de robar bancos o la forma de curar la concupiscencia de sus vecinos, pero es tanto más curioso porque sabemos que a Leinster se le ocurrían ideas en las que nadie había pensado antes.

El tipo de imaginación de Leinster no era meramente una afectación literaria, sino una parte básica del hombre mismo. Cuando no escribía es que estaba inventando. Tenía un laboratorio en su casa, y alguno de sus inventos poseen todas las características de la ciencia ficción.

Los Sistemas Jenkins, ampliamente usados en televisión y en el cine, se basan en un aparato que permite proyectar sobre una pantalla especial escenas de fondo sin que se note sobre los actores situados en primer plano ante la pantalla. Según lo describe su inventor (que firma Will F. Jenkins, Murray Leinster), en la obra «La ciencia ficción aplicada», el sistema depende del conocimiento preciso de los diferentes modos en que la luz puede ser reflejada. Pero depende también de una cierta psicología: la de un hombre que es capaz de ver cómo puede aplicarse un fenómeno tan natural.

El inventar es la manera de resolver problemas, y una de las formas favoritas de Leinster de escribir novelas, especialmente en sus últimos años, fue lo que en general se llama la narración de problema científico. «Diferencia crítica» es una obra de esa serie que escribió en la década de 1950, y su propia experiencia en resolver problemas científicos se refleja en el modo en que su héroe resuelve la crisis natural que amenaza la existencia humana en el sistema planetario de una estrella insospechadamente variable. Este mismo tipo de penetración lo encontramos, no obstante, ya en los comienzos de su carrera, con la historia de Burl, el ser primitivo que descubre cómo usar su cerebro para sobrevivir en un entorno salvaje, en la narración «El planeta loco».

Leinster era un racionalista, término que a menudo parece peyorativo, quizás por su asociación con el lúgubre utilitarismo de la Escuela de Grandgrind del libro de Dickens Tiempos Difíciles. Leinster, que lo fue todo menos un Grandgrind, recibió la razón como una parte del componente normal de humanidad, y sus

historias son siempre dramas humanos no meramente ejercicios para hacer en clase.

Con todo, nunca se excedió al presentar su filosofía en la ficción. En una de sus Historias Médicas, referente a un médico que debe resolver casos de urgencia en planetas lejanos, incluye citas de aforismos chistosos de un libro imaginario denominado La práctica de pensar, de Fitzgerald. Muchos de sus lectores, intrigados, estuvieron asediándole luego durante años para que les dijera dónde podían obtener tal libro.

Tampoco olvidó nunca el detalle humano. En sus vehículos interplanetarios suenan discos grabados que recogen sonidos como: «el repiqueteo de la lluvia, el sonido del tráfico, el del viento en la copa de los árboles, y voces tan tenues que en ellas no se distinguen las palabras, una música casi inaudible, y, a veces, risas. En la grabación de fondo no había Información; sólo la seguridad de que todavía existían mundos con nubes y personas y criaturas que vivían en ellos».

«El primer Encuentro» es el más famoso de los relatos de Leinster sobre el tema de los contactos entre hombres y seres desconocidos. En la narración les ve compartiendo las mismas debilidades —miedo, avaricia y desconfianza— pero también la misma fuerza que proporciona la vida inteligente en todas partes: la habilidad para hacer uso de la razón y sobreponerse a sus propias debilidades y a los problemas que les depara el medio ambiente en el que viven. Esta historia le valió a Leinster el honor de ser incluido en el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción (The Science Fiction Hall of Fame), volumen que contenía narraciones, con la categoría de clásicas de todos los tiempos, escogidas por votación por los Escritores de Ciencia Ficción de América.

«El primer encuentro» dio ocasión a un pequeño roce ideológico en 1959, cuando el escritor soviético de ciencia ficción Iván Yefremov publicó «El corazón de la serpiente», historia en la que los humanos y los extraños entran en relación amistosa y no tienen ninguna clase de conflicto entre ellos porque todos son buenos comunistas. Uno de los personajes del cuento de Yefremov habla desdeñosamente de «El primer encuentro», y ve en su autor «el corazón de una serpiente venenosa». Con su característica modestia y señorío, Leinster se negó a la polémica, y en cierta ocasión

expresó más pesar por el aparente prejuicio de Yefremov contra las serpientes que por las críticas que había expresado en contra de él.

En «El planeta solitario», por contraste, los momentos difíciles han sido provocados todos por la ignorancia, la malicia, la ambición y la estupidez integral de los humanos. La simpatía de Leinster por el mundo todo cerebro de Alyx, es una de sus características y un rasgo de la ciencia ficción en general durante los últimos cuarenta años. También hay quienes, no excesivamente bien informados, creen que esta actitud se ha desarrollado solamente durante la última década, y por lo general entre los que así piensan.

En la década de los años treinta, Leinster escribió varias historias realistas sobre futuras confrontaciones bélicas, como «Blindados» y «Política». En «Simbiosis» vuelve al tema de la guerra del futuro, pero de una manera mucho más sutil. Kantolia parece indefensa: ni carros de combate, ni aviones o artillería pesada, ni fantásticos rayos de la muerte. Pero tiene un arma realmente mortal, y los invasores se encuentran indefensos ante ella. El hecho de que un hombre con una conciencia atribulada tenga que decidir sobre el uso de esta arma, hace que la historia sea también muy humana.

«El poder» es una narración de ciencia ficción situada en una época en que la ciencia ficción no hubiera sido posible. Antes de que pueda haber ciencia o ciencia ficción, tiene que existir la clase de imaginación que las haga posibles a ambas. ¡Pobre Carolus; ve, pero no sabe observar, y mucho menos comprender!

Una sola antología no podría abarcar probablemente todas las mejores historias de un hombre que durante cinco décadas estuvo escribiendo regularmente para el mercado de ciencia ficción, e incluso hay tipos de ciencia ficción que Leinster escribió, que no podrían estar representadas aquí a causa de la limitación de espacio. Y hay también, por supuesto; novelas como «El planeta olvidado» basada en «El planeta loco» y sus derivaciones.

Los lectores no tuvieron siempre la suerte de encontrar a Leinster en sus momentos más logrados. Después de abandonar una compañía de seguros a la edad de veintiún años —su jefe pretendió obligarle a hacer algo que él consideró faltar a ética, por lo que después de decirle a aquel señor unas cuantas palabras dejó el empleo. Leinster comenzó a vivir de la literatura, escribiendo

ciencia ficción además de otros temas. Por desgracia, parece ser que algunos de sus editores preferían reeditar cualquiera de sus obras escritas rápidamente para ganarse la vida, que publicar sus obras clásicas. Hay que añadir a esto que algunos editores eran incapaces de ver la diferencia entre ellas incluso mientras él vivía.

Una de sus novelas, publicada por entregas en una revista, trataba de la piratería en el espacio. Este tema, ya viejo y del que se había abusado, fue redimido por Leinster en el momento cumbre de una de sus obras; en la que el héroe de la novela hace uso de sus conocimientos del sistema de comunicación de la nave asaltada para volver locos a los piratas. Cuando un editor de libros de bolsillo aceptó la novela, hizo cortar virtualmente la mayor parte de lo mejor de la obra sin informar siquiera de ello al autor.

En tiempos recientes parece que se ha puesto de moda despreciar a los pioneros de la ciencia ficción. Un autor contemporáneo dio de lado a Leinster pretenciosamente comentando que no era ningún Dostoievski, comentarlo que significa más o menos como decir que Scott Joplin no era un Beethoven.

Leinster, por supuesto, jamás pretendió ser un Dostoievski o cualquier otro escritor de esa categoría. Tendría el orgullo de hacer bien lo que hacía, pero nunca fue vanidoso. Y, sin embargo, fue él y fueron otros como él quienes crearon una nueva clase de ficción, con sus temas y tradiciones propios. Sin ellos, los actuales escritores de ciencia ficción no tendrían ningún material para convertir en literatura; en realidad, tales escritores ni siquiera existirían.

Leinster fue un pionero de la imaginación científica en la ficción. Y más aún que un pionero, pues ello no sería suficiente para que valiera la pena leerlo hoy día. La historia de cualquier género literario está llena de trabajos pioneros que solamente siguen teniendo interés para los estudiosos, y muchos de ellos pueden encontrarse en las revistas de ciencia ficción de hace treinta o cuarenta años. Los clásicos de Leinster han escapado a este destino.

Claro que se puede distinguir cuáles de esos relatos fueron escritos en los años treinta y cuáles lo fueron en los años cincuenta; los estilos, después de todo, también cambian; pero sus narraciones no parecen tener edad. «El demostrador de la cuarta dimensión» por ejemplo, podría servir de base para un guión televisivo que se

preparara mañana, con muy pocos retoques por cierto. Dada la naturaleza humana, los problemas éticos de «El primer encuentro» son tan reales hoy como lo eran en 1944, aunque haya que lamentar ciertas referencias étnicas inspiradas por la Segunda Guerra Mundial.

Leinster fue un hombre interesado por el mundo, por la gente y las ideas. Demasiados escritores parecen incapaces de interesarse por cualquier cosa que no sea ellos mismos. De la misma manera que el mejor maestro es aquel que se entusiasma con la materia que está enseñando, el mejor escritor es el que vibra con lo que está escribiendo. Leinster podía hacerlo y lo hizo, y por eso sus relatos siguen comunicándonos ese entusiasmo suyo.

Desde las aventuras en mundos paralelos de la obra «A través del tiempo» a los conflictos morales de «El primer encuentro», sigue valiendo la pena leer las obras de Murray Leinster.

John J. Pierce
28 de junio de 1977

CONSTANTE SOLAR

I

Bordman despertó aquella mañana cuando la entreabierta puerta de su camarote se cerró por si sola y el calefactor del cuarto empezó a zumbar. Se encontró profundamente arrebujado en el embozo de la cama y al sacar la cabeza a la ya brillante e iluminada habitación, halló el ambiente frío en extremo y su aliento se condensó vaporoso en una nube blancogrisácea.

Pensó intranquilo: «¡Hoy hace mas frío que ayer!». Pero un Agente de Primera del Servicio de Inspección Colonial no debe mostrarse conturbado en publico y el único medio de cumplir con esa regla es seguirla también en privado. Así que Bordman compuso su expresión, mientras una honda tristeza le llenaba su interior. Cuando uno ha alcanzado la categoría primera en el servicio de inspección de una nueva instalación colonial, lo inesperado puede ser aterrador. Y, definitivamente, lo inesperado tenía lugar aquí, en Lani III.

Él había sido Candidato e Inspector, en sus viajes a Khali II y a Taret y a Arepo I, mundos tropicales todos, y fue Agente de Segunda en Menes II y Thotmes, el primero un planeta semiárido y el segundo volcánico moderado y actuó como ayudante en el solitario mundo de Saril, de agua en sus nueve décimas partes. Pero aquella su primera inspección, independiente y solo, era arma de otro costal. Todo le era por entero extraño. Un planeta helado con habitabilidad «menos uno» tenía desconcertantes posibilidades. Conocía cuanto decían los libros acerca de las condiciones de un mundo glacial, pero eso era todo.

La densidad de la niebla que producía su aliento al condensarse parecía disminuir a medida que el calefactor zumbaba y zumbaba. Cuando por la transparencia de dicha neblina comprendió que la temperatura no estaría muy por debajo del punto de congelación,

salió de su litera y se dirigió al ojo de buey para mirar al exterior. Su cabina, claro, estaba dentro de uno de los cascos vacíos que habían traído equipo colonizador a Lani III. Los demás cascos, igualmente vacíos, se hallaban metódicamente alineados en fila a continuación del suyo. Todos se comunicaban mediante galerías tubulares, ya que costó mucho trabajo instalarlos a un mismo nivel. Proporcionaba una Impresión de Orden impasible en medio de aquel caos de montañas cubiertas de hielo que los rodeaban.

Miró hacia el largo valle donde yacía la colonia. Había monstruosos picos escarpados a ambos lados que enmarcaban parcialmente al sol de la mañana. En las laderas había hielo. El cielo era pálido y el sol tenía cuatro lunares colocados geométricamente en su torno. La temperatura normal, pasada la media noche, en el valle, era de unos diez grados bajo cero... y técnicamente aquella estación era verano. Pero ahora la temperatura quedaba a menos de diez bajo cero, es decir, hacia todavía más frío. Cuando el astro rey pasara por el cenit se verían normalmente estrechos regueros de agua del deshielo bajar por las soleadas laderas, aunque por la noche esos arroyuelos volvieran a quedar congelados. Y aquel era un valle abrigado, más cálido que la mayoría de la superficie del planeta. El sol, al nacer, cada día tenía sus cuatro halos. También algunas noches los tenían los astros más brillantes del firmamento.

Se encontraban favorablemente instalados en Lani III; el mundo-padre estaba en aquel mismo sistema solar, facilitando el aprovisionamiento —la pantalla telefónica se encendía y apagaba—. Aquella llamada era singular. Bordman se plantó ante la pantalla y maniobró un mando. Asomó en el receptor el rostro de Herndon, con expresión apurada. Era mas joven que Bordman e inclinado a confiar en la supuesta vasta experiencia de un Agente de Primera del servicio de Inspección Colonial.

—¿Bueno? —preguntó Bordman, sintiéndose lesionado en su dignidad al vestir todavía las ropas de dormir.

—Estamos recogiendo un rayo que nos mandan de casa —dijo Herndon con ansiedad—. Pero no nos es posible descifrar su contenido.

La comunicación con la base de la colonia era factible, puesto que se estaba colonizando el tercer planeta del sol Lani partiendo

del segundo y deshabitado mundo del sistema. Un rayo denso podía surcar una distancia que apenas era de minutos-luz en la conjunción y no sobrepasaría la hora-luz

en la oposición, como ahora. Pero el rayo de comunicación se rompió en las ultimas semanas y deberían pasar otras mas antes de que se le pudiera recibir de nuevo. El sol se les interponía. No se esperaba una transmisión normal de sonido e imágenes hasta que el planeta padre no hubiera sobrepasado la esfexa ardiente de Lani. Pero algo acababa de recibirse. Era razonable pues que al captarse se encontrara con que tenía muchas perturbaciones parasitarias.

—No nos mandan ni palabras ni imágenes —dijo Herndon—. El rayo parece vacilante y no sabemos cómo descifrarlo. Hay una Señal, sin lugar a dudas, y se recibe en la frecuencia regular. Pero hay en él toda clase de sonidos extraños y en medio de ellos una especie de Señal que no podemos descifrar. Algo así como un chirrido, sólo que entrecortado. Un sonido monocorde y entrecortado.

Bordman se frotó la barbilla. Recordaba un curso de teoría de la información antes de graduarse en la Academia del Servicio. Las señales se producían por pulsaciones, cambios de tono y variaciones de frecuencia. Una clase de información que no se podía entender sin haberla estudiado convenientemente. Y se acordó agradecido de su paso por un seminario de historia de las comunicaciones, poco antes de partir para su primera misión práctica como Candidato Inspector.

—Hummm —repuso con una pizca de consciencia de sí mismo—. Esos ruidos balbucientes, ¿tienen tan sólo en total dos duraciones distintas? Como... ejem... bip bip biiíp bip, ¿eh?

Le pareció haber perdido en dignidad y prestancia al emitir aquellos sonidos tan extravagantes. Pero el rostro de Herndon se iluminó.

—¡Eso mismo! —exclamó aliviado—. ¡Eso mismo! Sólo que el tono es más alto, como... —Su voz adquirió un falsete agudo- ¡Bip bip bip biiiip bip bip!

Bordman pensó: «Parecemos dos idiotas». Pero dijo:

—Graben todo cuanto consigan y trataré de descifrarlo —añadió—. Antes de la comunicación oral se empleaban señales luminosas y

sonidos en grupos de unidades cortas y largas. Venían en grupos, representando letras y así se deletreaban las cosas. Claro que había grupos mayores que constituían palabras. Un sistema muy rudimentario, pero que resultaba practico cuando habían muchas interferencias en la antigüedad. En caso de emergencia quizás su mundo natal trate de ponerse en contacto con ustedes de ese modo, eludiendo el campo parasitario solar.

—¡Naturalmente! —exclamó Herndon más aliviado todavía—. ¡No hay problema, eso es!

Miró a Bordman con respeto y cortó la comunicación. Su imagen se desvaneció de la pantalla.

«Cree que soy un tipo maravilloso, pensó Bordman con pesimismo. Porque soy inspector Colonial». «Pero sólo sé lo que me enseñaron. Tarde o temprano tenía que hallar utilidad practica a esas enseñanzas. ¡Maldita sea!».

Se vistió. De vez en cuando miraba el ojo de buey. Últimamente se había intensificado el intolerable frío de Lani III. Tenía la vaga idea de que las manchas solares tenían la culpa. No podía divisar tales manchas con el ojo desnudo, pero el sol aparecía pálido, con sus sempiternos halos, originados por microscópicos cristales de hielo suspendidos en la alta atmósfera. ¡En aquel planeta no había polvo, pero sí hielo en abundancia! Estaba en el aire, en el suelo y en el subsuelo. Para estar seguros, los taladros para los cimientos de la gran radio-rejilla de aterrizaje sacaron núcleos de humus congelados con arcilla también congelada, por tanto debió haber existido un tiempo en que aquel mundo conociera nubes, mares y vegetación. Pero eso fue hace millones, quizás cientos de millones de años atrás. Ahora, sin embargo, tenía tan sólo calor para conservar una atmósfera y unos ligerísimos y parciales deshielos cuando se recibían directamente los rayos del sol, en parajes abrigados, a mediodía. Eso no bastaba para conservar vida, porque la vida siempre depende de otra vida y hay una temperatura por debajo de la cual, un sistema natural ecológico no puede mantenerse por sí mismo. Y en lo tocante a las pocas semanas pasadas, el clima había sido tal, que incluso la vida de seres humanos suministrados de alimentos desde el exterior, parecía cosa dudosa.

Bordman se colocó su uniforme de Inspector Colonial, con la

insignia de una palmera. No podía haber nada menos apropiado que el símbolo de las palmeras, en un planeta con una capa de hielo de veinte metros de profundidad. Bordman reflexionó: «Los del ramo de la construcción llaman a esta palmera de nuestra insignia, “la explosión”, porque nos ponemos que estallamos, cuando ellos tratan de tergiversar las especificaciones. ¡Y hay que cumplir con ellas! ¡No se puede jugar con las vidas de una colonia, ni siquiera con las de la tripulación de una espacionave, construyendo las cosas a medias!».

Bajó por el corredor saliendo de su cabina dormitorio, con toda la dignidad posible para mantener el prestigio de la Inspección Colonial. Era un asunto muy solitario eso de mostrarse digno todo el tiempo. Si Herndon no le mirase con tanto respeto habría sido agradable entablar más amistad con él. Pero Herndon le reverenciaba. Incluso su hermana Riki.

No obstante Bordman la apartó firmemente de su mente. Se hallaba en Lani III, que tenía recursos minerales valiosísimos lo que hacía que valiese la pena la colonización, para revisar y aprobar las instalaciones Coloniales. Había una radio-rejilla de aterrizaje para espacionaves, que recibía energía de la ionosfera para llevar hasta el suelo suavemente los navíos espaciales y también suministrar las necesidades energéticas de la colonia. Dicho aparato también levantaba a las espacionaves a la altura de los necesarios cinco diámetros planetarios para que pudiesen partir de nuevo. Había almacenamiento de energía por la remota posibilidad de un desastre en aquel mecanismo gigantesco. Había reserva de alimentos y los necesarios recursos para en caso de necesidad prolongar la supervivencia. Eso significaba de ordinario instalaciones hidropónicas. Todas esas cosas tenían que terminarse, entrar en operación y ser inspeccionadas por un capacitado Inspector Colonial antes de que la colonia recibiese permiso para continuar su progreso ilimitadamente.

Todo muy normal y oficial, pero Bordman era el más reciente agente de primera de la Inspección Colonial de toda la lista y con aquella iniciaba sus operaciones independientes. A veces se sentía inadecuado.

Cruzó el vestíbulo entre aquel casco y el siguiente y se dirigió derecho a la oficina de Herndon. Herndon, como él mismo, también

era un novato con respecto a la autoridad. Actualmente se dedicaba a la minería y a los minerales y era un prodigio en esa rama, pero cuando el director de la colonia cayó enfermo mientras un navío de suministros estaba en tierra, volvió al planeta padre y el mando recayó en Herndon. «Me pregunto si él se siente tan vacilante como yo», pensó Bordman.

Cuando entró en el despacho, Herndon estaba sentado escuchando una serie literal de ruidos que salían del altavoz de su escritorio. La enigmática señal le había sido transmitida a él y un grabador la registraba mientras se producía. Habían chasquidos, chirridos y gruñidos, balbuceos, rumores y más gruñidos. Pero detrás del aspecto de confusión, se percibía un sonido de alto tono, diminuto e ininterrumpido. Era un relincho monótono que no se podía confundir con los sonidos parasitarios que le acompañaban. Algunas veces se desvanecía hasta hacerse casi inaudible y otras veces se percibía agudo y claro. Pero era un sonido distinto en si mismo y estaba hecho de chirridos breves y mas largos, de dos clases de duración únicamente.

—He colocado a Riki para que haga la trascripción de lo que tenemos ya —dijo Herndon con alivio al ver a Bordman— Ella hará marcas cortas para los sonidos cortos y largas para los otros. Le he dicho que intente separar los grupos y ya tenemos controlado lo captado durante media hora.

Bordman hizo una inspirada deducción.

—Espero que sea el mismo mensaje repetido varias veces —dijo. Y añadió—: Creo que podríamos descifrarlo imaginando que las palabras se componen de dos y tres letras, buscando quizás los signos en que agrupan dos o tres letras y que nos den la pista para las palabras mayores. Eso es más rápido que el análisis estadístico de la frecuencia.

Herndon instantáneamente oprimió botones bajo su pantalla telefónica. Transmitió la Información a su hermana, como si fuese el evangelio. «Pero no lo era», recordó Bordman. «Es simplemente un truco que recuerdo de mi infancia, cuando estaba interesado en los mensajes secretos. Mi interés se desvaneció cuando me di cuenta de que no tenía secretos para registrar o transmitir».

Herndon se volvió desde su pantalla telefónica.

—Riki dice que ya ha aprendido a reconocer algunos grupos —

informó—, pero gracias por el consejo. ¿Y ahora qué?

Bordman se sentó.

—Me parece —observó—, que el frío en aumento ahí fuera no puede ser local. Manchas solares...

Herndon, sin decir palabra, le entregó una hoja de papel con cifras de observación en lo alto y un gráfico abajo que relacionaba una serie de observaciones. Eran mediciones diarias de rutina de la constante solar de Lani III. La línea del gráfico casi se salía por abajo del borde del papel.

—Mirando esto, —admitió—, uno pensaría que el sol se está apagando. Claro que no puede ser —añadió apresurado—. No es posible. Pero hay un número extraordinario de manchas solares. Quizás se despejen. Pero mientras, la cantidad de calor que nos llega disminuye cada vez más. No encuentro paralelo en mis conocimientos. Las temperaturas nocturnas son treinta grados más bajas de lo que deberían ser. No sólo aquí, si no en todas las estaciones climatológicas robot que han sido instaladas en torno al planeta. Indican una media de cuarenta bajo cero, en vez de diez. Y... está esa terrible cantidad de manchas solares...

Bordman frunció el ceño. Las manchas solares son cosas que no se pueden remediar. No obstante la vitalidad de un planeta fronterizo; de todas maneras, podría depender de ellas. Un cambio infinitesimal en el calor solar, podría producir cambios graves en la temperatura de cualquier planeta. Según los libros, el anciano planeta madre, la Tierra, padeció períodos glaciares gracias a la calda de uno a tres grados en la temperatura planetaria y su trópico se extendió hasta casi los polos, al alzarse la temperatura media sólo seis grados. Se dedujo que sus cambios en el planeta donde comenzó la humanidad fueron causadas por una coincidencia de manchas solares.

Lani III, era ya glacial en su ecuador, Las manchas podían empeorar las condiciones aquí, quizás. «Ese mensaje del planeta interior podría ser malo», pensó Bordman, «si la corriente solar cae y permanece baja». Pero dijo en alta voz:

—No podría ser un cambio significativo realmente permanente. De todas formas no tan rápido, Lani es una estrella tipo sol y no hay variables, aunque, claro, cualquier sistema explosivo como un sol, tendrá modificaciones cíclicas de una clase u otra. Pero

ordinariamente no se perciben.

Habló animoso, como si quisiese mejorar su propia moral.

Se produjo un chirrido tras él; Riki Herndon entró casi en silencio en la oficina de su hermano. Parecía pálida. Colocó unos papeles en el escritorio.

—Eso es cierto —dijo ella—. Pero los ciclos algunas veces se muestran irregulares, en ocasiones se enlazan unos con otros. Son heterodinos. Eso es lo que está ocurriendo.

Bordman se puso en pie, ruborizado. Herndon dijo con viveza:

—¿Qué? ¿De dónde has sacado eso, Riki?

Ella señaló con un gesto al manojito de papeles que acababa de traer.

—Noticias de la patria —volvió a agitar la cabeza en dirección a Bordman—. Tenía usted razón. Era el mismo mensaje repetido una y otra vez. Y yo lo descifré como los niños descifran los mensajes secretos que se escriben unos a otros. Una vez se lo dije a Ken. Tenía doce años y yo descifré su diario y recuerdo lo furioso que se puso cuando se enteró de que ya no tenía ningún secreto.

Trató de sonreír. Pero Herndon no le escuchaba. Leía con rapidez. Bordman vio que en las hojas había filas de puntos y rayas, penosamente transcritas y luego descifradas. Bajo cada grupo de marcas se habían escrito letras.

Herndon estaba muy pálido cuando acabó. Entregó la hoja a Bordman. La escritura de Riki era precisa y clara. Bordman leyó:

PARA SU INFORMACION. LA CONSTANTE SOLAR CAE RAPIDAMENTE DEBIDO A LA COINCIDENCIA DE VARIACIONES CICLICAS EN LA ACTIVIDAD DE LAS MANCHAS SOLARES CON LARGOS CICLOS PREVIOS NO OBSERVADOS QUE APARENTEMENTE INCREMENTAN EL EFECTO MAXIMO QUE NO ES ALCANZADO TODAVÍA Y POR TANTO SE ESPERA QUE ESTE PLANETA SEA INAHABITABLE DURANTE CIERTO TIEMPO. YA LAS HELADAS HAN DESTRUIDO COSECHAS EN EL HEMISFERIO VERANIEGO Y ES MUY PROBABLE QUE NI SIQUIERA UNA PEQUEÑA PARTE DE LA POBLACION PUEDA SER COBIJADA O RECIBA CALEFACCION A TRAVES DE LAS CONDICIONES CADA VEZ MAS GLACIALES QUE LLEGARAN HASTA EL ECUADOR EN

DOSCIENTOS DIAS. LAS CONDICIONES DE FRIO HAN SIDO COMPUTADAS CON LOS ULTIMOS DOS MIL DIAS ANTES DE PRODUCIRSE LA ANORMAL CONSTANTE SOLAR. ESTA INFORMACION SE LA ENVIAMOS PARA ACONSEJARLE QUE INMEDIATAMENTE DESARROLLE LOS SUMINISTROS DE ALIMENTOS HIDROPONICOS Y OTRAS PRECAUCIONES. EL MENSAJE TERMINA PARA SU INFORMACION LA CONSTANTE SOLAR ESTA CAYENDO RAPIDAMENTE.

Bordman alzó la cabeza. El rostro de Herndon parecía fantasmal. Bordman dijo:

—Kent IV es el mundo más cerca del que su planeta puede confiar en recibir ayuda. Una espacionave correo cubriría la distancia en dos meses. Kent IV puede ser capaz de enviar tres navíos... para llegar aquí dentro dos meses. ¡Eso no está bien!

Se sintió enfermo. Los planetas habitados por seres humanos estaban muy lejos. Había una media entre cuatro y cinco años de luz de distancia entre los soles, lo que significaba un viaje de dos meses en espacionave. Y no todas las estrellas son tipo solar o tienen planetas habitados. Los mundos colonizados son como islas aisladas en un vasto océano inimaginable y los navíos que las unen, a treinta veces la velocidad de la luz, parecen meramente marchar como tortugas al cruzar tan vastas extensiones del espacio. En los antiguos días del planeta madre, la Tierra, los hombres navegaban meses hasta llegar a puerto, en sus toscos navíos de vela. No había manera de enviar mensaje más rápido de lo que podían viajar. Ahora se había mejorado algo. Las noticias del desastre del Lani no podían ser transmitidas. Tienen que ser transportadas, como entre las estrellas, y el transporte era lento y la respuesta a las noticias del desastre no era más rápida.

El planeta interior, Lani II, tenía veinte millones de habitantes, en contraposición de las trescientas personas de la colonia de Lani III. El planeta exterior estaba ya congelado, pero habría glaciación en el mundo interior dentro de doscientos días. La glaciación y la vida humana son cosas prácticamente opuestas. Los seres humanos sólo pueden sobrevivir mientras les mantenga la energía calórica y los alimentos, y puedan cobijarse contra un frío realmente amargo, cosa que no se puede improvisar con veinte

millones de personas. Y, claro, no habría ayuda en ninguna escala adecuada. Las noticias de la necesidad preventiva viajarían demasiado despacio. Se tardarían cinco años terrestres para conseguir enviar a Lani II mil navíos y, con cinco mil navíos, no se podía salvar más que el uno por ciento de la población. Pero en cinco años allí no quedarían siquiera tantas personas vivas.

—Nuestro pueblo —dijo Riki con voz débil—, todos... Padre y madre y los demás. Todos nuestros amigos. ¡La patria se va a convertir en algo como eso!

Señaló con la cabeza hacia un ojo de buey que dejaba pasar la blanca y frígida luz diurna del mundo colonial.

Bordman se dio cuenta de que en la joven había una profunda infelicidad. Para él mismo, claro, la tragedia tenía menos importancia. Carecía de familia y contaba con muy pocos amigos. Pero pudo ver algo que todavía no se les había ocurrido a ellos.

—Claro —dijo—, no es el único problema. Si la constante solar realmente cae tal como dicen, las cosas aquí serán muy malas también. Bastante peor de lo que son hasta ahora. ¡Tendremos que ponernos a trabajar para salvar a nosotros mismos!

Riki no le miró. Bordman se mordió los labios. Era evidente que su propia seguridad, o destino no les interesaba de inmediato. Cuando el mundo patria de uno, está destinado al fin, los sentimientos personales de seguridad parecían una materia trivial.

Se produjo un silencio, roto sólo por ruidos confusos que salían del altavoz del escritorio de Herndon.

—Nosotros estamos ahora mismo, bajo las condiciones en que se verán ellos durante mucho tiempo de ahora en adelante —dijo Bordman.

Herndon contestó con torpeza:

—Aquí no podemos vivir sin suministros del planeta padre. Ni siquiera con el equipo que trajimos. ¡Pero es que ellos no pueden esperar ser suministrados desde ninguna parte, y no pueden tampoco confeccionar tal equipo para todo el mundo! ¡Morirán! —Tragó saliva—. Ellos... lo saben, también. Así que nos avisan para que intentemos salvarnos por nuestros medios, puesto que ya no pueden prestarnos ayuda.

Hay muchas razones, por las que un hombre puede sentirse avergonzado, de pertenecer a una raza que puede hacer las cosas de

una manera tan especial. Pero también hay motivos para sentirse orgulloso. El mundo patria de aquella colonia estaba destinado a morir, pero sin embargo mandaba un aviso al diminuto grupo para que pudiesen intentar salvarse a sí mismos.

—Desearía que también estuviésemos allí... con ellos, para afrontar juntos el destino —dijo Riki. Su voz sonó ronca, como si tuviera irritada la garganta—. No quiero seguir viviendo, si todo nuestro mundo, si las personas a quien tenemos afecto, han de morir.

Bordman se sintió solitario. Podía comprender que nadie quisiese vivir siendo el único ser humano vivo. Y todo el mundo piensa que su planeta patria es el universo entero. «Yo no pienso así», se dijo Bordman para sí. «Pero quizás sentiría de ese modo si Riki fuera a morir». Sería natural entonces querer compartir cualquier peligro de desastre al que ella tuviera que enfrentarse.

—¡Miren! —dijo él, balbuceando un poco—. ¡No comprenden! ¡No es el caso de que vivan ustedes mientras ellos mueran! ¿Si su mundo patria se convierte en una cosa como ésta, que ocurriría? Estamos más alejados del sol, sentimos más frío. ¿Creen ustedes que podríamos sobrevivir en unas condiciones que para sus compatriotas van a ser más que insoportables? ¿Recibiendo suministros de alimentos o no, recibiendo equipo o no recibéndolo, de veras piensan, que tenemos alguna posibilidad? ¡Utilicen sus cerebros!

Herndon y Riki le miraron. Y luego algo de la tensión desapareció del rostro de Riki. Bordman parpadeó y dijo despacio:

—¡Oh, eso es! Cuando vinimos aquí, creíamos correr un gran riesgo, pero empeoraron más las cosas. ¡Claro! ¡Estamos en el mismo apuro en que ellos se encuentran!

Se incorporó un poco. Su rostro volvió a adquirir parte del color natural. Riki logró sonreír, mientras Herndon dijo casi con naturalidad:

—Eso hace que todo el asunto parezca más sensato. ¡Tenemos que luchar por salvar nuestras vidas también! Y poseemos pocas posibilidades de lograrlo. ¿Qué vamos a hacer, Bordman?

El sol estaba a mitad de camino del cielo, aun escoltado por sus halos, aunque eran más débiles que cuando el astro se hallaba en el mismo horizonte. El firmamento era mas oscuro. Las agrestes

montañas heladas hurgaban en la atmósfera, serenas y solitarias, indiferentes a las cosas de los hombres. La ciudad era una ilota de cascos metálicos, ordenadamente dispuestos en el suelo del valle, vaciándose el material que habían traído para edificar la colonia. No lejos, se alzaba la radio-rejilla de aterrizaje. Era un esqueleto gigantesco de acero, alzándose sobre patas de desigual longitud enterradas en las laderas y con una altura de seiscientos metros en dirección a las estrellas. Figuras humanas, abrigadas hasta hacerse casi irreconocibles, caminaban por una pasarela a unos tres cuartos de su cumbre. En donde se movían se veía debajo un tenue resplandor. Los hombres utilizaban rompehielos sónicos para destrozar la corteza que se formaba en el andamiaje durante la noche. Agujas de cristal al caer despedían aquel relampagueo. La radio-rejilla de aterrizaje necesitaba una limpieza cada diez días poco más o menos. Si se lanzaba sin limpiar, volvería a derrumbarse con el peso de una capa demasiado gruesa de hielo. Pero no tardaría mucho en dejar de funcionar, aun antes de caer, debido al hielo, y sin su funcionamiento sería imposible el vuelo espacial. Los cohetes que impulsaban a las espacionaves eran excesivamente pesados para tener un uso práctico. Pero la radiorejilla de aterrizaje podía elevar a dichas naves hasta el espacio libre, en donde motores Lawlor, funcionaban y permitían una maniobra de carga y descarga que hubiera sido imposible en el caso de tener que utilizar sólo cohetes.

Bordman llegó a la base de la radio-rejilla a pie. Le pareció que las gruesas vigas de acero casi a nivel del suelo, le proporcionaban una especie de abrigo y entró en la caseta de control situada en la base de la radio-rejilla.

Saludó al hombre con la cabeza mientras se quitaba sus prendas de abrigo.

—¿Todo va bien? —preguntó.

El operador de servicio se encogió de hombros. Bordman era Inspector Colonial. Su trabajo estribaba en encontrar defectos, en descubrir cosas inadecuadas en la construcción y operación de los aparatos de la colonia. «Es natural que los hombres me sientan cierto temor y antipatía cuando me pongo a inspeccionar sus cosas», pensó Bordman. «Mi aprobación no significa nada, pero mis protestas pueden causarles un disgusto».

—Creo —dijo —debe haber un cambio en el máximo voltaje de drenaje y me gustaría revisarlo.

El operador volvió a encogerse de hombros y oprimió botones de su pantalla telefónica.

—Conécteme con la energía de reserva —ordenó cuando apareció un rostro en la pantalla— consiga una revisión de la energía de no drenaje.

—¿Para qué? —preguntó el rostro de la pantalla.

—Ya sabe usted que hay seres que tienen caprichos —dijo el operador de la rejilla desdeñoso—. Quizás nos hemos descuidado un poco. Puede que hayan nuevas especificaciones que no sepamos. ¡Cualquier cosa! Pero póngame con la energía de reserva.

El rostro de la pantalla gruñó. Bordman tragó saliva. No era misión de un oficial de inspección el mantener la disciplina. De todos modos dicha disciplina no era una virtud particular de aquel lugar. Contempló el dial que indicaba la corriente consumida. La aguja quedaba algo por encima del gasto normal diario, lo que era comprensible. La temperatura exterior era baja. Se necesitaba más energía para mantener calientes más dependencias y, en la mina de la colonia, había un consumo de potencia que era necesario para su explotación. También había que calentar dicha mina para que los hombres que en ella trabajaban pudieran desenvolverse con relativa comodidad.

La aguja de la corriente gastada cayó bruscamente, se alzó rápida y volvió a caer una y otra vez, cuando partes adicionales de los usos de energía de la colonia, fueron conectados con la reserva. La aguja llegó al fondo y permaneció allí.

Bordman tuvo que volverse hasta el hombre de servicio para llegar al voltímetro. Estaba construido con los antiguos tubos de alto vacío y lo comprobó. Introdujo las clavijas de contacto, leyó el voltaje, se pasó la lengua por sus labios y escribió una nota. Invertió los cables para poder hacer la lectura inversa. Efectuó otra consulta y aspiró una bocanada de aire con calma.

—Quiero ahora conocer la energía que se consume por secciones —dijo al operador—. Quizás sea mejor que empecemos por la mina. No importa. Necesito las lecturas de voltaje en las diferentes tomas de corriente.

El operador pareció apenado. Habló con elevación innecesaria al

rostro de la pantalla y de mala gana maniobró sus aparatos para que Bordman midiese las sucesivas caídas de voltaje con respecto a la energía extraída de la ionosfera. La corriente proporcionada por una capa de gas ionizado es, en efecto, la intensidad eléctrica que mana a través de un conductor de una resistencia marcada. Es posible averiguar la ionización de un gas por la corriente eléctrica que el mismo apantalla.

La puerta esclusa contra el frío se abrió, y Riki Herndon entró jadeando.

—Hay otro mensaje de la patria —dijo con viveza. Su voz sonaba tensa—. Han captado nuestro rayo de respuesta y nos da la información que usted pidió.

—Iré en seguida —contestó Bordman—. Acabo de obtener unos cuantos informes de aquí.

Se puso sus ropas de abrigo de nuevo y la siguió al exterior de la cabina de control.

—Las cifras de la patria no son buenas —dijo Riki, cuando las montañas se alzaban visiblemente a cada lado de ellos—. Ken dice que son mucho peor de lo que se imaginaba. La progresión de la caída de la constante solar es peor de lo que nos imaginábamos o pudiéramos pensar.

—Comprendo —dijo Bordman, inadecuadamente.

—¡Es absurdo! —exclamó furiosa Riki—. Han habido manchas solares y hijos de estas manchas siempre... las estudié en el colegio, y aprendí que hay un ciclo de cuatro años y otro de siete, junto con otros varios. ¡Debieron habérselo imaginado, debieron calcularlo con anticipación! Ahora hablan de ciclos de sesenta años presentándose junto con otro ciclo de ciento treinta años para sumarse a los demás... ¿Para qué sirven los científicos si se equivocan en sus trabajos o no los hacen bien y mueren por tal causa, veinte millones de personas?

Bordman no se consideraba a sí mismo un científico, pero parpadeó. Riki temblaba de rabia mientras marchaban por el resbaladizo hielo. Su aliento era una nube intermitente que pendía en sus hombros, formando escarcha blanca en la parte delantera de sus ropas de abrigo. Casi al instante, la humedad de su aliento se congelaba.

Extendió las manos rápidamente al ver que ella resbalaba.

—¡Pero vencerán! —dijo Riki con una especie de colérico orgullo—. ¡Están empezando a construir más radio-rejillas de aterrizaje en la patria! ¡A centenares! ¡No para que aterricen los navíos, sino para extraer energía de la ionosfera! Se imaginan que una rejilla del tamaño de una espacio nave puede mantener casi tres millas cuadradas de terreno caliente, lo bastante para que se pueda vivir en él. Formaran un tejado por encima de las calles de las ciudades y colocarán nieve encima para que sirva de aislante. Plantearán alimentos vegetales en las calles y jardines y fomentarán en cuanto puedan los cultivos hidropónicos. ¡Temen no poder realizarlo todo lo bastante deprisa, que permita salvar a la totalidad de la gente, pero lo intentarán!

Bordman crispó las manos dentro de sus abultados guantes.

—¿Y bien? —preguntó Riki—. ¿No servirá para nada eso?

—No.

—¿Por qué no?

—Acabo de tomar las lecturas de nuestra radio-rejilla. El voltaje y la conductividad de la capa de la que extraemos energía dependen de su ionización. Cuando disminuye la intensidad de la luz solar, el voltaje también disminuye al igual que la conductividad. Cuanto menos energía haya en la zona, menos podrá atraer la rejilla... y la presión del voltaje que la excita es también cada vez menor.

—¡No diga nada más! —gritó Riki—. ¡Ni una palabra!

Bordman estaba silencioso. Bajaron por la última y pequeña ladera y cruzaron la abertura de la mina, una gran galería que perforaba derecho la montaña. Al mirarla vi las dos filas gemelas de lámparas en el techo de la galería marchando hacia el corazón del monstruo de piedra.

Casi habían llegado al pueblo cuando Riki dijo con voz atiplada:

—¿Es muy mala la situación?

—Mucho —admitió Bordman—. Tenemos aquí las condiciones en que se encontrará su planeta patria dentro de doscientos días. Actualmente podemos extraer menos que un quinto de la energía con que ellos cuentan en sus radio-rejillas de Lani II.

Riki rechinó los dientes.

—¡Siga! —dijo.

—La ionización aquí queda por debajo del diez por cien —prosiguió Bordman—. Eso significa que el voltaje queda bajo,

bastante bajo. Muchísimo más bajo. Y la resistencia de la capa es mayor. Cuando se necesita la máxima potencia en planeta patria, no esperarán obtener ninguna rejilla más de lo que sacamos nosotros.

Llegaron al pueblo. Habían escalones en la fría escotilla de la entrada del casco que servía a Herndon de despacho. Estaban libres de hielo, porque como las calles y aceras del pueblo, se las calentaban para impedir la congelación y la escarcha. Bordman tomó nota mental.

En la escotilla térmica, el cálido aire que entraba era casi enervante. Riki dijo con tono de desafío:

—¿Podría usted decírmelo todo ahora!

—De ordinario podemos extraer aquí un quinto de la energía, de la que una rejilla del mismo tamaño extraería en su mundo base —dijo— digamos que ahora se extrae un sesenta por ciento de lo normal. Algo más de una décima de lo que ellos esperan extraer cuando el verdadero frío les alcance. Sus cálculos son nueve veces demasiado altos. Una rejilla no calentará tres millas cuadradas de ciudad. Un tercio de milla es algo más aproximado. Pero...

—Eso no sería lo peor —prosiguió Riki con voz sofocada—. ¿Verdad? ¿Cuánto bien haría una rejilla?

Bordman no respondió.

La puerta interior de la escotilla térmica se abrió. Herndon estaba sentado en su escritorio, más pálido incluso que antes, escuchando el haz de ruidos que salían del altavoz. Tamborileaba en el tablero de la mesa nerviosamente. Miró con desesperación a Bordman.

—¿Se lo dijo ella? —preguntó con voz opaca—. Quizás esperan salvar a la mitad de la población. Por lo menos todos los niños.

—No lo lograrán —dijo Riki con amargura.

—Será mejor transcribir el nuevo material que se acaba de recibir —contestó su hermano—. Así sabremos lo que dicen.

Riki salió del despacho. Bordman se quitó sus ropas de abrigo.

—El resto de la colonia no sabe todavía lo que se prepara —empezó diciendo—. Por lo menos el operador de la rejilla. Pero tienen que saberlo.

—Colocaremos los avisos en el tablón de anuncios —dijo Herndon. Quisiera que no lo supieran. No es una cosa agradable. Yo... no se lo diría por ahora todavía.

—Al contrario insistió Bordman - ¡Deben saberlo en seguida! Va usted a dar las órdenes oportunas para que ellos comprendan que es necesario obrar con suma urgencia.

Herndon parecía desesperanzado.

—¿Y para qué sirve hacer algo? —Pero al ver que Bordman fruncía el ceño, añadió—: en serio, ¿sirve de algo? Ustedes tienen razón. Por lo menos usted no tiene problemas. Un navío de la Inspección se le llevará. No vendrán porque sepan que algo va mal, sino porque su trabajo debería acabar en estas fechas. Esa nave podría llevarse unas cuantas docenas de refugiados y quedan veinte millones de personas que morirán. Quizás se nos llevase alguno de nosotros, pero me parece que no seríamos muchos los que quisiéramos ir. Yo no. Me parece que Riki tampoco.

—No comprendo...

—Lo que hemos conseguido aquí es lo que van a tener allá en la patria —contestó Herndon—. Peor. ¡Pero es que no hay la posibilidad de que sigamos vivos en este planeta! Es usted quien lo dijo. He estado calculando y tal como va la curva de la constante solar... la comparé con las cifras que ellos nos dieron... no se nivelará hasta que el oxígeno, sea como sea se hiele dentro de la propia atmósfera. No nos hallamos equipados para soportar nada Igual y tampoco podemos equiparnos. ¡No hay equipo posible que nos permita aguantar de manera indefinida! De todas maneras, las máximas condiciones de frío durarán dos mil días; allá en la patria... seis años terrestres. Y habrá frío almacenado en los océanos congelados y en los glaciares que todo lo cubrirán. Pasarán veinte años antes de que la patria vuelva a su temperatura normal y lo mismo pasará aquí. ¿Sirve de algo Intentar vivir... simplemente supervivir... y esperar durante veinte años que sea un planeta habitable al que se pueda volver?

Bordman replicó irritado.

—¡No sea estúpido! ¿No se le ha ocurrido que este planeta es una estación experimental perfecta, que va doscientos días por delante de su mundo patria, en donde, me refiero aquí, deben intentarse todos los medios posibles para derrotar ese problema? Si aquí triunfamos allí también pueden triunfar.

Herndon contestó.

—¿Me dice una cosa que podamos probar?

—Si —repuso Bordman—. Quiero que se apaguen los calefactores de las calles y aceras y de las escaleras exteriores. Se utiliza energía para mantener libres los caminos y evitar que las escalerillas se vuelvan resbaladizas. ¡Necesito ahorrar ese calor!

—Y cuando lo haya ahorrado —repuso Herndon—, ¿qué hará con él?

—¡Tenerlo en la bodega para utilizarlo cuando sea necesario! —dijo Bordman—. ¡Almacenarlo en la mina! Quiero colocar todos los aparatos calefactores que dispongamos trabajando en la mina para calentar la roca. Quiero extraer cada vatio de la rejilla para calentar el interior de la montaña mientras podamos disponer de esa energía. ¡Necesito que la parte mas honda de la mina esté tan caliente como para poder entrar en ella! Perderemos una gran cantidad de calor, claro. No es como almacenar energía eléctrica. ¡Pero ahora podemos guardar el calor y cuanto mas almacenemos, más tendremos cuando nos sea necesario!

Herndon pensó unos instantes. Al poco se agitó levemente.

—Sabe que es una buena idea. —Alzó la vista-. Allá en la patria había un depósito de aceite cerca de los polos. Me refiero a una bolsa de petróleo en la tierra. No era económico explotarla. Así que instalaron calefactores en agujeros perforados y calentaron toda la bolsa petrolífera. Se hicieron taladros que permitieron que los vapores calientes de petróleo salieran y se condensaran. Consiguieron extraer hasta la última gota del petróleo sin tener que perforar la bolsa por completo. ¡Y dicha bolsa permaneció caliente durante años! Los granjeros escarbaron el suelo de encima y sembraron sus productos que crecieron y se cosecharon viéndose rodeados de glaciares. Eso podría repetirse. ¡Es posible que estén en el mundo patria almacenando ya calor!

Entonces se detuvo.

—Pero no pueden desperdiciar energía para calentar el suelo de debajo de las ciudades. Necesitan tanta energía para construir tejados... Y cuesta tiempo edificar rejillas.

Bordman repuso:

—Sí, están construyendo rejillas de regulación. Para cuando terminen serán útiles. Aquí la ionización está cayendo ya. Pero no es necesario que se construyan rejillas que de nuevo de nada servirán. Pueden colocar cables juntos en el suelo y colgarlos en el

aire mediante helicópteros. Esos cables no soportarían ni un instante a un navío en su aterrizaje, pero sí podrán extraer la energía necesaria. ¡Incluso podrán suministrar la fuerza necesaria para las hélices que les mantienen alzados! Claro que tendrán defectos; se precipitarán al suelo cuando soplen vientos fuertes, por ejemplo. No serán muy de fiar, pero pueden calentar el suelo por debajo de los tejados, para permitir que el terreno sea cultivado, para salvar vidas.

Herndon volvió a agitarse. Sus ojos dejaron de ser torpes y sin vida.

—Daré órdenes para que apaguen las calefacciones de las aceras. Y comunicaré al mundo patria lo que acaba usted de decir. Les gustara.

Miró con respeto a Bordman.

—Creo que sabe usted lo que ahora estoy pensando —dijo.

Bordman se ruborizó. Se dio cuenta de que Herndon no se daba cuenta de que todo ese dispositivo no resolvería nada. Obviamente aplazarla los efectos de un desastre. Posiblemente no podría evitarlo.

—Debe hacerse —dijo—. Hay también otras cosas que hacer.

—Entonces dígamelas —contestó Herndon—, ¡y haré que las hagan! Colocaré a Riki con la misión única de trasladar su informe al código de pulsaciones que usted les indicó y mi hermana lo transmitirá inmediatamente.

Se puso en pie.

—¡No le expliqué ningún código! —Insistió Bordman—. Ella había estado traduciéndolo cuando le pasé mi sugerencia.

—De acuerdo —dijo Herndon - ¡Enviaré en seguida ese mensaje!

Salió apresurado del despacho. «Así que elevará las reputaciones, supongo» —pensó irritado Bordman—. «Yo mismo estoy consiguiendo una de esas». Pero su propia reacción era en extremo Inapropiada. Si la gente de Lani II suspendía de helicópteros rejillas de cable en la atmósfera, podían calentar masas de roca subterránea, de piedra y de tierra. Podían establecer bajo sus ciudades lo que serían prácticamente depósitos de calor vital. Podían impedir en caso de necesidad que el calor inferior se disipara. Pero...

Doscientos días de acondicionamiento era lo que le

correspondían al planeta colonia. Luego dos mil días de condiciones de mínimo calor. Después un lento, lentísimo retorno a la temperatura normal, mucho más tarde de que el sol recobrara su antigua brillantez. No podían almacenar suficiente calor para tanto tiempo. Era imposible. Constituía una ironía que enfriándose el planeta y convirtiéndose todo en glaciares, pudiera darse tal almacenamiento en sí mismo, con tanto frío.

Además se producirían monstruosas tormentas y borrascas en el Lani II al empeorar las condiciones de la temperatura. Las rejillas de cable podrían quedar abandonadas o a la deriva, durante períodos cada vez mayores y siempre irían dando menos potencia a cada instante. Su efectividad disminuirla incluso cada vez más rápidamente que lo que aumentara la necesidad de su efecto.

Bordman, se sintió incluso más deprimido cuando aclaró los hechos. Su propuesta era en esencia fútil. Animaría y tendría resultados durante un cierto espacio de tiempo, con lo que variaría la situación del planeta interior. Pero a la larga su efecto sería nulo.

También le embarazaba que Herndon le admirara. Herndon diría a Riki que era un ser maravilloso. Su triquiñuela de una rejilla sostenida por un aparato volador no era nueva. La utilizaron en Saril para suministrar energía a las gigantescas bombas peristálticas que vaciaban una extensión líquida formada en el interior de un anillo de recién nacidas islas.

«Todo lo que sé», pensó Bordman con amargura, «Es lo que alguien me enseñó o que leí en los libros. ¡Y nadie me ha enseñado o escrito cómo resolver una situación como ésta!».

Volvió al escritorio de Herndon. Herndon había confeccionado un nuevo gráfico de las observaciones de la constante solar, enviadas desde la patria. Era una típica curva de resultados coincidentes de un cambio cíclico. Era una curva de una serie de frecuencias en el momento en que estaban todas precisamente en fase. Por esto se podía extrapolar y computar.

Bordman cogió un lápiz, ceñudo. Sus dedos formaron ecuaciones con torpeza y las resolvieron. El resultado, era casi tan malo como podía imaginarse. El cambio de brillantez en el sol Lani, no sería lo bastante para que se observara en Kent IV, el mundo habitado más próximo, cuando le llegase allí la luz dentro de cuatro años. Lani no sería nunca calificado como una estrella variable, porque el cambio

total en la luz y el calor sería relativamente minúsculo. La fórmula de computar las temperaturas planetarias no es sencilla. Entre sus factores hay cuadrados y cubos de las variables. Peor aún, el calor irradiado de la fotosfera del sol varia, no según el cuadrado o el cubo, sí no de acuerdo con la cuarta potencia de su temperatura absoluta.

Los cálculos de Bordman no eran pura teoría. Los datos procedían del sol mismo, estaban solos en la galaxia en donde se efectuaban diarias medidas de la constante solar durante trescientos años. El resto de sus deducciones, estaban remotamente basadas también, en las observaciones de la Tierra. Muchos datos científicos tenían que referirse a la Tierra para conseguir una continuidad adecuada. Y no podía haber duda posible acerca de los datos de las manchas solares, porque Sol y Lani eran del mismo tipo y casi de igual tamaño. Usando las cifras de la situación presente, Bordman de mala gana llegó al hecho de que aquí, en aquel mundo casi congelado, la temperatura caerla gradualmente hasta que el CO₂ se congelase en la atmósfera. Cuando eso ocurriese, la temperatura caería hasta que no hubiera realmente diferencia significativa entre ella y la del espacio vacío. Es el dióxido de carbono lo que produce el efecto de Invernadero por el que el planeta conserva un equilibrio término, sólo a una temperatura superior a cuanto le rodea, como en el Invernadero, la luz del sol es más cálida que en el aire exterior.

El efecto de invernadero desaparecería pronto en el mundo de la colonia. Cuando desapareciera en el planeta madre...

Bordman se encontró a si mismo pensando: «si Riki no Quiere partir cuando venga el navío de Inspección, dimitiré en mi cargo en el Servicio. Tendré que hacerlo si quiero quedarme. Y no me iré si ella no se va».

II

—Si quiere venir, por mí no hay inconveniente —dijo Bordman con cierta brusquedad.

Esperó mientras Riki se ponía las voluminosas ropas de abrigo, necesarias para salir de día al exterior y doblemente precisas por la noche. En el equipo habla pesadas botas con suelas aisladas de varios centímetros de espesor, confeccionadas en una pieza con los pantalones acolchados. Habla también una especie de tabardo, con una cámara de aire térmico y su correspondiente capuchón, más los guantes y mitones que formaban parte de las mangas.

—Nadie sale de noche —dijo ella cuando juntos entraron en la escotilla térmica, una especie de esclusa que impedía la entrada directa del frígido aire exterior.

—Yo si —repuso él—. Quiero descubrir algo.

La puerta exterior se abrió y Bordman salió. Tendió la mano para que ella se asiera y franquease los escalones y la pasarela, carentes de todo calor. Ahora se veían cubiertos por una película de algo que no era escarcha, sino un finísimo polvo microscópico de cristallitos de hielo congelados en la atmósfera por el cortante frescor de la noche.

No había luna, claro, sin embargo las heladas montañas relucían débilmente. Los cascos enormes plantados ordenadamente quedaban negros en contraste con el suelo helado. Reinaba el silencio, la quietud, la sensación de una antiquísima calma. Ni la más leve brisa agitaba las cosas. Nada se movía, nada vivía. El silencio era tan fuerte que parecía poder destrozar los tímpanos.

Bordman echó la cabeza atrás y miró al cielo durante largo rato. Nada. Tornó los ojos a Riki.

—Mire al cielo —ordenó.

Ella alzó la vista. Le había estado contemplando a él. Pero al mirar hacia arriba por poco grita. El firmamento se veía lleno de una innumerable variedad de estrellas. Pero las más brillantes eran estrellas que nunca habían visto anteriormente. Igual que el sol de día iba acompañado por sus halos o espectros —pálidos fantasmas de sí mismo alineados junto a él— lo mismo sucedía con los soles lejanos más brillantes a los cuales se veía lucir en el centro de anillos formados por sus propias imágenes. Pero es que ahora, uno se encontraba con dificultades para distinguir cuales eran las imágenes luminosas originales, de tan fuerte que se producía el fenómeno meteorológico.

—¡Oh... qué belleza! —exclamó Riki lentamente.

—¡Mire! —Insistió Bordman—. ¡Siga mirando!

Ella lo hizo, moviendo sus ojos esperanzadamente por todo el firmamento. Era algo unimaginable. Se veía cada tinte, cada color, cada grado posible de brillantez. Y habían grupos de estrellas del mismo brillo que parecían formar triángulos. Se veían estrellas rosadas que estaban a punto de formar un arco, pero que no terminaban de formarlo. Y se velan adornos casi en línea que formaban cuadrados y polígonos, pero todos con la falta de un detalle que los completara.

—¡Es hermoso! —dijo Riki—. ¿Pero qué es lo que debo mirar?

—Busque lo que no hay ahí —ordenó él.

La joven miró y las estrellas seguían sin parpadear, sin destellar, aunque eso no tenía nada de extraordinario. Los cuerpos celestes llenaban el firmamento, sin que hubiera parte alguna por pequeña que fuere en donde no apareciese una lentejuela luminosa. Pero tampoco eso era notable. Habla en alguna parte un resplandor grisáceo, indefinido. Se desvanecía. Entonces ella se dio cuenta.

—¡No hay aurora! —exclamó la muchacha.

—Eso mismo —contestó Bordman—. Siempre ha habido auroras aquí. Ya no las hay. Puede que tengamos la culpa nosotros. Deseo pensar que ha sido prudente guardar ese espectáculo en el recipiente de almacenaje de la energía y tenerlo así una temporada. Es algo que no debemos desperdiciar.

—Cuando aterrizamos por primera vez miré la aurora —admitió Riki—. Era algo increíble. Pero hacia un frío horroroso y no teníamos cobijo alguno. Además, como tenía lugar cada noche, me

dije que otro día podría contemplarla, a satisfacción. Lo malo es que fui aplazando el momento y... nunca logré verla con toda la calma y atención que se merecía.

Bordman fijó los ojos donde había estado el débil y gris resplandor.

—Las auroras, auroras boreales, claro —dijo—, tienen lugar en los límites superiores de la atmósfera, a ochenta, o cien o ciento cincuenta kilómetros de altura, cuando Dios sabe qué partículas emitidas del sol entran en la atmósfera, atraídas por el campo magnético del planeta. La aurora es un fenómeno de iones. Nosotros escurrimos la ionosfera en un trecho mayor al que dicho fenómeno tiene lugar, pero me pregunto si no la habremos exprimido demasiado.

—¿Nosotros? —preguntó Riki sorprendida—. ¿Nosotros, los humanos?

—Extraemos sus cargas a los iones —dijo él sombrío—, las cargas que les proporciona diariamente el sol. Convertimos dichas cargas en toda la energía que podemos. Me pregunto si es que también habremos despojado a la aurora de su energía.

Riki estaba callada. Bordman miraba aún buscando. Pero sacudió la cabeza.

—Podría ser —dijo con voz cuidadosamente diferenciada—. En comparación con la cantidad que llega no extraemos mucha energía. Pero la ionización es un efecto ultravioleta. Los gases atmosféricos no se ionizan con demasiada facilidad. Después de todo, si la constante solar cayó un poco, puede significar una terrible caída en la parte ultravioleta del espectro... y eso es lo que fabrica Iones de oxígeno, nitrógeno, hidrógeno y tal. La caída iónica podría ser con facilidad cincuenta veces tan grande como la caída de la constante solar. Y aún seguimos extrayendo energía de lo poco que queda.

Riki permanecía muy quieta. El frío era horrible. Si hubiera habido viento no lo habrían podido soportar ni un instante. Pero el aire estaba inmóvil. No obstante el helor era tan grande que le dolían a uno las ventanillas de la nariz y hasta los pulmones llegaba el cuchillo cortante de la helor. Ni siquiera las ropas de abrigo científicamente estudiadas podían impedir que uno sintiera los efectos del frío reinante.

—Estoy empezando a sospechar que soy un estúpido —dijo Bordman—. O puede que sea un optimista. Quizá una cosa y otra sean iguales. Podría haber calculado que la energía que podamos extraer caerá más rápidamente a medida que se incrementa nuestra necesidad de tal energía... SI ya hemos privado a la aurora de su luz, es que estamos rebañando los fondos y rincones del barril. Y es un barril con menos fondo de lo que nadie podría sospechar.

Otra vez silencio. Riki estaba como petrificada. «Cuando ella se dé cuenta de lo que esto significa», pensó Bordman ceñudo, «no me admirará tanto. Su hermano ha hecho de mí un gigante en apariencia, con sus alabanzas. Pero he sido un estúpido al buscar excusas capaces de hacer nacer esperanzas. Ella se dará cuenta».

—Creo que me está usted diciendo que después de todo no podremos almacenar bastante calor para sobrevivir allá en lo hondo de la mina —dijo Riki.

—No podemos —asintió Bordman—. Ni mucho, ni para mucho tiempo. No lo bastante como para tenerlo en cuenta.

—¿Así que no viviremos tanto como espera y confía Ken?

—No tanto como él espera —repitió afirmando Bordman—. Él confía en que descubramos cosas que puedan ser útiles en Lani II. Pero perderemos la energía que podemos obtener con nuestra rejilla mucho antes de que sus nuevas radio-rejillas queden inútiles. Habremos de comenzar utilizando nuestra reserva energética mucho más pronto. Se habrá disipado... y nosotros con ella... antes de que empiecen en realidad a estar escasos de calor vital.

Los dientes de Riki empezaron a castañetear.

—¡Parece que esté asustada, pero no lo estoy! —exclamó colérica—. Lo que pasa es que tengo frío. SI quiere que le diga la verdad, lo que usted dice no me pilla desprevenida. No quiero censurar a nadie, ni tampoco compadecer ni que me compadezcan... aunque tendrán mucho trabajo mis compañeros para preocuparse por ese sentimiento... Entremos, mientras haya aún calor en el interior.

La ayudó a instalarse en la escotilla térmica y la puerta exterior se cerró. Ella temblaba visiblemente cuando empezó a llenarse la estancia de reconfortante calor.

Pasaron al despacho de Herndon. El joven entró cuando Riki se estaba despojando de la parte superior de sus prendas de abrigo.

Aún temblaba. La miró y dijo a Bordman:

—Ha habido una llamada de la cabina de control de la radio-rejilla. Parece que algo va mal, pero no pueden hallar la causa. La rejilla está ajustada para la máxima extracción energética, ¡pero sólo produce cincuenta mil kilovatios!

—Estamos volviendo al salvajismo —dijo Bordman con un punto de ironía.

Era verdad. Un hombre puede producir con sus músculos y durante cierto espacio de tiempo unos doscientos cincuenta vatios. Cuando no tiene ninguna otra fuente más de energía, es un salvaje. Si gana un kilovatio de energía de los músculos de un caballo, es un bárbaro, pero no puede dirigir a voluntad esa nueva potencia. Si la aplica a un arado, su cultura es de tipo bárbaro superior y cuando añade algo más, empieza a ser civilizado. La energía obtenida del vapor de agua puso hasta cuatro kilovatios de trabajo para cada ser humano en los países primeramente industrializados y a mediados del siglo veinte las naciones mas avanzadas disponían de sesenta kilovatios por persona. Hoy en día, claro, una cultura moderna calcula «per cápita» un mínimo de quinientos kilovatios. Pero allí disponían de la mitad de esa energía que en la colonia de Lani II. Y el medio ambiente requería su propio suministro extra.

—Ya no se puede hacer otra cosa —dijo Riki, tratando de controlar sus escalofríos—. Incluso utilizamos los últimos restos de la aurora. Y aun esto se esta acabando. Ken, moriremos incluso antes que en la patria.

La expresión de Herndon parecía rasgada.

—¡No podemos! ¡No debemos! —Se volvió a Bordman—. ¡Nosotros les hacemos mucho bien a los de mi patria! Allí se había producido el pánico. Nuestro informe acerca de las rejillas de cable ha devuelto los ánimos a la gente. ¡Se han lanzado a trabajar con ahínco! Por tanto, les somos útiles. Saben que estamos peor que ellos y si resistimos les daremos ánimos. ¡Tenemos que continuar sea como sea!

Riki aspiró hondo hasta que dejó de temblar. Entonces dijo:

—¿No te has dado cuenta, Ken, que mister Bordman tiene un punto de vista profesional? Su trabajo es encontrar las cosas que van mal. Se le colocó entre nosotros para detectar defectos en lo que hiciéramos y en lo que hagamos. Tiene la costumbre de buscar

lo peor. Pero creo que puede dirigir esa costumbre hacia un uso bueno. Ten en cuenta que es suya la idea de las rejillas de cables.

—Lo que después de todo no va a servir de nada —intervino Bordman—. Serían buenas si no fueran necesarias en realidad. ¡Pero las condiciones que las hacen precisas las convierten también en inútiles!

Riki sacudió la cabeza.

—¡Son útiles! —dijo—. Impiden que la gente en la patria se entregue a la desesperación. Ahora, sin embargo, tiene usted que pensar otra cosa. Si piensa muchas, una por lo menos podrá resultar buena, es decir, que sirva para algo más que para mantener la moral de la gente.

—¿Qué Importa lo que sientan las personas? —preguntó con amargura—. ¿Qué diferencia hay en los sentimientos? ¡Uno no puede cambiar los hechos!

Riki dijo con firmeza:

—Los humanos somos las únicas criaturas del universo que hacen precisamente eso... cambiar los hechos. Todas las demás criaturas aceptan tales hechos. Viven donde nacen y se alimentan con lo que tienen a mano y mueren cuando los hechos naturales así lo requieren. ¡Los humanos, no! ¡Especialmente nosotras, las mujeres! Tampoco dejamos que nuestros hombres lo hagan. Cuando no nos gustan los hechos, especialmente sí nos conciernen, los cambiamos. Y los hechos importantes que gozan de nuestra desaprobación, pues... hacemos que los hombres los cambien a nuestro gusto. ¡Y vaya silos cambian!

Se encaró con Bordman. Increíblemente le sonrió:

—¿Quiere usted hacer el favor de cambiar los hechos que ahora me molestan? ¡Tenga la bondad! —Y deliberadamente remedió la mirada de ojos muy abiertos de la muchachita ingenua y coqueta—. ¡Es usted tan alto y tan fuerte! ¡Sé que puede hacerlo, por mí!

Bruscamente dejó de fingir y se dirigió a la puerta. Volvióse entonces y añadió con intención:

—La mitad por lo menos de eso es verdad.

La puerta se corrió, cerrándose tras ella. De pronto se le ocurrió pensar a Bordman que ella sabía que un navío de la Inspección Colonial iba a llegar para recogerle. La muchacha creía que él confiaba en ser salvado, aun cuando el resto de la colonia se

quedara y la mayoría no consintiera partir abandonando a su parentela cuando tuviera lugar en aquel sistema solar la muerte de la humanidad. Dijo con torpeza:

—Cincuenta mil kilovatios no bastan para hacer aterrizar un navío.

Herndon frunció el ceño. Luego contestó:

—Oh, ¿quiere usted significar que el navío de la Inspección que tiene que recogerle no podrá aterrizar? Pero sí puede quedar en órbita y mandar a por usted una lancha cohete de aterrizaje.

—No pensaba en eso. Tenía otra cosa mas en la cabeza. Me... me gusta su hermana. Es maravillosa. Pero también hay otras mujeres aquí en la colonia. Una docena en total. Como cuestión de respeto propio creo que deberíamos evacuarlas en la nave del servicio de Inspección. Reconozco que no accederían a marcharse. Pero sí no las permitimos elegir... sí las hacemos subir a bordo del navío y se encuentran de pronto... bueno... raptadas sin tener ellas la menor culpa... Entonces tendrían que enfrentarse al hecho consumado y seguirían viviendo.

Herndon contestó con sencillez.

—Yo también lo he estado pensando durante algún tiempo. Sí, estoy de acuerdo. Pero si el navío de la Inspección no puede aterrizar...

—Creo que puedo lograr su aterrizaje, de todos modos —dijo Bordman—. Me es posible intentarlo, por lo menos. Necesito hacer pruebas. Pero preciso que me prometa que si consigo traer al navío hasta el suelo usted conspirará con el patrón y arreglar que ellas sigan vivas...

Herndon le miró.

—En cierto modo, algo nuevo en cuestión de material —añadió incómodo Bordman—. Tengo que quedarme para solucionarlo. Forma también parte de mi trabajo. Y, claro, su hermana no tiene por qué saberlo o ella no podría ser forzada a seguir viviendo...

La expresión de Herndon cambió un poco.

—Trato hecho. Pero ¿qué hará usted?

—Necesitaré algunos metales que no hayamos fundido aún. Potasio si puedo lograrlo, sodio, si también lo puedo conseguir, y lo más difícil va a ser el cinc —dijo Bordman—. Preferiría cesio, pero aquí no hemos hallado ni rastro de ese mineral.

—No. No hay cesio. Me parece que podré proporcionarle sodio y potasio de las rocas. Temo que no haya cinc. ¿Cuánto necesita?

—Gramos —repuso Bordman - Cantidades triviales. Y necesitaré que se construya una maqueta de rejilla de aterrizaje.

Herndon se encogió de hombros.

—Está más allá de mi capacidad mental. Pero el trabajar beneficiará a todos. Nos sentimos más fracasados aquí que los otros seres humanos que existieron en la historia. Reuniré a los hombres que efectuarán el trabajo. Usted les hablará.

La puerta se cerró tras él. Bordman acabó de quitarse sus ropas térmicas. Pensó: «Se pondrá furiosa cuando vea que su hermano y yo la hemos engañado». Luego pensó en las demás mujeres. «Si hay alguna casada tendremos que procurar que haya espacio para su marido. Tendré que completar el plan. Lo haré aparecer como un motivo de esperanza o sino las mujeres lo descubrirían. Pero no pueden irse muchas personas».

Sabia a ojo de buen cubero cuántos pasajeros extra podía transportar un navío de la Inspección, incluso en un caso de emergencia como aquel. Los alojamientos a bordo no eran nada lujosos. Todo estaba atestado, amontonado. Los navíos de la Inspección eran toscos, pequeños, que cumplían con su obligación en medio de un aburrimiento, incomodidad y peligro. Pero uno de estos navíos se llevarla a Kent IV, a unos pocos evacuados involuntarios.

Se instaló en el escritorio de Herndon para preparar lo que debía hacerse.

No era razonable. Hurgar la ionosfera en busca de energía era como bombear agua de un pozo en medio del desierto arenoso. Si el nivel del agua era alto, había en él una presión que impulsaba al liquido hacia la tubería, de manera que el bombeo se hacía más fácil y rápido. Si el nivel de agua era bajo, el liquido no manaba lo bastante de prisa. La bomba aspiraría en seco. En la ionosfera el nivel de Ionización fue antes del tamaño y presión de los granos de arena del pozo del desierto. Cuando el nivel era alto, la corriente que manaba era grande porque los granos tenían una alta conductividad. Pero al disminuir el nivel pasaba lo mismo que con el tamaño de los granos. Había allí menos que sacar y más resistencia al fluir.

Sin embargo, en el horizonte se percibía un rastro de aurora boreal. Quedaba aún energía libre. Si Bordman conseguía exprimirla con su nuevo bombeo, podría aumentar la conductividad incrementando los Iones presentes en torno al lugar en el que sus cargas eran extraídas, con lo que crecería el volumen total de la corriente que manara. Sería como escurrir los ladrillos con que estaba hecho el pozo de la bomba.

Bordman hizo los cálculos con esmero. Era irónico que se tomara tantas molestias, simplemente porque carecía de cohetes de prueba de los que usa el Servicio para formarse una idea del sistema climatológico de un planeta. Se elevan verticales de unas cincuenta millas, dejando detrás de su cola una estela de vapor de sodio. La estela es detectable durante algún tiempo y los Instrumentos sobre el suelo registran cada desplazamiento debido a los vientos a distintas direcciones y velocidades, uno tras otro. Tal cohete con su carga ligeramente cambiada haría todo cuanto tenía Bordman proyectado. Pero como carecía de tan valiosa ayuda, su trabajo sería muchísimo más penoso.

Una radio-rejilla de aterrizaje no debe tener más de un kilómetro de anchura y seiscientos metros de alto, porque su campo ha de llegar hasta cinco diámetros planetarios de distancia para manejar las naves que aterrizan o despegan. El gobierno de objetos sólidos tiene que ser seguro, por lo que la energía no debe obtenerse con improvisados medios. Para arrojar una bomba de vapor de sodio desde alguna parte, entre treinta y ochenta kilómetros de altura, necesitaba sólo una rejilla de dos metros de ancho y metro y medio de altura. Con ella podría lanzar el sodio mucho mas alto, y mantenerlo allí donde lo hubiera lanzado. Pero si doblaba el tamaño, la seguridad sería mayor.

Triplicó las dimensiones. Construiría una radio-rejilla de seis metros de ancho por cinco de alto. Sintonizada con el tamaño de una bomba pequeña, podría mantenerla firme a doscientos cincuenta mil metros, mucho más lejos de lo que era necesario. Empezó a dibujar los bocetos de detalle.

Herndon volvió con media docena de colonos escogidos. Eran jóvenes, más técnicos que científicos. Alguno tenía varios años de edad menos que Bordman. Sus expresiones eran ásperas y ceñudas, aunque uno fingía un falso desaire y, un par, trataba de reprimir la

irritación que les producía la monstruosa ocurrencia que destruirla no sólo sus propias vidas, sino todo cuanto recordaban del planeta que era su patria. Miraron casi con aire de desafío a Bordman.

Se explicó. Iba a colocar una nube de vapor metálico en la ionosfera. Sodio, si lo tenía, potasio, si podía, cinc, si era necesario. Esos metales se ionizaban fácilmente por la luz del sol, con mayor facilidad que los gases atmosféricos. En efecto, iba a sembrar cierta zona de la ionosfera con material que incrementara la eficiencia del brillo solar en proporcionar energía eléctrica. Como efecto secundario, habría un incremento en la conductividad con respecto a la de la ionosfera normal.

—Algo así se hizo en la Tierra hace siglos —explicó—. Utilizaron cohetes y formaron nubes de vapor de sodio de unos cuarenta kilómetros de extensión. Incluso hoy en día la Inspección utiliza cohetes de prueba con estelas de vapor de sodio. Funcionará hasta cierto punto. Ya descubriremos hasta cuándo.

Sintió fijos en él los ojos de Herndon. Le miraban casi con respeto reverencial. Pero uno de los técnicos dijo:

—¿Cuánto duraran esas nubes?

—A la altura proyectada, tres o cuatro días —respondió Bordman—. No servirán de mucho por la noche, pero empezarán a enviarnos energía en cuanto les dé el sol.

—¡Uf! —exclamó un hombre de la parte posterior. Su exclamación tenía el significado de: «¡Adelante!».

Alguien mas dijo febril:

—¿Qué hacemos? ¿Preparamos los diseños? ¿Quién construirá las bombas? ¿Quién hace una cosa y quién la otra? ¡Distribuyamos las tareas!

Se produjo una confusión y Herndon se marchó. Bordman sospechó que había ido a procurar que Riki transcribiese esta teoría al lenguaje de puntos y rayas y la transmitiera a Lani II. Pero no había tiempo para detenerle. Aquellos hombres querían datos precisos y pasó media hora, antes de que el ultimo de ellos saliera con bosquejos recién hechos y otro volviese para que se le aclarara un punto dudoso y unos cuantos hombres más se presentaran pidiendo participar en los trabajos.

Cuando volvió a estar a solas, Bordman pensó:

«Quizás valga la pena hacerlo porque así conseguiré que Riki

suba a bordo del navío de la Inspección. ¡Lo malo es que ellos piensan que con este sistema se podrían salvar los habitantes de su planeta patria!».

Y eso no era posible. Sacar energía de la luz solar es sólo eso, sacar energía de la luz, mírese por donde se mire. Si se extrae energía eléctrica, quedará, pues, menos calor. Calientese un lugar con energía eléctrica y todo lo demás quedará algo más frío. Es una igualdad. Sobre aquel mundo-colonia la cosa no importaba, pero en el mundo patria, sí. Cuantos más trucos se emplearan para reunir calor, más calor se necesitaría... De nuevo retrasaría la muerte de veinte millones de personas, pero nunca, nunca se lograrla impedir que murieran...

La puerta se corrió y entró Riki. Balbuceaba un poco.

—Acabo de cifrar lo que Ken me dijo que enviara a la patria. ¡Eso lo... lo solucionará todo! ¡Es maravilloso! ¡Deseaba expresárselo así a usted!

—Considere que he aceptado el cumplido con una reverencia de agradecimiento respondió. Una mujer puede obligarle a hacer un montón de cosas. ¡Yo lo he hecho!

La miró intranquilo. Ella siguió sonriendo.

—Yo, incluso yo, puedo por lo menos decirme a mi misma que ayudé a resolver esto. En verdad, tenga usted en cuenta, que le pedí por favor que cambiase estos hechos tan enojosos y que le miré emocionada y exclamé, que era usted muy alto y muy fuerte, y muy listo... ¡Me pasé el resto de la velada congraciándome de haberle ayudado a resolver la situación!

Bordman tragó saliva.

—Me temo —dijo—, que eso tampoco dé resultado.

Ella inclinó la cabeza graciosamente.

—¿No?

La miró con aprensión. Y luego con un azorado cambio de la reacción emocional, vio que los ojos de la chica estaban llenos de lágrimas. Riki dio una patadita contra el suelo.

—¡Es usted horrible! —exclamó—. Vengo aquí y... y si usted cree que me puede raptar para salvarme sin siquiera decirme que le gusto un poco... como se lo confesó a mi hermano, o que soy «maravillosa»...

Se quedó atónito de que ella lo supiera. Riki volvió a golpear el

suelo con el pie.

—¡Santo cielo! —gimió—. ¿Tengo que «pedirle» que me bese?

Durante la última noche de preparativos, Bordman permaneció sentado junto a un termómetro que registraba la temperatura exterior. Lo estuvo vigilando como la madre que vigila al niño enfermo. Lo miró y juró por lo bajo y sudó, aunque la temperatura Interior del casco había sido reducida para ahorrar energía. No había nada que pudiese hacer en la actualidad. A media noche el termómetro marcó setenta grados bajo cero Fahrenheit. A mitad del alba marcaba ochenta grados bajo cero Fahrenheit. Una hora antes de amanecer, señalaba ochenta y cinco grados bajo cero. Entonces sudaba profusamente. El significado del lento descenso era que el dióxido de carbono se estaba congelando en las capas superiores de la atmósfera. Las partículas heladas caían despacio hacia abajo y cuando llegaban a las capas inferiores y a los niveles más cálidos, se volvían a convertir en gas. Pero había un nivel, por encima del CO₂, en donde la temperatura permanecía constante.

La altura a la que existía el dióxido de carbono cada vez disminuía, despacio, pero inexorablemente. Y por encima del nivel del dióxido del carbono, no había límite bajo para la temperatura. Excepto de invernaderos que se debía al CO₂. Sí ese gas no existía, el frío espacial se apoderaba de todo. Sí la lectura a nivel del suelo del termómetro era algo menos que ciento uno de bajo cero, terminaría todo por completo. Sin el efecto Invernadero, el lado nocturno del planeta, una vez lo bastante frío, perdería calor hacia el vacío tan aprisa como lo recibía del sol. Menos ciento nueve, tres, era la lectura crítica. Si bajaba, la caída llegaría hasta ciento cincuenta, doscientos grados bajo cero, o más. Y ya nunca volvería a subir.

Habría lluvia al caer la noche, una lluvia de oxígeno helado o líquido que salpicaría el suelo. La vida humana sería imposible en cualquier cobijo y bajo cualquier condición. Incluso los trajes espaciales no protegerían contra una atmósfera que absorbía calor a tanta velocidad. Un traje espacial puede calentarse contra la pérdida de temperatura debido a la radiación en el vacío. No puede calentarse para que luche contra el nitrógeno, que lo cortaría irresistiblemente por contacto.

Pero mientras Bordman lo miraba, el termómetro se estabilizó

en menos ochenta y cinco grados. Cuando vino el alba, subió hasta setenta. A mitad de mañana, la temperatura a la luz brillante del sol no era más baja que sesenta y cinco grados bajo cero.

Pero no saltó más durante toda la jornada. Ni Bordman se sorprendió cuando Herndon vino a buscarle.

—Su pantalla telefónica ha estado llamando dijo Herndon —y no contestó. Debe usted haber estado de espaldas. Riki está en la mina, mirando que los muchachos preparen las cosas. Estaba preocupada al no poderle llamar. Me pidió que descubriese cuál era la causa.

—¿Tiene algo para calentar el aire que respira? —preguntó Bordman.

—Naturalmente contestó Herndon. —Añadió curioso—. ¿Qué pasa?

—Casi hemos recibido la paliza que nos esperábamos —le dijo Bordman—. Tengo miedo por esta noche y por mañana también. Si el C02 se congela...

—¡Tendremos energía! —insistió Herndon—. Construiremos túneles en el hielo y cúpulas también. ¡Edificaremos una ciudad bajo el hielo, si es preciso! ¡Pero tendremos energía!

—Lo dudo muchísimo —repuso Bordman—. ¡Desearía que no le hubiese contado a Riki lo del trato de sacarla de aquí cuando venga el navío de la inspección!

Herndon sonrió.

—¿Está la rejilla pequeña preparada? —preguntó Bordman.

—Todo preparado —dijo Herndon—. Se encuentra en el túnel de la mina con radiadores de calefacción operando sobre ella. Las bombas están dispuestas. Hemos confeccionado bastante para que nos duren meses, mientras nos dedicamos a ello. ¡Es inútil correr riesgos!

Bordman le miró con agudeza. Entonces dijo:

—Podemos salir y probar el chisme entonces.

Se puso las ropas de abrigo contra el frío, tal y como habían quedado modificadas ante el creciente descenso de la temperatura. Nadie podía respirar el aire a menos de sesenta y cinco grados sin que sus pulmones quedasen congelados. Así que ahora, utilizaron una máscara de plástico para cubrir el rostro y el aire, que una vez aspirado del exterior, era calentado a través de un tubo con parrilla

eléctrica. Pero sin embargo, seguía siendo poco prudente permanecer fuera de cobijo durante demasiado tiempo.

Bordman y Herndon salieron al exterior. Franquearon la escotilla térmica y miraron en su torno. El sol parecía marcadamente más pálido y ahora, había vuelto a perder sus halos perihelios. Cristales de hielo ya no flotaban en el aire casi congelado. El firmamento era oscuro, casi púrpura, y le parecía a Bordman que podía detectar débiles chispitas de luz. Serían estrellas, brillando a la luz del día.

No se veía a nadie en absoluto, sólo la blanca frialdad de las montañas, pero había movimiento en la boca de la mina y algo salió de ella. Eran cuatro hombres, arrebujados como el propio Bordman. Empujaron la rejilla lucia de la boca de la mina, trasladándola sobre aquellos sacos hinchados que son mucho mejor que las ruedas en un terreno áspero. Vestidos con aquellas máscaras y ropas, parecían absurdos osos despidiendo vapor por la boca. Tenían una especie de tractor o impulsor energético y colocaron la caja de metal en la parte superior de una piedra redondeada que se alzaba en el centro del valle.

—Elegimos ese lugar —dijo Herndon a través del frío ambiente —, porque cambiándole la posición de la rejilla, se puede apuntar manteniendo siempre una base sólida. ¿De acuerdo?

—Por completo —contesto Bordman- La haremos funcionar.

Los dos hombres cruzaron el valle en el que nada se movía, excepto las acolchadas figuras de los cuatro técnicos. Sus máscaras respiratorias parecían emitir humo. Agitaron las manos como saludo a Bordman. «Soy popular de nuevo», pensó con pesimismo, «bueno no importa. Conseguir que aterrice el navío de la Inspección no serviría de ayuda ahora, puesto que Riki esta advertida. Y esta triquiñuela no resolverá nada permanentemente en el planeta patria. Sólo aplazará las cosas».

Incluso cuando Riki, abrigada como el resto, le saludó con un ademán desde la boca del túnel, sus ánimos no cobraron altura. Lo que quería era pasarse años y años junto a Riki. Deseaba, de hecho, estarse al lado de ella siempre. Y quizás no hubiese mañana.

—Hice que trajesen hasta aquí el tablero de control —gritó ella a través de su máscara—. ¡Hace frío, pero se puede vigilar!

No habría mucho que vigilar. Sí todo iba bien, algunas agujas de

los diales se agitarían violentamente y sus lecturas subirían y subirían. Pero no habría lecturas de temperatura. Al poco la gran radio-rejilla informaría que aumentaba la potencia sacada del firmamento. Pero esta noche la temperatura caería bastante más. Mañana por la noche la caída sería mucho mayor y cuando llegase a ciento nueve, tres grados bajo cero a nivel del suelo, sería el único problema.

Otra de las figuras que parecían un oso salió de la boca de la mina, seseando hacia la rejilla. Portaba en los brazos un objeto bien envuelto y abrigado. Se detuvo y se deslizó por debajo de las viguetas de la rejilla y colocó el objeto sobre la piedra. Bordman siguió el cableado con los ojos, desde la rejilla hasta el tablero de control y desde allí, también el tablero de las células o almacenaje de reserva de energía, bien hondas en la montaña.

—La radio-rejilla está sintonizada con la bomba —dijo Riki muy cerca de él—. ¡Yo misma lo comprobé!

La figura salida del valle señaló a la bomba y se produjo una pequeña nubecilla de vapor gris que se alzaba hacia el cielo. Continuó. La figura salió apresuradamente del centro de la rejilla.

Cuando lo hubo hecho, Bordman oprimió un Conmutador.

Se oyó un fino sonido como algo que rechinase, y el objeto humeante y bien envuelto saltó hacia arriba. Parecía caer en dirección al firmamento. No hubo nada más espectacular que eso. Un objeto del tamaño de una pelota de baloncesto, volando en línea recta hacia las alturas, desapareciendo rápidamente.

Bordman permaneció sentado e inmóvil, contemplando los diales del tablero de control. Al poco corrigió un interruptor y dio vuelta a un conmutador. No quería que la bomba fuese demasiado alta con una velocidad ascensional excesiva. A treinta mil metros encontraría poco aire que la frenase y que detuviera el vapor que iba a emitir.

El dial del campo focal marcó cincuenta mil metros y Bordman invirtió el conmutador de ascensión. Contó, y luego cortó la energía. El pequeño y doble rechinar finalizó. Maniobró el interruptor de entrada de energía y la aguja del indicador se agitó. La diminuta rejilla estaba extrayendo energía como su gemela mayor, pero su campo, en comparación era infinitesimal, extrayendo la energía, como si la absorbiese con una paja de una

extensa alberca llena de agua.

Entonces la aguja de entrada osciló con viveza. Subió y bajó rápidamente y empezó a estabilizarse, aunque su movimiento de ascenso era notable y seguro. Riki no miraba eso.

—¡Veo algo! —exclamó jadeando la muchacha—. ¡Mírelos!

Los cuatro hombres que habían colocado en su sitio la rejilla mas pequeña miraban hacia el cielo. Extendían los brazos. Uno de ellos saltaba repetidamente. Todos saltaron y todos prácticamente bailaban.

—Veamos —dijo Bordman.

Salió del túnel con Riki. Miró hacia el cielo y directamente por encima de sus cabezas, en donde el firmamento era más oscuro en su azul, y donde parecía que las estrellas brillaban a la luz del día, habla una diminuta nube. Pero crecía. Sus bordes eran amarillentos, amarillo azafrán, y se extendía y extendía. Al poco comenzó a adelgazarse, comenzando a brillar. Era luminosa, y su luminosidad tenía una cualidad extraña y familiar.

Alguien vino al túnel jadeando desde el interior de la montaña.

—¡La rejilla... la gran rejilla! —exclamó—. ¡Esta extrayendo energía! ¡Energía en grande! ¡Mucha energía!

Pero Bordman estaba mirando al firmamento, como si no creyese lo que veían sus ojos. La luz se extendía ahora muy despacio, pero creciendo todavía. Y no era regular en su forma. La bomba no la había desperdigado por igual y el vapor salía mas por un lado que por el otro. Había un brazo estrecho y arqueado de brillantez...

—¡Parece igual que un corneta! —dijo Riki casi sin aliento.

Y entonces Bordman se quedó petrificado con todos sus músculos inmóviles. Miraba a la luna que habían mandado errante y dentro de sus mitones, sus puños se crispaban, mientras tragaba saliva detrás de su fría máscara.

—Eso es —dijo con voz ronca—. Es muy parecida a un cometa. ¡Me alegro de que lo dijese! Incluso podemos hacer algo más parecido a un cometa. Podemos utilizar todas las bombas fabricadas ahora mismo para conseguirlo. ¡Y podemos darnos prisa para que esta noche no haga más frío!

Lo que, claro, parecía una insensatez. Riki le miró con aprensión. Pero Bordman acababa de pensar en algo. Y nadie le

había enseñado eso, sino que había salido de él, no de los libros. En su mente estaba imaginando un cometa.

La nueva idea era tan prometedora, que la examinó con ansia intranquila, temeroso de que no resultara. Era una idea que realmente podía cambiar los hechos resultantes de una constante solar baja, en una estrella tipo sol.

III

Cuando se comprobó el efecto de la primera, la mitad de la colonia se puso a trabajar para fabricar mas bombas. Al principio los hombres no eran muy eficientes, porque tendían a suspender el trabajo de cuando en cuando y ponerse a bailar de alegría. Pero trabajaron con apasionado entusiasmo. Fabricaron más cápsulas para bombas y prepararon sodio y potasio y un gran número de espoletas con mejor aislamiento para proteger las bombas del frío del espacio sin aire, porque éstas iban destinadas al vacío interestelar.

La radio-rejilla en miniatura podía elevar y sostener quieta una bomba dentro de un campo focal que oscilaba entre los doscientos y los quince mil metros, pero si dicha bomba era acelerada durante toda su trayectoria hasta aquel punto y de pronto se suspendía el campo... ¡Oh, nada había que la retuviera! Seguía ascendiendo con la velocidad alcanzada. Y estallaría cuando su espoleta decidiera que había llegado el momento, emitiendo inmediatamente una masa de vapor sódico y potásico, mezclado con los humos de alto explosivo que se proyectarla locamente en todas direcciones interestelares. El vacío absoluto disgregaría los metales gasificados y comprimidos. Los átomos descohesionados, al rojo blanco por causa de la explosión, cruzaban girando sin cesar el soleado espacio. La luz del sol quedó un poco disminuida, claro, pero los átomos individuales de los minerales alcalinos más ligeros de la tierra, tenían señaladas cualidades fotoeléctricas. A la luz solar sus moléculas se ionizaban y, por tanto, se extendían aún más y no se coagulaban siquiera en gotitas microscópicas.

De hecho formaban una nube en el espacio. Una nube ionizada en la que había una partícula lo bastante grande como para

responder a la presión de la luz. La nube se comportaba como los gases de la cola de un cometa. Era en realidad una cola de cometa, sin... cometa, y ciertamente, una extraordinaria cola de cometa, porque se dice, que a la presión normal, los gases que forman la cola de cualquier cometa caben dentro de la copa de un sombrero. Pero sin duda aquella cola no habría cabido. Incluso antes de gasificarse, su tamaño era el de una pelota de baloncesto. Y, en el espacio, relucía, brillaba.

Tenía la brillantez de la luz solar, que era luz que ordinariamente se habría perdido alejándose en las inmensidades de la oscuridad interestelar. Llenaba un rincón del firmamento. Al cabo de una hora, tenían ya una cola de cometa de veinte mil kilómetros de longitud, que visiblemente iluminaba el cielo diurno y siendo sólo aquella, la primera de una serie de nubes reflectoras.

La siguiente bomba enviada al espacio estalló en diferente zona, porque Bordman había hecho que trasladaran la radio-rejilla en miniatura para que apuntase en una línea escogida con mayor cuidado. La otra desparramó brillantez en una dirección diferente y su brillo perduró.

Bordman había lanzado las primeras bombas al azar, porque sabía que lanzarían más y porque tenía un ansía desesperada de colocar muchas colas de cometa, tantas como le fuera posible, en torno al planeta-colonia antes de que cayera la noche. No quería que el frío aumentara.

Y no aumentó. De hecho, aquella noche no hubo en Lani III una verdadera «noche».

El planeta, claro, giró en torno a su eje. Pero a su alrededor, muy cerca, pendían gigantescas fajas de brillante gas. En su principio, aquellas fajas tenían cierto parecido con esas colas peludas de animales salvajes, con las que los niños adornan sus gorritos de cazadores. Sólo que brillaban y que a medida que se extendían también se iban fundiendo unas con otras, de manera que había una especie de enorme y reluciente cortina en torno a Lani III, un cortinaje de niebla metálica, que captaba la luz solar que de otro modo se habría desperdiciado y, aún más, difundía parte de dicha luz sobre Lani III. A medianoche había un solo lugar en el firmamento que fuese realmente oscuro.

Quedaba directamente encima de sus cabezas, en la parte del

planeta Opuesta al sol. Las gigantescas fajas relucientes formaban una pared, una tubería de material semejante al de la cola de los cometas, aunque sin embargo, muchas veces más denso y por tanto más brillante, que apantallaba al mundo-colonia impidiendo que le llegara el frío proporcionando una cálida y reconfortante luminosidad.

Riki sostenía con terquedad que era capaz de percibir el calor celeste, pero eso era improbable en extremo. Sin embargo, el calor venía de alguna parte. El termómetro no cayó en absoluto aquella noche. Subió. Marcaba cincuenta bajo cero, al alba. Durante el día mandaron en la siguiente jornada veinte bombas más hacia el espacio y subió hasta veinte grados bajo cero. Pero al día siguiente se recibieron mediciones del planeta madre y los resultados concretos de los cálculos empíricos y así, las bombas del tercer día fueron colocadas en los espacios óptimos según sus propósitos calefactores.

Para el alba del cuarto día, el aire tenía una suave temperatura de cinco grados bajo cero y al la siguiente se produjo una débil corriente de deshielo precisamente a mediodía.

La mañana en que llegó el navío de la inspección se hablaba de repoblar de peces el río. La gran radio-rejilla de aterrizaje emitió un sonido profundo y vibrante, como la nota más baja del mayor órgano que pudiera imaginarse. Una motita apareció muy arriba del cielo azul pálido con nubes de gas dorado. El navío de la Inspección bajó y bajó posándose como un objeto plateado en el mismísimo centro de la roja radio-rejilla de aterrizaje.

El patrón fue al encuentro de Bordman. Estaba en el despacho de Herndon. El navegante se esforzó por conservar en su rostro su imperturbable expresión de costumbre.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó—. ¡Constituye el espectáculo más condenado de toda la galaxia y me han dicho que es usted el responsable! ¡Han habido planetas anillados antes y cometas y el cielo sabe qué! ¡Pero esa tubería gaseosa apuntando al sol con una longitud de ciento cincuenta mil kilómetros! ¡Y hay dos mangas o coladores iguales... uno para cada planeta habitado!

Herndon le explicó por qué aquellas cortinas pendían del espacio. Había una caída en la constante solar...

El patrón explotó. ¡Quería hechos! ¡Detalles! ¡Algo que pudiese

informar!

Bordman se puso inmediatamente a la defensiva cuando el patrón se volcó en preguntas. Las altas autoridades de un navío del servicio de Inspección no sienten ningún respeto por los Inspectores de Primera del Servicio Colonial. Los hombres como Bordman pueden ser un estorbo para un esforzado patrón de espacionave. Se les tenía que llevar a los lugares más inverosímiles para que inspeccionaran las instalaciones coloniales. Tenían que ser llevados a tierra en colonias a veces casi inalcanzables y, lo que era peor, había que pasar después a recogerlos, salvando innumerables dificultades y poniendo incluso en peligro muchas veces las propias naves espaciales. Por tanto, un hombre en la posición de Bordman es muy probable que sea impopular.

—Había terminado mi inspección aquí —dijo defensivamente—, cuando maduró un ciclo de manchas solares. Todos los períodos de manchas solares coincidieron en fase y la constante solar cayó. Por tanto, naturalmente, ofrecí cuanta ayuda pude para resolver la situación.

El patrón le miró incrédulo.

—¡Pero eso no podía hacerse! —exclamo—. ¡Me dijeron que lo hizo, pero insisto en que eso es imposible! ¿Se da usted cuenta de que esas pantallas de vapor pueden convertir en utilizables a más de cincuenta mundos fronterizos? ¡Doscientos cincuenta gramos de sodio por semana! ¡De vapor sodio! —Hizo un gesto de desfallecimiento—. ¡Me dicen que la cantidad de calor que ha llegado la superficie aquí, ha sido un quince por ciento más alta! ¿Se da usted cuenta de lo que «eso» significa?

—Ya lo había pensado —admitió Bordman—. Aquí se produjo una situación local y era preciso hacer algo. Así que... ejem... empecé a recordar cosas y Riki sugirió algo que posiblemente a mí no se me habría ocurrido. El resultado está a la vista —luego añadió con brusquedad—: No partiré de aquí. Mandaré con usted mi dimisión. Creo que me voy a instalar en este mundo. Aún tardará mucho tiempo en que reinen condiciones verdaderamente moderadas climatológicamente hablando, pero podemos calentar un valle como éste para ser cultivado y va a ser una tarea bastante satisfactoria. Estamos en un planeta nuevo y hemos de establecer también un nuevo sistema ecológico.

El patrón del navío de la Inspección se sentó pesadamente. Luego se abrió la puerta del despacho y entró Riki. El patrón se volvió a poner en pie. Bordman efectuó las presentaciones con cierta torpeza. Riki sonreía.

—Le estaba diciendo que presento mi dimisión en el Servicio para instalarme aquí —explicó Bordman a la muchacha.

Riki asintió. Colocó posesivamente su mano en el brazo de Bordman. El patrón del navío aclaró su garganta.

—No me llevaré su dimisión —dijo—. Tenemos que preparar informes detallados de cómo funciona este asunto. ¡Maldita sea, si las nubes de vapor en el espacio pueden utilizarse para mantener caliente un planeta, lo mismo se pueden emplear para dar sombra a cualquier mundo que la necesite! Sí usted dimite, alguien tendrá que venir aquí para efectuar observaciones y enterarse de las particularidades de la triquiñuela. ¡Nadie puede efectuar el viaje en menos de un año! Tiene que quedarse usted aquí para preparar un informe completísimo y ha de permanecer a mano para que se le consulte cuando esto mismo haya de hacerse en cualquier otra parte. Yo comunicaré a nuestras autoridades que insistí para que se quedara como Inspector de emergencia...

Riki le interrumpió diciendo confiada:

—¡Oh, eso está bien! ¡Lo hará! ¿Verdad que sí?

Bordman asintió. «Toda la vida me he sentido solitario», pensó. «Nunca me he sentido como si perteneciera a ningún lugar. Pero nadie posiblemente pertenecerá tanto a algún lugar como yo perteneceré aquí cuando esto sea cálido y verde y hasta la hierba del suelo sea en parte obra mía. Pero a Riki le gusta que continúe en el Servicio. A las mujeres les agrada que sus hombres luzcan vistosos uniformes».

Y en voz alta dijo:

—Claro. Si es necesario se hará. Aunque pueden ver sin dificultad que aquí no se ha hecho nada verdaderamente notable. Todo cuanto hice me lo habían enseñado antes o lo había leído en los libros.

—¡Cielito! —exclamó mimosa Riki—. ¡Eres maravilloso!

IV

Y se casaron y Bordman fue muy, pero que muy feliz. Pero quienes pueden prestar un servicio a sus semejantes nunca gozan de una tranquilidad duradera. ¡Nosotros los humanos estamos siempre tan apurados!

Bordman llevaba viviendo feliz en Lani III tres años, cuando se produjo una emergencia en Kalen IV y ningún otro Inspector de Colonización Especial podía llegar a aquel mundo a tiempo de resolver el problema. Un navío espacial acudió para solicitarle su colaboración... sólo por aquella vez. Y, de mala gana, se fue dispuesto a hacer lo que pudiera, asegurando a Riki que regresaría dentro de tres meses. Pero estuvo ausente dos años y su hijo menor no le reconoció el día en que volvió al planeta donde había instalado su hogar.

Quedó en casa un año y entonces se produjo otra emergencia en Seth IV. Eso le entretuvo cuatro meses tan solo, pero antes de poder regresar a Lani se le solicitó con urgencia que inspeccionara una colonia en Aleph 1, donde los colonos no podían entrar en posesión de sus tierras hasta que diera el permiso un Inspector del Servicio. Luego hubo aún otra llamada...

En los primeros diez años de su matrimonio, Bordman pasó menos de cinco con su familia. Eso no le gustó ni pizca. A los quince años de casado dijo claramente en el Cuartel General que sólo seguiría en el servicio hasta que un nuevo graduado de la Escuela de Inspección Especial pudiera ocupar su plaza. Luego fue a su hogar para quedarse hasta el fin de sus días.

... Y EN POLVO TE CONVERTIRÁS

I

Bordman conoció que algo iba mal cuando el navío se vio sacudido por las molestas y penetrantes e incómodas vibraciones causadas por la combustión de los cohetes. La impulsión por cohete era estrictamente un dispositivo de emergencia en aquellos días y si se utilizaba tal impulsión era porque la emergencia se había presentado.

Permaneció quieto, sentado. Había estado leyendo en el salón de pasajeros del «Warlock» —por cierto un salón muy pequeño— pero como Inspector de Primera Clase del Servicio de Inspección Colonial que gozaba de experiencia considerable, había viajado lo bastante corno para saber cuándo las cosas no iban como debían. Nadie vino a explicar por qué excentricidad una espacio-nave empleaba impulsión por cohetes. La explicación habría dado inmediatamente en cualquier navío de pasajeros corriente, pero el «Warlock» era prácticamente una trampa. En aquel viaje transportaba sólo dos pasajeros. El servicio de viajeros todavía no estaba autorizado en el planeta de destino y no lo estaría hasta que Bordman hubiera presentado el informe que aun tenía que redactar y aun tenía que compilar. En aquel momento, sin embargo, los cohetes funcionaron, y se detuvieron, y volvieron a funcionar. En definitiva, había algo que no marchaba bien.

El otro pasajero del «Warlock» salió de su camarote. Era una mujer, parecía sorprendida. Se llamaba Athletha Redfeather, una amerinda muy adorable. Era extraordinario que una chica pudiese ser tan autosuficiente en un aburrido viaje espacial Bordman lo aprobaba. Efectuaba el viaje hasta Xosa II como representante de la Sociedad Histórica, de Amering, pero se había traído sus propios libros carretes y realizaba de vez en cuando unas graciosas labores

de punto, muy femeninas, con lo que ocupaba sus momentos de ocio. Ningún momento fue un estorbo. Ahora inclinaba la cabeza a una lado mientras miraba inquisitivamente a Bordman.

—También yo estoy extrañado le dijo, precisamente cuando un violento estremecimiento de la impulsión cohete hizo que las patas de su silla saltaran del suelo.

Se produjo un largo periodo de inquietud. Después otra impulsión más violenta pero más breve. Una nueva calma. Una impulsión de medio segundo producida posiblemente por un sólo cohete a causa de la arena sacudida. Después, nada en absoluto.

Bordman frunció el ceño interiormente. Con certeza anticipaba el aterrizaje, cuestión de horas. Mientras se ocupaba de su libro de notas para volver a familiarizarse con el trabajo que tenía que inspeccionar en Xosa II. Era una explotación perfectamente vulgar de un planeta mineorológico y esperaba poder colocar su BE (bien establecido) y probablemente su PT (Permitido al turismo) y NHSC (no hace falta cuarentena) que abrirían por completo el mundo aquel, al tráfico Interplanetario. Considerando la aridez del planeta no se esperaba que existiesen peligros bacteriológicos y, si los turistas deseaban visitar sus monstruosos desiertos y sus infernales esculturas naturales, Serían bienvenidos.

Pero el navío había utilizado la impulsión por cohetes en la próxima vecindad del Planeta. Emergencia. Lo que era ridículo. Aquel era un viaje de pura rutina. Su propósito era la entrega de equipo pesado, especialmente una fundición completa, y dejar que una Oficial de Primera del Servicio de inspección Colonial informase acerca de haberse logrado los fines de un desarrollo primario.

Athletha esperaba, como si aguardase más impulsiones de los cohetes. Al poco sonrió, quizás porque por su mente cruzó un pensamiento original.

—Esto es como una cinta de aventuras —dijo—, el altavoz anunciará ahora que el navío se ha Instalado en órbita en torno a un planeta extraño y desconocido en los mapas al que vio por primera vez hace tres días y luego, pedirá voluntarios para aterrizar con una lancha.

—¿Pierde usted el tiempo con grabaciones de aventuras? —pregunto Bordman impaciente ¡Son tonterías! ¡Verdaderas

tonterías!

Atletha volvió a sonreír.

—Mis antecesores dijo —solían celebrar danzas tribales y elaboraban conjuros y hasta presumían de las cabelleras que habían arrancado a sus enemigo. Servía satisfactoriamente de sistema educativo para la juventud. Sus adolescentes se familiarizaron con la idea de lo que hoy llamamos aventura. Estaban en parte dispuestos para Soportarla cuando se producía. Imagino que sus antecesores solían contarse unos a otros historias acerca de la caza de mammouths y cosas así. Así que creo seria divertido oír que estamos en Órbita y que se prepara una lancha de aterrizaje.

Bordman gruñó. Ya no habían aventuras. El universo estaba cronizado, civilizado. Claro que habían planetas fronterizos —Xosa II era uno de ellos—, pero los adelantados sufrieron únicamente penalidades. No corrían aventuras.

El altavoz zumbo. Una voz dijo con sequedad:

—Aviso. Hemos llegado a Xosa II y nos hemos estabilizado en Órbita. El aterrizaje será mediante lancha.

Bordman se quedó boquiabierto.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó.

—Quizás aventuras —contestó Atletha.

Sus ojos brillaban adorablemente cuando sonreía. Utilizaba el moderno atuendo amerindio, señal de orgullo de sus antecesores que no implicaba ocupaciones diversas como la construcción interestelar de acero y la cría de animales en la colonización de los planetas llanos.

—Si fuesen aventuras, como única chica a bordo, he de estar presente en la expedición de aterrizaje, para evitar que el tedio de la espera orbital haga que... —Su sonrisa se amplió— los inquietos alborotadores de la nave sientan deseos de...

El altavoz volvió a funcionar.

«Mister Bordman. *Miss Redfeather*. Según las noticias del suelo, el navío puede quedarse en Órbita durante un tiempo considerable. Por consiguiente aterrizarán con la lancha. ¿Quieren ustedes prepararse, por favor, y presentarse en la cubierta de lanchas? —La voz se detuvo para medir. Después:-Equipaje de mano solo, por favor».

Los ojos de Atletha se iluminaron. Bordman sintió la

sorprendente irrealidad de un hombre acostumbrado a la rutina cuando esta misma rutina queda rota. Claro, los navíos de inspección efectuaban aterrizajes mediante lanchas desde su órbita y los navíos coloniales dejaban caer casco robot por cohete cuando todavía no se había construido una radio-rejilla de aterrizaje para maniobrar las naves. Pero nunca en su experiencia un transporte ordinario, en viaje rutinario a una colonia ya preparada para alcanzar la calificación de abierta, hizo que sus ocupantes aterrizaran mediante lancha.

—¡Esto es ridículo! —dijo Bordman echando humo.

—Quizás sea la aventura —contestó Atletha.—Prepararé mis cosas.

Dentro de su cabina. Bordman dudó. Luego entró en la suya. La colonia en Xosa II había sido establecida hacia dos años. Las condiciones de mínimo confort, se cumplieron al cabo de seis meses. Una radio-rejilla de aterrizaje provisional para los suministros ligeros se alzó en el término de un año. Así se permitió el almacenamiento de suministros y la construcción de una rejilla permanente para prevenir de cualquier contingencia posible. Los ocho meses pasados desde el aterrizaje de la última nave, eran más que suficiente para reconstruir la gigantesca y enmarañada estructura de un kilómetro de altura que gobernaba el comercio Interestelar del planeta. No habría excusa para una emergencia ¡El aterrizaje mediante una lancha era una cosa sin sentido común!

Repasó el contenido de su camarote.

La mayor parte de la carga del «Warlock» era un equipo de fundición, que tenía que completar el que ya poseía la colonia. Eso era lo que había de descargarse lo primero. Para cuando las bodegas del navío estuviesen vacías por completo, la fundición debería estar funcionando ya.

La nave tendría que aguardar una carga completa de mineral de lingotes. Bordman tenía la esperanza de vivir en aquella cabina mientras trabajaba en la inspección que había venido a efectuar, para volverse a marchar en el navío.

Ahora tenía que ir a tierra con la lancha. Se estremeció.

El único equipo de emergencia que podría posiblemente necesitar era un traje antitérmico. Dudó en la necesidad de esa prenda. Pero empaquetó unas cuantas ropas de interior de viviendas

y después, a guisa de desafío, incluyó su visiolibro y los volúmenes de datos definitivos en cuanto a especificaciones para estructuras y establecimientos coloniales, que le servirían de consulta. Se pondría inmediatamente a trabajar en su informe nada mas aterrizaran.

Salió por la sala de pasajeros hasta la escotilla de lanzamiento de lanchas. Un ingeniero estaba junto a dicha escotilla. El técnico se apartó con una tira de cinta sacada del computador de la lancha y la comparó con otra tira similar del calculador del navío. Bordman actuó conscientemente de acuerdo con las mejores tradiciones de los viajeros.

—¿Cual es la dificultad? —preguntó.

—No podemos aterrizar —dijo con sequedad el Ingeniero.

Se fue... siguiendo también la tradición por la que las tripulaciones se muestran siempre desdenosas con el pasaje.

Bordman frunció el ceño. Entonces vino Athletha, portando un saco de viaje no demasiado pesado. Bordman lo colocó en la lancha, desaprobando la humedad de la embarcación. Pero aquello no era un salvavidas, sino una lancha de aterrizaje. Todo salvavidas Poseía impulsión Lawlor y podía viajar años de luz, por ese lugar de cohetes y su combustible poseía purificadores de aire y recuperadores de agua y almacén de alimentos. No podía aterrizar sin que le guiara una radio-rejilla, pero en cambio podía conducir a sus ocupantes hasta un Planeta civilizado.

Aquella lancha de aterrizaje podía tomar tierra sin rejilla, pero su aire no duraría mucho.

—¡Sea lo que sea, demuestra una incompetencia total por parte de alguien! —exclamó Bordman sombrío.

Pero no pudo descubrir en qué consistía esta incompetencia. Aquel era un navío de carga. Los navíos de carga ni partían ni aterrizaran con sus propios motores. Era demasiado costoso aprovisionarlos de combustible para tales maniobras. Así que las rejillas de aterrizaje utilizaban energía local, que no tenía que ser elevada, para lanzar a los navíos al espacio y de nuevo usaban energía local para atraerlos al suelo.

Por tanto los navíos portaban únicamente combustible para un ocasional vuelo espacial, lo que constituye una buena economía. No obstante, las radio-rejilla de aterrizaje no tenían partes móviles y aunque debían ser estructuras monstruosas para extraer potencia de

la ionosfera planetaria, al no poseer partes móviles se eliminaba la posibilidad de una avería. ¡La radio-rejilla de aterrizaje no podía fallar! Por tanto no podía haber ninguna emergencia que obligase a un navío a orbitar en torno a un planeta que tuviese dicho radio-rejilla.

El Ingeniero regresó llevando una saca de correo llena de carretes postales. Agitó la mano. Athletha entró por la portezuela de la lancha de aterrizaje y Bordman la siguió. Tres personas cabían dentro de la pequeña nave, pero cuatro les obligaba a ir apretados. El ingeniero cerró herméticamente la portezuela.

—Cerrada la compuerta —dijo por el micrófono que tenía ante los mandos.

La aguja de presión exterior recorrió la mitad del camino en el dial, mientras la aguja de presión interior permanecía quieta.

—Todo hermético —dijo el ingeniero.

La aguja de presión exterior saltó hasta el cero. Se oyeron sonidos metálicos. Las dos grandes medias puertas del disparadero se agitaron y se abrieron y bruscamente la lancha se vio en una plataforma alargada en la misma plancha del casco y teniendo por encima muchas, muchísimas estrellas. El enorme disco de un planeta cercano quedaba a la vista rodeando el casco. Era monstruoso y cegadoramente brillante. Tenía un color parduzco, con zonas grandes irregulares amarillas y retazos azulados, pero en su mayor parte era de color arena. Todos sus colores variaban de tono, en sitios más claros y en otros más oscuros. Sobre uno de los bordes se vela una cegadora blancura que no podía ser otra cosa más que un casquete de hielo. Bordman sabía que allí no había océano, ni mar, ni lago en todo el planeta y que el casquete helado era casi más escarcha que un glaciar profundísimo como los que se encontrarían en los polos de un mundo «máximo confort».

—Pónganse los cinturones —dijo el ingeniero por encima de su hombro—. Primero viene la ingravidez y luego la impulsión de cohetes. Apoyen bien las cabezas.

Bordman se sujetó el cinturón irritado. Vio a Athletha atareada en el mismo trabajo con los ojos brillantes. Sin previo aviso se produjo una sensación de profundo malestar, mientras la lancha de aterrizaje se destacaba del navío y por lo tanto, disminuía el campo artificial de gravedad estrechamente confinado del transporte.

Aquel campo se convirtió de pronto en cero y Bordman tuvo el vértigo momentáneo y turbador que produce siempre la falta de gravedad. Al mismo tiempo su corazón latía insoportable y en su cerebro producíase la reacción racional de sentirse cayendo.

Después rugidos. Se vio brutalmente arrojado contra su asiento. La lengua parecía resbalar en su alvéolo y querer hundirse en la garganta. Sintió una enorme opresión en el pecho y se halló a sí mismo pensando en términos de profundo pánico.

Simultáneamente los ojos de buey se volvieron negros, Porque habían salido de las sombras del navío. La lancha giró... Pero no sintieron ninguna sensación de fuerza centrífuga, y se vieron en medio de una basta oscuridad con la visión única de la fantasmal superficie mal iluminada del planeta. Tras ellos, un sol blanco azulado brillaba de manera aterradora. Su luz era cálida, caliginosa, aun cuando penetrase a través de las contraventanas polarizadoras de los ojos de buey.

—¿Decía usted que ya no habían aventuras? —jadeó Athletha feliz, casi sin aliento por causa de la aceleración.

Bordman no respondió. Pero no había contado con la incomodidad de una aventura.

El punto cuadrado se quedó en el centro de la pantalla de la astronave. El ingeniero maniobró controles para mantener el cuadrado fijo en donde estaba.

Los ojos de buey se clavaron en algo. Sólo Bordman Podía ver con más claridad. Habían retazos con todos los tintes que la coloración minera puede producir y zonas vastas de arena pardusca. Un poco mas y podía ver las sombras de las montañas, descubriendo laderas montañosas, que deberían tener valles entre ellas y aún más allá otras laderas también montañosas, Pero se encontraban unidas, en vez de por un valle, por una parduzca llanura. Sabía que aquello eran las plataformas arenosas que fueron observadas en el planeta y que solamente tenían una discutida explicación. Pero pudo ver áreas de amarillo reluciente y de blanco sucio y salpicones de rojo y fajas de azul ultramarino y de gris y de violeta, y el rojo increíble del óxido de hierro, cubriendo kilómetros y kilómetros cuadrados... algo que parecía increíble.

Los cohetes de la lancha de aterrizaje se apagaron y la lancha viró. A poco el horizonte empezó a tambalearse y el suelo se

convirtió en algo de apariencia sólida y firme bajo ellos. Después recibieron una serie de instrucciones por un altavoz, las cuales el ingeniero obedeció. La lancha de aterrizaje bajó... descendió por debajo de las cumbres de las montañas gigantescas, color malva, con sus correspondientes plataformas de arena... y alzó el morro. Se estabilizó de nuevo.

Los cohetes volvieron a funcionar. Ahora estaban rodeados por aire respirable, y la lancha bajó y bajó apoyada en su propia cola de fuego.

Una masa cegadora de polvo y humo de cohete impedía ver el resto de las cosas. El Ingeniero no miró en absoluto por los ojos de buey. Vigilaba la pantalla que tenía delante, viendo una línea vertical que cruzaba el costado del iluminado navío. Un punto se movía cruzándola, mostrando su altura en miles de kilómetros. Al cabo de largo tiempo el punto llegó al fondo y la línea vertical se hizo doble y otro puntito empezó a descender. Medía la altura en cientos de kilómetros. Un cuadrado brillante apareció a un lado de la pantalla y una voz metálica musitó algo y de pronto pareció gritar y luego volver a musitar. Bordman miró por uno de los negros ojos de buey y vio el planeta como a través de un vidrio ahumado. Era una cosa fantasmal, rojiza y que llenaba la mitad del cosmos. Tenía irregularidades y su borde se veía curvado. Aquello debía ser el horizonte.

El Ingeniero manipuló controles y el cuadrado blanco se movió cruzando la pantalla. El Ingeniero manejó más controles.

El cuadrado volvió al centro de la pantalla. El puntito que marcaba la altura en centenares de kilómetros ya estaba en el fondo y la línea vertical empezó a recorrer su camino hacia abajo.

De pronto la lancha de aterrizaje sufrió súbitas sacudidas. Acababa de alcanzar los límites exteriores de la atmósfera. El ingeniero dijo palabras no apropiadas para que Atletha las oyera. Los sobresaltos se hicieron más violentos. Bordman se sujetó, para impedir ser despedazado a pesar de los cinturones y miró con fijeza a la inhóspita superficie del planeta. Parecía caer hacia ellos y como si los mismos trataran de esquivarla. Gradualmente la caída empezó a disminuir, situándoles a treinta kilómetros.

De manera brusca la lancha se estabilizó. El estrépito y un choque y el Ingeniero, mascullando juramentos, volvió a cortar

definitivamente la impulsión de los cohetes.

Bordman se halló mirando derecho hacia arriba, todavía sujeto por los cinturones a su sillón. La lancha se había posado sobre sus propias aletas de cola, de manera que los pies de Bordman quedaron más altos que la cabeza. Se sintió ridículo. Vio cómo el ingeniero se libraba de los cinturones y le imitó, pero era absurdamente difícil salir del sillón.

Atletha lo logró con más gracia sin necesitar ayuda.

—Espere —dijo el ingeniero con brusquedad—. Esperen a que venga alguien.

Y aguardaron sentados en los respaldos de sus sillones.

El Ingeniero manipuló un control y las ventanillas se aclararon más. Vieron la superficie de Xosa II. No había ni una cosa viviente a la vista. El suelo mismo era de piedrecitas y rocas pequeñas y peñascos menores... todo, aparentemente derrumbado de las magníficas montañas, de uno de los lados. Se velan acantilados monstruosos y multicolores, cada uno recomido de manera indescriptible por la erosión del viento. A través de una hendidura en el muro montañoso ante ellos, aparecía una extraña formación petrificada. Si tal cosa hubiera sido creíble, Bordman habría dicho que era una corriente de arena simulando la cascada de un torrente montañoso. Por todas partes había una cegadora brillantez y no sólo se veía, sino que se sentía en el dolor el calcinante brillo de la luz solar. Pero por ninguna parte podía divisarse una sola hoja, matorral o brizna de hierba. Aquello era un puro desierto. Aquello era Xosa II.

Atletha lo miraba con ojos brillantes.

—¡Hermoso! —dijo feliz—. ¿Verdad?

—Personalmente, confieso no haber visto jamás un lugar que pareciese menos hospitalario o más horrible que este panorama —dijo Bordman.

Atletha soltó una carcajada.

—Mis ojos lo ven de manera distinta.

Y que era verdad. Se deducía ahora que la humanidad podía ser de una sola especie pero con muchas razas y cada una veía el cosmos a su manera. En Kalmat m había una población densa, predominantemente ascética, que formaba terrazas en sus montañas para la agricultura y desafiaba las modernas técnicas con

costumbres sociales perdidas ya en la noche de los tiempos, para encontrarse en, digamos, Demeter 1, en donde habían muchas ciudades de estuco rojo y abundantes olivos. Eki los planetas llanos del grupo Equis, los Amerindios, la raza de Atletha, cabalgaban por llanuras salpicadas de los descendientes del búfalo y el antílope y del ganado traído desde la vieja Tierra. En las bases de Rustam IV, habían palmerales y camellos y muchas discusiones sobre lo que debería sustituir la dirección de la Meca en los momentos de plegaria, mientras que en Canna 1, campos de trigo ocupaban provincias enteras y emigrantes altamente civilizados de los continentes aplicados de la tierra, almacenaban árboles caucheros y gemas lustrosas en los depósitos de su espacio puerto, y en los alrededores de la ciudad de Tinibuk.

Así que era natural para Atletha que mirase el panorama árido de otra manera de lo que lo hacía Bordman. Su raza constituía la raza de los adelantados de las estrellas, en estos días. Su herencia les hacía apreciar menos la vida urbana. Su natural indiferencia a las alturas, les convertía en los mejores constructores de acero del cosmos. El gobierno planetario de Aigonka V estaba albergado en un pico de piedra de mil metros de altura. Los mejores caballos que el hombre conocía eran criados por los rancheros de pieles bronceadas y altos pómulos, del planeta llano de Chagan.

Un vehículo vino dando un rodeo a la pared del acantilado, haciendo ruido con sus orugas excéntricas que las colonias recién fundadas encontraban tan útiles. El reluciente vehículo trepo tambaleándose por los peñascos y descendió por una hendidura. Una voz se dirigió hacia ellos.

—¡Es mi primo Ralph! —dijo Atletha con complacida sorpresa.

Bordman parpadeó y volvió a mirar. No podía creer lo que veían sus ojos. Pero era la verdad. La figura que controlaba el vehículo terrestre era un Indio-amerindio, llevando pantalones de piel de gamo y sandalias de gruesas suelas, con tres plumas alineadas en la parte posterior de una banda que le rodeaba la cabeza. Además, no se sentaba en ningún asiento, sino que iba a horcajadas sobre una parte semicilíndrica del vehículo terrestre, en la que había puesto una manta de vivos colores.

El Ingeniero del navío hizo unas murmuraciones. Y fue cuando Bordman se dio cuenta de lo lógico que era el método de cabalgar...

allí. El vehículo terrestre saltaba, se tambaleaba y se mecía, subía y bajaba al recorrer aquel terreno desigual. Sentarse en algo parecido a una silla, hubiera sido de locura. El respaldo impulsaría a uno hacia adelante en todas las bajadas, y no servirla de soporte en las ascensiones. Una oscilación natural tendería a arrojarle fuera del asiento. ¡Cabalgear en una silla de montar instalada en un vehículo terrestre era cosa sensata!

Pero Bordman no estaba muy seguro acerca del atuendo. El ingeniero abrió la portezuela y habló con hostilidad:

—¿Sabe usted que en este chisme viene una dama?

El joven indio sonrió. Agitó la mano a Atletha que oprimió la nariz contra la ventanilla precisamente entonces, Bordman comprendió el atuendo o, mejor dicho, la falta de ropas. El aire entró por la abierta portezuela de salida. Era cálido y seco. ¡Como procedente de un horno!

—Hola, «Letha» —dijo el jinete sobre su vehículo oruga—. ¡O te quitas todos los vestidos o te colocas un traje anticalórico antes de salir fuera!

Atletha soltó una risita. Bordman oyó algo que se agitó tras él. Entonces Atletha trepo hasta la portezuela de salida y saltó. Bordman oyó cómo el ingeniero musitaba un juramento. Luego le vio saludar a su primo. La muchacha se había despojado de las ropas convencionales amerindias a las que Bordman se había acostumbrado. Ahora estaba desnuda como las chicas andaluzas en las playas de los planetas de temperatura cálida, como Almayate III.

Durante un momento, Bordman pensó en que Atletha iba a sufrir pronto de insolación, Porque sus ojos hasta le dolían de mirar la luz solar parcialmente filtrada por la ventanilla. Pero el color de la piel amerindio de Atletha encajaba perfectamente al brillo solar, incluso en aquella intensidad aunque el viento que soplaba refrescaría su piel. Su espeso y liso cabello negro, era meramente una buena protección contra los rayos del astro rey, como lo hubiera sido un casco antitérmico. Quizás sufriría calor, pero no le pasaría nada. Ni siquiera unas quemaduras. Pero él, Bordman...

Cañudo, se quitó la ropa interior y se colocó el traje anticalórico que llevaba entre el equipaje. Llenó los depósitos con agua de los tanques de lancha. Puso en marcha los pequeños motores eléctricos y el traje se hinchó. Estaba diseñado para breves periodos de calor

intolerable. Los motores lo mantuvieron inflado... lejos de la piel... y fresco su interior por la evaporación del sudor. Era sistema de aire acondicionado en miniatura para un solo hombre y le permitiría soportar las temperaturas que de otro modo hubiera sido letal para él, con su piel y color penetrase en un medio hostil. Pero tendría que consumir una buena cantidad de agua.

Trepó hasta la portezuela de salida y bajó torpemente por la escalerilla exterior hasta el extremo la cola. Ajustó sus anteojos y se acercó adonde charlaban dos jóvenes indios, extendiéndoles su mano enguantada.

—Soy Bordman —dijo—. Estoy aquí para hacer una inspección del grado de acabamiento de instalaciones. ¿Qué ha pasado que nos hemos, visto obligados a aterrizar mediante lancha?

El primo de Atletha, le estrechó cordial la mano.

—Soy Ralph Redfeather, ingeniero del proyecto —dijo—. Casi todo va mal. Nuestra radio-rejilla aterrizaje ha desaparecido. No pudimos ponernos en contacto a tiempo con su navío para avisarles. Estaba ya dentro de nuestro campo de gradad antes de que respondiera y la impulsión Lawlor no podía alejarlo... no funcionaba a causa la intensidad de la gravitación. Nuestra energía, claro, desapareció con la radio-rejilla. El navío en que ustedes vinieron no puede volver y tampoco podemos enviar a ninguna parte el mensaje de socorro y nuestro calculo más optimista es que la colonia será barrida de... hambre y sed... dentro de seis meses. Siento que Atletha y usted hayan de incluirse en la catástrofe.

Luego se volvió a Atletha y dijo con amabilidad:

—¿Cómo está Mike Thundercloud y Sally Whitehorse y la pandilla en general, Letha?

El «Warlock», se mecía girando en su nueva órbita en torno a Xosa II. La lancha de aterrizaje estaba en el suelo, habiendo dejado sus dos pasajeros. Regresaría. Nadie del navío quería quedarse en tierra porque sabía las condiciones y la situación... calor insoportable y ausencia completa de esperanza. Pero nadie podía hacer nada. El navío había sido mantenido funcionando durante su viaje de dos meses desde Trent aquí. No fueron necesarias reparaciones de ninguna clase. No había, en general, ningún trabajo de mantenimiento. Sólo se tendría las guardias ordinarias hasta que ocurriese algo y en esas guardias la holganza seria máxima. Se

estaría fuera de servicio veintiuna de las veinticuatro horas del día, y durante ese tiempo, de no hacer nada, era o iba a ser difícil de encontrar una tarea en ocupar a los hombres. Probablemente en años el «Warlock» no recibiría ayuda. Sería remolcado fuera de su órbita hasta el espacio, a cinco diámetros de distancia de la superficie, para que la impulsión Lawlor pudiese funcionar; posiblemente se evacuaría su tripulación. Mientras, los que estuviesen a bordo, estarían tan imposibilitados de hacer nada, como los de la colonia. Les sería imposible actuar para salvarse a si mismos.

En cierto modo los tripulantes estaban peor aún que los colonos. Estos últimos, por lo menos tenían la perspectiva colorista de la muerte que les presenta ante ellos. Podían prepararse para ella de diversas maneras. Pero ante los miembros la tripulación del «Warlock» nada había excepto el tedio. El patrón se enfrentaba al futuro con extremo disgusto.

II

El viaje hasta la colonia fue un tormento. Athleta cabalgaba en la manta de la silla tras su primo y en apariencia sufría poco, o nada en absoluto. Pero Bordman sólo podía viajar en el vehículo terrestre del transporte espacial, junto con la saca de correos del navío. El terreno era increíblemente accidentado y el traqueteo intolerable. El calor era literalmente insoportable. En el vehículo metálico la temperatura llegaba hasta 73 grados centígrados a la luz del sol... y la carne, se podía cocer con menos calor que aquel. Claro que se ha dado el caso de que un hombre entrara en un horno y permaneciera en él mientras se cocinaba un asado para salir luego vivo, pero el horno no le echaba de un lado para otro con violencia ni el brillante sol le calentaba —un sol blanco azulado— las partes metálicas de su traje espacial que estaban en contacto con su cuerpo.

El contenido de sus cantimploras se agotó antes de la llegada y, durante un breve espacio de tiempo, Bordman se sintió empapado de sudor propio, en vez del líquido refrescante que la bomba de su traje especial acondicionado hacia circular para refrigerar su piel. Sin embargo, este sudor le mantuvo con vida gracias al truco de acelerar la ventilación de su traje, aun así, llegó a la colonia medio desmayado. Bebióse el agua helada con sal que le dieron y se fue a la cama. Cuando el sodio se nivelara en su sangre, recobrarla sus fuerzas. No obstante, durmió doce horas de un tirón.

Cuando se levantó se sentía físicamente normal otra vez, pero hondamente alarmado. De nada le servía recordarse a sí mismo que Xosa II estaba considerado en la clase D, mínimo confort... con un sol blanco azulado y una temperatura media de 43 grados centígrados. Los africanos pueden construir edificios de acero a la intemperie, protegidos tan sólo por zapatos y guantes aislantes.

Pero Bordman no podía aventurarse a salir al exterior si no llevaba traje anticalórico. Aun así no podía resistir mucho tiempo. No era una debilidad sino cuestión genética. Sin embargo, se sentía avergonzado.

Atletha le hizo un gesto con la cabeza cuando encontró el despacho del Ingeniero del Proyecto. Ocupaba uno de los cascos con que se bajaron los materiales suministrados a la colonia mediante cohetes. Había cuarenta cascos, todos vaciados y dispuestos para comunicarse, de manera que cualquier individuo podía cambiar de habitación y de compañeros de alojamiento de cuando en cuando y así quedaban reducidos los posibles efectos de la fiebre de la colonización, esa frenética irritación que se despertaba sin razón alguna contra los propios compañeros.

Atletha se sentó tras un escritorio y empezó a tomar notas sacadas de un libro de hojas cambiables que tenía delante. La pared de detrás estaba cubierta literalmente de volúmenes semejantes.

—¡Hice bien el ridículo! —dijo Bordman.

—¡En absoluto! —le aseguró Atletha—. Eso le puede pasar a cualquiera. Yo misma en Timbuk no me desenvolvería muy bien tampoco.

No hubo respuesta. Timbuk era esencialmente un planeta repleto de jungla, apenas salido del período carbonífero. Sus colonos medraban porque sus antecesores habían vivido en el Golfo de Guinea en la Tierra. Pero los anglos no encontraban saludable aquel clima, ni otras muchas razas tampoco. Los amerindios, por ejemplo, morían allí con mayor rapidez que la mayoría.

—Ralph viene ahora hacia aquí —añadió Atletha—. Él y el doctor Chucka salieron a escoger un sitio donde dejar los archivos. Las dunas de arena, ya sabe usted, son terribles aquí. Cuando venga un navío explorador a averiguar lo que nos ha sucedido, estos edificios pueden haber quedado cubiertos por completo y cualquier otro lugar podría correr igual suerte. No es fácil hallar un sitio donde guardar el archivo, de manera que luego sea fácil localizarlo.

—Si, localizarlo cuando no haya nadie que pueda guiar a los recién llegados —dijo Bordman—. ¿Verdad?

—Verdad —asintió Atletha—. La cosa está bastante mal. Aunque no tengo intención todavía de morir.

Su voz sonaba perfectamente normal. Bordman rezongó. Como

Oficial de Primera del Servicio de Inspección Colonial tenía que estar presente. Pero aun no sabía que hubiera alguna colonia humana que tuviera que extinguirse cuando estaba adecuadamente equipada y tras un apropiado informe de precolonización. Si que había visto casos de pánico, pero nunca una causa real que diera a los colonos motivo para esperar conformados la muerte final.

Se oyó un sonido metálico en el exterior del casco que servía de alojamiento al Ingeniero del Proyecto. Bordman, no podía ver con claridad a través de los polvorientos ojos de buey, así que abrió la puerta. La luminosidad exterior le apuñaló los ojos. Parpadeó, los cerró y se dio la vuelta. Pero había podido ver un brillante vehículo oruga detenerse no lejos del umbral.

Estaba aún secándose las lágrimas de sus deslumbrados ojos cuando sonaron pisadas en el exterior. Entró el primo de Atletha, seguido por un corpulento individuo de piel notablemente oscura. El hombre moreno llevaba gafas con un curioso puente nasal que parecía de corcho, para aislar la piel de su nariz del caliente metal de la montura. De haberle tocado la carne desnuda, le habría producido una quemadura cauterizante.

—Le presento al doctor Chuka —dijo apaciblemente Redfeather—. Aquí el señor Bordman El doctor Chuka es nuestro director de minería y mineralogía.

Bordman estrechó la mano del hombre de piel de ébano. Sonrió mostrando al inspector unos dientes sorprendentemente blancos. Luego empezó a estremecerse.

—Aquí dentro uno tiene la sensación de estar en una nevera —dijo con voz profunda—. Me pondré algo de abrigo y volveré con ustedes en seguida.

Desapareció por una puerta, sus dientes castañeteaban de modo audible. El primo de Atletha aspiró profundamente una docena de bocanadas de aire y su rostro adoptó una mueca áspera.

—Yo mismo siento escalofríos —reconoció—, pero Chuka se ha aclimatado de verdad a Xosa ya que se crió en Timbuk.

Bordman dijo con sequedad:

—Lamento haberme desmayado al aterrizar. No volverá a ocurrir. Vine aquí a realizar una inspección del grado de desarrollo que sirva para abrir la colonia al comercio normal, permitir que vengan familias de colonizadores, etc. Pero aterricé mediante

lancha en vez de hacerlo normalmente y me han dicho que la colonia está destinada a morir. Me gustaría poseer una declaración oficial del grado de progreso alcanzado, de las posibilidades de la colonia y una explicación a ese punto tan extraordinario del fatal destino que acabo de mencionar.

El indio le miró parpadeando. Luego sonrió con debilidad. El hombre moreno regresó, subiéndose la cremallera de un traje destinado al uso en interiores. Redfather le puso secamente al corriente repitiéndole lo que Bordman acababa de decir. Chuka sonrió y se instaló cómodamente en un sillón.

—Yo diría —observó, con aquella voz tan asombrosamente profunda—, yo diría que la arena se nos metió entre el pelo. Y en nuestra colonia. Y en la radio-rejilla de aterrizaje.

Hay una buena cantidad de arena en Xosa. ¿No diría usted que ahí está la dificultad?

El indio aseveró con deliberada seriedad:

—Claro que el viento tiene también algo que ver.

Bordman estaba que echaba humo.

—Creo que deben saber ustedes, que como Inspector de Primera del Servicio de Inspección colonial tengo autoridad para dar cuantas órdenes sean necesarias con el fin de realizar mi trabajo.

—Ahora mismo daré una de estas órdenes. Quiero ver la radio-rejilla de aterrizaje, sí aún está en pie. ¿Debo presumir que no se ha derrumbado?

Redfeather enrojeció por debajo del bronceado pigmento de su piel. Era difícil ofender más a un especialista en construcciones de acero, diciéndole otra cosa que no fuera el que se dudaba de la permanencia en pie de sus edificaciones.

—Le aseguro que la rejilla no se ha desplomado —respondió con la mayor educación.

—¿Calculó su grado de operación?

—El ochenta por ciento —repuso Redfeather.

—¿Han dejado de trabajar en ella?

—Se ha dejado de trabajar —asintió el indio.

—¿Incluso aún cuando la colonia no pueda recibir mas suministros hasta que la radio-rejilla quede terminada?

—Precisamente —dijo Redfeather inexpresivo.

—¡Entonces doy la Orden formal de que se me lleve

inmediatamente al emplazamiento de la rejilla! —exclamó airado Bordman—. ¡Quiero ver qué clase de incompetencia es posible hallar! ¿Quiere usted disponerlo todo... en seguida?

Redfeather dijo con una voz Sin la menor emoción:

—Usted quiere ver el emplazamiento de la radio-rejilla. Muy bien. Al instante.

Dio media vuelta y salió al increíble y cegador sol del exterior. Bordman parpadeó un instante al recibir el impacto de la luz y comenzó a pasear por el despacho, arriba y abajo. Estaba que echaba fuego. Aún se sentía avergonzado por su desmayo debido al calor sufrido durante el viaje de la lancha a la colonia. Por tanto, su carácter estaba justificadamente irritable y quisquilloso. Pero la orden que acababa de dar tenía una lógica motivación.

Oyó un ligero ruido y se volvió. El doctor Chuka, enorme, negro, con sus impresionantes gafas, se mecía en su sillón, reprimiendo las carcajadas que parecían sobrevenirle como causadas por un ataque de hilaridad.

—Bueno, ¿qué diablos significa eso? —preguntó Bordman receloso—. ¡No tiene nada de chistoso pedir que me enseñen la estructura de la que depende la vida de la colonia!

—¡No es chistoso... es carcajeante! —contestó el doctor Chuka.

Sus risas llenaron la estancia con un estrépito desconcertante. Atletha sonrió también, aunque había seriedad en sus ojos.

—Será mejor que se ponga un traje anticalórico —dijo ella a Bordman.

Bordman volvió a echar humo, tentado de desafiar todo sentido común al ver que sus órdenes no eran recibidas igual por todo el mundo. Pero se fue, regresando a la cabina en donde había despertado. Vistióse el traje anticalórico que la víspera no le había protegido adecuadamente, pero que le había salvado la vida, y llenó hasta el tope los depósitos de agua refrigerante, sospechaba que la última vez no lo había hecho así. Volvió al despacho del ingeniero del Proyecto con la sensación de ir absurda y ridículamente sobrecargado.

En el exterior de una ventana con filtro vio que hombres de piel tan morena como la del doctor Chuka estaban trabajando en el vehículo terrestre. Lo equipaban con una persiana y toldo y curiosas pantallas que remotamente parecían alas. Alguien condujo al

vehículo una carretilla-oruga de tracción manual. Instalaron enormes tanques en el espacio destinado a la carga. El doctor Chuka había desaparecido, pero Athletha había vuelto a su trabajo de tomar notas sacadas del volumen de hojas cambiabiles del escritorio.

—¿Puedo preguntarle cuál es su tarea actual? —preguntó Bordman no sin cierta ironía. Ella alzó la vista.

—¡Creí que usted ya lo sabía! —dijo con sorpresa—. Vine aquí por cuenta de la Sociedad Histórica de Amerind. Tengo autorización para certificar los golpes maestros. Estoy registrando en un documento de archivo los hechos notables que han tenido lugar aquí, los que nosotros llamamos «golpes maestros», en nombre de la Sociedad. Mi documento se guardará en el escondite de los archivos generales que Ralph y el doctor Chuka están preparando, así que ocurra lo que ocurra a la colonia, el registro de los aciertos no se perderá.

—¿Aciertos? —preguntó Bordman. Sabía que les amerindios pintaban plumas en los postes clave de las estructuras de acero que ellos construían y sabía que el pintar tales marcas, era un codiciado privilegio e indudablemente un renacimiento, un revivir de alguna tradición india americana allá en la Tierra. Pero no sabía su verdadero significado.

—Aciertos —repitió Athletha con indiferencia—. Ralph lleva tres plumas de águila. Ya las vio usted. Eso quiere decir que tiene tres aciertos en su haber. ¡Cada pluma corresponde a un éxito! Él construyó las radio-rejillas de aterrizaje en Norlath y... ¡Oh, usted no lo sabe!

—No —admitió Bordman no con el mejor humor posible a causa de lo que le parecían demasiada, condescendencias en Xosa II.

Athletha pareció sorprenderse.

—En los viejos tiempos —explico—, allá en la Tierra, si un hombre arrancaba la cabellera a un enemigo, se anotaba un golpe maestro, un acierto, un éxito. El primero en atacar a los adversarios en el combate también se anotaba otro golpe aunque de menor categoría. Hoy en día, el hombre se anota «golpes» por diferentes motivos, pero las tres plumas de águila de Ralph significan que tiene derecho a tanto respeto como lo tenían guerreros que en la antigüedad, en tres ocasiones distintas, habían matado y escalpado a un guerrero enemigo en el centro de su

propio campo de batalla. ¡Y en verdad que Ralph se lo merece!

Bordman gruñó.

—¡Una costumbre bárbara, diría yo!

—Como guste —respondió Athletha—. Pero es algo de lo que uno puede enorgullecerse... ¡y, tenga en cuenta, que el ganar mucho dinero no se considera como un «golpe» o acierto! —Luego de una pausa dijo con sequedad—: ¡La palabra «cursis» encaja mejor que la de «bárbaros»! ¡Somos cursis! ¡Pero cuando el jefe de un clan se pone en pie ante el Consejo del Gran Pico de Algonka, en representación de su tribu, y los hombres han de portar los extremos del penacho de plumas con todos los «golpes» que han ganado sus guerreros... los guerreros del clan... uno se siente orgulloso de pertenecer a esa tribu! —Y añadió con aire de desafío—: ¡Aun cuando presenciemos el Consejo a través de una pantalla de televisión!

El doctor Chuka abrió la puerta exterior. Un chorro de luz cegadora penetró. El doctor salió y su cuerpo relucía de sudor.

—Cuando usted quiera, señor Bordman.

Bordman se ajustó los anteojos y puso en marcha los motores de su traje anticalórico. Cruzó la puerta.

El calor y la luz exteriores fueron como un mazazo. Volvió a oscurecer con sus anteojos y caminó pesadamente hacia el ahora techado vehículo terrestre. Notó otros cambios operados bajo el toldo y las pantallas. La cubierta del espacio de carga había desaparecido y se veían en la trasera asientos cilíndricos para sentarse como cabalgando, parecidos a las sillas de montar. Los singulares toldos quitasoles se extendían hacia fuera por los lados a poca distancia de las orugas. No pudo adivinar para qué servían tales toldos y en su irritación no quiso hacer ninguna pregunta.

—Todo listo —dijo Redfeather—. El doctor Chuka viene con nosotros. Si tiene la bondad de entrar aquí, por favor...

Bordman trepó con torpeza a la caja del vehículo. Montó a horcajadas en uno de los asientos cilíndricos. Aguardó. En su torno se alzaban los chatos cascos de las barcas de carga remolcadas hasta allí por un navío de la colonia; cada uno estuvo antaño equipado con cohetes para el aterrizaje. Vaciados de su carga, los cascos se habían alineado juntos en tres comunidades separadas pero contiguas. Allí estaban los alojamientos individuales, los

comedores y las salas de recreo para cada grupo y todos los colonos vivían en la comunidad que habían elegido libremente y se mudaban a voluntad o se intercambiaban visitas o permanecían solitarios. Para su salud mental, un hombre necesita que le garanticen su libre albedrío y toda súper-reglamentación es mortal en cualquier género de sociedad. Pero para los hombres psicológicamente acondicionados para una labor colonizadora, esa superreglamentación resultaría fatal, por encima, pero lejos ahora estaban las monstruosamente escarpadas montañas, coloreadas por deslumbrantes e innaturales tintes. Inmediatamente se veía roca cruda. Pero era peculiarmente lisa, como si los granos de arena la hubieran lijado durante incontables eones hasta borrar todo rastro de desigualdad. A unos ochocientos metros a la izquierda comenzaban las dunas que se perdían en el horizonte. Las más próximas eran pequeñas pero iban ganando en tamaño con la distancia que las separaba de las montañas —lo que afectaba evidentemente a los vientos superficiales de los alrededores— y el borde visible no constituía una línea recta. Las dunas de la lejanía tenían que ser gigantescas. Pero claro que en un mundo del tamaño de la vieja Tierra y que carecía de agua excepto por los casquetes nevados de los polos, el tamaño hasta el que podían llegar las dunas carecía de límites. La superficie del Xosa II era un mar de arena, en el que como rasgos menores, se alzaban islas y pequeños continentes de roca barrida por los vientos.

El doctor Chuka ajustó un pequeño objeto metálico que tenía en la mano. De él salía un tubo oscilante y colgante. Subió al espacio de la carga y lo ató a uno de los dos tanques previamente cargados.

—Para usted —dijo a Bordman—. Estos tanques están llenos de aire comprimido a presión bastante alta... un par de miles de kilos. Esto es una válvula reductora de características extensibles que podrá proporcionar aire extra a su traje anticalórico. Se enfriará mucho al expandirse desde una presión tan alta. Así bajará su temperatura algo más.

Bordman volvió a sentirse humillado. Chuka y Redfeather, por causa de sus razas, eran capaces de moverse desnudos en sus nueve décimas partes a pleno aire en aquel planeta y conseguían sobrevivir. Pero él necesitaba un traje especial refrigerado para poder soportar el calor. Más aun, ellos le proveían de quitasoles y

aire fresco que para sus personas no necesitaban en absoluto. Se mostraban atentos con él y Bordman se veía fuera de su elemento, de un elemento en el que ellos encajaban perfectamente, como si efectuara una inspección del grado de desarrollo de un proyecto submarino.

¡Tenía que usar lo que prácticamente era un traje de buzo y aire especial para poder sobrevivir!

Reprimió la irritación que le producía su propia falta de adaptación.

—Supongo que ahora podemos partir ya —dijo tan fríamente como pudo.

El primo de Athleta montó en la silla de control aun que nada tenía de silla de montar, por ser sólo una manta y el doctor Chuka se instaló junto a Bordman. El vehículo terrestre se puso en marcha. Se dirigió hacia las montañas.

La lisura de la roca era engañosa. El coche oruga subía y bajaba, saltaba, oscilaba y se tambaleaba. Se mecía, se hundía y trepaba. Nadie hubiera podido permanecer en un asiento normal viajando por aquel terreno, pero Bordman se sentía desesperanzadamente vejado al cabalgar en lo que parecía un falso caballo de juguete. Es más, el quitasol le producía la vejatoria sensación de hallarse en un tiovivo. El que fueran tres las personas en total aumentaba su sensación de ridículo. Miró en su torno, tratando de no pensar en su propia y absurda posición. Los anteojos le permitían soportar la luz, pero también realzaban su complejo de inadaptación.

—Las aletas laterales —dijo Chuka con su voz profunda—, las de abajo, mejorarán las condiciones para usted. Los quitasoles impiden la caída directa de los rayos del sol, pero las aletas inferiores impiden que suba el resplandor reflejado por la arena. Ese fulgor bastaría para quemarle la piel sin necesidad de recibir directamente la luz solar.

Bordman no respondió. El coche oruga siguió adelante. Llegó a una franja de arena parduzca, pesadamente metalizada. Había allí una duna. No era muy grande para Xosa II, tendría menos de treinta metros de altura y treparon casi verticalmente por su empinada y resbaladiza ladera. Todo el planeta parecía oscilar locamente mientras las orugas giraban. Llegaron a la cresta de la duna que tendía a rizarse sobre sí misma y romperse como una ola de agua, y

allí las orugas resbalaron precariamente en la arena, casi cayendo verticalmente, y Bordman tuvo la súbita sensación de que las arenas de Xosa II eran en verdad océanos. Las dunas sustituían a las olas y se movían con infinita lentitud pero con la fuerza irresistible de las ondas de los mares tormentosos. Nada podía resistirlas. ¡Nada!

Viajaron más de tres kilómetros por dunas similares. Entonces comenzaron a trepar por las primeras estribaciones montañosas. Y Bordman vio por segunda vez la primera fue a través de los ojos de buey de la lancha de aterrizaje que había una abertura en el muro montañoso y que la arena había manado de ella como si fuera una cascada, formando un hermoso montón en forma de cono que se apoyaba contra los acantilados más bajos, Se veían muchas cascadas parecidas. Una de ellas estaba ahora vertiendo arena. Los finos granos caían por escalones rocosos, apilándose en cada uno de ellos hasta llegar al borde y volviendo a caer hasta el escalón más bajo.

Treparon casi verticalmente por un espigón de piedra, cuyos lados eran demasiado escarpados para que la arena se almacenara en ellos y cuya estrecha cresta tenía una desnuda y fina capa de polvo.

El panorama parecía salido de una pesadilla, mientras el vehículo seguía su marcha, saltando, oscilando y cayendo. Las alturas a ambos lados mareaban a Bordman. El colorido era imposible. La aridez, la desecación, la carencia de vida de cuanto le rodeaba, era en cierto modo sorprendente. Bordman se encontró a si mismo, esforzando sus ojos en busca del más raquítrico, del más diminuto arbusto, de una brizna de hierba que aliviara la sensación depresiva del ambiente.

El viaje prosiguió una hora entera. Luego sobrevino una subida escarpada hasta una cima rocosa, ahora barrida por los vientos y después al alcanzar su punto más alto. Más tarde el vehículo de superficie marchó unos cien metros y se detuvo.

Habían llegado a la cumbre de la cordillera y, evidentemente, más allá se adivinaba otra cordillera. Pero no podían verla. Aquí, en el lugar hasta el que subieron con tanta dificultad, ya no había rocas. Allí ya no había valle. Allí no había ladera descendente. Allí había arena. Era aquello una de las mesetas arenosas que constituían la característica Única de Xosa II. Y Bordman sabía ahora que la discutida explicación era la verdad lisa y llana.

Los vientos, soplando por encima de las montañas, llevaban en suspenso arena como en otros mundos habrían llevado humedad y polen, semillas y lluvia. En donde dos cordilleras cortaban de través el curso de los vientos periódicos y persistentes, estos vientos rellenaban de arena el valle entre ambas filas de montañas. El equivalente de los vientos periódicos, que en otros mundos trasladaban de sitio la humedad atmosférica haciendo fértiles muchas comarcas, en Xosa II sólo servía para nivelar crestas y valles. Pero...

—¿Y bien? —dijo Bordman con tono de desafío.

—Este es el emplazamiento de la radio-rejilla —contestó Redfeather.

—¿Dónde?

—Aquí. Hace pocos meses esto era un valle. La radio-rejilla tenía una altura de seiscientos metros. Iba a tener aun ciento cincuenta metros más... la parte más ligera de la construcción justifica mi cifra del ochenta por ciento de su terminación. Entonces se produjo aquí una tempestad.

Hacia calor. Un calor horrible, incluso en una plataforma en las alturas de la montaña. El doctor Chuka miró a Bordman a la cara y se inclinó en el vehículo y dio la vuelta a la espita de uno de sus tanques de aire, traídos para cubrir las necesidades de Bordman. Inmediatamente, Bordman se sintió más fresco. Tenía la piel seca, claro; la circulación de aire secaba el sudor tan aprisa como éste se producía. Pero tenía la mareante sensación del hombre febril que se encuentra dentro de una caja con calor artificial. Había luchado contra tal sensación durante bastante tiempo, pero ahora, el frescor del aire al expandirse era casi deliciosamente reconfortante.

El doctor Chuka sacó una cantimplora Y Bordman bebió sediento. El agua estaba ligeramente salada para reemplazar así a la sal perdida con el sudor.

—Una tormenta, ¿eh? —preguntó Bordman después de emplear cierto tiempo en contemplar tanto sus sensaciones interiores como la escena del desastre. Deberían haber allí cientos de millones de toneladas de arena igualando aquella sección de la plataforma. No había ni que pensar en quitarla, excepto que al cabo de larguísimo tiempo cambiaran los vientos que allí la transportaron y se la llevasen a lo largo del valle—. ¿Pero qué ha tenido que ver una

tempestad con...?

—Fue una tormenta de arena —dijo Redfeather con sequedad—. Probablemente se produjo una crisis de manchas solares. No lo sabemos, pero la inspección precolonial ya habló de tempestades de arena. El equipo de inspección efectuó incluso cálculos de lluvias de arena en diversos lugares indicando cuantos centímetros caían al año. Aquí en las tormentas llueve arena en vez de agua. Pero hubieron de producirse crisis de manchas solares porque esta tormenta duró... —Su voz adquirió matices inexpresivos porque estaba afirmando algo increíble—... esta tempestad duró dos meses. En todo ese tiempo no vimos el sol. Y, naturalmente, no pudimos trabajar. Así que esperarnos a que amainara. Cuando terminó, había aquí, la plataforma de arena que vemos, precisamente en el lugar en que la inspección había ordenado que se alzara la radio-rejilla de aterrizaje. El almacén ya construido había quedado enterrado y la cumbre de la torre de seiscientos metros quedó sepultada debajo de setenta metros de esa arena que usted ve. La parte superior de la radio-rejilla está también preparada para su montaje a setecientos metros de profundidad, bajo la arena. Sin tener reservas de energía nada se puede hacer Redfaether —hablaba ahora sardónico—. No es posible que excavemos saquemos toda esa arena, claro. Hay cientos de millones de toneladas. Si pudiéramos quitarla, acabaríamos la radio-rejilla. Si pudiéramos terminarla, poseeríamos energía bastante como para apartar la arena... al cabo de unos cuantos años, siempre que pudiéramos reemplazar la maquinaria gastada en los trabajos. Y, naturalmente, siempre que también no se produjera otra tempestad.

Hizo una pausa. Bordman aspiró una profunda bocanada del aire fresco, para que le ayudara a pensar con más claridad.

—Si admite fotografías —dijo Redfeather—, podrá comprobar que efectuamos el trabajo previsto.

Bordman comprendió las implicaciones. La colonia estaba formada por amerindios para las construcciones de acero y por africanos para el trabajo ordinario. Los amerindios eran congénitamente reacios al empleo de la complicada maquinaria de minería subterránea y de las modernas operaciones de rápida fundición. Ambas razas podían soportar aquel clima y trabajar en él, puesto que tenían además habitaciones refrigeradas Pero

necesitaban tener energía. Energía no sólo para que funcionaran las máquinas y poder trabajar, sino para dormir también condensada en el aire fresco aquella minúscula proporción de vapor de agua, que la atmósfera contenía y que necesitaban para beber. Pero sin energía pasarían sed. Sin la radio-rejilla y sin la energía que el aparato extraería de la ionosfera, no podían recibir suministros del resto del universo. Así que morirían también de hambre.

Bordman dijo:

—Aceptaré las fotografías. Incluso acepto la afirmación de que la colonia morirá. Prepararé mi informe para que lo guarden en el abrigo que tienen dispuesto, según me comunicó Athleta y les pido perdón por cuantas ofensas haya podido hacerles, durante mi breve estancia en este planeta.

El doctor Chuka asintió. Miró a Bordman con benevolente cordialidad. Ralph Redfeather dijo también de manera amistosa:

—Perfectamente bien. No ha hecho ningún daño irreparable.

—Y ahora —anunció Bordman—, puesto que tengo autoridad para dar órdenes de cuanto necesito para mi trabajo, quiero inspeccionar los pasos que ha dado usted para aprovechar la parte de las instrucciones que usted recibió para casos de emergencia. Quiero ver en seguida cuanto ha hecho para combatir este estado de cosas. ¡Sé que no puede luchar contra esto, pero intento dejar un extenso informe de cuanto ha intentado usted para salvar a la colonia!

III

Una pelea a puñetazos estalló en las habitaciones de la tripulación al cabo de dos horas de que el «Warlock» se hubiera estabilizado en órbita —la primera reacción ante la catástrofe que amenazaba todos—. El patrón recorrió la nave y dificultosamente confiscó las armas. Las miró. El mismo ya experimentaba el acuciante efecto de la tensión nerviosa. No había nada que hacer. No sabía siquiera cuándo habría algo que hacer. La situación era la más indicada para producir la histeria.

Era de noche. Fuera y por encima de la colonia se veían miríadas de estrellas. No eran, claro, las estrellas que se ven desde la Tierra, pero Bordman nunca había estado en la Tierra. Estaba acostumbrado a las constelaciones que no le eran familiares. Miró el cielo por uno de los ojos de buey y advirtió que allí no había lunas. Recordó al pensar en ello, que Xosa II no tenía satélites. Tras él se oyó un rumor de papeles. Athleta Redfeather volvía una página del grueso volumen y tomaba una nota. La pared tras la joven contenía infinidad de volúmenes. De ellos podía extractarse la historia detallada de cada porción de trabajo efectuado por las brigadas de la preparación colonial. Separando las partidas inscritas, podría reunirse material suficiente para hacer un historial individual de los hombres.

Allí, al principio, habían habido penalidades increíbles y hechos heroicos. Se produjo un intento de traer suministros de agua desde el polo mediante aeronaves pero no fue práctico, ni siquiera para acrecentar la reserva de líquido. El viento transportaba partículas de arena donde otros mundos llevaba humedad y las aeronaves veían sus motores ahogados por dicha arena cuando volaban. El último piloto hizo un aterrizaje forzoso a setecientos kilómetros de

la colonia. Una expedición de vehículos oruga salió y trajo a la tripulación salvándola. Los vehículos oruga estaban blindados con siliconas de plásticos, resistentes a la abrasión, pero cuando volvieron, se es veía carcomidos, limados. Los hombres se habían perdido en súbitas caídas de arena y una o dos veces se realizaron heroicas proezas para salvarlos. Habían ocurrido derrumbamientos en las minas y otras clases de accidentes.

Bordman fue hasta la puerta del casco que sustituía el despacho de Ralph Redfeather y entró.

Era como meterse en un horno, pues la arena estaba aún caliente del día que terminó. El aire se hallaba tan seco que Bordman notó instantáneamente cómo le absorbía la humedad sus fosas nasales. En diez segundos, sus pies, al pisar la arena exterior, se ponían incómodamente calientes, y en veinte, las suelas de sus zapatos parecían arder. Incluso de noche moriría aquí de calor. Quizás pudiese soportar estar al exterior durante las horas próximas al alba, pero sufriría bastante. Los amerindios y los africanos vivían y medraban, pero él, no podría resistir sin protección más de una hora o dos... ¡Y eso durante un tiempo especial en la rotación del planeta!

Volvió a entrar colérico a la par que avergonzado, de la incomodidad de sus pies y prefiriendo que le quemaran antes que reconocerlo.

Atletha pasó a otra página.

—¡Mire! —dijo Bordman—. Me importa bien poco lo que usted diga, va a volver al «Warlock» antes que...

Ella alzó los ojos.

—Ya nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento. Pero creo que no. Preferiría quedarme aquí.

De momento, quizás —contestó Bordman—. Pero antes de que las cosas empeoren volverá al navío. Tienen suficiente combustible para una docena de aterrizajes de la lancha y la pueden sacar de aquí.

Atletha se encogió de hombros.

—¿Para qué marcharse de aquí para navegar a la deriva? El «Warlock» está prácticamente en estas condiciones. ¿Cuál es su cálculo sincero, de qué pasará antes de que un navío equipado, venga a ayudarles a salir de aquí?

Bordman no respondía. Ya había realizado sus cálculos. Existía un viaje de dos meses desde Trent, la base más próxima de la inspección. Esperaban que el «Warlock» permaneciese en tierra hasta que la fundición que portaba funcionase y las bodegas se cargasen de metal en lingotes. Esto podía tomar un espacio de dos semanas, pero nadie se sorprendería si las dos semanas se convertían en dos meses. Así que la nave no tenía que estar de regreso en Trent basta dentro de cuatro meses. Aún se le concederían dos meses más de margen. Pasarían seis meses antes de que nadie se preguntase en serio por qué no volvía con su cargamento. Habría también una espera para que llegaran los salvavidas, en caso de que hubiera habido una desgracia en el espacio. Entonces se haría un informe de «no comunicación» a los Cuarteles Generales de la Inspección Colonial en Canna III. Pero tardaría tres meses en recibirse tal informe y seis más en confirmarse... incluso si los navíos hacían los viajes exactamente en los intervalos más favorables... y luego tendría que haber por lo menos, una queja de la colonia. Habían salvavidas en tierra de Xosa II, para comunicaciones de emergencia, y si un salvavidas no traía noticias de una crisis planetaria, no se consideraría que existía tal crisis, pues nadie podía imaginar que hubiera fallado una radio-rejilla de aterrizaje.

Quizás al cabo de un año, alguien pensara que debía ir a investigar a Xosa II. Pasaría mucho más, antes de que se colocara una nota en el escritorio de cualquier persona, sugiriendo que si un navío pasaba cerca de Xosa II o si había alguno disponible para la investigación, merecería la pena de realizar una pesquisa en el planeta que no tenía otra comunicación. Actualmente, el cálculo de tres años antes de que llegase otro navío, era de los más optimistas.

—Usted es civil —dijo Bordman—. Cuando escaseen los alimentos y el agua, volverá al navío. ¡Por lo menos estará usted viva cuando alguien venga para ver qué es lo que pasa aquí!

Atletha dijo con ternura:

—Quizás yo prefiera no estar viva. ¿Volverá usted al navío?

Bordman se ruborizó. No lo haría. Pero dijo:

—Yo puedo ordenar que se le envíe a usted a bordo y su primo cumplirá la orden.

—Lo dudo muchísimo —contestó Atletha. Y se reintegró a su

tarea.

Hubo crujidos de pisadas en el exterior del casco. Bordman parpadeó un poco. Con sandalias aisladas, era normal para aquellos colonos volverse de una parte a otra de la colonia al descubierto, incluso de día. ¡Él, Bordman, no podía salir al exterior de noche!

Entraron dos hombres. Eran morenos, con músculos que se destacaban bajo sus pieles relucientes y bronceadas. Amerindios con pelo liso y áspero. Ralph Redfeather les acompañaba. El doctor Chuka entró el último de todos.

—Aquí estamos —dijo Redfeather—. Estos son nuestros capataces. Entre nosotros, creo que podemos responder cualquier pregunta que quiera usted formularnos.

Hubo las presentaciones. Bordman no intentó recordar los nombres. Abeokuta, Northwind, Sutata, Tallgrass, T'cbka,

Spottedhorse y Lewanika... Eran nombres que combinados se encontraban en cada fila de cada nueva colonia. Pero los hombres que estaban en el despacho, estaban tranquilos en sus propias mentes como en presencia de un inspector de primera del Servicio de Inspección Colonial. Asintieron al ser nombrados y el más próximo le estrechó la mano. Bordman sabía que su aspecto le habría gustado en otras circunstancias, pero se sentía humillado por las condiciones de aquel planeta. Ellos no. En apariencia estaban sentenciados a muerte sólo por sí mismos.

—Tengo que dejar un informe —dijo Bordman, y se sintió en cierto modo asombrado, al saber que esperaba dejar un informe mejor que presentarlo: aceptaba la desesperanza en el futuro de la Colonia—. Tengo que dejar un informe del grado de desarrollo del trabajo aquí. Pero puesto que hay una emergencia, también tengo que dejar informe de las medidas tomadas para luchar contra tal emergencia.

El informe sería sutil, claro. Tan sutil como el registro de los golpes, que Athletha estaba preparando, y que se leerla cuando todo el mundo en aquel planeta hubiera muerto. Pero Bordman sabía que lo escribiría. Era ilógico que no lo hiciese.

—Redfeather me dice que la energía almacenada puede ser utilizada para refrigerar los edificios de la colonia —añadió—, y por tanto condensar el agua potable del aire... sólo para un plazo de

seis meses. Hay también alimentos para otro medio año. Si uno deja que los edificios se calienten un poco, para ahorrar combustible, no habrá bastante agua que beber. Redúzcase los alimentos a la mitad y no habrá agua bastante para proporcionar la energía necesaria para sobrevivir. ¡El problema es Insoluble!

Asintieron todos. Ya la cuestión hacía tiempo que había sido discutida.

—Hay alimentos en el «Warlock» —continuó Bordman—, pero no pueden utilizar la lancha de desembarco más que unas cuantas veces. No utiliza el combustible del navío y no hay refrigeración para mantenerla aquí estable. En total, sólo podrían desembarcar una tonelada de suministros, cantidad insuficiente para los quinientos que somos aquí. ¡Tampoco es solución!

Miró de uno a otro.

—Así que vivamos cómodamente —les dijo con ironía—, hasta que se nos acabe el agua y el mínimo confort nocturno. Cualquier cosa que hagamos por alargar algo es inútil, porque estaría relacionada con lo que suceda a los otros elementos. Redfeather me dice que usted no acepta la situación. ¿Qué van hacer, puesto que la admiten?

El doctor Chuka dijo con amabilidad:

—Hemos elegido un lugar de almacenaje de nuestros archivos y los mineros están habilitando el espacio en el que colocar la relación de nuestros actos en el último momento posible. Será a prueba de arena. Nuestros mecánicos estan fabricando un aparato de radio que utilizará una mínima cantidad de energía. Funcionará durante años y pico, emitiendo por radio instrucciones para que se pueda hallar el escondite, aun cuando el terreno haya cambiado por una invasión arenosa.

—Y también por el hecho de que no habrá nadie aquí para dar dichas instrucciones añadió Bordman.

Chuka prosiguió con benevolencia.

—También cantamos bastante. Mi pueblo es... ejem... prodigioso. Cuando ya no estemos aquí... habrán ceremonias y nuestros cantos les acompañarán hasta la muerte, si no en boca nuestra, sí en la de nuestros parientes que nos lloren del mundo próximo.

Sus dientes blancos aparecieron al sonreír. Bordman sintió casi

envidia de aquellos seres capaces de mostrarse tan firmes ante la adversidad. Pero prosiguió:

—¿Y es verdad que los deportes también han sido practicados con profusión?

Redfeather contestó:

—Hemos tenido tiempo para ello. Equipos alpinistas han culminado los picachos superiores a mil metros, anotándose honores y «golpes maestros». Se ha establecido un nuevo récord de lanzamiento de jabalina, ajustado a la constante de gravitación y Johny Oornstalk hizo los cien metros en ocho segundos, cuatro décimas. Athletha tiene las actas que certifican la hazaña.

—¡Muy útil! —exclamó Bordman sardónico.

Luego sintió disgusto consigo mismo por la exclamación.

Chuka agitó la mano.

—¡Espera Ralph! ¡El sobrino de Lewanika derrotará esa marca antes de una semana!

Bordman se volvió a sentir avergonzado porque Chuka había intervenido para disimular su arrebato de mal genio.

—Lo retiro —dijo con irritación—. Lo que dije era inapropiado. No debía haberlo dicho. Pero vine aquí para efectuar una inspección de desarrollo y lo que ustedes me dan es material para un cálculo sobre la moral del personal. ¡Queda fuera de mi línea! Única y principalmente soy un técnico, y a un problema técnico nos enfrentamos.

Athletha, que se hallaba detrás de él, habló de pronto.

—Lo primero y principal son los hombres. Y, señor Bordman, ellos se enfrentan a un problema humano... como morir bien. A propósito, parece afrontarse el problema con buenas disposiciones.

Bordman rechinó los dientes y de nuevo se sintió humillado. A su modo estaba intentando hacer lo mismo. Pero mientras él no estaba genéticamente calificado para soportar el clima del planeta, tampoco se sentía preparado para la aceptación pía o fatalista del desastre. Los amerindios y los africanos, por igual, eran hombres que poseían instintivamente sus propias ideas acerca de la dignidad y para ellos no había nada mejor y más honroso que morir elegantemente, pero la idea de la dignidad humana de Bordman, le impulsaba a seguir peleando: aún arañando a los ojos del destino cuando estuviese a punto de expirar. Lo llevaba en la sangre o en

los genes o era indultado del adiestramiento. Simplemente no podía, para conservar el respeto de sí mismo, aceptar ninguna situación física como desesperada, aun cuando su cerebro le indicase que así era.

—Estoy de acuerdo —dijo—, pero tengo aún que pensar en términos técnicos. Ustedes pueden decir que vamos a morir porque no podemos hacer aterrizar al «Warlock» que tiene alimentos y equipo.

—No podemos hacer aterrizar al «Warlock» porque carecemos de radio-rejilla de aterrizaje. No tenemos radio-rejilla de aterrizaje porque ella y todo el material para completarlo estarán enterrados bajo millones de toneladas de arena. No podemos confeccionar una nueva radio-rejilla de tipo ligero, porque nos hace falta una fundición para preparar las vigas, tampoco si la tuviésemos podríamos hacerla operar por falta de energía para hacer funcionar la fundición que no tenemos y que tanto necesitamos para construir dichas vigas. Y nos hace falta una fundición, al no tenerla no hay vigas, no hay energía, no hay perspectivas de alimentos o de vida, porque nos sería imposible hacer aterrizar al «Warlock». Es un círculo vicioso. Si lo rompemos en cualquier lugar, el problema quedará resuelto.

Uno de los hombres morenos murmuró algo para sí y para el individuo mas próximo. Se oyeron algunas risitas.

—Como cierto cuentecito de mi infancia, en el que siempre se volvía a empezar. Creo que decía así, poco más o menos —dijo el hombre cuando la mirada de Bordman cayó sobre él—: Había un rey que tenía tres hijas, las metió en tres botijas y las tapó con pez. ¿Quieres que te lo cuente otra vez? Había un rey que tenía tres hijas... Y así hasta lo infinito.

Bordman dijo glacial:

—El problema de la refrigeración y del agua y de los alimentos es el mismo. En seis meses podríamos cultivar comida... si tuviésemos energía para condensar la humedad. Poseemos productos químicos para los cultivos hidropónicos... si pudiéramos proteger las plantas de ser calcinadas por el calor. La refrigeración y el agua y alimento son prácticamente otro problema de círculo vicioso.

Atletha dijo dudosa:

—Señor Bordman...

Se volvió enojado. Atletha prosiguió casi como pidiendo perdón:

—En Chagan había... una mujer a quien se le concedió un honor, un golpe como decimos nosotros. Su marido cría caballos. Está loco por ellos y todos viven en una especie de casa construida dentro de un camión oruga en las llanuras... en los llanos. Algunas veces, se pasan meses lejos de cualquier puesto de colonos. Ella adora los helados y la refrigeración no es una cosa muy sencilla, pero consiguió el título de Doctor en la Historia de la Humanidad. Así que junto con su marido hicieron una especie de bandeja aislada en el tejado de su típico prefabricado y allí es donde hace el helado de crema.

Los hombres la miraron. Su primo dijo con aire divertido:

—Eso merece la recompensa de una pluma técnica.

—Pues el Consejo le concedió un galón dorado... oficial —dijo Atletha—. Un perfeccionamiento en la ciencia doméstica —se volvió a Bordman y explicó—: Su marido colocó una bandeja en el tejado de su casa, aislada del calor de la vivienda inferior. Durante el día la tapaba con una cubierta aislada, impidiendo que pasase el calor del sol. Por la noche, ella quitaba la cubierta superior y colocaba en la bandeja la pasta del helado en capas delgadas. Después se iba a la cama. Tenía que levantarse antes del alba para recoger dicha pasta, pero entonces ya la crema estaba helada, aunque fuese una noche cálida. —Miró de uno a otro—. No sé por qué. Dijo que eso se hacía ya en un lugar llamado Babilonia, en la Tierra, hace muchos miles de años.

Bordman parpadeó y luego exclamó:

—¡Maldición! ¿Quién sabe cuantos grados cae la temperatura del suelo antes del alba, en este planeta?

—Yo —contestó el primo de Atletha—. La temperatura de la parte superior de la arena cae cuarenta grados y pico. Cuarenta grados Fahrenheit. Mas abajo, en las capas inferiores, hay más calor, claro, pero el aire es casi fresco cuando sale el sol. ¿Por qué lo pregunta?

—Las noches son mas frías en todos los planetas —dijo Bordman—, porque cada noche el lado oscuro irradia calor al espacio vacío. Debería haber escarcha en todas partes cada mañana si el suelo no almacenara calor durante el día. Si impedimos que durante el día se

almacene calor... cubriendo una zona del suelo antes del alba y dejándola tapada todo el día... y destapándola toda la noche, mientras Impedimos que la azoten vientos calientes... ¡tendremos refrigeración! ¡El firmamento nocturno no es en si espacio vacío... a doscientos ochenta grados bajo cero!

Hubo un murmullo, luego una discusión. Los capataces de la colonia Xosa II eran hombres prácticos, pero tenían la costumbre de saber, porque algunas cosas poseían el carácter de prácticas. Uno no fabrica una moderna construcción de acero despreciando la teoría, ni maneja herramientas de minería sin saber por qué funcionan y cómo trabajan. Aquella proposición sonaba como algo basado de razón... que debería funcionar hasta cierto punto. ¿Pero cómo, hasta cuándo? Cualquiera podía imaginar que enfriarían algo, por lo menos, dos veces tanto como la normal caída de la temperatura nocturna. Alguien sacó un lápiz y empezó a efectuar cálculos. Anunció los resultados. Otros le preguntaron y él comprobó todo. Nadie prestaba mucha atención a Bordman. Pero se oían murmullos de discusiones en las que Redfeather y Chuka se vieron inmediatamente incluidos. Por cálculo, parecía que si el aire de Xosa II era realmente tan claro como indicaban las brillantes estrellas y el profundo color diurno, cada noche una total caída de ciento ochenta grados de temperatura podría asegurarse mediante la irradiación al espacio interestelar... si no convergían corrientes de aire y se podía impedir que...

Fue el problema de las corrientes convergentes lo que rompió la asamblea entre grupitos de diferentes soluciones. Pero el doctor Chuka las acalló todas, diciendo que probarían tres soluciones, y pidiendo a los que las proporcionaron que las tuviesen preparadas antes del amanecer, así que los reunidos salieron del casco aún discutiendo entusiasmados. Alguien había recordado que había una especie de hondonada en una zona árida en Timbuk, y otro recordó que la irrigación en Delmos III se realizaba del mismo modo. Y se acordaron de cómo lo hacían...

Las voces se perdieron en la noche cálida exterior. Bordman hizo una mueca y volvió a decir:

—¡Condenación! ¿Por qué no se me ocurrió a mi antes?

—Por que usted no es Doctor en Historia de la Humanidad —dijo Athletha sonriendo—, con un marido que cría caballos y con una

pasión enorme por los helados de crema. Incluso así, era necesario un técnico para romper el problema y racionarlo en términos realmente sencillos —después dijo—: Creo que Bob Running Antelope le daría el aprobado a usted, *Mr. Bordman*.

Bordman estaba que echaba humo de si mismo.

—¿Quién es ese...? ¿Qué quiere decir ese comentario?

—Se lo aclararé cuando haya usted resuelto un par o dos más de problemas —contestó *Atletha*.

Su primo entró en la habitación. Dijo con aire de agradecido:

—Chuka puede proporcionarnos aislamiento de lana de siliconas, según dice. Hay material en abundancia y utilizará un espejo solar para conseguir el calor que necesita ¡Temperatura en abundancia para construir siliconas! ¿Cuánta zona necesitaremos cubrir para extraer cuatro mil galones de agua por la noche?

—¿Cómo voy a saberlo? —preguntó *Bordman*—. ¿Cuál es la humedad del aire aquí? ¡Díganme! ¿Utilizaron ustedes compresores caloríficos para mantener fresco el aire que bombeaban en sus edificios antes de utilizar la energía para refrigerarlo? Si es así, volviendo a emplearlos ahorraríamos bastante energía...

El Ingeniero del Proyecto contestó:

—¡Pongámonos a trabajar en esto! Soy un experto en acero, pero...

Se sentaron. *Atletha* pasó una página de su libro.

IV

El «Warlock» orbitaba en torno al planeta. Los miembros de su tripulación se retrotraían en si mismos. En casi dos meses de aburrida rutina viajando hacia aquel mundo, se iniciaron los brotes de irritación contra las peculiaridades de los demás hombres. Ahora, tendrían que soportarse mutuamente durante años. Al cabo de dos días de estabilizarse en órbita, el «Warlock» estaba tripulado por individuos ya mórbidamente resentidos contra el destino, con la psicología de prisioneros confinados a un estrecho encierro por un período horripilante e indeterminado. Al tercer día se produjo la segunda pelea a puñetazos. Una pelea amarga.

Las refriegas a manos desnudas, no son síntomas de buena salud en una espacionave, que carece de la menor esperanza de llegar a puerto en un espacio de tiempo que comprende varios años.

V

La mayoría de los problemas humanos son círculos viciosos que caen en pedazos cuando se resuelve una simple y trivial parte de ellos. Suele haber enemistad entre razas, porque las razas son diferentes, y tienden a ser diferentes porque son enemigas, así que la enemistad... El gran problema del vuelo interestelar era que nada podía viajar más rápido que la luz, y nada podía viajar mas rápido que la luz porque la masa se incrementaba con la velocidad, y la velocidad se incrementaba con la masa evidentemente, porque los navíos permanecían en el mismo canal del tiempo durante mas siglos de los que debieran, porque nadie se dio cuenta de que salirse del canal del tiempo significaba viajar más aprisa que la luz. E incluso antes hubo viajes interestelares, pero no comercio interestelar porque se necesitaba demasiado combustible para despegar y aterrizar. Era necesario mucho combustible para transportar el combustible necesario para aterrizaje y despegue, y así estaban las cosas, hasta que alguien utilizó la energía del suelo para «arrojar» los navíos en vez de hacerlos despegar, y para «recogerlos» del cielo en vez de dejarlos que aterrizasen por sus propios medios. Luego las naves interplanetarias transportaron cargamentos. En Xosa II se había producido una emergencia, porque una tempestad de arena había sepultado la casi acabada radio-rejilla de aterrizaje bajo varias megatoneladas de arena, y la radio-rejilla no podía terminarse porque había solo una escasa reserva de energía almacenada y no había más energía en almacén porque se precisaba de la radio-rejilla para que la extrajera de la ionosfera, y la radio-rejilla no estaba...

Costó semanas poder ver el problema como la cosa objetivamente sencilla que era en realidad. Bordman lo había

llamado problema del «círculo vicioso» pero no había visto su entera cualidad circular. Era en sí, como todos los problemas de esa clase, una serie inestable de condiciones. Comenzó a desmoronarse simplemente, porque vio que con una mera refrigeración toda su solidez se quebraría.

Al cabo de una semana, diez acres del desierto se veían cubiertos por grandes fajas de fieltro de lana de siliconas. Durante el día, la superficie reflectiva quedaba hacia arriba y al ponerse el sol los camiones oruga enganchados a los cables de sirga, la volvían al revés para exponer las negras superficies del entramado a la luz de las estrellas. El entramado estaba precisamente diseñado para que los vientos que soplasen a su través, no hicieran remolinos en los cuadros entramados. El aire frío de aquellas bolsas permanecía imperturbado y no había ninguna conducción de calor hacia abajo por corrientes arremolinadas, mientras que se producía una admirable irradiación de calor hacia el espacio. Este mismo procedimiento era el empleado por los planetas en sus lados nocturnos, claro que de manera mucho más eficiente.

Al cabo de quince días, se obtenía un rendimiento de tres mil galones de agua por la noche y a las tres semanas más, habían entramados semejantes sobre las casas de la colonia y un vasto cobertizo refrigerador para pre-enfriar el aire que se utilizaría en los propios sistemas refrigeradores. El combustible almacenado —energía en reserva— fue, pues, alargado hasta unas tres veces más de lo calculado en principio. La situación ya no era una simple y clara ecuación de desesperanza.

Fue entonces cuando ocurrió otra cosa. Uno de los ayudantes del doctor Chuka sentía curiosidad por cierto mineral. Utilizó para fundirlo el horno solar con el que se había fabricado la silicona. Y el doctor Chuka le vio. Al cabo de un momento, se echó a reír a carcajadas y fue en busca de Ralph Redfeather. Entonces los obreros amerindios del acero, aserraron un casco robot que sirvió de depósito de combustible, pero como que ya no tenían ninguna existencia de tal combustible, construyeron un espejo solar desmontable de un diámetro de doce metros —al que los expertos mecánicos africanos proporcionaron energía— y de pronto hubo un lugar de incandescencia aún más brillante que el sol de Xosa II, en la propia superficie del planeta. Se le aplicó a un acantilado de

mineral y se produjeron monstruosas fulguraciones. Incluso los técnicos mineros africanos, tuvieron que ponerse anteojos a causa del cegador fulgor. Al poco se vieron arroyuelos de metal fundido y de escorias flotando en él, cuyas escorias fueron separadas en caliente. Los arroyos de metal líquido, discurrían espectacularmente, bajando por las paredes del acantilado. El doctor Chuka estaba radiante y se palmeaba sus sudorosos muslos de pura alegría. Bordman salió en un camión oruga, vistiendo traje anticalórico, para contemplar la escena durante veinte minutos. Cuando volvió al despacho del Ingeniero del Proyecto tomó un trago de agua con sal empezó a sacar los tomos de instrucciones del Servicio de Inspección que había traído con su equipaje. Había un volumen animado acerca de Xosa II y los tomos de instrucciones del Servicio de Inspección Colonial. Allí habían las definiciones para cada uno de los términos utilizados en las explicaciones sucintas, definiciones exactas y amplias, reseñando las partidas de equipo suministrado por la Oficina Colonial.

Cuando Chuka entró en el despacho al cabo de un rato, traía el primer lingote de hierro crudo de Xosa II, en la enguantada palma de su mano. Estaba que reventaba de satisfacción. Ralph Redfeáther trabajaba febrilmente en su escritorio, pero Bordman se hallaba ausente.

—¿Dónde está Bordman? —preguntó Chuka con su voz baja y resonante—. Estoy listo para informar acerca del grado de desarrollo de las propiedades mineras en Xosa II y para asegurar que estamos preparados desde hoy mismo para efectuar entregas de lingotes de hierro, cobalto, circonio y berilio en cantidades industriales. Necesitamos el aviso con un día de antelación para entregar otro metal que no sea hierro, a causa de nuestra escasez de equipo, pero podemos suministrar cromo y manganeso a los dos días de que se nos pase el pedido... aunque los depósitos minerales quedan algo lejos.

Dejó caer el lingote sobre el segundo escritorio Adonde Athletha se hallaba con sus sempiternos volúmenes ante ella. El metal humeó y comenzó a quemar el tablero. Lo volvió a recoger y se lo pasó de una mano enguantada a otra.

—¡Ya estás listo, Ralph! —Fanfarroneó - ¡Vosotros los indios vais en busca de «golpes» y honores! ¡A ver si me apuntáis a mi éste!

¡Sin combustible y con un mínimo equipo a no ser el que nosotros fabricamos— y abono en vuestra cuenta la construcción del espejo, pero nada más, estamos preparados para llenar las bodegas del primer navío que venga en busca de carga! ¿Qué vas a hacer tú para mejorar mi récord? ¡Me parece que os hemos dado un buen revolcón!

Ralph apenas alzó la vista. Sus ojos estaban muy brillantes. Bordman le había enseñado a copiar cifras y fórmulas de una parte del libro de definiciones de la Inspección Colonial. El volumen empezaba con especificaciones para el cultivo de antibióticos en las colonias que tuvieran problemas con las bacterias locales. Terminaba con definiciones de las requeridas condiciones de resistencia del material y los dibujos estipulados para jaulas zoológicas, en las que encerrar especies de la fauna del planeta, fauna subdividida en voladora, marina y terrestre, criaturas a su vez subdivididas en carnívoras, herbívoras y omnívoras, con instrucciones especiales para anejos, conteniendo seres abismales que necesitaban para vivir presiones extremas y el equipo para conservar una atmósfera apta para las bestias procedentes de planetas cuyo ambiente atmosférico fuera el gas metano.

Redfeather tenía abierto el tercer volumen por:

Rejillas de aterrizaje, Máxima emergencia, Refugios para el comercio. Habían algunas docenas de planetas no colonizados a lo largo de las rutas espaciales más frecuentadas, en los que se mantenían refugios para los náufragos de las posibles catástrofes interestelares. Pequeños destacamentos de la Patrulla ocupaban los refugios. Salvavidas espaciales efectuaban la navegación de enlace con los mundos habitados. Poseían un mínimo de instalaciones que podían extraer energía de la ionosfera de sus planetas y no esperaban manejar nada mayor que un bote salvavidas de más de veinte toneladas. Pero en los libros que Bordman usaba en las inspecciones coloniales, se detallaban los equipos utilizados en tales refugios. Estaban compilados, para información de los contratistas que quisieran pujar en las subastas de material a suministrar para las instalaciones del Servicio de Inspección Colonial y para guía de personas

que como Bordman comprobaban y revisaban los trabajos ya hechos. Así que en ellos estaban cuantos datos eran necesarios para construir una rejilla de aterrizaje, máxima emergencia, tipo refugio comercial, en caso de que fuera necesario. Redfeather copiaba febril aquellos datos.

Chuka dejó de fanfarronear pero siguió sonriente:

—Sé que estamos atascados, Ralph —dijo— pero es hermoso que en los archivos conste todo esto. Lástima que nosotros no conservemos registros de nuestras hazañas como hacéis vosotros, los indios.

El primo de Athleta - Ingeniero del Proyecto dijo con aspereza:

—¡Vete! ¿Quién fabricó tu espejo solar? ¡Un simple ayudante! Lo que tienes que hacer es empezar a fundir para nosotros una buena cantidad de viguetas. ¡Viguetas y jácenlas! Voy a mandar a Trent un bote salvavidas. ¡Construiré una radio-rejilla de tamaño mínimo! Encenderé una hoguera debajo de las posaderas de alguien para conseguir que nos envíen un navío colonial con suministros. Si no se presenta una nueva tormenta de arena que entierre los refrigeradores a radiación que ideó Bordman ¡sobreviviremos con cultivos hidropónicos hasta que llegue una nave con algo útil!

Chuka le miró con fijeza.

—¡No querrás decir que podremos sobrevivir a esto!, ¿verdad?

Athleta contemplaba a los dos hombres con imparcial ironía.

—Doctor Chuka —dijo—, usted realizó lo Imposible. Ralph trata de conseguir lo irrealizable. ¿No se les ocurre a ustedes que mister Bordman se está devanando los sesos para alcanzar lo inalcanzable...? Es inalcanzable e inconcebible incluso para él, pero trata de lograrlo.

—¿Qué es lo que trata de lograr? —preguntó Chuka entre curioso y divertido a la vez.

—Intenta demostrarse a sí mismo, que es el mejor hombre en este planeta —respondió Athleta—. Porque es el menos capaz físicamente hablando de vivir aquí. Tiene una herida en su amor propio. ¡No lo subestimen!

—¿Qué es el mejor hombre aquí? —preguntó inexpresivo Chuka—. A su manera tiene razón. La refrigeración lo demuestra. ¡Pero no puede salir al exterior sin traje anticálórico!

Ralph Redfeather dijo, sin dejar de trabajar:

—Tonterías, Athletha. Bordman tiene valor. Se lo reconozco. Pero no puede caminar por una viga a cuatrocientos metros de altura. A su manera, sí. Es un hombre capaz. Pero de eso a considerarse el mejor...

—Estoy convencida —asintió Athletha—, que Bordman no puede cantar ni la mitad de bien que el peor cantor de su comunidad, doctor Chuka, y que cualquier amerindio podría vencerle en una carrera pedestre. Yo misma incluso. Pero él tiene algo que nos falta a nosotros, lo mismo que poseernos cualidades de las que él carece. Estamos seguros de nuestras posibilidades. Sabemos lo que podemos hacer y es posible que lo hagamos mejor que nadie... —Sus ojos brillaban—... mejor que ningún rostro pálido. Pero él duda de sí mismo, siempre y en todos los sentidos. Y por eso puede que sea el mejor hombre sobre este planeta. ¡Apostaría a que no tarda en demostrarlo!

Redfeather dijo desdeñoso:

—¡«Tú» sugeriste la refrigeración por radiación! ¿Qué demuestra el que haya sido él quien la aplicó?

—Pues —contestó Athletha—, que él no podía enfrentarse al desastre que nos amenazaba sin tratar de hacer algo... aun cuando ese algo fuera imposible. No podía hacer frente a los hechos mortales. Tuvo que atormentarse a sí mismo, para ver que no serían mortales si al menos esto o aquello o lo de más allá pudiera retorcerse un poquito. Su amor propio quedó herido, porque la naturaleza había derrotado a los hombres. Sentía eso, como una ofensa a su dignidad. Y un hombre con el amor propio dolido puede que nunca sea feliz, pero sí puede en cambio ser útil a la sociedad.

Chuka alzó su corpachón de ébano de la silla en la que había estado sentado, pasándose el lingote caliente de mano a mano.

—Es usted amable —dijo con una risita—. ¡Demasiado amable! No quiero herir sus sentimientos. ¡Por nada del mundo querría! ¡Pero, de veras... nunca oí que alabaran a un hombre por su vanidad o que le admirasen por ser quisquilloso en lo tocante a su dignidad! Sí, tiene usted razón... porque... puede que eso resulte conveniente. Incluso puede que sea esperanzador. Pero... ejem... ¿se casaría usted con un hombre así?

—¡No lo quiera el Gran Manítú! —exclamó Athletha con firmeza

—. Soy amerinda. Desearé que mí esposo esté satisfecho. Lo deseare para estar yo misma satisfecha a su lado, pero mister Bordman nunca se sentirá feliz o satisfecho. ¡No quiero por marido ningún rostro pálido! Pero tampoco pienso que él haya terminado aquí por entero. Mandar a por auxilio no le satisfará. Herirá aún más su amor propio. ¡Se sentirá muy triste si no se prueba a si mismo... sólo para él mismo... que es hombre que vale algo más que para mendigar auxilio en caso de apuro!

Chuka se encogió de hombros. Redfeather anotó la última partida que le hacía falta y se puso en pie de un brinco.

—¿Qué tonelaje de hierro puedes sacar, Chuka? —preguntó—. ¿Qué puedes hacer en lo tocante a fundiciones? ¿Cuál es el módulo de elasticidad... cuánto hay en ese hierro? ¿Y cuándo puedes empezar a fundir en serio? Me refiero en gran escala.

—Vamos a hablar con mis capataces —dijo Chuka Veremos lo rápido que mana mi... ejem... fuente de mineral por la cara del acantilado. Si tú puedes de verdad lanzar un salvavidas, podrá llegarnos ayuda en el término de un año en vez de tener que esperar cinco por lo menos...

Salieron juntos, mientras se producía un leve sonido en la oficina contigua. Ella permaneció inmóvil durante un largo medio minuto. Luego volvió la cabeza.

—Le debo una excusa, mister Bordman —dijo de mala gana—. No quiero retirar la descortesía, pero... lo siento muchísimo.

Bordman entró procedente de la otra estancia y estaba bastante pálido. Dijo con amargura:

—Quien escucha su mal oye, ¿eh?... En realidad, venía hacia aquí... cuando oí... que hablaban de mí. Embarazaría a Chuka y a su primo si se enteraran que les he oído. Por eso me detuve. No a escuchar, sino para impedir que ellos supieran que les había oído dar sus opiniones acerca de mí. Le estaré agradecido si no les dice nada. Están con derecho de pensar como gusten. ¡En apariencia les tengo yo a ellos en más alta estima que me tienen a mí!

—¡Debió parecerle horrible! —dijo Atletha—. ¡Pero ellos... nosotros... todos, tenemos mejor opinión de usted, que usted de si mismo!

Bordman se encogió de hombros.

—Usted en particular, ¿se casaría con alguien como yo? ¡Gran

Manitú, no!

—No, pero por un excelente motivo —repuso Atletha con viveza—. Cuando salga de aquí si salgo —y vuelva a casa, me casaré con Bob Running Antelope. Es un chico estupendo. Me gusta la idea de ser su esposa, pero no ambiciono sólo felicidad, sino satisfacción, conformidad. Eso es importante para mí. Para usted no, ni para la mujer con quien debiera casarse. Y yo... bueno... no les envidio ni...

—¡Comprendo! —dijo Bordman con ironía. Pero en realidad no lo comprendía—. Deseo que consiga usted toda esa conformidad que tanto busca. ¿Pero qué es eso de esperar de mí algo más? ¿Qué esperan que me saque de la manga ahora...? ¿Algo para satisfacer mi exagerada vanidad?

—No tengo la menor idea —dijo Atletha—. Pero creo que usted nos saldrá con algo que nosotros no habríamos podido imaginar. No lo digo porque usted sea engreído, sino porque está descontento de si mismo. Es innato en su persona. ¡Y no lo puede remediar!

—Si me considera un neurótico, están todos equivocados de medio a medio. No soy neurótico. Tengo calor y me siento enojado. Iré con un retraso incalificable después de solucionar todo este berenjenal. ¡Pero eso es todo!

Atletha se levantó y se encogió de hombros pensativa.

—Repito mis excusas y le dejo para usted todo el despacho. Pero repito nuevamente que pienso aparecerá con algo que nadie se espera... y no tengo la menor idea de lo que podrá ser, pero lo hará para demostrar que me equivoco, al juzgar la manera de funcionar de su mente.

Salió. Bordman apretó con fuerza las mandíbulas. Sentía esa especie de fantasmal Inquietud que nace del hecho de haber escuchado a alguien decir cosas de uno mismo que podían ser ciertas por completo.

—¡Es idiota! —murmuró a solas—. ¿Yo un neurótico? ¿Yo queriendo demostrar que soy el mejor para satisfacer mi vanidad? —Emitió un ruido desdeñoso. Se sentó impaciente ante el escritorio—. ¡Absurdo! ¿Por qué iba a necesitar demostrarme a mi mismo de lo que soy capaz? ¿Por qué, de todas maneras, iba a hacer de esa prueba un caso de necesidad?

Se quedó mirando ceñudo a la pared. Era una pregunta

acuciante. ¿Qué haría si ella tenía razón? Si necesitaba constantemente probarse a sí mismo...

De pronto se puso rígido. Su rostro adoptó una expresión de Intensa sorpresa. Había pensado en lo que un hombre insatisfecho y dudando de si mismo podría hacer en Xosa II en la presente encrucijada.

Lo sorprendente era que también había pensado cómo podía hacerlo.

VI

El «Warlock» renació a la vida. Su patrón respondió sombrío a la llamada de emergencia de Xosa II. Al cabo de un minuto cortó la comunicación y se trasladó a uno de los ojos de buey que daban vistas al exterior, profundamente oscurecido en aquellos tiempos cuando el sol blanco azulado de Xosa iluminaba aquella parte del casco. Manipuló contra el manual para hacerlo más transparente y miró a la monstruosa y parduzca superficie moteada del planeta a ocho mil kilómetros de distancia. Buscó el lugar en que sabía que se encontraba emplazada la colonia.

Vio lo que le habían anticipado que verla. Era una proyección entramada infinitamente fina en la propia superficie planetaria. Se alzaba con ligero ángulo —se apoyaba hacia la parte Oeste del planeta— y se extendía y ampliaba, formando un objeto extraordinario en forma de seta que era completamente increíble. No podía ser. Los humanos no crean cosas visibles desde cincuenta kilómetros de altura, en forma de parrilla, sobre esbeltas vigas y que se dirigen hacia el oeste, frágiles y adelgazándose y que constantemente se renuevan.

Pero era verdad. El patrón del «Warlock» miró hasta estar completamente seguro. No era una bomba atómica porque seguía existiendo. Se desvanecía, pero volvía a llenarse por completo. ¡No, no era una bomba atómica!

Cruzó por el navío, gritando y enfrentándose a gruñidos rebeldes. Pero cuando el «Warlock» volvió a estar en aquel lado del planeta, los miembros de la tripulación vieron también la extraña apariencia. La examinaron con los telescopios y se pusieron histéricos. Frenéticamente, se dedicaron a trabajar para limpiar los signos de un mes y medio de desespero y de rebelión.

Les costó tres días dejar el navío aseado y, durante ese tiempo el chorro peculiar y parduzco persistió. Al sexto día se le oyó más débil. Al séptimo era mayor que antes. Continuaba agrandándose y los telescopios de gran amplificación comprobaron lo que la comunicación de emergencia había dicho.

Entonces la tripulación se vio dominada por una frenética impaciencia. Era peor esperar durante aquellos últimos tres días que durante el tiempo desesperanzado de antes, pero ya no había para odiar a nadie en estos momentos y el patrón se sintió muy aliviado.

VII

Doscientos cincuenta metros de rejilla de acero se alzaban por encima de las cabezas. Era una pared de viguetas entrecruzadas en forma de anillo, de más de cuatrocientos cincuenta metros de altura y casi hasta la cumbre de las montañas de los alrededores. Pero el valle ya no era exactamente normal. Ahora era cráter: una ladera escarpada. Un poco cónico cuyas paredes descendían lisamente hasta las columnas exteriores de la estructura reluciente, de acero pintado de rojo y, más viguetas para completar la rejilla proyectada desde la arena hasta el exterior del círculo. Allí, en la radio-rejilla de aterrizaje, había ahora un objeto más pequeño, pulimentado, con sus partes metálicas perfectamente acabadas. Descansaba sobre el suelo rocoso y se le veía enteramente pequeño. Tendría una altura de quizás treinta metros, y no más de un centenar de diámetro, pero era ostensiblemente, una miniatura de la gran radio-rejilla de aterrizaje recientemente desenterrada y repintada, cuya misión era manejar a los navíos de carga interestelares y dirigir todo el tráfico espacial adecuado para la colonia de un planeta mineralista.

Un camión oruga vino tambaleándose, subiendo y bajando por el costado del pozo. Tenía unas pantallas agita-soles y aletas reflectoras contra el suelo y Bordman iba a horcajadas en una silla de montar infantil, poco más o menos, en la parte trasera del camión, destinada a la carga. Llevaba traje anticálórico.

El camión llegó al fondo del pozo y se detuvo un cobertizo de herramientas. Bordman salió visiblemente embarazado por su traje y dolorido por el cansancio de una marcha prolongada y llena de traqueteos.

—¿Quiere usted entrar en el cobertizo y enfriarse? —preguntó Chaka.

—Estoy bien —contestó Bordman—. Estoy muy bien mientras me proporcionen ese aire fresco. —Era evidente que le sabía mal incluso utilizar un suministro especial de aire—. ¿Qué es todo esto? ¿Se va hacer entrar al «Warlock»? ¿Para qué esa insistencia en que venga aquí?

—Ralph tiene un problema —dijo Chuka con suavidad—. Está allí... ¿Lo ve? Le necesita. Allí hay una cabria. De todas maneras tiene usted que comprobar el grado de desarrollo. Quizás tenga ocasión de echar un vistazo a su alrededor mientras está allí arriba. Pero él se siente impaciente porque vea usted algo. Precisamente allá donde ve todo ese grupito de personas. En la plataforma.

Bordman hizo una mueca. Cuando uno está bien iniciado en el trabajo de inspección, se acostumbra a las alturas y profundidades y a toda clase medios ambientes. Pero hacia muchos meses que no subía a una estructura de acero. Por lo menos desde su Inspección en Kalka IV, casi un año atrás. Al principio iba a ser turbador.

Acompañó a Chuka hasta un lugar donde un cable de acero pendía casi de una invisible viga de las alturas. Había allí una improvisada jaula para ascender... planchas y una barandilla formando una plataforma insegura que podía sostener a cuatro personas. Subió y el doctor Chuka se instaló a su lado. Chuka agitó la mano. La jaula empezó a ascender.

Bordman parpadeó mientras el suelo parecía hundirse muy abajo. Era fantasmal estar colgando en el vacío de aquel modo. Quería cerrar los ojos. La jaula subió y subió. Le costó larguísima minutos llegar hasta lo alto.

Allí había una plataforma recién hecha. La luz del sol era cegadoramente brillante y el panorama despedía un fulgor intolerable. Bordman ajustó sus anteojos hasta el máximo de oscuridad y salió animoso de la oscilante jaula a la que parecía más sólida plataforma aérea. Aquí, a la mitad del aire, en un trozo firme de apenas tres metros cuadrados se encontraba él. La altura aquella correspondía a más de dos veces la de un rascacielos metropolitano visto desde el suelo. Las crestas de las montañas quedaban sólo a ochocientos metros de distancia y no a mucha mayor altura. Bordman se sentía incómodo. Se acostumbraría, pero...

—¿Y bien? —preguntó—. Chuka me dijo que me necesitaba. ¿Qué pasa?

Ralph Redfeather asintió formalmente. Atletha también estaba allí y dos de los capataces de Chuka —uno no parecía muy feliz— y cuatro de los amerindios trabajadores del acero. Sonrieron a Bordman.

—Quiero que vea usted la cosa antes de dar a la corriente dijo el primo de Atletha No parece que esa pequeña rejilla pueda manejar la arena necesaria. Pero Lewanica quiere un informe.

Un hombre moreno que trabajaba a las órdenes de Chuka —y que parecía como si perteneciese a tierra firme— dijo:

—Fundimos las vigas para la pequeña rejilla de aterrizaje, mister Bordman. Sacamos el metal fundido de los acantilados y lo pusimos en moldes mientras manaba.

Se detuvo. Uno de los indios dijo:

—Construimos las viguetas de la pequeña radio-rejilla. Les molestaba porque la edificábamos en la misma arena que había enterrado a la gran radio-rejilla. No comprendimos porque ordenó usted que se hiciese allí. Pero la construimos.

El segundo hombre moreno dijo con algo de prensión:

—Confeccionamos las bobinas, mister Bordman. Hicimos la rejilla pequeña para que funcionase lo mismo que la grande cuando estuviera acabada. ¡Y luego hicimos el trabajo de la gran rejilla, acabado o no!

Bordman interrumpió con impaciencia.

—Está bien. Perfectamente. ¿Pero qué es esto? ¿Una ceremonia?

—Eso precisamente —contestó Atletha sonriendo—. ¡Tenga paciencia, mister Bordman!

Su primo dijo:

—Construimos la rejilla pequeña en lo alto de la arena y extrajo energía de la ionosfera. ¡Entonces ya no había escasez de energía! Y empezamos a lanzar por los aires arena en vez de navíos. No precisamente por arrojarla al espacio, si no para darle una velocidad vertical de mil ochocientos metros por segundo. Entonces apagamos la radio-rejilla.

—Y bajamos hacia abajo otra vez el aparato pequeño —dijo uno de los Indios restantes, sonriendo—. ¡Vaya fiesta! ¡Manitú!

Redfeather le miró con el ceño fruncido y reanudó el relato.

—Lanzó la arena desde el centro, como usted dijo que haría. La arena voló por el aire. Describió un vuelo atorbellinado sacando

mas arena del exterior de la rejilla succionada por su campo de impulsión. Hubo arena que llegó hasta los cuarenta kilómetros de altura. Entonces formó una especie de hongo y los vientos se la llevaron hacia el oeste. Cayó a mucha distancia, mister Bordman. Construimos una nueva zona de dunas a dieciséis kilómetros a sotavento y la pequeña radio-rejilla se hundió, mientras la arena desaparecía de su torno. Tuvimos que parar tres veces, porque se inclinaba. Era preciso excavar en algunas partes para enderezarla otra vez. Pero siguió bajando hasta el valle.

Bordman puso en funcionamiento los motores de su traje anticalórico. Sentía un calor incómodo.

—Al cabo de seis días —dijo Ralph, casi ceremonialmente—, habíamos descubierto la mitad de la rejilla original que construimos. Entonces tuvimos que modificar el lanzamiento de arena y recabar más energía muchísimas veces la potencia que la pequeña radio-rejilla podía aplicar a la expulsión arenosa.

»Al cabo de dos días, la mayor parte de la gran radio-rejilla estaba limpia. El valle inferior quedaba también limpio. Junto a la zona de aterrizaje despejamos de arena un espacio grande, teniendo que lanzar bien lejos unos cuantos millones de toneladas, por lo que ahora es posible que el “Warlock” tome tierra y nos entregue sus suministros. El horno de energía solar ya está preparando lingotes para que los cargue. Queremos que vea usted lo que hemos hecho. La colonia ya no está en peligro y tendremos la rejilla completamente terminada para su inspección antes de que el navío esté dispuesto para regresar.

Bordman dijo incómodo:

—Eso es muy bueno. Excelente. Lo anotaré en el informe de inspección.

—Pero —dijo Ralph, más ceremoniosamente todavía—, tenemos derecho a anotarnos «golpe» los miembros de nuestra tribu y clan. Ahora...

Se produjo la confusión. El primo de Atleta decía cosas que no tenían significado alguno. Los otros indios se unían a sus palabras a intervalos, hablando en su jerigonza.

Los ojos de Athletha brillaban y ella parecía satisfecha y complacida.

—¿Qué... Que... es esto? —preguntó Bordman cuando pararon.

Atletha contestó con orgullo.

—Ralph acaba de adoptarle a usted formalmente como miembro de la tribu, mister Bordman... dentro de su clan y del mío. Le ha dado un nombre que le escribiré para que no se le olvide. Significa: «el hombre que no cree en su propia sabiduría». Y ahora...

Ralph Redfeather, ingeniero interestelar diplomado, graduado de la Universidad técnica más rigurosa de aquella zona de la galaxia, portador de plumas de águila en número de tres y calzado con un par de sandalias aisladas y con pantalones cortos... Ralph Redfeather sacó un pequeño bote de pintura y un pincel y comenzó a pintar sobre una sección de vigueta preparada para incorporarse a la estructura. Pintó una pluma sobre el metal.

—Es un «golpe» —dijo a Bordman por encima del hombro—. Su «golpe». Colocado donde se ganó... aquí arriba. Atletha está autorizada para certificarlo. Y la jefatura del clan añadirá una pluma de águila al tocado que usa el jefe del Consejo del Gran Tipi de Algonka y... sus hermanos de clan se sentirán orgullosos.

Entonces se incorporó y extendió la mano.

Chuka dijo con benevolencia:

—Siendo hombres civilizados, mister Bordman, nosotros los africanos no somos partidarios de plumas incivilizadas. Pero... ejem... le aprobamos también a usted y planeamos corroborarlo en la colonia después de que haya bajado el «Warlock», cuando haya una serie de cánticos ceremoniosos. Hay... ejem... una clase de canción... un calipso coral, que habla de esta aventura que ha traído a nosotros una conclusión tan satisfactoria. Es un buen calipso. Será popular en muchos planetas.

Bordman tragó saliva. Sintió que le iba a decir algo y que no sabía qué.

Pero precisamente entonces se oyó un sonido profundo en el aire. Era un sonido vibrante. Era la rejilla de quinientos metros la que emitía aquel sonido bajo, profundo y vibrante, indicando que estaba en funcionamiento. Bordman alzó la vista. El «Warlock» ya estaba bajando.

EQUIPO DE COMBATE

I

La luna mas cercana se hallaba sobre las cabezas. Era de forma rasgada e irregular, probablemente un asteroide capturado. Huyghens la había visto con frecuencia, así que no salió de sus habitaciones para verla surcar el cielo con la velocidad aparente de un avión atmosférico ocultando las estrellas a su paso. En vez de eso, se quedó sudando sobre sus papeles de trabajo, lo que era bastante extraño toda vez que era un delincuente y todas sus obras en Loren Dos constituían felonías. Era raro también para un hombre hacer trabajitos en papel en una habitación con contraventanas de acero y una enorme águila calva —libre y sin ataduras— dormitando en una percha de casi ocho centímetros clavada en la pared. Pero aquélla no era la verdadera tarea de Huyghens. Su único ayudante, se había enredado con un caminante nocturno y los furtivos navíos de la Compañía Kodíus se lo habían llevado alía al lugar de donde provenían tales navíos de la Compañía Kodius. En su soledad, pues, Huyghens tenía que hacer el trabajo de dos hombres. Que él supiera, era el único ser humano en aquel sistema solar. Bajo él se produjeron husmeos. Sitka Pete se levantó pesadamente y caminó acolchadamente hasta su bebedero. Lamió el agua refrigerada y rezongó. Sourdough Charley se despertó y se quejó con un gruñido. Se produjeron otros diversos murmullos y susurros debajo. Huyghens gritó tranquilizador:

—¡Tranquilizaos!

Y siguió con su trabajo. Terminaba un informe del clima y suministraba cifras a su calculador. Mientras la máquina zumbaba dirigiéndolas, pasó los totales del Inventario al registro de la estación, mostrando los suministros que quedaban. Luego empezó a escribir en el registro:

«Sitka Pete en apariencia ha resuelto el problema de matar esfexas individuales. Ha aprendido que no debe abrazarlas y que sus zarpas no pueden penetrar en el cuero de ellas, por lo menos no hasta el fondo. Hoy Semper nos notificó que un grupo denso de esfexas había encontrado la pista o rastro olfativo de la estación». «Sitka se escondió a sotavento hasta que llegaron. Luego cargó contra ellas desde retaguardia y llevando sus patas a la vez por ambos lados de la cabeza de una esfexa, le propinó un terrible par de bofetones. Debió ser como si dos obuses llegaran desde direcciones opuestas al mismo tiempo. Tuvo que cascar los sesos de la esfexa como si cascara huevos. El bicho cayó muerto. Mató a dos mas con un poderoso par de mamporros. Sourdough Charley y miraba, gruñendo, y cuando las esfexas se volvieron contra Sitka, atacó a su vez. Yo, claro, no podía disparar estando él tan cerca, así que lo habría pasado muy mal de no haber salido corriendo Faro Nell del redil de los osos para ayudarle. La diversión del ataque permitió a Sitka Pete reasumir su nueva técnica, sosteniéndose sobre sus cuartos traseros y golpeando con sus zarpas en el novísimo estilo imitación al abrazo del oso. La pelea no tardó en acabar. Semper voló y gritó por encima de los despojos, pero como de costumbre no intervino en la pugna. Nota. Nugget, el cachorro, quiso tomar parte, pero su madre lo quitó de en medio de un zarpazo. Sourdough y Sitka le ignoraron como de ordinario. ¡Kodius Champion tiene genes sanos!».

Fueron continuando los ruidos nocturnos. Hablan notas como tonos de órgano emitidos por lagartijas. Había allí los gritos lúgubres y de risas entrecortadas de los noctívagos. Se oían sonidos como de martillazos y de puertas al cerrarse y de todas partes llegaban hipidos en distintas claves sonoras. Los producían las improbables pequeñas criaturas que en Loren Dos ocupaban el lugar de los insectos.

Huyghens escribió:

«Sitka parecía excitado cuando acabó la pelea. Utilizó su triquiñuela en la cabeza de cada esfexa muerta o herida, excepto en las que él ya había matado, golpeándoles en la testa con sus mazazos impresionantes como si quisiera mostrarlo a Sourdough con gruñidos, mientras llevaban los cadáveres al incinerador. Casi parecía...».

La campana de llegada sonó y Huyghens alzó la cabeza para mirarla. Semper, el águila, abrió sus fríos ojos. Parpadeó.

Ruidos. Hubo un largo y profundo rezongar desde abajo. Algo chirrió en la jungla exterior. Hipidos, martilleos y notas de órgano...

La campana volvió a sonar. Era aviso de que algún imprevisto navío errante por alguna parte había captado el rayo del faro —que sólo los navíos de la Compañía Kodius deberían conocer— y estaba comunicándose para aterrizar. ¡Pero en aquel sistema solar no deberían haber por entonces navíos de ninguna clase! La colonia de la Compañía Kodius era completamente ilegal y habían pocos delitos más graves que la ocupación sin permiso de un nuevo planeta.

La campana sonó por tercera vez. Huyghens soltó un juramento. Alargó la mano para cortar el rayo guía, pero se contuvo. Eso sería inútil. El radar habría fijado y ligado el navío con los rasgos físicos característicos como el cercano mar y el Sere Plateau. De todas maneras el navío hallaría el lugar y descendería al hacerse de día.

—¡Diablo! —dijo Huyghens. Pero esperó sin embargo que la campana sonara. Un navío de la Compañía Kodius llamaría dos veces para tranquilizarle, pero hasta dentro de varios meses no debería llegar ninguna nave de la Compañía Kodius.

La campana llamó una sola vez. El dial del espacio-fono destelló y una voz salió de él, débil como la distorsión de los parásitos estratosféricos:

«Llamando a tierra. Llamando a tierra. Navío; “Odiseo”, de la Crete Line, llamando a tierra en Loren Dos. Aterrizara por lancha, un solo pasajero. Enciendan sus luces de aterrizaje».

Huyghens se quedó boquiabierto. Un navío de la Compañía Kodius sería bien recibido, pero un navío de la Inspección Colonial sería en extremo mal acogido, porque destruiría la colonia y a Sitka, y a Sourdough, y a Faro Nell y Nugget —y a Semper— y se llevarla a Huyghens para ser juzgado por colonización ilegal y todo cuanto ello implicaba.

Pero un navío comercial, desembarcando en lancha a un pasajero... No habían simples circunstancias bajo las que esto pudiera suceder. No en una colonia desconocida e ilegal. ¡No en una estación furtiva!

Huyghens encendió las luces del campo de aterrizaje. Vio a casi un kilómetro el resplandor sobre el terreno. Entonces se levantó y preparóse para adoptar las medidas necesarias requeridas por el descubrimiento. Envolvió el trabajo de papeleo que había estado haciendo y lo guardó en la caja fuerte. También metió allí todos los documentos personales. Cada archivo, cada prueba de que la Compañía Kodiak mantenía aquella estación, quedó dentro de la caja que cerró rápidamente. Pasó el dedo por el botón del dispositivo de cierre de seguridad que destruiría el contenido de caja, fundiendo incluso sus cenizas hasta hacerlas inservibles para su empleo como prueba ante un tribunal.

Dudó. Si fuera un navío de la Inspección, había de oprimir el botón y resignarse a pasar en la cárcel una larga temporada. Pero una nave de la Crete Line —sí el espaciofono había dicho la verdad— no era amenazadora. Era simplemente increíble.

Sacudió la cabeza, se puso el atuendo de viaje, se armó y bajó al cubil de los osos, apagando las luces al bajar. Se produjeron murmullos de asombro y Sitka Pete se sentó sobre los cuartos traseros y le miró parpadeando. Sourdough Charley yacía sobre la espalda con las patas al aire. Encontraba así que se dormía más fresco. Giró sobre sí mismo con ruido sordo y lanzó un resoplido que en cierto modo parecía cordial. Faro Nell golpeó la puerta con sus acolchadas patas en su apartamento individual que se le había asignado, para que Nugget no se metiera entre las patas e irritara a los grandes machos.

Huyghens, como el único ser humano de Loren Dos, tenía ante sí las fuerzas de trabajo, las de combate y —con Nugget— las cuatro quintas partes de la población terrestre no humana del planeta. Se trataba de Osos Kodiak mutantes, que descendían de aquel Kodiak Champion de quien tomó el nombre la Compañía Kodiak. Sitka Pete formaba una masa leñosa e inteligente de casi una tonelada de peso de animal carnívoro; Sourdough Charley pesaría doce kilos menos que su hermano. Faro Nell era ochocientos kilos de encanto hembruno y de ferocidad. Entonces, Nugget asomó el hocico por entre la pelambreira de su madre para ver lo que pasa. Su ursina infancia contaba con un peso de doscientos setenta kilitos. Los animales miraban a Huyghens expectantes. Si hubiera llevado a Semper cabalgando sobre su hombro, habrían sabido lo que se

esperaba de ellos.

—Vamos —dijo Huyghens—. Está oscuro fuera, pero alguien viene. ¡Y puede ser malo!

Descorrió los cerrojos de la puerta exterior del cubil de los osos. Sitka Pete salió arrollador por la abertura. Una carga directa era el mejor modo de desarrollar cualquier situación... sí el que la hacía era un macho descomunal de la raza de osos Kodiak. Sourdough marchó trepidante tras él. Sitka se levantó sobre sus cuartos traseros —así tenía una altura de casi cuatro sólidos metros— y olisqueó el aire. Sourdough marchó pesada y metódicamente hacía un lado y después hacía el otro, olfateando a su vez. Nell salió, con sus ocho décimas de tonelada llenas de malicia y runruneó admonitiva a Nugget, que la seguía de cerca. Huyghens permaneció en el umbral, su arma de visor nocturno preparada. Se sentía incómodo al mandar por delante a los osos en la jungla de Loren Dos de noche, pero estaban calificados para presentir el peligro y él no.

La iluminación de la jungla en un amplio sendero hacía el campo de aterrizaje hacía que las cosas tomaran un aspecto fantasmal. Había allí arqueados helechos gigantes y árboles columnarios que crecían por encima de ellos y la extraordinaria maleza lanceolada de la selva. Las lámparas colocadas a ras del suelo, lo iluminaban todo desde abajo. El follaje, quedaba brillantemente alumbrado como para ocultar el resplandor de las estrellas.

—¡Adelante! —ordenó Huyghens agitando el brazo—. ¡Hale!

Cerró la puerta del cubil de los osos y avanzó hacia el campo de aterrizaje por el sendero de la Iluminada selva. Los dos gigantescos machos Kodiak iban en vanguardia. Sitka Pete se dejó caer a cuatro patas y echó a andar. Sourdough Charley seguía cerca, oscilando de parte a parte. Huyghens iba detrás de los dos y Faro Nell cerraba la marcha con Nugget pisándole los talones.

Era una excelente formación militar para avanzar por entre la peligrosa jungla. Sourdough y Sitka eran avanzada y vigilancia de flancos, respectivamente, mientras que Faro Nell cubría la retaguardia y teniendo a Nugget para cuidar contra cualquier ataque desde atrás. Huyghens era, claro, la fuerza de combate. Su arma disparaba proyectiles explosivos que desanimarían hasta a las esfexas y su visor nocturno —un cono de luz que se encendía

cuando tocaba el gatillo— le decía con exactitud dónde harían impacto sus balas. No era un arma deportiva. Pero las criaturas de Loren Dos no eran enemigos deportistas. Los noctívagos, por ejemplo, nada tenían de nobles. Pero los noctívagos temían a la luz. Atacaban tan sólo en una especie de histeria cuando la luz era demasiado viva.

Huyghens avanzó hacia el resplandor del campo de aterrizaje. Su estado mental era salvaje. La compañía Kodíus, el Loren Dos, era completamente ilegal. Ocurría que, desde cierto punto de vista, constituía una necesidad, siendo ilegal. La débil voz del espaciofono no convencía en lo tocante a ignorar aquella ilegalidad. Pero si un navío aterrizaba, Huyghens podría volver a la estación antes de que los hombres le siguieran y pondría en funcionamiento el dispositivo de seguridad de la caja fuerte para proteger a quienes le enviaron a aquel planeta.

Entonces oyó el lejano y áspero rugir de un cohete de los que impulsan las lanchas de aterrizaje —no los bramantes tubos de un navío— mientras caminaba por entre la maleza de apariencia irreal. El rugido se hizo más fuerte a medida que avanzaba, los tres grandes Kodiaks daban zarpazos aquí y allá, olisqueando el peligro.

Llegó al borde del campo del aterrizaje y lo vio cegadoramente brillante, con los rayos divergentes de ordenanza apuntando hacia el cielo para que un navío pudiera comprobar a la vista su instrumental de toma de tierra. Los campos de aterrizaje como aquel habían sido antaño «estándar». Ahora todos los planetas desarrollados poseían radio-rejillas monstruosas estructuras que extraían energía de las ionosferas y alzaban y bajaban navíos estelares con notable suavidad y fuerza ilimitada.

Aquella clase de campo de aterrizaje se encontraría ahora en donde un equipo de inspección estuviera trabajando, o donde alguna Investigación estrictamente temporal de ecología o bacterología estuviese en marcha, o donde una colonia recién autorizada no hubiera todavía sido capaz de construir su radio-rejilla de aterrizaje. Claro, impredecible que nadie intentase una colonización desafiando la ley.

Ya, mientras Huyghens llegaba al borde del espacio abierto, las criaturas nocturnas habían corrido hasta la luz, como las mariposas y palomitas de la tierra. El aire se veía turbado por locos

torbellinos, por diminutas cositas volantes. Eran innumerables y de todas las formas posibles y de todos los tamaños, desde blancos moscones nocturnos y gusanos de muchas alas a aquellas sinuosas y mayores criaturas de apariencia desnuda que podían haber pasado por monos pelados si no hubiesen sido carnívoros y cosas peores.

Las cosas volantes se agrupaban, chirriaban y bailaban y giraban locamente al resplandor, haciendo y emitiendo sonidos particularmente plañideros. Casi formaban una pantalla por encima del espacio descubierto y ya ocultaban las estrellas. Mirando hacia arriba, Huyghens apenas pudo descubrir la llamarada blanco-azulada de los cohetes de la lancha espacial a través de una bruma de alas y cuerpos.

La llama de los cohetes creció poco a poco de tamaño. Una vez osciló para ajustar el rumbo descendiente de la lancha y volvió a la normalidad. Al principio era una mancha incandescente, creciendo hasta que fue como una estrella grande, luego algo más brillante que la luna y después un ojo implacable que despedía fulgor. Huyghens apartó la mirada. Sitka Pete se sentó desmadejadamente y parpadeó mirando hacia la oscura jungla lejos de la luz. Sourdough ignoró el profundo y creciente rugido de los cohetes. Olfateaba el aire. Faro Nell mantuvo a Nugget firmemente bajo una enorme pata y le lamió la cabeza como si le afease que le vieran los recién llegados. Nugget se retorció.

El rugir llegó a ser como de diez mil truenos. Una cálida brisa sopló hacia los bordes del campo de aterrizaje. La lancha a cohetes descendió y cuando sus llamaradas tocaron la niebla de cosas volantes, éstas ardieron con vivas y fugaces chispas. Luego, por todas partes se alzaron nubes de polvo calcinado y el centro del terreno ardió de manera impresionante. Y algo se deslizó hacia abajo en medio de un tronco de fuego, ahogó las llamas y se puso encima de ellas... y todo se apagó. La lancha cohete estaba allí, descansando sobre su cola y apuntando a las estrellas de las que había venido.

Tras el tumulto sucedió un terrible silencio. Luego, muy débilmente, los ruidos de la noche regresaron. Eran sonidos como de tubos graves de órgano y otros hipidos más suaves y como temerosos. Todo esto aumentó y de pronto Huyghens oyó completamente normal. Mientras vigilaba una portezuela lateral

que se abrió con un chasquido metálico, algo se desplegó de su encastre en el casco de la lancha y apareció una escalerilla metálica que surcó el espacio recalentado, en donde la nave estaba posada.

Un hombre cruzó la portezuela. Se volvió y estrechó la mano de alguien. Luego bajó los peldaños metálicos de la pasarela y caminó por la Zona recocida y humeante, portando un saco de viaje. Al final del camino, una vez cruzada rápidamente la zona aún caliente, se detuvo, volvióse a la lancha y se despidió de ella con un ademán. La pasarela se plegó dentro del casco, desapareciendo y casi en seguida bajo las aletas de la cola estalló una llamarada. Se produjeron nuevas nubes de monstruoso y sofocante polvo, una brillantez solar y un ruido más allá de lo soportable. Después, la luz se alzó rauda por encima de la nube de polvo, subió y subió cada vez con mayor rapidez. Cuando los oídos de Huyghens le permitieron volver a percibir sonidos, sólo se escuchaba un zumbar en el cielo y sólo se vela una manchita luminosa ascendente que iba al encuentro del gran navío del que se había separado momentáneamente.

Los ruidos nocturnos de la jungla se reanudaron, aun cuando hubiera un lugar de incandescencia en el claro y el vapor subiera en nubes desde los bordes de la zona más caliente. Más allá de aquellos, un hombre con su saco de viaje estaba mirando a su alrededor.

Huyghens avanzó hacia él cuando la Incandescencia disminuyó. Sourdough y Sitka le precedieron. Faro Nell le seguía fiel, vigilando maternalmente a su cachorro. El hombre del claro contempló la forma. Tenía que ser sorprendente, aun estando advertido, desembarcar de noche en un planeta extraño, ver como partía el bote de desembarco y con él todos los lazos que le ligaban al mundo y al cosmos, y luego encontrarse con que se le acercaban dos colosales machos de oso Kodiak, con un tercer ejemplar y su cachorro detrás, hacia que la presencia de un ser humano entre ellos, no dejaba también de ser algo más que insólito.

El recién llegado miraba inexpresivo. Retrocedió unos cuantos pasos. Entonces llamó Huyghens:

—¡Hola, usted! ¡No se preocupe por los osos! ¡Son amigos!

Sitka llegó hasta el forastero. Se colocó junto a él y le olfateó. El olor parecía satisfactorio. Olor a hombre. Sitka se sentó con el

sólido impacto de más de una tonelada de carne de oso, y miró al hombre. Sourdough dijo:

—«¡Fuuunsss!».

Y olisqueé el aire más allá del claro. Huyghens se aproximó. El recién llegado vestía uniforme de la Inspección Colonial. Eso era malo. Llevaba las insignias de primer inspector. Peor.

—¡Hola! —dijo el forastero—. ¿Dónde están los robots? ¿Qué mil diablos son estas criaturas? ¿Por qué trasladó su estación? Me llamo Bordman y he venido a hacer un informe del desarrollo de su colonia.

Huyghens contestó:

—¿Qué colonia?

—La Instalación Robot de Loren Dos... —Luego Bordman dijo indignado—: ¡No me diga que el patrón del navío se ha equivocado y me ha dejado en un lugar erróneo! Esto es Loren Dos, ¿verdad? Y eso el campo de aterrizaje. ¿Pero dónde están sus robots? ¡Ya debiera haber comenzado a edificar una radio-rejilla! ¿Qué diablos pasa aquí y qué son esas bestias?

Huyghens hizo una mueca.

—Esto es una colonia ilegal, un puesto establecido sin permiso —contestó—. Yo soy un criminal. Estos animales son mis aliados. Si no quiere asociarse con criminales, no lo haga, claro, pero dudo que viva hasta mañana a menos que acepte mi hospitalidad mientras pienso lo que debo hacer con respecto a su aterrizaje. Debiera pegarle un tiro.

Faro Nell se paró detrás de Huyghens, su puesto señalado en todo movimiento de despliegue al exterior. Nugget, sin embargo, vio a un nuevo ser humano. Nugget era un cachorro y por tanto un bicho sociable. Avanzó. Se retorció jugueteón al acercarse a Bordman. Rezongó, porque se sentía embarazado.

Su madre lo alcanzó y de un mamporro lo echó a un lado. El animal gimió. El gemido de un cachorro de oso Kodiak con un peso de doscientos setenta y cinco kilos es un sonido notable. Bordman retrocedió un paso.

—Creo —dijo cauteloso—, que será mejor que hablemos de esto con calma. Pero si me hallo en una colonia ilegal, claro, usted queda arrestado y cualquier cosa que diga podrá ser utilizada contra usted.

Huyghens volvió a hacer una mueca áspera.

—Bien —contestó—. Pero ahora, si camina junto a mí, volveremos a la estación. Haría que Sourdough llevara su saco —le gusta portar cosas— pero puede tener necesidad de sus dientes. Hemos de caminar casi un kilómetro —se volvió a los animales—. ¡Vámonos! —dijo autoritario—: ¡Volvemos a casa! ¡Hale!

Gruñendo, Sitka Pete se levantó y reintegrose a su puesto en el equipo de combate. Sourdough le seguía, oscilando ampliamente a un lado y a otro. Huyghens y Bordman marcharon juntos. Faro Nell y Nugget cubrieren la retaguardia.

Hubo un sólo incidente durante el camino de regreso. Fue un noctívago, puesto en estado de histeria por el sendero de luz. Salió de entre la maleza, emitiendo gritos parecidos a las carcajadas de un maniaco.

Sourdough lo derribó a más de diez metros de Huyghens.

Cuando todo hubo terminado, Nugget se acercó serpenteando a la criatura muerta, mascullando gruñidos y fingiendo atacar el cuerpo.

Su madre, de un par de zarpazos, llamó al orden al cachorro.

II

De debajo salían confortables murmullos y ruiditos de bestias al aposentarse, producidos por los osos, que por último guardaron silencio y permanecieron quietos. La luz del campo de aterrizaje se había apagado. El retazo iluminado del camino que cruzaba la selva volvía a estar oscuro. Huyghens hizo pasar al hombre recién descendido de la lancha del navío de línea a sus habitaciones. Algo se agitó y Semper sacó la cabeza de debajo del ala. Miró con frialdad a los dos seres humanos, extendió las alas monstruosas de más de dos metros de largo y las agitó. Abrió el pico y lo volvió a cerrar con un chasquido.

—Es Semper —dijo Huyghens—. Semper Tyrannis. Con él se completa la población terrestre de este planeta. Al no ser un ave nocturna se tuvo que quedar en casa y no acudir a darle la bienvenida.

Bordman miró parpadeando al enorme pajaraco posado en una percha de más de siete centímetros de grueso y clavada en la pared.

—¿Un águila? —preguntó—. Osos Kodiak... ¿y ahora un águila?

—Tiene una buena unidad de combate con los osos.

—También son animales de carga —aclaró Huyghens— mutantes, pero osos al fin... Son capaces de soportar más de cien kilos sin que disminuya su eficiencia en el combate. Y no hay problemas de suministros. Viven de la jungla. No de las esfexas, sin embargo. Nadie se comería a una esfexa.

Sacó vasos y una botella y señaló hacia una silla. Bordman dejó en el suelo su saco de viaje, tomó un vaso y sentó.

—Tengo cierta curiosidad —observó—. ¿Por qué Semper Tyrannis? Entiendo que tenga Sitka Pete y Sourdough Charley como luchadores. ¿Pero por qué Semper?

—Lo criaron para la cetrería —dijo Huyghens—. Se puede lanzar a un perro tras la pista de algo. Lo mismo se puede hacer con *Semper Tyrannis*. Es demasiado grande para llevarlo posado en un guante de cetrería, por eso las hombreras de mis chaquetas van muy acolchadas. El águila va allí posada. Se trata de un explorador volante. Lo tengo adiestrado para que nos avise de la proximidad de esfexas y en vuelo porta una cámara de televisión en miniatura. Es útil, pero no tiene la inteligencia de los osos.

Bordman se arrellanó y bebió de su vaso.

—¡Interesante, muy interesante!... ¿No dijo usted algo acerca de pegarme un tiro?

—Estoy pensando en hallar una solución —contestó Huyghens—. Sí sumamos todas las condenas que se sentencian por la colonización ilegal, me parece que me tocaría estar mucho tiempo a la sombra; siempre y cuando usted saliera de aquí y denunciara la existencia de esta instalación. Pegarle un tiro sería cosa lógica.

—Comprendo —dijo Bordman razonablemente—. Pero ya que hemos hablado de esto... debo decirle que tengo un calcinador apuntándole desde mi bolsillo.

Huyghens se encogió de hombros.

—Es muy probable que mis asociados humanos vuelvan aquí antes de que vengan sus amigos. Usted se verá en un grave aprieto si mis compañeros vienen y le encuentran poco más o menos sentado sobre mi cadáver.

Bordman asintió.

—Eso también es verdad. Lo mismo que es igualmente probable que sus compinches terrestres no quisieran cooperar conmigo como lo harán con usted. Parece ser que tiene la sartén por el mango, aunque mí calcinador le esté apuntando. Por otra parte, usted pudo matarme con la mayor facilidad después de zarpar la lancha, cuando aterrice. Entonces yo no recelaba nada. Por tanto, puede que usted no tenga verdadera intención de matarme.

Huyghens volvió a encogerse de hombros.

—Así pues, ya que el secreto de llevarse bien con la gente está en posponer las disputas —continuó Bordman—. ¿Por qué no aplazamos la solución al problema de quién mata a quién? Con franqueza, si puedo le mandaré a prisión. La colonización ilegal es

un mal asunto. Pero supongo que usted siente que le es necesario hacer algo permanente con respecto a mí. Yo en su lugar probablemente lo haría también. ¿Establecemos una tregua?

La expresión de Huyghens denotaba indiferencia.

—Entonces la estableceré yo por mi parte —dijo Bordman—. ¡No tengo más remedio! Así que...

Sacó la mano y depositó sobre la mesa un calcinador de bolsillo. Se arrellanó en la silla.

—Guárdelo —le indicó Huyghens—. En Loren Dos no se vive mucho tiempo yendo desarmado —se volvió a la alacena—. ¿Hambriento?

—No me vendría mal comer —admitió Bordman.

Huyghens sacó dos raciones de carne precondimentada y los insertó en el preparador colocado debajo de la alacena. Sacó platos.

—Y ahora, ¿qué pasó con la colonia oficial, permitida, autorizada que debía haber aquí? —preguntó Bordman con viveza—. La licencia se expidió hace dieciocho meses. Hubo un desembarco de colonos con una flota remolcada portando equipo y suministros. Desde entonces han habido cuatro contactos con navíos. Tendría que haber varios miles de robots trabajando industrialmente bajo supervisión humana. Deberían haber más de doscientos kilómetros cuadrados deslindados de jungla y con cultivo de plantas alimenticias para cuando llegaran más colonos humanos. Tendrían que haber, por lo menos casi terminado, una radio-rejilla de aterrizaje. Evidentemente también tendría que haber un radio-faro especial para guiar a los navíos durante el aterrizaje. No lo hay. No hay claro visible desde el espacio. El navío de la Crete Line estuvo en órbita tres días, tratando de hallar un lugar donde dejarme caer. Su patrón estaba que echaba humo. El rayo de usted es el único del planeta y lo encontramos por casualidad. ¿Qué ha pasado?

Huyghens sirvió la carne. Dijo secamente:

—En este planeta podrían haber cien colonias sin que una supiera de la otra. Me imagino algo de lo que pudo pasar a sus robots y mis sospechas son que debieron topar con las esfexas.

Bordman se detuvo, con el tenedor en la mano.

—He leído cosas sobre este mundo, puesto que tenía que presentar un informe acerca de su Colonia. Una esfexa es parte de la

vida animal enemiga del planeta. Un carnívoro belicoso de sangre fría, no es un saurio sino que tiene género y especie propios. Caza en manadas. Pesa de trescientos a trescientos cincuenta kilos, cuando es adulto. Letalmente peligroso y simplemente demasiado numeroso para combatirlo. Por su culpa no se concedió nunca licencia para el establecimiento de colonias humanas. Sólo los robots podrían trabajar aquí, porque son máquinas. ¿Qué animal ataca a las máquinas?

Huyghens dijo:

—¿Y qué máquina ataca a los animales? Las esfexas no molestarían nunca a los robots, claro, ¿pero los robots molestarían a las esfexas?

Bordman masticó y tragó su bocado.

—¡Cierto! Estoy de acuerdo en que no se puede fabricar un robot cazador. La máquina es capaz de discriminar, no de decidir. Por eso es porque no hay peligro de que se produzca una sublevación de robots. No les es posible decidir algo sobre lo que no han recibido instrucciones. Pero esta colonia estaba planeada con pleno conocimiento de lo que los robots pueden no hacer. Cuando se limpió de maleza el terreno elegido se le cercó con una valla electrificada que ninguna esfexa podía tocar sin electrocutarse.

Huyghens, pensativo, cortó en pedacitos su carne. Al cabo de un momento, dijo:

—El aterrizaje tuvo lugar en invierno. Hubo de serlo porque la colonia sobrevivió una temporada. Y, según deduzco, el último desembarco se produjo antes del deshielo. Sepa que aquí los años duran dieciocho meses.

—Sí, se desembarcó en Invierno —admitió Bordman—. Y el último aterrizaje se efectuó antes de la primavera. El plan era de explotar las minas para extraer materiales y tener el terreno cercado con una valla a prueba de esfexas antes de que esos bichos volvieran de los trópicos. Tengo entendido que invernan allí.

—¿Ha visto usted alguna vez una esfexa? —preguntó Huyghens. Luego dijo—: No, claro que no. Pero si toma usted una cobra venenosa y la cruza con un gato salvaje, pinta lo que resulte de pardo y azul y luego le contagia hidrofobia y manía homicida a la vez, puede que logre obtener una esfexa. Pero no la raza de esfexas. A propósito, esos bichos infernales pueden trepar a los árboles. Una

cerca no les detendría.

—Una cerca electrificada, sí —repuso Bordman—. ¡Nada ni nadie podría rebasarla!

—Un animal no —dijo Huyghens—. Pero las esfexas son una raza. El borde de una esfexa muerta trae a las demás a la carrera con los ojos sanguinolentos. Deje a una esfexa muerta sólo durante seis horas y las tendrá luego a docenas en torno a ella. Dos días y habrá centenares. Más tiempo y tendrá miles de ellas. Van a lloriquear sobre su camarada muerto y a cazar a quien, o lo que lo mató.

Volvió a su comida. Un momento más tarde dijo:

—No es necesario preguntarse lo que pasó a su colonia. Durante el Invierno los robots quemaron y limpiaron una zona de terreno y pusieron una cerca eléctrica según el libro. Vino la primavera y las esfexas volvieron. Entre otras locuras esos bichos son curiosos. Una esfexa trataría de trepar por la cerca sólo para ver lo que había tras ella. Moriría electrocutada. Su cadáver traerla a otras, furiosas porque la esfexa había muerto. Algunas Intentarían trepar por la cerca y morirían. Y sus cadáveres traerían otros. Al poco la cerca se derrumbaría por los cuerpos que colgaban de ella, o un puente de cadáveres de bestias muertas quedaría construido a través de ella... y mientras el viento transportase el olor, las esfexas vendrían, furiosas, corriendo al lugar. Entrarían en el claro y través o por encima de la cerca, destrozando y buscando a alguien que matar y me parece que lo encontraron.

Bordman dejó de comer. Sentía náuseas.

—Habían imágenes y fotografías de esfexas en los datos que leí. Supongo que eso será el resultado... de todo.

—Trató de alzar su tenedor. Lo volvió a dejar.

Huyghens no hizo el menor comentarlo. Acabó su plato, ceñudo. Se levantó y colocó los cacharros sucios en la parte superior del fregadero automático.

—Déjeme ver esos Informes, ¿eh? —preguntó sombrío—. Quisiera darme cuenta de qué clase de puesto tenían ellos... los robots.

—Bordman dudaba y luego abrió su saco de viaje. Había un micro visor y carretes de películas. Un Carrete entero estaba etiquetado: «Inspección Colonial, Especificaciones para la

Construcción», y contenía detalles y planes de todo lo necesario en cuanto material y mano de obra para conseguirlo todo, desde escritorios, oficinas, personal administrativo, radio-rejillas, planetas de gravedad pesada, capacidad de elevación de cien mil toneladas terrestres. Pero Huyghens encontró otro carrete. Lo colocó y manipuló el control rápidamente mirando aquí y allá, deteniéndose sólo con brevedad en las viñetas Índice hasta que llegó a la sección que quería. Comenzó a estudiar la información con creciente impaciencia.

—¡Robots, Robots, Robots! —espetó—. ¿Por qué no les dejan donde pertenecen... en las ciudades para que hagan el trabajo sucio y en los planetas sin aire donde nunca se espera que ocurra nada? Los robots no son propios de las colonias. ¡Sus colonias dependieron de ellos para su defensa! ¡Maldito sea, deje que un hombre trabaje con robots mucho tiempo y creará que toda la naturaleza está limitada como esas maquinas lo son! ¡Este es un plan para instalar una colonia protegida... en Loren Dos! ¡Colonia protegida... — masculló un juramento—, idiotas, estúpidos, chupatintas inútiles!

—Los robots son buena cosa —dijo Bordman—. No podríamos seguir adelante con la civilización sin ellos.

—Pero con ellos tampoco se puede domar una tierra salvaje — espetó Huyghens—. Usted tenía una docena de hombres desembarcados, con cincuenta robots para comenzar. Habían partes para montar otros quinientos más y apuesto cualquier cosa a que durante los contactos con los navíos se desembarcaron aun más máquinas de esas.

—Es verdad —admitió Bordman.

—Los desprecio —gruñó Huyghens—. Siento por ellos lo mismo que los viejos griegos sentían por los esclavos. Son para el trabajo menudo... la clase de trabajo que un hombre realizaría por si mismo, pero que no querría hacer cobrando de otro Individuo. ¡Trabajo degradante!

—¡Muy aristocrático! —dijo Bordman con un punto de ironía—. Me parece que los robots podrían limpiar los cubiles de los osos ahí abajo.

¡No! —saltó Huyghens—. Lo hago yo. Los osos son mis amigos. Luchan por mí. ¡Ningún robot haría ese trabajo tan bien como ellos!

Volvió a gruñir. Los ruidos de la noche siguieron en el exterior.

Tonos de órganos e hipidos y el sonido de martillazos y de puertas que se cerraban de golpe. En alguna parte hubo una réplica singularmente exacta de los discordantes chirridos de una bomba aspirante enmohecida.

—Estoy buscando el registro de las operaciones mineras —dijo Huyghens, contemplando las escenas del micro visor.

—No puedo comer —dijo con brusquedad.

—Una operación de pozo abierto no significaría nada. Pero si han construido un túnel y alguien estaba supervisando los robots cuando la colonia fue barrida, hay una ligera oportunidad de que haya sobrevivido durante una temporada.

Bordman le miró con los ojos llenos de súbito interés.

—Y...

—¡Maldición, si es así iré a verlo! —contestó Bordman—. Él o ellos no habrán tenido otra oportunidad en absoluto. No es que el quedarse dentro de un túnel sea bueno en ningún caso.

Bordman alzó las cejas.

—Le he dicho que le enviaría a prisión si puedo —anunció—. Usted ha arriesgado las vidas de millones de personas, manteniendo una comunicación sin cuarentena alguna con un planeta sin permiso. Si usted rescata a alguien de las ruinas de la colonia robot... ¿No se le ocurre que habrán testigos de su presencia inautorizada?

Huyghens volvió a poner en marcha el visor. Se detuvo, lo hizo retroceder y marchar hacia delante y era lo que quería. Murmuró con satisfacción:

—¡Construiré un túnel! —En voz alta dijo—. Ya me preocuparé de los testimonios cuando sea preciso.

Apartó otra de las puertas de la alacena. Dentro estaban los chismes raros y singulares que un hombre utiliza para reparar las cosas de su hogar y que nunca le importan hasta que decide echar mano de ellos. Había una serie de cables, transistores, transformadores y mercancías similares.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bordman.

—Voy a tratar de descubrir si hay alguien vivo allá. Lo hubiese inspeccionado antes si hubiera sabido que existía la colonia. No puedo probar que estén todos muertos, pero si que haya alguno vivo. ¡Está apenas dos semanas de viaje de aquí! ¡Es raro que dos

colonias eligiesen lugares tan próximos!

Empezó a reunir los chismes que había seleccionado.

—¡Maldición! —exclamó Bordman—. ¿Cómo puede usted saber si hay alguien vivo a cientos de kilómetros de aquí?

Huyghens manipuló un conmutador y bajó un panel de instrumentos de pared, mostrando aparatos electrónicos y circuitos en su dorso. Se afanó a trabajar en dicho panel.

—¿No ha pensado usted jamás en buscar a un náufrago? —preguntó por encima de su hombro—. Tomemos un planeta con algunas decenas de millones de kilómetros cuadrados y sabemos que ha aterrizado un navío. No se tiene idea de dónde lo ha hecho, pero creemos que los supervivientes tienen energía... ¡Ningún hombre civilizado carecería de energía mucho tiempo si puede fundir metales...! Pero construir un radio faro requiere medida de alta precisión y mano de obra. No se puede Improvisar. ¿Así qué, qué haría su náufrago civilizado para guiar a un navío de rescate hasta uno o dos de las millas cuadradas que lo ocupe entre las decenas de millones del planeta?

—¿Qué haría?

—Para empezar, algo primitivo —explicó Huyghens—. Cocina su comida sobre el fuego, etc. Tiene que hacer una primitiva señal estrictamente primaria. Es lo que puede conseguir sin manómetros, micrómetros y herramientas especiales. Pero de ese modo, con la señal primitiva, podría llenar la atmósfera del planeta para que los buscadores no puedan fallar en encontrarla. ¿Comprende?

Bordman se sentía irritado. Sacudió la cabeza.

—Construirá un transmisor de chispa —dijo Huyghens—. Colocaría el chisme sintonizado a la más breve frecuencia que pueda conseguir, en cierto modo de cinco a cincuenta metros de longitud de onda, pero el polo será muy amplio... para que no haya lugar a dudas de que es una señal humana. Comenzará a emitir. Algunas de estas frecuencias darán la vuelta al planeta por debajo de la ionosfera. Cualquier navío que venga bajo su radio de acción recogerá la señal, hará una marcación sobre ella, avanzará un poco y efectuara otra marcación y entonces irá en línea recta adonde el proscrito está plácidamente aguardando con una hamaca improvisada, y sorbiendo quién sabe qué clase de refresco que haya logrado extraer de la vegetación local.

Bordman dijo con un gruñido:

—Ahora que usted lo menciona, claro.

—Mi espacio fono recoge microondas —dijo Huyghens - Estoy cambiando unos cuantos elementos para hacerle escuchar hasta larga distancia. No será eficiente, pero sí captará cualquier señal de apuro si hay alguna en el aire. De todas maneras, no tengo muchas esperanzas.

Trabajó. Bordman permaneció sentado largo, vigilándole. Abajo, se produjo una especie de sonido rítmico. Era Sourdough Charley, rezongando.

Sitka Pete gruñó en sus sueños. Estaba dormido. En la sala general de la estación, Semper parpadeó rápidamente y luego metió la cabeza bajo un ala gigantesca para echarse a dormir. La luna más próxima —que había pasado por encima no mucho antes de sonar la campana de llegada— volvió a aparecer por el horizonte de levante. Surcó el cielo a gran velocidad.

Dentro de la estación, Bordman dijo furioso:

—¡Mire, Huyghens! Tiene usted motivos para matarme. Aparentemente no lo intenta hacer. Tiene excelentes razones para dejar a la colonia robot estrictamente a solas. Pero se prepara para ayudar si alguien vivo lo necesite. ¡Y es usted un criminal! ¡Un verdadero criminal! De planetas como Loren Dos, se han exportado a otros mundos bacterias verdaderamente horripilantes. Se perdieron en consecuencia abundantes vidas y usted está arriesgando más vidas aún. ¿Por qué diablos lo hace? ¿Por qué hace algo que podría producir resultados monstruosos al resto de los seres humanos?

Huyghens gruñó.

—Usted presume que mis socios no han tomado precauciones sanitarias, no han adoptado una cuarentena. En realidad si lo han hecho. ¡Y vaya que lo han hecho! En cuanto al resto, usted no comprendería.

—No comprendo —saltó Bordman—, ¡pero eso no es prueba que no pueda comprenderlo! ¿Por qué es usted un criminal?

Huyghens utilizaba penosamente un destornillador dentro del panel de la pared. Quitó un conjunto electrónico pequeño y empezó a colocar un nuevo circuito de elementos algo mayores.

—Estoy modificando mi amplificador para que capte todas las

ondas que se produzcan de aquí al infierno y vuelta —observó—, pero creo que lo conseguiré... hago lo que hago... porque me parece que es lo que debo hacer. Todo el mundo actúa de acuerdo con la propia y verdadera noción de sí mismo. Uno es un ciudadano consciente, un funcionario leal, una personalidad bien ajustada. Uno actúa de esa manera. Uno se considera animal racional e inteligente. ¡Pero no actúa de esa manera! Me está usted recordando la necesidad que tengo de dispararle o hacer algo similar, lo que un animal verdaderamente racional trataría de hacerme olvidar. Ocurre, Bordman, que soy un hombre. Lo soy. Pero me doy cuenta de ello. Por tanto deliberadamente hago las cosas que un animal meramente racial lo haría, porque ellas constituyen mi noción de que un hombre que es más que un animal racional tendría que hacer dichas cosas.

Apretó tornillito tras tornillito.

Bordman dijo:

—Oh. Religión.

—Respeto propio —corrigió Huyghens—. No me gustan los robots. Son demasiado como animales racionales. Un robot hará cuanto pueda si su supervisor así lo requiere. Un animal meramente racional para lo que las circunstancias lo requieren, también. No me gustaría tener un robot a menos que tuviese alguna idea de lo que era correcto o no y que me escupiera los ojos si intentase obligarle a hacer alguna otra cosa. Tome los osos de ahí abajo... ¡No son robots! Son bestias leales y honorables, pero me desgarrarían en pedazos si yo intentase hacerles algo que fuese en contra de su naturaleza animal. Faro Nell lucharía contra mí y con toda la creación si intentase hacer daño a Nugget. ¡Eso sería poco inteligente e irrazonable e Irracional! Ella perdería y la matarían. ¡Pero me gusta así! Y lucharé contra usted y toda la creación cuando me obliguen o Intenten obligarme a hacer algo que vaya en contra de mí naturaleza. Será estúpido e irrazonable e Irracional —sonrió por encima del hombro—. Lo mismo haría usted. Sólo que no se da cuenta todavía.

Volvió a su tarea. Al cabo de un momento colocó un control manual sobre un eje de su conjunto recién montado.

—¿Qué es lo que alguien intentó obligarle a hacer? —preguntó Bordman con intención—. ¿Qué se le pidió a usted que le convirtió

en un criminal? ¿Contra quién se revela usted?

Huyghens dio al conmutador. Empezó a girar el mando que controlaba una serie de circuitos sintonizantes de su receptor artesano.

—¡Oh! —exclamó—, cuando yo era joven la gente en mi entorno trató de hacerme un ciudadano consciente y leal y una personalidad bien ajustada. Trataron de convertirme en un animal racional de alta inteligencia y en nada más. La diferencia entre nosotros, Bordman, es que yo lo descubrí. Naturalmente, yo...

Se interrumpió. Débiles, crujientes, sonidos de fritura salieron del altavoz del teléfono espacial ahora modificado para recibir lo que antaño se llamaron ondas cortas.

Huyghens escuchaba. Inclino la cabeza con atención. Giró el mando muy despacio. Bordman hizo un gesto como para llamar la atención hacia algo del sibilante sonido.

Huyghens asintió. Volvió a ojear el mando, con movimientos infinitesimales.

Del fondo sonoro vino un rítmico musitar. Mientras Huyghens giraba el mando del tono, éste se hizo más alto.

Llegó a un volumen en donde se hizo inconfundible.

Era una secuencia de señales como un zumbir discordante. Habían tres pitidos de medio segundo cada uno, con pausas entre ellos también del mismo espacio de tiempo. Un silencio de dos segundos. Tres pitidos de un segundo completo de largura con pausas también de medio segundo. Otra pausa de dos segundos y de nuevo tres pitidos de medio segundo con las pausas reglamentarias.

Después silencio durante cinco segundos.

Y vuelta a repetir el sistema.

—¡Diablos! —exclamó Huyghens—. ¡Es una señal humana! Además, hecha mecánicamente. En realidad, parece ser la llamada internacional de Socorro. Se representa por las letras

S. O. S.,

aunque no tengo idea del significado. De cualquier manera, alguien debe haber leído las antiguas novelas de aventuras para así poderse socorrer.

»¡Y si hay alguna persona viva en su autorizada pero destrozada colonia robo!, ésta es la prueba evidente. Además, piden socorro. Yo diría que parecen necesitarlo con suma urgencia.

Miró a Bordman.

—Lo más prudente es sentarse y esperar que venga un navío, suyo o de mis amigos.

—Un navío podría ayudar a los supervivientes náufragos mucho mejor que nosotros. Incluso encontrarles con mayor facilidad.

—Pero quizás para los pobres diablos el tiempo sea algo importantísimo. Por tanto voy a coger los osos y ver si puedo llegar hasta allí. Espéreme en el puesto, si prefiere, ¿qué le parece?

Bordman respondió furioso:

—¡No sea loco! ¡Pues claro que voy! ¿Por qué me ha tomado? ¡Y dos de nosotros tendremos cuatro veces la posibilidad de sobrevivir más que uno sólo!

Huyghens sonrió.

—No del todo. Se olvida a Sitka Pete y a Sourdough Charley y a Faro Nell. Seremos cinco si usted viene, en vez de cuatro. Y, claro, Nugget tiene que venir... aunque no sirva de gran cosa, pero Semper hará lo que el cachorro no haga. Usted no tendrá que cuadruplicar nuestras posibilidades, Bordman, pero me alegraré de que venga usted si es lo bastante estúpido e irrazonable y no del todo racional para decidirse a acompañarme.

III

Había allí un espolón de piedra formando un precipicio por encima del valle de un río. A cuatrocientos metros por debajo el ancho arroyo torrencial corría hacia el mar en dirección Oeste.

Veinte o treinta kilómetros a levante, una pared de montañas se alzaba perpendicular contra el firmamento, sus picachos parecían alcanzar alturas inigualables. Todo cuanto divisaba el ojo humano era terreno desgarrado, irregular, accidentado.

Un puntito del cielo comenzó a descender con suma celeridad. Enormes alas batían y batían y ojos glaciales recorrían el rocoso paraje. Con aletazos todavía más vigorosos, Semper, el águila, se posó en el suelo. Plegó las grandes alas y volvió la cabeza briosamente a un lado y otro, sin parpadear. Un pequeño arnés mantenía una cámara miniatura apretada contra su pecho. El animal se colocó en el punto más alto y se quedó allí, formando una solitaria y arrogante figura en medio de la escabrosa vastedad.

Chasquidos, zumbidos y olisqueos y Sitka Pete apareció bamboleándose en el claro. Llevaba también arnés, pero con carga. El arnés era complicado porque la carga tenía que quedar sujeta no sólo cuando el animal caminara normalmente, sino cuando también se sentara o se incorporara sobre sus cuartos traseros, y tampoco debía estorbarle el uso de sus zarpas durante el combate.

Cansino, el oso recorrió la zona despejada. Atisbó por el lado opuesto y miró hacia abajo. Una vez que se acercó a Semper, el águila abrió el curvado pico y murmuró unos chirridos de indignación. Sitka no le hizo caso.

Se relajó, satisfecho. Se sentó al desgaire, con las patas traseras extendidas. Adoptaba un aire de benevolencia mientras paseaba sus ojuelos por el panorama que le rodeaba.

Más rezongos y olisqueos. Sourdough Charley apareció a la vista con Huyghens y Bordman a sus talones. Sourdough también iba cargado. Un rumor más y Nugget surgió de la retaguardia, impulsado por un zarpazo de su madre. Faro Nell apareció a su vez con el cadáver de un animal parecido al ciervo sujeto a su arnés.

—Elegí este lugar por una foto espacial con el fin de hacer una marcación direccional desde usted. Prepararé el equipo.

Dejó caer su mochila de los hombros al suelo y extrajo un aparato de manifiesta construcción casera. Lo instaló, enchufó una considerable extensión de cable de antena, improvisando una antena direccional, con un amplificador miniatura en su base. Bordman se alivió del peso de su mochila y contempló lo que hacía su compañero. Huyghens se encasquetó unos auriculares. Alzó la vista y dijo con vivacidad:

—Vigile a los osos, Bordman. El viento sopla de donde venimos. Si algo nos sigue, los osos captarán su olor anticipadamente.

Se atareó manejando los instrumentos. Percibió el ruido de frituras del fondo parásito atmosférico y luego el ruido que sólo podía ser humano, una señal emitida por el hombre. Hizo girar la antena direccional. Zumbidos cortos y largos se percibieron, primero débiles y luego con fuerza. Aquel receptor, sin embargo, había sido construido para aquella determinada longitud de onda. Era mucho más eficiente que el espacio-fono. Recogió tres breves zumbidos, luego otros tres largos y de nuevo tres cortos. Tres puntos, tres rayas, tres puntos. Una y otra vez. S. O. S., S. O. S., S. O. S.

Huyghens efectuó una lectura y trasladó la antena direccional hasta una distancia cuidadosamente medida. Efectuó una segunda lectura, realizó un nuevo traslado y otro, y otro, y otro, tomando lecturas cada vez del cuadro del instrumento. Cuando terminó, comprobó la dirección de la señal no sólo por su potencia, sino también por su fase e hizo una marcación lo más exacta que pudo con los aparatos portátiles.

Sourdough gruñía por lo bajo. Sitka Pete olfateaba el aire y se levantaba. Faro Nell dio un golpetazo a Nugget que lo mandó al rincón mas distante del espacio abierto. La hembra se puso en pie briosamente, mirando colina abajo en la dirección por la que habían

venido.

—¡Maldición! —exclamó Huyghens.

Hizo un gesto con la mano a Semper, que tenía los ojos fijos en donde los osos gruñían. Semper aleteó y remontó el vuelo saliendo de la zona del espolón e inmediatamente se le vio luchar contra la corriente de aire descendente. Mientras Huyghens preparaba su arma el águila volvió pasando por encima de su cabeza. Volaba majestuosa a treinta metros de altura, planeando y aleteando para sortear las engañosas corrientes de aire. Bruscamente gritó una y otra vez. Huyghens conectó una pantallita de televisión que llevaba en su correa y en un lugar donde podía verla sin dificultad. Vio, claro, lo que la pequeña cámara del pecho de Semper enfocaba... un terreno descendente, irregular, oscilante, como Semper veía, aunque, naturalmente, con menor campo de enfoque. Había allí objetos móviles que marchaban por entre los árboles. Su colorido era inconfundible.

—Esfexas —dijo Huyghens sombrío—. Ocho. No espere que vengan siguiendo exactamente nuestros pasos, Bordman. Corren paralelas a ambos lados de nuestro rastro. Así atacan desplegadas e inmediatamente alcanzan a su objetivo. ¡Y escuche! Los osos pueden dar buena cuenta de los enemigos con quienes se enzarzan... nuestra tarea es matar a los que se desperdigen. ¡Y apunte al cuerpo! Son balas explosivas.

Quitó el seguro de su arma. Faro Nell, emitiendo atronadores gruñidos, fue a colocarse entre Sitka Pete y Sourdough. Sitka la miró y emitió un resoplido como si despreciara los gruñidos bélicos y fanfarrones de la hembra. Sourdough rezongaba. Él y Sitka se alejaron de Nell, colocándose en otro lado. Arribos cubrirían un frente más amplio.

No había otro signo de vida que los gritos agudos de las increíblemente diminutas criaturas, que en aquel planeta eran pájaros y los gruñidos de bajo de Faro Nell y luego el click del seguro del arma de Bordman, cuando éste se preparó para el combate que se avecinaba.

Semper volvió a gritar, aleteando bajo por encima apenas de las copas de los árboles, siguiendo a las formas coloreadas de las esfexas que entre ellos corrían.

Ocho diablos azules y pardos salieron veloces de la maleza.

Tenían franjas espinosas, y cuernos y ojos fulgurantes, y parecían salidas directamente del infierno. Nada más aparecieron, saltaron emitiendo entrecortados alaridos como los gritos de combate de los gatos salvajes, sólo que millares de veces amplificados. El rifle de Huyghens restalló y su detonación quedó borrada por la explosión de la bala dentro de la carne de una esfexa. Un monstruo pardo-azulado cayó gritando. Faro Nell cargó, era la perfecta personificación de una furia al rojo blanco. Bordman disparó y su bala estalló con el tronco de un árbol. Sitka Pete llevó sus garras anteriores en un movimiento masivo como de doble bofetada de rudimentario boxeador. Una esfexa murió.

Entonces Bordman volvió a disparar. Sourdough Charley bufaba. Se lanzó contra un diablo bicolor, rodó por encima de él y le golpeó con las zarpas traseras. La piel del vientre de la esfexa era mas tierna que el resto. La infernal criatura se alejó rodando sobre sí misma, mordiendo sus propias heridas.

Otra esfexa se halló libre del tumulto organizado en torno a Sitka Pete. Giró para saltarle al oso por detrás y Huyghens disparó. Dos bichos más cayeron sobre Faro Nell y Bordman destruyó a uno de ellos mientras que Faro Nell daba cuenta del otro con una furia incontenible. Después Sitka Pete se alzó —parecía gotear esfexas— y Sourdough acercósele, le arrebató una, la mató, la arrojó lejos y volvió a por otra... Entonces ambos rifles detonaron juntos y ya no quedó enemigo contra quien pelear.

Los osos olfatearon uno y otro todos los cadáveres. Sitka Pete alzó una cabeza muerta. ¡Crash!, con sus zarpas la hizo pulpa. Luego repitió con otra la misma operación. De nuevo efectuó la misma operación en el resto, mostraran o no señales de vida. Cuando hubo terminado todas las ocho esfexas estaban completamente inmóviles.

Semper bajó planeando del cielo. Había estado revoloteando y gritando durante la pelea. Ahora se posó en el suelo con precipitación. Huyghens fue de un oso a otro musitando palabras tranquilizadoras, calmándoles con su voz. Costó bastante tranquilizar a Faro Nell, que lamía con apasionada solicitud a Nugget mientras emitía horrendos gruñidos.

—Vamos ya —dijo Huyghens cuando Sitka empezó a dar señales de querer volverse a sentar—. Tira esos cadáveres por el acantilado.

¡Vamos! ¡Sitka! ¡Sourdough! ¡Hale!

Guió a los grandes machos cuando recogieron los cuerpos inertes y los arrojaron por el precipicio donde no atrajera a sus semejantes y les pusieran en la pista de los viajeros.

Los cuerpos destrozados cayeron al abismo rebotando en las rocas salientes y quedando en el valle inferior.

—Así sus congéneres se reunirán allá abajo para aullar tristemente y no les será posible encontrar nuestro rastro y tratar de vengar a sus compañeros muertos. Si hubiéramos estado más cerca del río las habría echado al agua para que la corriente los arrastrara y atrajeran a otros diablos como ellos, allá donde quedasen varadas en la orilla. De estar cerca de la estación habría incinerado los cuerpos. Si tuviera que dejarlas en el sitio donde cayeran, tendría la precaución de colocar rastros falsos. Caminar setenta kilómetros a favor del viento sería una buena idea.

Abrió el paquete de la carga que portaba Sourdough y extrajo unos estropajos gigantes y varias latas de antiséptico. Hizo que se tendieran por turno los tres Kodiaks y lavó no sólo los cortes y arañazos que tenían, sino que empapó sus cuerpos allá donde presumía podía haber caído una gota de sangre de esfexa.

—Este antiséptico es también desodorizante —dijo a Bordman—. De otro modo cualquier esfexa que pasara a sotavento nuestro nos olfatearía. Cuando reanudemos la marcha, fregaré también y por la misma razón las pisadas de los osos.

Bordman estaba muy callado. Falló su primer disparo, pero en los últimos segundos de la refriega disparó con cuidado y cada bala dio en el blanco. Ahora dijo con amargura:

—Dudo que valga la pena que me dé instrucciones para comportarme, en caso de que usted muera durante el viaje...

Huyghens sacó de su mochila las ampliaciones hechas de las fotos espaciales de aquella zona del planeta. Cuidadosamente orientó el mapa con arreglo a los puntos sobresalientes del paisaje y trazó una línea en una de las fotos.

—La llamada de socorro, el
S. O. S.

viene de algún lugar cercano a la colonia robot —informó—. Creo que un poco hacia el sur. Probablemente de una mina que abrirían en el lado lejano del Sere Plateau. ¿Ve cómo he marcado este mapa?

Dos marcaciones, una de la estación y otra desde aquí. Me alejé del rumbo para hacer estas observaciones que efectué hace unos instantes y así poder tener dos líneas que converjan en el transmisor. Claro es que la señal podría haber venido de la otra parte del planeta, pero no ha sido así.

—Los otros posibles refugiados tienen muchas probabilidades en contra —protestó Bordman.

—No —dijo Huyghens—. Han estado viniendo aquí diversos navíos. Todos destinados a la colonia robot. Bien ha podido estrellarse uno de ellos. Además, están mis amigos también.

Volvió a guardar sus aparatos e hizo un gesto a los osos. Les guió más allá de la escena del combate y cuidadosamente roció de antiséptico desodorante las huellas que dejaban sus acolchadas patas. Con un ademán hizo una señal a Semper, el águila.

—Vámonos —dijo a los Kodiaks—. ¡Hale! ¡Adelante!

El grupo se encaminó colina abajo y volvió a la jungla. Ahora le tocaba el turno a Sourdough de marchar en vanguardia y Sitka Pete caminó oscilando a ambos lados tras su compañero. Faro Nell seguía después de los hombres, vigilante atenta al cachorro. Era muy pequeño todavía; Nugget sólo pesaba doscientos setenta y cinco kilos.

En el aire, Semper planeaba y volaba describiendo círculos gigantes y espirales, pero sin alejarse nunca demasiado. Huyghens consultaba constantemente la pantalla en donde se reflejaba lo que captaba la cámara aérea. La imagen oscilaba y sufría sacudidas, se ennegrecía y se aclaraba. No había medio de organizar mejor un reconocimiento que aquél y, pese a sus deficiencias, constituía un sistema de gran utilidad. Al poco Huyghens dijo:

—Nos desviaremos hacia la derecha aquí mismo. El camino derecho tiene bastante mal aspecto, hasta parece que un rebaño de esfexas ha matado algo y está devorando los despojos.

Bordman exclamó:

—¡No es lógico que los carnívoros abunden tanto como usted parece creer! Por cada bestia carnicera tiene que haber una cierta cantidad de otra vida animal. Muchos carnívoros juntos devorarían toda la caza y luego morirían de hambre.

—Se fueron durante el invierno —explicó Huyghens—. Las esfexas estuvieron ausentes durante el invierno, que, por cierto,

aquí no es tan duro como usted parece pensar. Y después de que las esfexas van al sur, en estas tierras se multiplican muchas otras especies de animales. Además, las esfexas no se quedan aquí durante toda la estación cálida. Hay una especie de punto máximo y luego durante semanas y semanas no se ve ni rastro de ninguna de ellas hasta que de súbito la jungla hierve otra vez llena de esa clase de diablos. Después se encaminan hacia el sur. En apariencia realizan alguna especie de migración, pero que nadie sabe con certeza en qué consiste o por qué leyes se rige. Hay que tener en cuenta que los naturalistas no se han destacado por su abundancia en este planeta. La vida animal es hostil.

Bordman se estremeció.

Estaba acostumbrado a llegar a un puesto colonial parcial o completamente acabado y examinar y aprobar o rechazar el grado de desarrollo alcanzado en la instalación con arreglo a los planes previstos. Ahora se veía en un medio intolerablemente hostil, dependiendo su vida de un colono ilegal, comprometido en una empresa indefinidamente desmoralizadora —porque la señal mecánica podía seguir sonando mucho después de la muerte de su constructor— y sus ideas acerca de un sinfín de asuntos se veían alteradas. Se encontraba con vida, por ejemplo, porque habían luchado a su lado los tres osos gigantes Kodiak y un águila calva. Si a él y a Huyghens les hubieran rodeado diez mil robots para defenderles, ahora ambos estarían muertos. Las esfexas y los robots se habrían ignorado mutuamente y así los fieros animales carnívoros se habrían lanzado directamente contra los hombres, quienes habrían tenido apenas cuatro segundos para descubrir por sí mismos que se les atacaba, prepararse al combate y matar a las ocho esfexas.

Las convicciones de Bordman como hombre civilizado estaban hechas jirones. Los robots eran aparatos maravillosos para hacer lo esperado, cumplir con lo planeado, copiar lo prescrito. Pero también tenían defectos. Los robots sólo podían seguir instrucciones. Si ocurre esto, haz lo otro; si sucede tal cosa, haz aquélla. Pero ante otra alternativa imprevista los robots quedan desamparados, desvalidos, inermes. Por eso una civilización robótica funcionaba tan sólo cuando no se esperaba que se produjera lo insólito.

Bordman estaba abrumado.

Halló a Nugget, el cachorro, husmeando intranquilo, a sus talones. El osito tenía bajas las orejas con tristeza cuando Bordman le miró. Le pareció al hombre que Nugget recibía demasiados mamporros disciplinarios por parte de su madre Faro Nell. Estaba casi derrumbado psicológicamente.

La falta de información del cachorro y su incapacidad para sobrevivir independientemente en aquel medio ambiente le martilleaba en su interior.

—Hola, Nugget —dijo Bordman con tristeza—. ¡Siento exactamente lo mismo que tú!

Nugget pareció alegrarse. Dio unos saltitos. Trató de jugar mirando esperanzado el rostro de Bordman.

El hombre extendió la mano y acarició la cabezota de Nugget. Era la primera vez que acariciaba a un animal.

Oyó un resoplido tras él. Con la piel de la nuca erizada giró en redondo.

Faro Nell le miraba... más de ochocientos kilos de hembra de oso sólo a tres metros de distancia y mirándole a los ojos. Durante un instante Bordman sintió pánico y notó que un frío le calaba hasta los huesos. Entonces se dio cuenta de que los ojos de Faro Nell no despedían llamas. No estaba gruñendo, ni emitía los escalofriantes sonidos que el desnudo peligro que corría Nugget le había hecho emitir en el espolón rocoso. Le miraba con suavidad. En efecto, al cabo de un momento, se dio la vuelta para efectuar alguna investigación independiente de no importa qué cosa que había despertado su curiosidad.

El grupo siguió adelante, Nugget triscaba junto a Bordman y tendía a tropezar con él a causa de su torpeza de cachorro. De vez en cuando miraba al hombre con adoración, expresando en sus ojillos un profundo afecto, propio de las criaturas más jóvenes.

Bordman siguió adelante. Al poco volvió a mirar atrás. Faro Nell iba ahora cubriendo la retaguardia de manera más amplia. Parecía hallarse satisfecha de tener a Nugget al cuidado inmediato de un hombre. Poco a poco se sintió sereno.

Un rato más tarde Bordman llamó a la cabeza.

—¡Huyghens! ¡Mire! ¡Parece que he sido nombrado niñera oficial de Nugget!

Huyghens se volvió a mirar atrás.

—¡Oh!, dele de cuando en cuando un azote y volverá con su madre.

—¡Y un cuerno! —dijo Bordman belicoso—. ¡Le gusto al cachorro!

El grupo continuó la marcha.

Cuando cayó la noche, acamparon.

No podían encender fuego, claro, porque todas las cosas diminutas de los alrededores vendrían a bailar al resplandor. Pero tampoco podía haber oscuridad a causa de que los noctívagos cazaban en las sombras.

Así que Huyghens colocó lámparas barrera que hicieron un muro de luz crepuscular cerca de su campamento y la bestia parecida al ciervo, que Faro Nell transportó en sus lomos, se convirtió en el plato principal de la cena.

Después durmieron —por lo menos lo hicieron los hombres— y los osos dormitaron y rezongaron y se despertaron y volvieron a dormirse.

Semper permaneció posado inmóvil y con la cabeza bajo el ala y sobre la rama de un árbol. Al pasar las horas se produjo un vientecillo fresco y agradable y todo aquel mundo pareció renacer a la luz de la mañana, difundida por entre la jungla por su sol recién salido. Entonces se levantaron y se pusieron en marcha.

Aquel día permanecieron inmóviles durante dos horas mientras las esfexas husmeaban la pista dejada por los osos. Huyghens descartó la necesidad de un antiodorífero para ser usado en las botas de los hombres y en las patas de los osos, que hiciese que el seguir su rastro fuese algo desagradable para las esfexas. Bordman aceptó la idea y sugirió que podría fabricarse un olor repelente a dichos carnívoros, que hiciese que la esfexa que lo percibiera sintiera sus tripas removerse. Si se conseguía tal cosa, los seres humanos podrían ir por doquier libremente, sin ser molestados.

—¡Como mofetas! —contestó Huyghens sardónico—. ¡Una idea muy inteligente! ¡Muy racional! ¡Puede sentirse orgulloso!

Y de pronto Bordman no se sintió en absoluto orgulloso de tal idea.

Volvieron a acampar. La tercera noche estaban en la base de aquella notable formación, el Sere Plateau, que en la distancia

parecía una cordillera pero que actualmente y visto de cerca era una desierta meseta.

No es razonable que un desierto tenga altura, mientras que las tierras bajas posean lluvia, pero a la cuarta mañana encontraron la razón del porqué. Vieron, lejos, muy lejos, una verdaderamente monstruosa masa montañosa al fin de la larga extensión de la plataforma. Era como la proa de un navío. Yacía, según observó Huyghens, directamente en línea con los vientos dominantes y los dividía como la proa de un barco divide las aguas. Las corrientes de aire húmedo fluían junto a la plataforma, no por encima de ella y su interior estaba desierto y quedaba sin protección alguna bajo el sol de las grandes altitudes.

Les costó todo un día llegar hasta la mitad de la ladera. Y aquí, dos veces, mientras trepaban, Semper voló gritando por encima de conglomerados de esfexas, a un lado y otro de los viajeros.

Eran grupos mucho más numerosos de los que Huyghens había visto antes, de cincuenta a cien monstruosidades juntas, en donde ya una docena era un rebaño considerable y temible.

Miró en la pantalla que mostraba que Semper veía, cuatro o cinco kilómetros lejos. Las esfexas subían colina arriba hacia el Sere Plateau en una larga fila. Cincuenta, sesenta... setenta bestias salidas del infierno con sus colores azul y pardo.

—No me gustaría nada que ese rebaño se tropezase con nosotros —dijo cándidamente Bordman. No creo que tuviésemos ninguna probabilidad de salir con vida.

—Aquí es donde un tanque robot sería útil -observó Bordman.

—Cualquier cosa blindada —admitió Huyghens—. Un hombre en una estación blindada como la mía estaría a salvo. Pero si mataba a una esfexa se vería sitiado. Tendría que estar allí, respirando el olor de la esfexa muerta hasta que éste se hubiera despejado. Y no podría matar a ninguna más o el sitio se prolongarla hasta que viniera el invierno.

Bordman no sugirió las ventajas de los robots en otros asuntos. En aquel momento, por ejemplo, estaban subiendo una ladera cuya inclinación media pasaba de los cincuenta grados. Los osos trepaban sin esfuerzo a pesar de sus cargas.

Para los hombres era un tormento infinito. Semper, el águila, se manifestaba impaciente con los osos y los hombres, que subían tan

espacio por una inclinación facilísima para el ave.

Se adelantó por la ladera y osciló en el aire al recibir las corrientes del borde de la plataforma. Huyghens vio las imágenes que desde el aire enviaba a la pantallita portátil.

—¿Cómo diablos adiestra usted así a los osos? —preguntó Bordman jadeando. Se habían detenido para un respiro y los Kodiak les esperaban impacientemente—. Puedo entender a Semper, pero...

—Yo no les adiestré —dijo Huyghens mirando a la pantalla—, son mutantes. Heredaron como cosa corriente el conjunto sexual de las características físicas. También se ha trabajado bastante en los genes correspondientes a los factores psicológicos. Había necesidad, en mi planeta natal, de un animal que pudiese pelear como una fiera, vivir de lo que produjese la tierra, llevar carga y tolerar a los hombres por lo menos tan bien como los perros. En los viejos días intentaron inculcar estas deseadas propiedades físicas a un animal que ya tenía la personalidad que querían. Algo así como un perro gigantesco, digamos. Pero allá en mi patria siguieron otro camino. Escogieron las características físicas deseadas y fomentaron la personalidad, la psicología. El trabajo se logró hace un siglo. El oso Kodiak llamado Kodiak Champion fue el primer verdadero éxito, pues tenía todo cuanto se deseaba. Estos que usted ve aquí, son sus descendientes.

—Parecen normales —comentó Bordman.

—¡Lo son! —contestó acalorado Huyghens—. ¡Tan normales como un buen perro. No estarán adiestrados, como Semper! ¡Se adiestran a si mismo! —Miró la pantalla de sus manos, que mostraba el suelo a dos mil o dos mil quinientos metros de altura—. Semper, ahora, es un pájaro domesticado sin demasiado cerebro. Es un halcón educado y en cierto modo glorificado. Pero los osos quieren llevarse bien con los hombres. Emocionalmente dependen de nosotros. Como los perros. Semper es un criado, pero ellos son compañeros y amigos. Semper esta domesticado, pero ellos son leales. Semper está acondicionado. Ellos nos aman.

Semper me habría abandonado si se hubiese dado cuenta que podía hacerlo; piensa que sólo puede comer lo que el hombre le da. Pero los osos no querían hacerlo. Les gustamos nosotros. Admito que yo les quiero, quizás porque ellos me quieren a mí.

Bordman dijo con deliberación:

—¿No es usted un poco charlatán, Huyghens? Usted me acaba de decir algo que servirá para localizar y condenar a las personas que le mandaron aquí. No es difícil descubrir en dónde se produjeron las mutaciones psicológicas de los osos y dónde también dejó descendientes un oso llamado Kodiús Champion. ¡Yo mismo puedo descubrir de donde vino usted ahora, Huyghens!

Huyghens alzó la vista de la pantalla que mostraba aquella imagen temblorosa.

—No importa —dijo amistoso—. Allí también soy criminal. Está oficialmente archivado que rapté a estos osos y me escapé con ellos. Lo que, en mi planeta natal, es un crimen tan odioso como el mayor que pueda cometer el hombre. Es peor que ser cuatrero o ladrón de caballos en los antiguos tiempos terrestres. Los parientes y primos de mis osos están muy bien considerados. En mi casa, soy todo un criminal.

Bordman le miró fijamente.

—¿Lo robó usted? —preguntó.

—Confidencialmente —contestó Huyghens—, no. ¡Pero hay que demostrarlo! —Luego, al cabo de unos segundos, dijo—: Eche una mirada a la pantalla. Vea lo que Semper puede ver sobre el borde de la plataforma.

Bordman miró; el águila planeaba en grandes idas y venidas. Por la experiencia de los pasados días, Bordman sabía que Semper gritaba con furia al volar. El pajarraco surcaba el cielo hacia el borde de la plataforma.

Bordman estudió la Imagen transmitida. Tenía sólo diez por quince centímetros, pero carecía de grano y su color era exacto. Se movía y giraba al mismo tiempo que lo hacía la cámara que portaba el águila. Por un instante, en la pantalla apareció la empinada ladera de la montaña y, a un borde, como puntos, se podían distinguir los hombres y los osos. Luego esta imagen desapareció para que se viera lo alto de la plataforma.

Allí habían esfexas. Una manada de doscientas trotaba hacia el desierto interior. Marchaban al descubierto, ramoneando. La cámara vaciló y mostró más animales de aquellos. Mientras Bordman miraba y al ascender más alto el pájaro, pudo ver aún otras esfexas subiendo por el borde de la plataforma desde una serie de brechas producidas por la erosión. El Sere Plateau estaba

infestado de infernales criaturas. Era inconcebible que allí hubiese caza suficiente para tantas esfexas. Se las veía tan bien como podrían verse las manadas de ganado en los planetas ricos en pastos.

El fenómeno era simplemente imposible.

—Emigrando —observó Huyghens—. Le dije que lo hacían. Se encaminan a alguna parte. ¿Sabe una cosa? ¡Dudo que fuera saludable para nosotros tratar de cruzar el Plateau atravesando un enjambre de esfexas!

Bordman masculló un juramento, cambiando bruscamente de humor.

—Pero se sigue recibiendo la señal. Alguien está vivo en la colonia robot. ¿Tenemos que esperar hasta que haya terminado la migración?

—No sabemos —apuntó Huyghens—, que haya alguien vivo, con plena certeza. Puede que necesiten ayuda con urgencia, por lo que tenemos que llegar hasta ellos. Pero al mismo tiempo...

Miró a Sourdough Charley y a Sitka Pete, trepando pacientes por la ladera y esperando mientras los hombres hablaban y descansaban. Sitka había logrado hallar un sitio y se había sentado. Una Impresionante zarpa le mantenía sujeto e impedía que se deslizara pendiente abajo.

Huyghens agitó el brazo señalando en una nueva dirección.

—¡Vamos! —gritó vivaz—. ¡Vamos! ¡Hacia allá! ¡Hale!

Siguieron por las laderas del Sere Plateau, ni ascendiendo hasta la planicie de su cumbre —donde se congregaban las esfexas— ni descendiendo hasta el pie de la colina, donde pululaban, también, las esfexas. Avanzaron a lo largo de las laderas y de los flancos montañosos, con pendientes que oscilaban entre treinta y sesenta grados y no cubrieron mucho territorio. Prácticamente llegaron a olvidar cómo se camina por el terreno llano.

Al término del sexto día acamparon en la cima de un Ingente peñasco que sobresalía del muro pétreo de una montaña. Apenas había sitio en la peña para todo el grupo. Faro Nell Insistió con sus refunfuños en que Nugget debería quedarse en la parte más segura, es decir, en la más próxima al flanco del monte. La osa habría obligado a los hombres a colocarse en la parte exterior, pero Nugget gimoteó solicitando a Bordman. Por tanto, cuando Bordman se

cambió de sitio para confortar al osito, Faro Nell gruñó a Sitka y a Sourdough quienes se apretujaron dejándola libre un lugar próximo al borde.

Se pasó hambre en el campamento. De camino se habían tropezado ocasionalmente con manantiales que fluían de las laderas de las montañas. Los osos bebieron en ellos con frecuencia y los hombres llenaron sus cantimploras. Pero aquélla era la tercera noche que pasaban en la ladera y allí no había caza en absoluto. Huyghens no hizo el menor movimiento para sacar víveres para Bordman y él. Bordman, por su parte, no hizo el menor comentario. Estaba empezando a participar en la relación íntima entre osos y hombres, que no era esclavitud por parte de los animales, sino algo más. Era un sentimiento mutuo. De ello se daba cuenta.

—Uno pensarla —dijo—, que puesto que las esfexas no parecen cazar mientras van de camino a la cima, allí arriba deberá haber caza en abundancia. Esos bichos lo ignoran todo cuando están subiendo.

Era verdad. La normal formación de combate de las esfexas era una línea amplia que automáticamente rodeaba a cuanto tendiese a huir, desbordándole por los flancos y atacando por detrás si ese algo era capaz de pelear. Pero ahora ascendían la montaña en largas filas, una tras otra, en apariencia siguiendo senderos establecidos hacia mucho tiempo.

El viento soplaba a lo largo de las laderas y llevaba suspendidos los diversos olores lateralmente. Pero las esfexas no se desviaban de su camino. Las largas procesiones de odiosas criaturas pardo-azuladas —era difícil considerarlas bestias naturales, machos y hembras y poniendo huevos como los reptiles de otros planetas— las largas procesiones se limitaban simplemente a trepar.

—Delante de ellas deben haber otros cuantos miles de bestias de su especie —comentó Huyghens—. Han debido estar acudiendo a este lugar durante días o semanas. La cámara de Semper nos ha hecho ver miles ya. Tienen que formar una cantidad incontable. Las que llegaron primero se comieron toda la caza que había y los últimos en llegar tendrán un problema en sus satánicos cerebros: el de alimentarse.

Bordman protestó:

—¡Pero tantos carnívoros reunidos en el mismo lugar es

imposible! ¡Sé que están ahí, pero reconozco que no puede ser!

—Su sangre es fría —observó Huyghens—. No quemar alimento para mantener la temperatura del cuerpo. Después de todo, muchas criaturas pasan largos períodos de tiempo sin comer. Hasta los mismos osos hibernan. Pero esto no es hibernación... ni tampoco estaciación.

Estaba instalando su receptor de onda corta en plena oscuridad. Era inútil tratar de hacer una marcación desde allí. El transmisor se hallaba al otro lado del Sere Plateau que ahora se veía infestado de esfexas.

Al poco se produjeron los susurros y frituras del fondo y en seguida oyose la señal.

Tres puntos, tres rayas, tres puntos. Huyghens apagó el aparato.

Bordman dijo:

—¿Y no podríamos haber respondido a esa señal antes de salir de la estación? ¿Aunque sólo fuera para darles ánimos?

—Dudo que tengan receptor —contestó Huyghens—. De todas maneras, no esperan respuesta hasta dentro de muchos meses. No se pasarán a la escucha día y noche en servicio permanente y si están viviendo en el túnel de la mina y tratan de salir furtivamente al exterior para conseguir víveres y prolongar el alimento que puedan tener consigo, estarán con demasiado trabajo para entretenerse preparando grabadores o relés.

Bordman permaneció en silencio unos instantes.

—Tenemos que conseguir comida para los osos —dijo al fin— Nugget es una criatura y tiene hambre.

—Lo haremos —prometió Huyghens—. Quizás me equivoque, pero me parece que el número de esfexas trepando por las laderas que vemos hoy es inferior al que vimos ayer o al de anteayer. Puede que estemos a punto de cruzar el estiaje de su migración. Cada vez se ven menos. Cuando atravesemos su sendero, tendremos que tener cuidado de los noctívagos y similares. Pero pienso que las esfexas habrían barrido toda la vida animal que hallaron en su ruta emigratoria.

No tenía razón del todo. El sonido de golpes y el gruñir de los osos le despertó en la oscuridad.

Ráfagas ligeras de brisa le azotaron el rostro. Encendió bruscamente la lámpara de su cinturón y el mundo pareció verse

rodeado por una película blancuzca que se alejó. Algo aleteó.

Entonces vio las estrellas y el infinito espacio desde el borde de la peña en que acampaban. Las grandes cosas blancas aletearon hacia él.

Sitka Pete resopló con potencia y gruñó. Faro Nell se balanceó rugiendo a la vez. Entre sus zarpas capturó algo.

—¡Cuidado con eso! —exclamó Huyghens.

Más cosas de forma extraña y pálidas como la piel humana, retrocedieron y aletearon locamente hacia él.

Una zarpa peluda y enorme se extendió dentro del rayo de luz de la linterna y apresó una cosa voladora.

Otra gran zarpa apareció. Los tres gigantescos Kodiaks estaban sentados sobre sus cuartos traseros, despanzurrando criaturas que revoloteaban febriles, incapaces de resistir a la fascinación que les producía el fulgor de la linterna. A causa de sus giros alocados era imposible verlas con detalle, pero eran aquellos seres nocturnos desagradables que parecían monos emplumados voladores, pero que eran bichos diferentes de medio a medio.

Los osos no se precipitaban. Rezongaban por lo bajo con notable aire de indiferencia, capacidad e intención. Montoncitos de cosas rotas se iban formando a sus pies.

De pronto no quedaron ya más. Huyghens apagó la luz. Los osos carraspearon y se pusieron afanosamente a comer en la oscuridad.

—Esas bestias eran carnívoras y chupadores de sangre, Bordman —dijo Huyghens con calma-. Extraen a sus víctimas toda su sangre como vampiros... no sé qué triquiñuela emplean para no despertarles... sólo he averiguado que cuando las infortunadas víctimas mueren por falta de sangre, la tribu de vampiros se pone a comerse los cadáveres. Pero los osos tienen la piel muy gruesa y se despiertan apenas los roza algo Y son omnívoros. Se lo comen todo menos las esfexas, Uno podría decir que esos animales nocturnos vinieron para la cena. Y no deja de ser verdad porque gracias a ellos los osos están cenando... como siempre, los Kodiak viven de lo que produce el terreno.

Bordman murmuró una súbita exclamación. Hizo una luz débil y vio como la sangre le manaba por la mano. Huyghens le pasó su botiquín de bolsillo con desinfectantes y vendas. Bordman contuvo la hemorragia y se vendó la mano. Entonces se dio cuenta de que

Nugget masticaba algo. Le enfocó con la luz. Nugget tragó convulsivo. Parecía evidente que el osito había cazado y devoraba la criatura que chupó sangre de Bordman. Pero eso era imposible saberlo, puesto que el cachorro no iba a dar explicaciones ni referencias.

Por la mañana reanudaron la marcha a lo largo de la escarpada ladera. Después de caminar largo rato en silencio, Bordman dijo.

—Los robots tampoco habrían podido hacer nada contra esos vampiros, Huyghens.

—Oh, podían ser fabricados para vigilar y advertir al hombre de la presencia de esas bestias —dijo Huyghens tolerante—. Pero juzgue usted por sí mismo. Con robots tendría el hombre que luchar solo una vez que recibiera el aviso de la proximidad de vampiros detectados por la máquina. Para mi gusto, prefiero los osos.

Señaló el camino. Por dos veces Huyghens se detuvo para examinar el suelo de la base de las montañas con sus binoculares. Parecía más animado al reanudar la marcha. El monstruoso picacho que era como la proa de un navío al extremo del Sere Plateau se veía mucho más cerca. Hacia el mediodía se cernía ingente por encima del horizonte a menos de veinticinco kilómetros de donde se hallaban. Y fue entonces cuando Huyghens ordenó el alto definitivo.

—No se ven más congregaciones de esfexas allá abajo —dijo animoso—, y no hemos visto ninguna fila de ellas trepando desde hace muchos kilómetros.

Cruzar un sendero de esfexas significaba simplemente esperar hasta que un grupo hubiera pasado y atravesar antes de que otro grupo apareciera a la vista.

—Tengo el presentimiento —dijo Huyghens—, de que dejamos atrás la ruta migratoria. ¡Veamos lo que nos dice Semper!

Hizo un gesto al águila para que volara. Como todos los seres que no sean humanos, los pájaros normalmente sólo actúan para satisfacer su apetito y luego tienden a la holganza y al sueño. Semper había viajado los últimos kilómetros posado en el bulto de carga de Sitka Pete. Ahora se remontó por los aires y Huyghens se puso a mirar las imágenes que aparecieron en la pantalla.

Semper volaba raudo. La pantallita mostraba una imagen oscilante y difícil de mantener fija, pero al cabo de pocos minutos el ave volaba ya por encima del borde de la plataforma. Allí se

distinguían algunos matorrales y el terreno quedaba algo ondulado.

Pero al subir aún más Semper, apareció el desierto interior. Las proximidades estaban limpias de bestias. Sólo de vez en cuando, sí el águila escorbaba mucho y la cámara enfocaba hasta la vastedad de la plataforma, veía Huyghens alguna señal que indicara la presencia de las feroces bestias pardo-azuladas. Pero luego pudo percibir masas enormes como rebaños ultragigantescos. Algo increíble, porque los carnívoros no se reúnen nunca en cantidades tan exorbitantes.

—Vamos a subir recto —dijo Huyghens satisfecho—. Cruzaremos el Plateau por aquí y segaremos un poco a sotavento incluso. Me parece que hallaremos algo interesante camino de la colonia.

Dio la señal a los osos de que iniciaran la ascensión.

Llegaron a la cumbre horas después, apenas antes de la puesta del sol. Y vieron caza. No mucha, pero caza en los herbazales y breñales del borde del desierto. Huyghens derribó un rumiante peludo. Cuando cayó la noche el aire se hizo cortante. Hacía mucho más frío allí que durante la noche en las laderas. El aire era fino. Bordman no tardó en imaginarse la causa. Al abrigo de la proa montañosa del peñasco, el viento estaba en calma. No habían nubes. El suelo irradiaba su calor al espacio vacío. A la madrugada el frío sería muy crudo con toda seguridad.

—Y hará calor de día —asintió Huyghens cuando Bordman le mencionó lo que sospechaba—. Los rayos de sol son terriblemente calcinantes allá donde el aire es muy fino, pero en la mayoría de las montañas reina el viento. Durante el día, aquí, el suelo tenderá a calentarse como la superficie de un planeta sin atmósfera. Puede que en la arena a mediodía, el termómetro llegue a marcar 60 o 70 grados centígrados. Pero por la noche el frío será igualmente exagerado.

Lo era. Antes de medianoche Huyghens encendió una hoguera. No podía temerse nada de los noctívagos puesto que la temperatura descendía por debajo del punto de congelación.

Por la mañana los hombres estaban envarados por el frío, pero los osos rezongaban y se movían con viveza. Parecían gozar del fresco matutino. Sitka y Sourdough, en efecto, estaban jugueteando hasta el punto de que se enzarzaron en una pelea de mentirijillas,

rugiéndose mutuamente y lanzándose golpes que eran fingidos, pero que hubieran podido destrozar el cráneo de un hombre. Nugget parloteaba excitado al verles. Faro Nell los contemplaba con una mirada femenina de desaprobación.

Iniciaron la marcha. Semper parecía perezoso. Tras un sólo y breve vuelo descendió para posarse en la carga de Sitka, como el día anterior. Allí permaneció contemplando el panorama que a medida que avanzaban se iba convirtiendo de semiárido en un puro desierto. No tenía intención de volar. A las grandes aves no les gusta el vuelo cuando no hay vientos ni corrientes de las que puedan aprovecharse.

Una vez Huyghens hizo alto y señaló a Bordman dónde estaban exactamente en la ampliada

foto-mapa

tomada desde el aire y el lugar preciso del que provenía la señal de socorro.

—Lo hace usted por si acaso le ocurriera algo, —dijo Bordman—. Reconozco que es sensato, pero... ¿pero qué podría yo hacer en ayuda de esos supervivientes, si es que llegaba hasta ellos, sin la ayuda de usted?

—Lo que ha aprendido acerca de las esfexas le ayudaría —repuso Huyghens—. Los osos también le ayudarían. Además, dejamos una nota en mi estación. Quien quiera que aterrice en el campo de aterrizaje, ya que el rayo faro está en marcha, hallaría Instrucciones para llegar hasta el sitio que nosotros pretendemos alcanzar.

Volvieron a caminar. El estrecho sendero de la orilla no desértica del Sere Plateau quedaba detrás de ellos y marchaban por tanto cruzando la polvorienta arena del desierto.

—Mire aquí —dijo Bordman—. Quiero saber algo. Usted me dijo que está fichado en su planeta natal como ladrón de osos. Eso es una mentira que me dijo usted para proteger a sus amigos de la persecución y detención por parte de la Inspección Colonial. Le veo a usted solo, arriesgando la vida cada día. Corrió un gran riesgo al no disparar contra mí. Ahora se arriesga aún más por ayudar a hombres que serán testigos en su contra cuando se celebre el juicio. ¿Por qué lo hace?

Huyghens sonrió.

—Porque no me gustan los robots. No me gusta el hecho de que estén subordinando a los hombres, haciéndoles depender de ellos.

—Siga —insistió Bordman—. ¡No veo por qué el sentir antipatía hacia los robots le convierta a usted en un criminal! Además los hombres no se están subordinando tampoco a los robots.

—Pues si lo están. Soy un miserable, claro. Pero... me gusta vivir como un hombre en este planeta. Voy donde me place y hago lo que me viene e a gana. Mis ayudantes son mis amigos. ¿Si la colonia robot hubiera tenido éxito, habrían vivido como hombres los humanos de ella? Difícilmente. ¡Tendrían que vivir como les permitieran los robots! Habrían de quedarse en el interior de la cerca construida por los robots. Tendrían que consumir los alimentos que cultivaran los robots del suelo y no otros. ¡Oh, un hombre no podría siquiera trasladar su lecho más cerca de la ventana porque los robots del servicio doméstico no podrían trabajar! ¡Los robots les servirían del modo determinado por los propios robots... pero todo lo que ellos, los humanos, sacarían del caso sería estar al servicio de los robots!

Bordman sacudió la cabeza.

—Mientras el hombre necesite el servicio de los robots, tendrá que aceptar lo que los robots tengan en pro y en contra. Si uno no necesita de esos servicios...

—Yo quiero decidir por mí mismo qué es lo que quiero en vez de verme limitado a escoger lo que me ofrecen. En mi planeta natal nosotros tuvimos medio dominado el mundo con perros y armas. Después desarrollamos a los osos y con ellos terminamos el trabajo. Ahora hay exceso de población y falta de espacio para... ¡perros, osos, y hombres! Más y más personas se ven desposeídas de su derecho a la decisión, permitiéndoseles tan sólo escoger entre las cosas que los robots les ofrecen. Cuanto más se depende de los robots, más limitadas suelen ser las alternativas. ¡No queremos que nuestros hijos se limiten a querer lo que los robots les proporcionen! Preferimos verlos jugar con abandono allá donde los robots no puedan darles nada, limitarles en nada. Queremos que se conviertan en hombres y mujeres. No en malditos autómatas que viven empujando o oprimiendo controles robóticas para obtener lo necesario para seguir oprimiendo más controles. Si eso no es subordinación a los robots...

—Lo que usted dice no es más Que un argumento emotivo — protestó Bordman - No todo el mundo siente de ese modo.

—Pero yo sí. Y lo mismo pasa con una buena cantidad de otras personas. Esta es una galaxia condenadamente grande y apta para contener algunas sorpresas. Lo único seguro en un hombre y un robot que dependen entre sí, es que ninguno de ellos puede hacer frente a lo imprevisto. Va a venir un tiempo en el que necesitemos hombres que si puedan afrontar lo imprevisto. En mi planeta natal alguien solicitó Loren Dos para colonizarlo. Se le negó la autorización... demasiado peligroso. Pero los hombres, si son hombres, pueden colonizar cualquier parte. Así que vine a estudiar el planeta. Esencialmente a las esfexas. Eventualmente, teníamos intención de volver a solicitar la licencia, con pruebas de que éramos capaces de manejar esas bestias. Ya lo estoy haciendo en tono menor. Pero la Inspección autorizó una colonia robot... ¿y dónde está?

Bordman adoptó una expresión sombría.

—Ha escogido usted un medio erróneo de conseguir su fin, Huyghens. Es ilegal. Lo es. El espíritu de adelantado, cosa admirable, se ha visto mal encaminado. Después de todo fueron adelantados también quienes dejaron la Tierra y se lanzaron en busca de las estrellas. Pero...

Sourdough se alzó sobre sus cuartos traseros y olisqueó el aire. Huyghens preparó su rifle. Bordman quitó el seguro del suyo, pero nada ocurrió.

—En cierto modo —dijo Bordman—, habla usted de libertad y libre albedrío, que mucha gente considera cosas de la política. Usted afirma que puede ser algo más. En principio lo admito. Pero su manera de exponer estos conceptos los hacen sonar como principios de una supuesta religión engañosa.

—Es autorespeto.

—Puede que usted...

Faro Nell gruñó. Empujó a Nugget con el hocico para arrimarlo más a Bordman. Le rezongó y trotó con rapidez hasta donde estaban Sitka y Sourdough encarados hacia la vasta planicie infestada de esfexas del Sere Plateau. Se instaló en posición de combate entre los dos machos.

Huyghens miró con atención más allá de los osos y en su torno.

—¡Esto puede ser malo! —dijo—. Pero por fortuna no hay viento. Hay aquí una especie de colina. ¡Venga, Bordman!

Corrió delante, Bordman le seguía y Nugget iba pisándole los talones con su andadura pesada. Llegaron al punto elevado, un montículo de no más metro y medio por encima de la arena que les rodeaba, con un descoyuntado vegetal de apariencia de cactus sobresaliendo del suelo. Huyghens utilizó los binoculares para explorar los alrededores.

—Una. Una esfexa —dijo con sequedad—. ¡Sólo una! Y queda fuera de toda razón que haya una esfexa sola. ¡Pero tampoco es racional que se reúnan en cientos de miles! —Humedeció el dedo y lo alzó—. Tampoco hay viento.

Volvió a emplear los binoculares.

—No sabe que estamos aquí —añadió—. Se aleja. No se ve otra a la vista... —dudó, mordiéndose los labios—. ¡Mire aquí Bordman me gustaría matar a esa esfexa y averiguar algo! Hay un cincuenta por cien de probabilidades de que pudiera hallar algo realmente importante. Pero... podría tener que correr. Si tengo razón... Habrá que hacerlo rápidamente. Voy a montar a Faro Nell para ir de prisa. Dudo que Sitka y Sourdough quieran quedarse. Pero Nugget no puede correr muy de prisa aún. ¿Quiere quedarse a cuidarlo?

—Supongo que usted sabe lo que se hace —contestó Bordman tras aspirar hondo.

—Mantenga los ojos bien abiertos. Si ve algo, aunque sea lejos, dispare y ¡volveremos a la carrera! No espere a que esté lo bastante cerca para hacer blanco seguro. Dispare en cuanto le vea... si es que lo ve...

Bordman asintió. Encontraba particularmente difícil hablar. Huyghens se acercó a los osos y trepó en Faro, agarrándose con fuerza a sus peludos lomos.

—¡Vámonos! ¡Hacia allí! ¡Hale!

Los tres Kodiaks se alejaron a toda velocidad. Huyghens oscilando y bamboleándose sobre Faro Nell. El súbito galope hizo que Semper casi perdiera el apoyo de sus patas. Aleteó frenético y alzó el vuelo. Siguió a su amo desde poca altura.

Ocurrió todo muy de prisa. Un oso Kodiak puede viajar tan veloz en ocasiones como un caballo de carreras. Los tres animales se encaminaron como flechas hacia un lugar a menos de un kilómetro

en donde una forma pardo-azulada giró para hacerles frente. Se oyó la detonación del arma de Huyghens, que disparó desde lomos de Faro Nell, la explosión del proyectil y la del disparo sonaron casi juntas. El monstruo dio un salto y murió.

Huyghens bajó de la osa. Pareció febrilmente atareado en algo del suelo. Semper describió unos círculos y tomó tierra. Contempló la escena con la calva cabeza ladeada.

Bordman tenía la vista fija. Huyghens hacía algo a la esfexa muerta. Los dos osos machos olisqueaban por los alrededores, mientras que Faro Nell miraba su amo con gran curiosidad. En el montículo, Nugget bramó un poquito y Bordman le acarició. Nugget gruñó más fuerte. A lo lejos Huyghens se enderezó y montó a lomos de Faro Nell. Sitka miró atrás porque Sourdough se colocaba a su lado. Ambos miraron en dirección a Bordman. Los dos osos emprendieron el regreso al trote rápido. Semper alzó el vuelo, posándose en el hombro de Huyghens.

Entonces Nugget ululó histéricamente y trató de trepar por Bordman como un oseño intenta trepar por el tronco de un árbol ante la presencia del peligro. Bordman cayó y con él el animal... y entonces se produjo el relampagueo de una piel a listas y espinosa y el aire se llenó de los gritos y aullidos de una esfexa en pleno salto de ataque. La bestia tenía a Bordman como meta. Cayó sobre el hombre y el oseño.

Bordman no oía nada excepto los escalofriantes gritos de la esfexa, pero a cierta distancia Sitka y Sourdough acudían a la velocidad de un cohete. Faro Nell emitió un rugido que estalló nítido en el aire. Y mientras Bordman rodaba para ponerse en pie y empuñar su rifle, sintió algo que forcejeaba, que se agitaba, que daba coletazos. Su puro instinto le hizo reaccionar. La esfexa se agazapaba para saltar sobre el cachorro y Bordman, sin tiempo para más, utilizó el rifle tal y como lo había cogido, por el cañón, y golpeó con él como si fuera una maza.

Pero la esfexa percibió su presencia y giró en redondo. Bordman se vio derribado. Un monstruo de más de trescientos cincuenta kilos salido directamente del infierno —medio gato salvaje, medio venenosa cobra, con manía homicida e hidrofobia— es imposible de resistir cuando su impacto se recibe en mitad del pecho.

Entonces fue cuando llegó Sitka, bramando. Se plantó sobre sus

cuartos traseros, emitiendo rugidos atronadores, desafiando a la esfexa al combate. Se lanzó hacia adelante. Huyghens se aproximó, pero no podía disparar porque Bordman se hallaba dentro del radio de acción de la bala explosiva. Faro Nell gruñía y rezongaba, luchando entre el ansia de asegurarse de que Nugget no había sufrido el menor daño con la frenética furia de una madre cuyo hijito se ha visto en peligro.

Montado en Faro Nell, con Semper posado estúpidamente en su hombro, Huyghens contempló impotente cómo la esfexa escupía y aullaba a Sitka, teniendo tan sólo que extender una zarpa para acabar con la vida de Bordman.

IV

Se alejaron de allí, aunque Sitka parecía querer alzar con los dientes el desmadejado cadáver de su víctima y lanzarlo repetidamente al suelo. Parecía el doble de furioso porque un hombre —para quien todos los descendientes de Kodiús Champion sentían un profundo y emocional respeto— hubiera sido atropellado. Pero Bordman no tenía ninguna herida grave. Juró y perjuró mientras los osos corrían hacia el horizonte. Huyghens le había instalado en el arnés de carga de Sourdough, atándole y dejándole una sujeción manual para que no cayera.

Bordman gritó:

—¡Maldita sea, Huyghens! ¡Esto no está bien! ¡Sitka recibió unos cuantos arañazos profundos! ¡Las zarpas de ese bicho del infierno pueden ser ponzoñosas!

Pero Huyghens gritó a los osos:

—¡Hale! ¡Hale!

Y continuaron su carrera contra el tiempo. Llevaban cubiertos tres kilómetros, cuando Nugget gimió desesperadamente por causa de su cansancio y Faro Nell se detuvo firmemente para empujarle con el hocico.

—Esto puede ser bastante bueno —dijo Huyghens—. Considerando que no hace viento y que la gran masa de las bestias esta abajo de la plataforma y que ahí hablan sólo dos ejemplares. Quizás están demasiado atareados en las honras fúnebres. De todas maneras...

Saltó al suelo y sacó el antiséptico y las gasas.

—Primero Sitka —le espetó Bordman—. ¡Yo estoy bien!

Huyghens desinfectó las heridas del corpulento oso. Eran ligeras porque Sitka Pete tenía vasta experiencia en la lucha con las

esfexas. Luego Bordman dejó que el producto de olor tan peculiar —rezumaba a ozono— le fuera aplicado en gasas a las rasgaduras de su pecho. Contuvo el aliento cuando sintió las punzadas del escozor.

Luego, dijo:

—Fue culpa mía, Huyghens. Le miraba a usted en vez de escrutar el panorama. No tenía idea de lo que estaba haciendo.

—Efectuaba una rápida disección —le confesó Huyghens—. Por suerte, aquella primera esfexa era hembra, como me esperaba. Y estaba a punto de poner sus huevos. ¡Uf! Y ahora sé por qué y dónde emigran las esfexas y cómo es que no necesitan caza aquí arriba.

Colocó un vendaje adhesivo a Bordman y abrió la marcha hacia levante, acrecentando la distancia entre el grupo y las esfexas muertas.

—Antes les había hecho la disección —dijo Huyghens—. Nunca se ha sabido bastante acerca de ellas. Si el hombre ha de vivir aquí es preciso averiguar muchísimas cosas más.

—¿Vivir aquí con osos? —preguntó irónico Bordman.

—Oh, sí —dijo Huyghens—. Pero el caso es que las esfexas vienen al desierto para desovar, para emparejarse y para criar gracias al calor del sol reconfortante, en la incubación. Es un sitio bastante particular. Las focas regresan a un lugar especial para emparejarse... y los machos, por lo menos, pasan sin comer muchas semanas en la época de celo. El salmón vuelve a su arroyo nativo para desovar. No comen y mueren poco después. Y las anguilas —utilizo ejemplos terrestres, Bordman— viajan varios miles de kilómetros hasta el mar de los Sargazos para emparejarse y morir. Desgraciadamente, las esfexas no mueren, pero es evidente que tienen un lugar ancestral para procrear ¡y que vienen al Sere Plateau para poner sus huevos!

Bordman continuó marchando. Estaba furioso; furioso consigo mismo por no haber tomado las mas elementales precauciones; porque se había sentido demasiado seguro, como es costumbre sentirse un hombre en una civilización de robots; furioso porque no había utilizado su cerebro cuando Nugget gimió, ya que incluso un cachorro de oso es capaz de olfatear la proximidad del peligro.

—Y ahora —añadió Huyghens—. Necesito algo del equipo que

posee esa colonia robot. Con él creo que podemos dar un paso firme hacia el proyecto de hacer que este planeta se convierta en habitable por los hombres.

Bordman parpadeó.

—¿Qué dice?

—Equipo —repitió Huyghens con impaciencia—. Lo habrá en la colonia robot. Los robots eran inútiles porque no podían prestar atención a las esfexas. Aun tienen el mismo defecto. ¡Pero si se les modifica el control, esas maquinas servirán! ¡No creo que se hayan estropeado por permanecer unos meses a la intemperie!

Bordman siguió adelante, caminando. Al poco, dijo:

—¡Nunca me Imaginé, Huyghens, que usted quisiera algo procedente de la colonial!

—¿Y por qué no? —preguntó impaciente Huyghens—. Cuando los hombres construyen maquinas que hacen lo que ellos quieren, no hay nada malo. Incluso los robots son buenos si están donde deben estar. Pero en el trabajo que quiero hacer los hombres tendrán que utilizar lanzallamas. En la colonia ha de haber chismes de esos, puesto que tuvieron que quemar la maleza de una buena zona de terreno para construir la colonia. Y esterilizadores del terreno, para matar los brotes de todas aquellas plantas que los robots no pudieran controlar. ¡Volveremos a subir aquí, Bordman, y cuando menos destruiremos los huevos de esas bestias infernales! Si no podemos hacer mas que eso, repitiéndolo cada año, llegara un momento en que habremos exterminado la raza. Probablemente hay otras hordas de esfexas con lugar de desove distinto. Pero también lo encontraremos. ¡Convertiremos este planeta en un lugar donde los hombres de mi planeta puedan venir y seguir siendo hombres!

Bordman respondió sardónico:

—Fueron las esfexas las que derrotaron a los robots. ¿Esta usted seguro de que no quiere convertir este mundo en algo que sea saludable para los robots?

Huyghens soltó una carcajada.

—Usted sólo ha visto a un noctívago —dijo - ¿Y qué le parecen esas cosas de la ladera que le habrían extraído hasta la última gota de su sangre? ¿Sería usted capaz de recorrer el planeta con un robot de guardaespaldas, Bordman? ¡Ni hablar! Los hombres no podrían vivir en este mundo con sólo la ayuda de los robots. ¡Ya lo vera!

V

Encontraron la colonia al cabo de sólo diez días mas de viaje y después de que muchas esfexas y mas de unos cuantos animales tipo ciervo y peludos rumiantes hubieran caído bajo sus armas o por causa de los osos. Y hallaron supervivientes. Eran tres, endurecidos, barbados y hondamente amargados. Cuando la cerca electrificada se derrumbó, dos de ellos estaban en el túnel de una mina, instalando un nuevo panel de control para que los robots trabajaran. El tercero era el encargado de la explotación minera. Se alarmaron al interrumpirse de súbito la comunicación con la colonia y volvieron en un camión-tanque para ver qué pasaba, salvándose tan sólo por el hecho de ir desarmados. Hallaron esfexas husmeando y lloriqueando en torno a la caída colonia en un numero que les parecía increíble. Las esfexas olfatearon a los hombres del Interior del vehículo, pero no pudieron romper el blindaje. A su vez los hombres no podían matarlas, ya que de haber aniquilado a alguno de aquellos monstruos, las demás esfexas les hubieran seguido hasta la mina sitiándoles allí.

Los supervivientes suspendieron, claro, todo trabajo de minería e intentaron usar los robots controlados a distancia para sus propósitos de venganza y para obtener alimentos. Los robots mineros, sin embargo, no estaban diseñados para aquella tarea. Y no tenían armas. Improvisaron lanzallamas en miniatura que quemaban combustible de los cohetes y ocasionalmente hicieron que algunas esfexas huyeran gritando lastimeramente y con el pellejo chamuscado. Pero eso era inútil en cuanto no mataba a las bestias. Y representaba un gasto de combustible. Al fin se parapetaron tras unas barricadas bien construidas y usaron sólo el combustible para mantener una señal luminosa preparada para

utilizarla el día que viniera otro navío a inspeccionar la colonia. Se hallaban en la mina como en una prisión, racionada la comida, sin esperanza alguna. Como única diversión tenían la contemplación de los robots mineros que no podían funcionar para no gastar combustible, pero que de todas maneras lo único que eran capaces de hacer era extraer minerales.

Cuando Huyghens y Bordman llegaron hasta ellos, los infelices se echaron a llorar. Odiaban a los robots y a todas las cosas robóticas un poco menos que odiaban a las esfexas. Pero Huyghens les explicó y, armados con las armas que portaban los osos en sus paquetes de carga, marcharon a la colonia muerta con los machos Kodiak como vanguardia y con Faro Nell cubriendo la parte de atrás.

Durante el camino mataron a seis esfexas. En el claro, ahora con la maleza crecida, habían cuatro más. En las habitaciones de la colonia sólo había desorden y fragmentos de lo que antes fueron hombres. Pero habían alimentos, no muchos, porque las esfexas mordieron todo cuanto olía a hombre y al hacerlo estropearon los paquetes plásticos de comestibles esterilizados por radiación. Pero hallaron algunas latas de alimentos en conserva que habían salido intactas de la destrucción general.

Y también combustible, que los hombres podían usar cuando tuvieran arreglados los paneles de control del equipo. Había robots por doquier, brillantes y bruñidos y listos para funcionar, pero inmóviles, con las plantas creciendo en su torno y sobre ellos.

Ignoraron aquellos robots y en su lugar colocaron combustible a los lanzallamas después de adaptarlos al manejo humano, ya que estaban diseñados para que los robots los hicieran funcionar y también reaprovisionaron al gigantesco esterilizador del suelo que había sido construido para destruir la vegetación que los robots no podían arrancar de los cultivos. Luego tomaron el rumbo hacia el Sere Plateau.

Al pasar el tiempo Nugget se fue convirtiendo en un mimado cachorrillo de oso, puesto que los hombres libertados aprobaban apasionadamente cuanto pudiera crecer y convertirse en un aniquilador de esfexas. Cada vez que acampaban hacían objeto al osito de sus caricias, mimos y atenciones.

Por último llegaron a la plataforma siguiendo un camino trazado

por las esfexas hasta la cumbre y entonces un enjambre de tan mortíferos bichos se lanzó contra ellos aullando y mostrándose dispuestos a despedazarlos. Mientras Bordman y Huyghens disparaban sin cesar, las grandes maquinas enarbolaron sus armas especiales. El esterilizador del suelo, tal y como estaba diseñado, era tan mortífero contra la vida animal que contra las semillas, siempre y cuando se pudiera alzar y apuntar su rayo diatérmico.

Los osos dejaron de ser necesarios al poco tiempo, porque los quemados cadáveres de las esfexas atraían a mas y mas ejemplares vivos de todos los confines de la plataforma, aun cuando no hubiera brisa alguna que transportara el hedor de la carne quemada. El asunto de las esfexas oficialmente podía darse por terminado, aunque vinieron a miles para lloriquear y tratar de vengar a sus compañeras muertas... cosa que no pudieron hacer. Al cabo de un tiempo, los supervivientes de la colonia robot condujeron sus maquinas en grandes círculos en torno al enorme montón de bestias asesinadas, destruyendo a las recién llegadas a medida que venían. Fue la mayor matanza que el hombre había hecho hasta la fecha en cualquier otro planeta y quedarían muy pocos individuos de la horda de esfexas que solía procrear en aquella zona del desierto.

VI

Ni tampoco nacerían mas, porque el esterilizador del suelo pasaría por encima de las arenas que contenían los huevos de la esfexa, allí depositados para la incubación solar. Y el sol no los incubaría después de esa pasada.

Huyghens y Bordman, para entonces, estaban acampados al borde de la plataforma con los Kodiaks. En cierto modo era beneficioso para los hombres de la colonia manejar por sí solos la operación de matanza de crías y gérmenes. Después de todo, sus compañeros habían muerto victimas de aquellos horribles e implacables animales cuya casta trataban ahora de aniquilar.

Una noche Huyghens apartó bruscamente a Nugget de donde el cachorro estaba olisqueando la carne de un venado puesta a asar sobre la hoguera del campamento. Nugget, gimiendo apenado, corrió a refugiarse tras su amigo Bordman y allí se quedó, esperando que el Inspector Colonial le acariciara.

—Huyghens —dijo Bordman—, ha llegado el momento de zanjar nuestros asuntos. Usted es un colono ilegal y mi deber es arrestarle.

Huyghens le miró con Interés.

—¿Me ofrecerá el indulto a cambio de que denuncie a mis socios? —preguntó—, ¿o habré de alegar que no se me puede pedir que testifique en mi contra?

Bordman exclamó:

—¡Esto es irritante! Toda la vida he sido un hombre honrado, pero... no creo en los robots, como antes creía, a no ser que estén en los lugares adecuados para ellos. ¡Y éste no es un lugar apropiado! Por lo menos no en el aspecto en que la colonia había sido planeada. Las esfexas por poco los barren a todos, en cambio los robots nada podían hacer contra esos animales. Aquí tendrán

que vivir osos y hombres o las gentes habrán de pasarse la existencia tras cercas a prueba de esfexas, aceptando sólo lo que les traigan los robots. ¡Y este planeta tiene demasiadas cosas de valor para que la humanidad lo deje de lado! ¡Pero vivir en un medio ambiente de robots en un planeta como Loren Dos... no sería satisfactorio para el amor propio de las gentes!

—No se me estará poniendo religioso, ¿verdad? —preguntó Huyghens con sequedad—. Recuerde que antes la palabra «religioso» era su vocablo favorito para expresar el autorespeto.

—¡Déjeme terminar! —protestó Bordman—. Mi trabajo consiste en dar el visto bueno al trabajo que se ha hecho en un planeta antes de que los primeros colonos definitivos se instalen a vivir en él. Y, claro, ver si se han cumplido las especificaciones. Ahora, la colonia robot a la que me mandaron inspeccionar, está prácticamente destruida. Tal y como la diseñaron no podía funcionar. No le era posible sobrevivir.

Huyghens gruñó. Caía la noche. Dio la vuelta a la carne del fuego.

—En casos de emergencia —dijo Bordman—, los colonos tienen derecho a llamar a cualquier navío que pase por la vecindad en demanda de ayuda. ¡Naturalmente! Así que mi informe dirá que la colonia tal y como estaba planeada resultó impráctica y que se vio invadida y destruida, excepto los tres supervivientes que se fortificaron y emitieron la señal de socorro. ¡Bien sabe usted que lo hicieron!

—Siga —gruñó Huyghens.

—Y ocurrió que... ocurrió que... si no le importa... que una nave con usted, los osos y el águila, captó la llamada. Así que usted aterrizó para ayudar a los colonos. Esa es la historia. Por tanto no es ilegal que usted se encuentre aquí. Era ilegal que estuviera usted ya aquí cuando se necesitó ayuda. Pero fingiremos que entonces usted aún no había venido.

Huyghens miró por encima del hombro a la noche que se consolidaba. Dijo:

—Ni yo mismo lograría creerlo aunque me lo contara mi padre. ¿Cree que lo creerá la Inspección?

—No son tontos —dijo Bordman con sequedad—. ¡Claro que no lo creerán! Pero cuando mi informe diga que por causa de esta

inverosímil serie de acontecimientos se ha hecho factible la Colonización de este planeta, cuando antes no lo era, y cuando mi informe demuestre que una colonia robot sola es una soberana tontería, pero que con osos y hombres de su mundo además podrían reducirse tantos miles de colonos al año... Y, como de todas maneras, la mayor parte de eso es verdad...

Huyghens pareció estremecerse un poco al reflejo de las llamas.

—Mis informes tienen peso —insistió Bordman—. ¡De todas maneras se ofrecerá el asunto tal y como le digo! Los organizadores de la colonia robot tendrán que estar de acuerdo o se verán obligados a arriar velas. Y su gente de usted puede hacerles aceptar las condiciones que se les antojen...

El temblor de Huyghens se hizo claramente perceptible. Se estaba carcajeando.

—Es usted un miserable embustero, Bordman -dijo—. No es inteligente ni razonable echar por la borda toda una vida de honradez sólo para sacarme de un apuro, ¿verdad? No esta actuando como animal racional, Bordman. Pero ya me lo pensé que obraría así cuando llegara el momento.

Bordman se agitó.

—Es la única solución que veo factible —dijo—. De todos modos dará resultado.

—La acepto —contestó Huyghens sonriendo—. Con mi agradecimiento. Si al menos puede significar que unas cuantas generaciones más de hombres puedan vivir como tales en un planeta que va a necesitar de muchos esfuerzos para poderlo domesticar. Y... si quiere saberlo... porque así se impedirá que maten a Sourdough, a Sitka, a Nell y a Nugget por haberlos traído yo aquí ilegalmente.

Algo oprimió con fuerza la espalda de Bordman. Nugget, el osezo, se apretaba contra él en su deseo de acercarse más a la fragante y aromática carne asada. Avanzó. Bordman perdió el equilibrio en su asiento y cayó de espaldas al suelo. Quedó con las piernas abiertas. Nugget olisqueaba el aroma de la carne con deleite.

—Dele un azote —dijo Huyghens—. Así se retirará.

—¡No! —exclamó Bordman indignado desde donde estaba—. No lo haré. ¡Es mi amigo!

EL PANTANO ESTABA AL REVÉS

I

Bordman sabía que la nave de Inspección había girado de cabeza a rabo, porque aunque tenían gravedad artificial, ésta no afecta a los canales semicirculares del oído humano. Supo que se bailaba cabeza abajo, aun cuando sus pies se asentaran firmemente en el suelo. No era una sensación normal, por lo que experimentó ese instintivo y voraginoso tensar de los músculos que es la reacción ante lo anormal, bien si las cosas se ven o se sienten.

Pero era obvio el motivo de que girase el navío longitudinalmente. Había llegado muy cerca de su destino y estaba anulando la inercia producida por sus motores Lawlor. Justo cuando Bordman se convencía de que el movimiento de giro acababa de terminar, el joven Barnes —el oficial de menor graduación de la nave— entró en la cámara principal y le miró radiante.

—El navío no va a aterrizar, señor —dijo, como quien explica algo a un niño menor de diez años—. Han cambiado las órdenes. Tendrá que bajar a tierra en lancha. Por aquí, señor.

Bordman se encogió de hombros. Era Oficial Decano de inspección Colonial, envejeció en el Servicio y aquel navío de Inspección fue enviado especialmente para arrancarle de su último y aún no terminado trabajo. Era un asunto de la máxima urgencia. Esta nave no tuvo más trabajo durante algunos meses que buscarlo y llevarlo al Cuartel General del Sector, en Canna III, que quedaba bastante cerca. ¡Y aquel mozalbete pretendía darle lecciones!

De mala gana admitió Bordman para sí que no sabía cómo causar impresión. No resultaba buen propagador de su propia importancia. Ni siquiera lograba conseguir el respeto debido a su rango.

El joven oficial aguardaba ahora, activo y alerta. Bordman pensó con malicia que le sería muy fácil cortarle los humos al bisoño Barnes. Pero recordó sus tiempos de joven oficial en un navío de Inspección. Experimentó entonces una suave condescendencia hacia todas las personas, sin reparar en rangos, que no malgastaban sus vidas en los atestados y reducidos habitáculos de una nave patrulla de Inspección. Si el joven teniente Barnes tenía suerte, siempre sentiría de igual modo. Bordman no le envidiaba el engreimiento que convertía para él en privilegio todas las durezas y aburrimientos del Servicio.

Así que siguió dócilmente a Barres cruzando la puerta de la cámara. Agachó la cabeza para no tropezar con el saliente de una de las ranuras de ventilación y esquivó la protuberancia cargada de brillantes válvulas manuales de una columna general de alimentación. Todo esto casi cerraba el paso. Había allí el olor a aceite, pintura y ozono que conservan en sus zonas de trabajo los navíos de Inspección.

—Aquí, señor —dijo Barnes—. Por aquí.

Le tendió el brazo a Bordman para que se apoyase. Bordman lo ignoró. Pasó por encima de un complejo de tuberías pintadas de blanco y llegó por un camino casi despejado a la protuberancia de la sentina que albergaba una de las lanchas.

—Su equipaje, señor —añadió el joven con aire tranquilizador —, se le enviará de inmediato, señor. Con el correo.

Bordman asintió. Avanzó hacia la puerta del sollado. Tuvo que contraerse varias veces para lograr pasar. El navío de Inspección fue construido mucho tiempo atrás y no habían fondos para su remozamiento cuando aparecieron en el mercado aparatos e instalaciones más perfectos. Por esa razón casi todas las naves de Inspección aparecían atestadas de accesorios metálicos.

Un altavoz de la pared dijo súbitamente:

—¡Atención! ¡Sujétense de prisa! ¡Se va a cortar la gravedad!

Bordman se agarró a una tubería próxima y apartó la mano de inmediato —quemaba para asirse a otra cañería y colocar su mano libre debajo. Hizo un poquito de presión. El joven oficial le dijo amable:

—Sujétese rápido, señor. Sí me permite sugerirle.

La gravedad quedó cortada. Bordman hizo una mueca. Hubo un

tiempo en el que estaba acostumbrado a tales cosas, pero esta vez el súbito expeler violento de su aliento le pilló desprevenido. Su diafragma dejó de estar contraído cuando cesó de actuar sobre él la pesadez de los órganos. Quedó un instante sofocado. Luego dijo con llaneza:

—No es fácil que me quede cabeza abajo, teniente. ¡Serví cuatro años como joven suboficial en un navío igual a éste!

No flotó por el aire. Se agarraba a la cañería por dos sitios y aplicó con pericia y aire profesional la presión necesaria, de modo que sus pies permanecieron firmemente Posados en el suelo. La proeza sorprendió al joven Barres, ya que sólo los oficialillos novatos se creen sabedores de los más elementales trucos espaciales.

Barres reconoció abrumado:

—Sí, señor. —Se agarró de la misma manera.

—Incluso sé —afirmó Bordman—, que hay que cortar la gravedad cuando nos acercamos a otro navío con motor Lawlor. Nuestras bobinas gravitatorias estallarían si entrásemos en el campo del otro con nuestro motor parado, o si su campo impulsaba al nuestro hacia el interior.

El joven Barnes parecía incómodo en extremo. Bordman le tuvo lástima. Pero que se chinchase y aprendiera a no pretender dar lecciones a un oficial decano. Por eso Bordman añadió:

—Y también recuerdo que, cuando era oficial novato, traté en una ocasión de enseñar a quitarse los tanques del traje a un Jefe de Sector. ¡Así que no se preocupe!

El joven oficial se sentía embarazado. Un Jefe de Sector estaba tan alto en el escalafón de la organización de Inspección que se suponía que era capaz de machacar sin miramientos y por pura diversión el cráneo de cualquier oficialillo. Si Bordman, siendo un joven suboficial, trató realmente de enseñar a un Jefe de Sector cómo manipular los tanques de su traje... ¡Uf!...

—Gracias, señor —murmuró con torpeza Barnes—. Trataré de no hacer el burro otra vez, señor.

—Me sospecho que... lo volverá a hacer ocasionalmente —dijo Bordman—. ¡Yo lo hice! Pero ¿qué demonios hace aquí otro navío y por qué no vamos a aterrizar?

—Lo ignoro, señor —contestó el joven. Su actitud hacia

Bordman había cambiado diametralmente—. Sé que el Patrón llegó esperando tomar tierra por la rejilla de aterrizajes. Se le dijo que no lo hiciese. Creo que está tan sorprendido como usted, señor.

El altavoz volvió a anunciar con energía:

—¡Atención! ¡Vuelve la gravedad! ¡Vuelve la gravedad!

Y la pesantez retornó. En esta ocasión Bordman estaba alerta y la recibió con indiferencia. Miró al altavoz, pero no salió del cono ningún otro sonido. Hizo un gesto de cabeza al joven.

—Supongo que será mejor que entre en la lancha. ¡De cualquier forma, no hay cambio en las órdenes!

Terminó de arrastrarse por la puerta del estrecho sollado y entró reptando en la lancha de aterrizajes, embarcación diseñada para un navío más moderno y excesivamente inconveniente en un aparato de lanzamiento tan pasado de moda. Barnes le siguió.

Cerró herméticamente, con las ruedas roscadas de seguridad; la escotilla y accionó un interruptor.

—Perdone, señor. Soy yo quien ha de bajarle.

—Preparado para la partida —dijo por el micrófono.

Un dial en el panel de instrumentos destelló, quedándose la aguja a mitad de camino del cero. Pasaron los segundos. Se encendió una luz verde. El joven habló:

—¡Todo hermético!

La aguja saltó un cuarto de su recorrido y empezó a descender despacio. El sollado estaba siendo vaciado de aire. Al poco se encendió otra luz.

—Listos para el lanzamiento —dijo animosamente el joven.

El cierre-precinto del sollado se rompió con un estrépito metálico y ambas mitades de la cubierta de la lancha se retiraron. Aparecieron estrellas. Para Bordman su disposición no era familiar, aunque en todo caso pudo distinguir Seton y el macizo Donis y medio centenar de hitos más, considerando la posición del planeta Canna III, en el que se hallaba el Cuartel General del Sector para esta zona de Inspección Colonial.

La lancha salió de su emplazamiento y el campo gravitatorio del navío terminó tan repentinamente como suele hacerlo esta clase de campos.

La nave de Inspección pareció alejarse flotando, vista desde los ojos de buey de la lancha. Aparentemente había aumentado su

impulsión, porque la pequeña embarcación giró y se sacudió cuando recibió sobre su casco las corrientes arremolinadas de la estela. El navío fue haciéndose más y más pequeño, hasta desvanecerse por completo. La lancha pendió en el vacío, girando despacio. Apareció a la vista el sol Canna. Era muy grande para ser tipo sol y su disco aparecía casi desprovisto de prominencias y chorros flamígeros de gases incandescentes que los soles de tipo viejo muestran. Pero aún así proporcionaba un clima

0-1,

es decir, «óptimo», equivalente al «terrestre», a su planeta de la tercera órbita.

Ese planeta apareció ahora a la vista, a medida que la lancha describía los giros propios de su curso. Era azul. Más del noventa por ciento de su superficie estaba cubierta por el agua y la mayor parte de la tierra firme quedaba por debajo del casquete polar septentrional. Había sido elegido como sede del Cuartel General del Sector por su incapacidad para mantener una gran población, lo que habría reducido la considerable área de aterrizaje necesaria para el aparcamiento y servicios de Inspección.

Bordman lo miró pensativo. La lancha, claro, se hallaba a una distancia aproximada de cinco diámetros planetarios, separación convencional a la que se aproximaba cualquier navío con sus propios motores a todo cuerpo celeste. Bordman podía distinguir con claridad el casquete polar y más allá de éste, el mar azul y la línea del crepúsculo. Había una tempestad ciclónica disipándose ya en el lado nocturno y el borde de otro fenómeno similar con su sistema nuboso asomaba por el ecuador. Bordman buscó el Cuartel General. Estaba en una isla a casi cuarenta y cinco grados de latitud, que debería verse cerca de la superficie del centro del planeta, según flotaba el navío. Pero no pudo distinguirlo. Veía allí la única isla de importancia y no era muy grande.

Nada pasó. Los cohetes de la lancha permanecieron mudos. El joven oficial se sentaba tranquilo, mirando a los instrumentos ante sí. Parecía aguardar a que ocurriese algo.

Una aguja osciló y permaneció marcando apenas una puntita de alfiler de su posición normal. Era un indicador de campo externo. Algún campo, en alguna parte, incluía ahora el espacio por el que flotaba la lancha del navío.

—Hmmm —murmuró Bordman—. ¿Espera órdenes?

—Sí, señor —contestó el joven—. Se me ha dicho que no aterrice excepto bajo instrucciones de tierra, señor. No sé porqué.

Bordman observó:

—Una de las peores reprimendas que recibí en la vida fue en una lancha como ésta. Me hallaba yo esperando órdenes y no llegaron. Me comporté muy al estilo del Servicio: fruncí el hocico y todo lo demás. Pero me estaba metiendo en un grave aprieto cuando se me ocurrió pensar que quizás fuera culpa mía el no recibir órdenes.

El joven oficial miró rápidamente de reojo un instrumento que hasta entonces había ignorado. Luego dijo, con alivio:

—Esta vez no, señor. El comunicador está conectado.

Bordman repuso:

—¿No cree que podrían estar llamándole sin haber abandonado la frecuencia del navío? Ya sabe que estuvieron hablando con él.

—Probaré, señor.

El joven se inclinó hacia adelante y sintonizó la banda de la frecuencia del navío en su comunicador. Diferentes longitudes de onda, como es natural, se empleaban entre un navío y tierra, y el navío y sus propias lanchas. Un sonido atronador apareció al instante. El joven oficial se apresuró a bajar el volumen y las palabras pudieron distinguirse.

—... ¿Qué diablos le pasa? ¡Acuse recibo!

El oficialito tragó saliva. Bordman dijo con cierta ternura:

—Puesto que tiene mayor graduación que usted, diga tan sólo: «Lo siento, señor».

—Lo... lo ssiento, ss señor —repitió Barnes por el micrófono.

—¿Lo siente? —Ladró la voz procedente de tierra—. ¡Llevo cinco minutos llamándole! ¡Haré que su patrón se entere de esto! ¡Haré que...!

Bordman se colocó el micrófono delante.

—Me llamo Bordman —observó—. Espero instrucciones para aterrizar. Mi piloto permaneció a la escucha en la frecuencia de la lancha, que es lo adecuado. Me parece que nos está llamando por un canal impropio. Realmente...

Se produjo un tenso silencio. Luego un balbuceo de excusas por parte del locutor.

Bordman obsequió al joven Barnes con una débil sonrisa.

—Todo va bien. Olvidémonos de eso ahora. ¿Pero quiere dar a mi piloto las instrucciones necesarias?

La voz repuso, con tensa formalidad:

—Descenderá mediante la rejilla de aterrizajes, señor. La toma de tierra con cohetes está prohibida por el propio jefe del Sector, señor. Pero ahora estamos descendiendo a otra lancha, señor. El Oficial Decano Werner se encuentra en bajada, señor. Su lancha está a la distancia de dos diámetros, señor, y tardaremos casi una hora en colocarle en tierra sin causarle demasiadas incomodidades, señor.

—Entonces, aguardaremos —contestó Bordman—. Humm. Vuelva a llamarnos cuando empiece a tratar de pescarnos con el rayo de aterrizajes. Mi piloto ha tenido una idea interesante. Y, por favor, llámenos empleando la frecuencia correcta, ¿eh?

La voz del suelo repuso apenada:

—Sí, señor. Seguro, señor.

El zumbido de la onda transportadora de la comunicación se cortó. El joven Bordman dijo agradecido:

—¡Muchas gracias, señor! ¡En el infierno no hay furia comparable a la de un oficial de rango al que se le pilla cometiendo un error! ¡Me habría hecho retorcer el pescuezo para cubrir su equivocación, señor, y sin duda que mi mal rato hubiera sido de órdago! —Hizo una pausa, para añadir intranquilo—: Pero... le ruego me perdone, señor. No se me ha ocurrido ninguna idea interesante. ¡Por lo menos que yo sepa!

—Pues tiene una hora para que se le ocurra —le dijo Bordman.

En su interior, Bordman estaba asombrado. En poquísimas ocasiones se llamaba al Cuartel General del Sector a algún Oficial Decano. Las distancias interestelares seguían siendo enormes y a lo máximo que se podía llegar era a conseguir velocidades treinta veces superiores a la de la luz, por lo que los Oficiales Decanos solían actuar como autoridades independientes. Convocar a un hombre representaba echar por la borda durante meses su otro trabajo.

Werner tomaría tierra primero. Si existía algo grave en el suelo, Werner se aprovecharía al máximo de llegar en primer término, aun cuando su ventaja fuera de escasas horas. Era una persona hábil en

causar la adecuada impresión. Había ascendido en el Servicio más rápidamente que Bordman. El otro campo Lawlor debió ser el de su nave, quitándose de en medio.

El oficialillo se agitó a su lado.

—Perdone, señor. ¿Qué clase de idea debo elaborar, señor? No creo comprender...

—Resulta bastante molesto tener que permanecer aparcado en caída libre —dijo paciente Bordman—. Y constituye siempre un buen ejercicio revisar las situaciones molestas y ver si pueden mejorarse.

Barnes frunció el entrecejo.

—Podríamos aterrizar mucho más pronto con cohetes, señor. Y aun cuando la rejilla de aterrizajes se extienda para captarnos, tendrán que manipulamos con mucho cuidado para no quebrarnos el cuello, puesto que carecemos de bobinas de gravedad.

Bordman asintió. Barnes pensaba con bastante acierto, pero lo malo es que los jovencitos necesitan mucho tiempo para pensar con acierto. Se ven obligados a obedecer tantas órdenes sin hacer preguntas que desarrollan una tendencia a no hacer nada más. Sin embargo, a cada ascenso aumentaba ligeramente su capacidad para pensar, cosa requerida naturalmente por los altos estamentos. Para alcanzar un rango en verdad alto, el oficial debía ser capaz de pensar, lo que no es sencillamente posible a menos que tenga práctica en hacerlo durante su camino de ascenso.

El joven Barnes alzó los ojos, sobresaltado.

—¡Mire, señor! —dijo sorprendido—. ¡Si tardan una hora en bajar al Oficial Decano Werner desde la distancia de dos diámetros planetarios, necesitarán más tiempo en descendernos a nosotros desde donde estamos!

—Cierto —corroboró Bordman.

—¡Y usted, señor, no querrá malgastar tres horas, después de haber estado aguardando una hora!

—Es verdad —admitió Bordman. Pudo haber dado órdenes, claro. Pero si se espoleaba a un joven oficial para que practicara el arte de pensar, quizás algún día llegaría a ser un buen primer oficial. Y Bordman sabía con desesperación cuán pocos hombres realmente adecuados para el mando existían en la actualidad. Todo cuanto se hiciera por aumentar este número...

El joven Barnes parpadeó.

—¡Pero a la rejilla de aterrizajes no le importa lo lejos que estemos! —dijo con voz reflejando el asombro—. ¡Igual podrían captarnos a diez diámetros que a uno! Una vez cierren sobre nosotros su campo focal, cuando lo muevan nos moverán también.

Bordman tomó a asentir.

—¡Así que para cuando hayan hecho tomar tierra a la otra lancha... oh... yo podría haberme puesto mediante cohetes a un diámetro de distancia, señor! Y entonces podrían captarnos y bajarnos unos cuantos miles de kilómetros tan sólo. Así que tomaríamos tierra sólo media hora después que la otra lancha, en vez de las cuatro que tardaremos si permaneciésemos donde estamos.

—Eso mismo —afirmó Bordman—. Con el costo de pensar un poquito y de algo de combustible. Después de todo, su idea ha sido interesante, teniente. ¿La pondrá en práctica?

El joven Barnes miró de reojo el cinturón de seguridad de Bordman. Accionó la palanca que daba paso al combustible y aguardó conscientemente los pocos segundos necesarios para que las primeras moléculas de combustible fueran enfriadas catalíticamente. Una vez dado el encendido, esas moléculas quedarían calentadas hasta el punto de detonación en los últimos milímetros de su recorrido por el conducto de inyección.

—Fuego, señor —dijo el muchacho con respeto.

Se produjo el curioso sonido de un cohete explotando en el vacío, cuando este sonido sólo queda transportado por el metal que forma las toberas. Hubo la suave sensación de empuje de la aceleración. La pequeña embarcación giró en redondo y quedó apuntada hacia el planeta. El teniente Barnes se inclinó hacia adelante y pulsó el computador de la lancha.

—Espero que me perdone, señor —dijo—. Debió ocurrírseme a mí desde el primer instante. Pero problemas como éste no suelen presentarse con frecuencia, señor. Siempre se nos dice que tengamos por norma seguir los precedentes a falta de órdenes y como si lo fueran.

Bordman habló con sequedad.

—¡Seguro! Pero una razón de la existencia de los oficiales jóvenes es el hecho de que algún día deberán llegar a ser altos jefes.

Barnes meditó. Luego dijo sorprendido:

—Nunca se me ocurrió pensar en eso, señor. Gracias.

Siguió pulsando las teclas del computador, ceñudo. Bordman se relajó en su asiento, quedando mantenido así por la suave aceleración y el cinturón. Carecía de referencias por las que deducir el motivo de su llamada al Cuartel General. En estos días vivía algo al margen de las cosas. Pero allá abajo habría algún problema de cualquier índole. Dos oficiales decanos arrancados de su trabajo. Werner, ahora... Bordman prefería no catalogar a Werner. Sentía antipatía hacia aquel hombre y lo haría con prejuicios. Pero era capaz, por lo menos en lo tocante a los ascensos. Y estaba también él mismo. Se les había llamado a unos cuarteles generales donde no podía descender ningún navío con la rejilla de aterrizajes, ni emplear tampoco cohetes para tomar tierra. La rejilla de aterrizajes podía captar a cualquier nave que estuviera en el espacio a una distancia de diez diámetros planetarios y conducirla hasta el suelo con una suave violencia para depositarla en la superficie como si fuera una pluma. Una rejilla de aterrizajes podía tomar al carguero más pesado, con toda su carga, colocarlo en órbita y bajarlo a ocho gravedades. ¡Pero la que había en aquel planeta ni siquiera podía hacer descender a un ligero navío de Inspección! ¡Y las lanchas de aterrizaje tenían prohibido el descenso con sus cohetes!

Bordman ordenó todas estas ideas en su cerebro. Conocía, claro, aquel planeta. Cuando alcanzó el grado de Mayor permaneció durante seis meses en el Cuartel General aprendiendo los procedimientos y efectuando las prácticas adecuadas a su aumento de autoridad. Había sólo una isla habitable, de trescientos kilómetros de largo y posiblemente unos sesenta y cinco de anchura. Fuera del Ártico no había ningún otro terreno utilizable. La isla ocupada poseía gigantescos y escarpados acantilados en su lado de barlovento, en donde una gran losa rocosa se había fraccionado a lo largo de diversas fallas submarinas y levantado por encima de la superficie. Esos acantilados tenían una altura de más de mil doscientos metros y desde allí la isla descendía en pendiente gradual, muy gradual, hasta que su costa opuesta se deslizaba por debajo de los inquietos mares. El Cuartel General del Sector se instaló allí porque parecía como si los paisanos no quisieran colonizar un mundo tan limitado. Pero habían paisanos, porque

también había Cuartel General. Y ahora cada centímetro del terreno estaba cultivado, y habían riegos, granjas de cultivo intensivo y unos cuantos establecimientos hidropónicos. Sin embargo, el Cuartel General del Sector incluía una vasta zona de reserva en la que poder reunir la flota espacial en caso de necesidad. Los paisanos, densamente agrupados, se sentían amargados a causa de la gran zona sin cultivar que necesitaba la Inspección para almacenaje y uso posible en emergencias. Incluso cuando Bordman estuvo allí, años atrás, existía amargura porque Inspección atosigaba la economía civil que se basó en ella.

Bordman consideró todos estos asuntos y llegó a una conclusión incómoda. Al poco alzó la vista. El planeta aparecía mayor. Mucho mayor.

—Creo que será mejor perder toda esta velocidad hacia el planeta antes de que nos enganchen —observó—. La brigada de la rejilla de aterrizajes quizás encuentre dificultades en enfocarnos tan cerca si estamos en movimiento.

—Sí, señor —contestó el joven oficial.

—Abajo hay alguna especie de feliz infierno —apuntó Bordman—. Parece mala cosa que no permitan que un navío descienda gracias a la rejilla. Peor es que no nos permitan tomar tierra con esta lancha bajo la acción de sus cohetes. —Hizo una pausa—. Dudo que se arriesguen a lanzarnos en vuelo otra vez.

El joven Barres repasó sus cálculos. Parecía satisfecho. Miró de reojo al ahora gigantesco planeta y con pericia ajustó el rumbo de la pequeña embarcación. Luego giró su cabeza alrededor.

—Perdóneme, señor. ¿Dijo usted que quizás no podamos despegar de nuevo?

—Casi predeciría que no —dijo Bordman.

—¿Le importaría... puede usted decir por qué, señor?

—No quieren aterrizajes. Ahí está lo malo. Si no quieren aterrizajes, tampoco querrán lanzamientos. Si se nos envió a buscar a Werner y a mí es porque presumiblemente hacíamos falta. Pero en apariencia hay intranquilidad incluso en nuestro aterrizaje. No nos volverán a lanzar al espacio. Sospecho...

El altavoz sonó con una voz fina:

—Llamando a la lancha desde la rejilla de aterrizajes. ¡Llamando a la lancha desde la rejilla de aterrizajes!

—Adelante —dijo Barnes, mirando intranquilo a Bordman.

—¡Corrijan su rumbo! —ordenó la voz—. ¡Bajo ninguna circunstancia deben aterrizar con cohetes! ¡Es una orden del propio Jefe del Sector! ¡Aléjense! Estaremos prestos a captarles y hacerles tomar tierra dentro de quince minutos. ¡Pero mientras, estense quietos!

—Sí, señor —dijo el joven Barres.

Bordman se hizo cargo del micrófono.

—Al habla Bordman —dijo—. Me gustaría información. ¿Qué dificultades tienen ahí abajo para que no podemos utilizar nuestros cohetes?

—Los cohetes son ruidosos, señor. Incluso los cohetes de una lancha. Tenemos órdenes de eliminar toda la vibración física posible, señor. Pero también se me ha mandado que no dé detalles por el transmisor, señor.

—Corto —dijo Bordman con sequedad.

Apartó el micrófono. Deploraba su propia falta de agresividad. Werner, ahora, hubiese dejado caer el peso de su rango e insistido en que le informaran. Pero Bordman no podía evitar creer que había un motivo para que aquellas órdenes sobrepasaran las suyas propias.

El joven oficial hizo girar la lancha de cabeza a rabo. La sensación de presión contra la espalda de Bordman en su asiento aumentó.

Minutos más tarde el locutor dijo:

—Rejilla a la lancha. Prepárense para la captación.

—Preparados, señor —dijo Barres.

La pequeña embarcación se estremeció y saltó locamente. Giró. Osciló con violencia durante segundos de arco en el vacío. Muy gradualmente las oscilaciones murieron. Hubo una sensación momentánea de débil tirar del peso planetario, que es en cierto modo sutilmente distinta de la sensación de la gravedad artificial. Luego el cosmos se volvió del revés cuando la lancha se vio arrastrada rápidamente hacia el acuoso planeta que quedaba por debajo.

Unos cuantos minutos más tarde, el joven Barres habló:

—Le niego me perdone, señor —dijo con aire excusativo—. Debo ser tonto, señor, pero no se me alcanza la razón del por qué

las vibraciones o ruidos importarán a este planeta. ¿Cómo podrían perjudicarlo?

—Se trata de un planeta oceánico —contestó Bordman—. Quizás hagan que la gente se ahogue.

El joven oficial enrojeció y volvió la cabeza a un lado. Y Bordman reflexionó que los jóvenes siempre se mostraban muy suspicaces. Pero no volvió a hablar. Cuando aterrizaran dentro de la rejilla, con su encaje metálico de casi un kilómetro de altura, Barnes descubriría si tenía razón o no.

Lo descubrió y Bordman estaba en lo cierto. La gente de Canna III estaba ansiosa de evitar vibraciones porque tenía miedo de ahogarse.

Y sus temores parecían bien fundados.

II

Tres horas después de la toma de tierra, Bordman avanzó animoso sobre una roca fangosa y grisácea, con un precipicio de más de mil doscientos metros de profundidad a una veintena de metros de distancia. El borde rasgado del acantilado caía recto en la mayor parte de dos kilómetros, en descenso. Muy abajo, el mar azotaba gentil la base del abismo. Bordman vio una larga, larguísima fila de lanchas moviéndose despacio mar adentro. Remolcaban entre ellas algo que iba de embarcación en embarcación formando una exagerada cadena de curvas. Las lanchas se movían en línea partiendo derechas de los acantilados, remolcando entre todas esa cosa que flotaba curva.

Bordman las miró durante un momento y luego inspeccionó el barro grisáceo sobre el que tenía puestos los pies. Alzó los ojos hacia el interior de la tierra de aquella faja peculiar de fango montañoso. Había un mástil en la roca no muy lejos. Contenía lo que parecía ser una cámara de televisión.

El joven Barres habló:

—Perdóneme, señor. ¿Qué hacen esas lanchas?

—Están echando al mar una porción de mineral aceitoso —dijo Bordman distraído—, remolcándolo en una especie de red flotadora. No hay bastante aceite para calmar las olas y aún éste es lanzado hacia tierra por los vientos. Así que se lo llevan otra vez al mar. Se extenderá y contendrá las aguas. Cada vez, claro, pierden un poco.

—Pero...

—Hay vientos periódicos —aclaró Bordman sin mirar en absoluto hacia el mar—. Soplan siempre en la misma dirección, casi. Barren tres cuartos del planeta y alborotan las aguas con su violencia. Normalmente, las olas que baten contra este acantilado,

aquí mismo, tendrían unos treinta y cinco metros o más de altura. Lanzarían espuma a unos trescientos metros, claro, y una vez, cuando estuve antes aquí, esa espuma superaba la altura del acantilado. Los impactos de las olas son... fuertes. Y en una tempestad, si uno aplica el oído al suelo en la costa de sotavento, se oye como las olas chocan contra estos acantilados. Es por la vibración.

Barnes miró intranquilo al borde del precipicio y a la línea de redes que las lanchas impulsaban océano adentro, dentro de la cual las olas parecían meras ondulaciones separadas casi dos kilómetros. Pero la línea de lanchas tenía una longitud increíble. Por lo menos ocupaba una zona de treinta y cinco kilómetros.

—El aceite contiene a las olas —indicó Barres—. Funciona mejor en aguas profundas, señor, según creo. Los antiguos lo sabían. Echar aceite en las aguas —meditó—. ¡Duro trabajo para impedir las vibraciones! ¿Son realmente tan peligrosas, señor?

Bordman señaló con la cabeza tierra adentro. A unos quinientos metros del borde del acantilado había un farallón peculiar, roto en el suelo. Quizá tuvo unos doce metros de altura antaño. Ahora estaba desmoronado y rajado. Tenía el aspecto de haberse estropeado, allá donde se encontraba, por las vibraciones, o por ceder el terreno. Se veían fallas verticales en sus bordes y masas rotas quedaban detrás. En un lugar, una masa de quizás un cuarto de acre no había seguido al resto y los árboles se inclinaban como ebrios desde su cumbre y en el borde caían hacia el exterior. A todo lo largo de la cima del acantilado de piedra que podían alcanzar los ojos humanos se podía ver esta singular retirada del terreno y de la vegetación a partir del borde del abismo.

Bordman se agachó y cogió un pedazo de barro. Lo frotó entre los dedos. Cedió como arcilla de modelar. Metió un dedo en aquel terreno grasiento y gris. Miró al espeso líquido que salió pegado a su punta y luego la frotó contra la palma de la otra mano. El joven Barnes repitió esta última acción.

—¡Parece jabonoso, señor! —dijo inexpresivo—. ¡Como jabón húmedo!

—Sí —asintió Bordman—. He aquí el primer problema.

Se volvió hacia un soldado del Servicio Terrestre de Inspección y señaló con la cabeza a lo largo de la línea de la costa.

—¿Cuánto han descendido otros lugares?

—En casi todas partes tanto como aquí, señor —dijo el soldado —, unos tres kilómetros y medio arriba y abajo. Hay un sitio en donde todo se mueve a un ritmo regular. Diez centímetros por hora, Señor. Ayer eran siete y medio.

—Hmmm. Volveremos al Cuartel General. ¡Mal asunto!

Marchó chapoteando por el fangoso suelo hacia el vehículo que le había traído. No era un coche terrestre ordinario. En lugar de neumáticos u orugas rodaba sobre rodillos de caucho flácidos, semihinchados, de metro y medio de diámetro. No les afectaría en absoluto la aspereza o el carácter resbaladizo del terreno y si el vehículo caía al abismo, flotaría. Estaba aquel armatoste cubierto bajo una espesa capa de barro gris, procedente de aquella cima del acantilado.

Mientras marchaba, Bordman advirtió el sistema dispositivo de la roca que quedaba bajo del mar. Tenía un contorno curioso, como algo que se hubiese enroscado más que enfriado. Y, de hecho, se creía que se había solidificado despacio, bajo el agua, a tal monstruosa presión que incluso la roca fundida no podía irrumpir en la corriente convertida en vapor. Pero ahora quedaba por encima de las aguas.

Bordman subió al vehículo y Barnes le siguió. Aquel singular transporte dio media vuelta y avanzó hacia la barrera rota del terreno. Sus rodillos flácidos parecían más flotar que sobrepasar los obstáculos. Grandes pellas de polvo más seco los abollaron pero sin desintegrarse. Allí no habían piedras.

Bordman frunció el ceño para sí. El vehículo más o menos flotaba por encima de aquella masa desmoronante de terreno que se había formado de manera inexplicable. En lo alto, las cosas parecían casi normales. Casi. Partiendo del acantilado había una carretera que se alejaba. A primera vista parecía perfecta. Pero se podían advertir rajaduras en su centro en una extensión de cien metros y luego otra rajadura que serpenteaba hasta a un lado y desaparecía. Había un árbol grande, inclinado de manera insólita. A dos kilómetros de la carretera, la superficie se combaba como si algo la empujara irresistiblemente desde abajo. El camión pasó rodando por encima de la hendidura.

Era notable que el movimiento del vehículo fuese tan suave. No

tenía la menor vibración. Pero aún así disminuía la marcha antes de cruzar un lugar en donde los edificios, casas y un par de tiendas se apiñaban a cada lado de la calzada.

Había personas dentro y en torno a las casas, pero no hacían nada en absoluto. Unos cuantos miraron con fijeza al vehículo de Inspección demostrando hostilidad. Otros deliberadamente le dieron la espalda. Se veían vehículos fuera de todo cobijo y preparados para ser utilizados, pero ninguno estaba en movimiento. Todos apuntaban en la dirección por la que había venido el extraño *jeep* en el que viajaban ellos ahora.

El coche continuó su marcha. Al poco, la extraordinaria llanura del terreno se hizo aparente. Era posible ver hasta una distancia casi infinita. El océano aparecía a veinticinco kilómetros como una faja azul más allá del horizonte. La isla era una superficie plana completa, aunque inclinada. No había colina visible por ninguna parte, ni valles, excepto las insignificantes gargantas labradas por la lluvia. Incluso ellas se veían llenas, maldita sea, de tierras producidas por la erosión y ligadas las más profundas al sistema de riegos.

En cierta parte había una fila de árboles bordeando un cruce de aguas. La mitad de esta fila había caído y buena cantidad del resto estaba inclinada. Unos cuantos permanecían erguidos y firmes. Toda la vegetación era perfectamente familiar. La mayor parte de las colonias tienen vegetales, por lo menos, descendientes directos del planeta madre Tierra. Pero esta isla de Canna III había estado por encima del agua quizás no más que tres o cuatro mil años. Breve tiempo para que evolucionase la vegetación local y para que se desarrollara. Cuando Inspección se hizo cargo, allí sólo existían algas marinas, la única variedad que pudo extenderse en forma de telaraña por el suelo que emergía sobre las aguas. Las plantas terrestres acabaron con las algas y todo era verde debido a la mano del hombre.

Pero en el terreno había algo equívoco. Todo aquel lugar de la parte superior del suelo se hinchaba y plantas altas de maíz crecían extravagantemente en direcciones distintas. En otra zona había una brecha estrecha, sin bordes, que recorría la superficie del terreno. Una acequia vertía agua en ella. No estaba llena.

Barnes dijo:

—Perdóneme, señor, ¿pero cómo diablos ocurrió esto?

—Ha habido irrigación —contestó Bordman con paciencia—. El suelo aquí fue antaño el fondo del océano. Solía ser lo que se llama fango globigérgeno. No hay arena ni piedras. Sólo lecho roquizo y antiguamente lodo abisal. Y parte de él, por debajo, ya no es antiguo. Vuelve a ser lodo globigérgeno.

Señaló con la mano el panorama. Una vez había sido escenario considerable de mareas cada palmo cuadrado del terreno, después fue cultivado. Las carreteras tenían anchuras limitadas y las casas aparecían limpias y recortadas. Era, quizás, el panorama más completamente civilizado de la galaxia. Bordman añadió:

—Dijo usted que el género parecía jabón. En cierto modo actúa como jabón. Yace en una roca muy lisa y efectiva, ligeramente inclinada; es como una pastilla de jabón en una hoja de metal a la que damos inclinación y ahí está lo malo. Mientras la pastilla de jabón esté seca en su parte inferior, no se moverá. Aún cuando se le eche agua por arriba, como la de la lluvia, la parte superior quedará húmeda y el agua caerá por los lados, pero el fondo no se humedecerá hasta que todo el jabón quede disuelto. Mientras ese fue el proceso aquí, todo iba bien. Pero han estado regando.

Pasaron por una fila de aseadas casitas enfrentadas a la carretera. Una se había desmoronado por completo. Las otras parecían del todo normales. El vehículo sobre neumáticos gigantes deshinchados continuó su marcha.

Bordman dijo, ceñudo:

—Querían que el agua penetrase en el suelo, tomaron sus disposiciones. Una poca no hizo el menor daño. Las plantas al crecer la absorbieron. Un árbol evapora varios millones de litros al día siempre y cuando hayan buenos vientos. Se produjeron unos cuantos desprendimientos de tierra en los pasados primeros tiempos, especialmente al abatirse tormentas sobre los acantilados, pero en total el suelo estaba más finamente sujeto cuando se iniciaron los cultivos que lo estuviera antes de la llegada de los colonos.

—¿Pero el riego? El mar no es potable, ¿verdad?

—Centrales para potabilizar el agua —dijo Bordman con sequedad—. Sistemas de intercambio de iones; los instalaron y obtuvieron toda el agua potable que necesitaron. Y necesitaron

mucha. Cavaron muy profundo para que el agua penetrase. Pusieron diques en las corrientes de agua. Lo que significaba perforar agujeros en esa pastilla de jabón que utilicé como ejemplo hace un momento. El agua llegó hasta el fondo. ¿Qué ocurrirá, pues?

Barnes contestó:

—Pues que el fondo se mojará... y el jabón resbalará... ¡Como si estuviese engrasado!

—Engrasado no —corrigió Bordman—. Enjabonado. El jabón es viscoso. Eso es diferente y también una afortunada diferencia. La menor vibración fomentaría el movimiento. Y eso ocurre. Así que la población ahora camina como sobre huevos. Mucho peor. Camina sobre el equivalente de una pastilla de jabón que se humedece más y más en el fondo. Ya empieza a deslizarse, como lo haría cualquier sustancia viscosa, de mala gana. Pero a pesar del aceitado que emplean para mantener el lugar sin sacudidas de las olas, el mar sigue martilleando un poco. Todavía e producen vibraciones en el lecho viscoso. Así que se efectúa un deslizamiento, suave, lento, gradual.

—Y se imaginan —comentó Barnes—, que captar a un navío con la rejilla de aterrizaje podría ser como un terremoto. —Se cortó en seco—. Un terremoto...

—No hay mucho vulcanismo en este planeta —le dijo Bordman — Pero, claro, ocasionalmente se producen movimientos tectónicos. Ellos construyeron esta isla.

Barnes habló intranquilo:

—No creo, señor, que si viviese aquí podría dormir, bien.

—Vive, de momento. Pero a su edad es fácil dormir bien.

El singular camión tomó una curva de la carretera. La alzada era muy uniforme y el movimiento del vehículo al recorrerla infinitamente suave. Su falta de vibración explicaba por qué se le permitía circular cuando todos los demás vehículos debían estar parados. Pero Bordman reflexionó intranquilo que esto no explicaba las órdenes del Jefe del Sector prohibiendo el aterrizaje en cohetes de un navío, y menos de una lancha. Era cierto que la superficie viviente de la isla descansaba en una losa enorme de piedra inclinada y que si el fondo quedaba lo bastante húmedo podría deslizarse hasta caer al mar. Ya se había movido. Por lo menos un

lugar se movía a la velocidad de diez centímetros por hora. Pero eso era flujo viscoso. Se vería acelerado por la vibración y, con toda seguridad, era preciso disminuir el martillear de los mares en el acantilado de barlovento por los medios posibles.

Pero no significaba que el sonido de un cohete de aterrizaje fuera desastroso, ni la tensión de una rejilla de aterrizajes mientras colocaba a un navío espacial en órbita y lo atraía al suelo, lo que indudablemente no era obligatorio que produjese un corrimiento de tierras. Había alguna cosa más, aunque la situación de la población civil de la isla ya era bastante grave. Si comenzaba cualquier movimiento masivo en realidad del viscoso terreno, de cualquier otra índole, en una parte considerable de la superficie isleña, si ésta se movía, todo de seguro desaparecería. Los supervivientes se podrían contar en pocas docenas.

La alta pared de tierra apisonada de la zona de reserva del Cuartel General se cernía por delante. El Cuartel General del Sector se estableció aquí en donde no habían otros habitantes, los hierbajos fueron exterminados y se plantaron árboles mientras los edificios de Inspección se estaban construyendo. El Cuartel General, de hecho, se edificó en un planeta deshabitado. Pero los colonos siguieron la estela del personal de Inspección. Esposas e hijos y luego tenderos y agricultores, y después técnicos civiles y últimamente hasta políticos, llegaron al crecer la población no perteneciente al Servicio. Ahora el Cuartel General del Sector sufría la antipatía general porque ocupaba una cuarta parte de la isla. Conservaba demasiada proporción del terreno útil de superficie fuera de uso civil. Y la isla estaba desesperadamente superpoblada.

Pero también parecía condenada a morir.

Mientras el vehículo avanzaba en silencio hacia el Cuartel General, una porción de cien metros del muro se desplomó. Hubo una nube de polvo y el estrépito de la caída. El conductor del camión se quedó blanco. Un paisano junto a la carretera, frente al muro, alzó los brazos y permaneció esperando como si fuera a producirse un ceder del terreno a sus pies, arrastrándole suave e intencionadamente hacia el lejano mar. Una señal de tráfico, a unos veinte metros de la puerta de entrada, se inclinó despacio. Al alcanzar los cuarenta y cinco grados paró y permaneció inmóvil. A cincuenta metros de la puerta surgió una nueva grieta cruzando la

calzada.

Pero no pasó nada más. Nada. Y, sin embargo, nadie podía estar seguro de no haberse sobrepasado algún punto crítico de modo que, de ahora en adelante, hubiese un aumento gradual en el deslizarse del suelo hacia el océano.

Barnes contuvo el aliento.

—Eso me hace sentir... muy raro —dijo intranquilo—. ¡Una sacudida como de ese muro al desplomarse podría tirarlo todo!

Bordman no contestó. Se le había ocurrido que no había irrigación en la zona de Inspección. Frunció el ceño pensativo, preocupado, mientras el vehículo penetraba por las verjas del Cuartel General y marchaba rodando por el sendero serpenteante de lo que parecía ser un parque circundando a la zona.

Se detuvo ante el edificio que era el puesto de mando del Jefe del Sector, dentro del Cuartel General. Un gran perro pardo dormitaba pacífico en el rellano de plástico en la parte superior de media docena de escalones. Cuando Bordman ascendió por la escalinata, seguido de Barnes, el perro se levantó con una especie de hogareña cortesía para hacerle los honores. Bordman dijo:

—Bonito perro éste.

Entró. El perro les siguió. El interior del edificio estaba vacío y existía allí una especie de silencio resonante hasta que en alguna parte un telescritor comenzó a tictaquear.

—Venga —dijo Bordman—. El despacho del Jefe del Sector está por aquí.

El joven Barnes le siguió.

—Parece raro que no haya nadie —dijo—. Ni secretarios, ni centinelas. Nadie en absoluto.

—¿Y para qué? —preguntó Bordman sorprendido—. Los centinelas en la puerta impiden el paso a los paisanos. Y nadie en el Servicio molestaría al Jefe sin motivo. ¡Por lo menos no más de una vez!

Pero cruzando el suelo brillante y vacío había una siniestra grieta.

Descendieron por un pasillo. Sonaron voces y Bordman siguió su rastro, con las patas del perro sonando casi metálicas en el suelo a sus espaldas. Marcharon hasta una sala espaciosa, de una comodidad indescriptible, con altos ventanales, en realidad,

puertas... que daban acceso a los verdes céspedes exteriores. El Jefe del Sector, Sandringham, se arrellanó en su silla, fumando. Werner, el otro Oficial Decano convocado, se sentaba muy rígido frente a él, en un sillón. Sandringham agitó una mano en gesto de saludo a Bordman.

—¿Tan pronto ha vuelto? ¡De todos modos va usted por delante del plan previsto! Aquí está Werner, que ha regresado de echar un vistazo a la situación del almacenamiento de combustible.

Bordman, de pronto, pareció como si estuviera sobresaltado. Pero asintió y Werner trató de sonreír, aunque sin conseguirlo. Estaba completamente pálido.

—El piloto de la lancha que me trajo a tierra —dijo Bordman—. Su nombre es el teniente Barnes. Un oficial joven muy prometedor. Me ahorrró tiempo en el aterrizaje. Teniente, éste es el Jefe del Sector Sandringham y este otro el señor Werner.

—Siéntese, Bordman —gruñó el Jefe—. Usted también, teniente. ¿Qué tal van las cosas en el acantilado, Bordman?

—Sospecho que lo sabe usted tan bien como yo —contestó Bordman—. Creí ver una cámara de televisión plantada, allí arriba.

—Cierto. Pero no hay nada como la inspección ocular. Ahora que ha vuelto, ¿qué le parece?

—Inadecuado —contestó Bordman—. Inadecuado para explicar alguna cosa en que me fijé. Pero la situación es muy mala. El grado de la gravedad depende de la viscosidad del lodo en el lecho roquizo de toda la isla. El lodo que se quedó atrás es como jabonoso. ¡Parece la cosa muy mala! ¿Pero cuál es la viscosidad del lecho roquizo con el terreno gravitando sobre él? Espero que sea bastante más seco en dicho fondo.

Sandringham gruñó:

—Buena pregunta. Envié por usted, Bordman, cuando la cosa empezó a aparecer mal, antes de que el terreno en realidad comenzara a deslizarse. Entonces creí que aún había tiempo. La media de viscosidad está muy cerca de la proporción de tres decenas a dieciséis. Lo que nos da muy poco respiro. Poco. No lo bastante.

—¡No el suficiente! —exclamó Bordman con impaciencia—. ¡Hace mucho tiempo que debió impedirse la irrigación!

El Jefe del Sector hizo una mueca.

—No tengo autoridad en los paisanos. Poseen su propio gobierno planetario. ¿No se acuerda? —citó—: «Los establecimientos civiles y gobiernos pueden ser aconsejados por los oficiales de Inspección Colonial e incluso se les puede hacer peticiones y requisas, pero en cada caso tal consejo o requisa tiene que ser considerado por sus propios méritos solamente, y en ninguna circunstancia puede ser sujeto de un acuerdo quid-pro-quo» —añadió ceñudo—: Eso significa que no se les puede amenazar. ¡Me lo han echado en cara cada vez que les pedí que disminuyeran la irrigación en los pasados quince años! Les aconsejé que no irrigasen en absoluto y no quisieron comprenderlo Hacerlo así disminuiría el suministro de alimentos y necesitaban más comida. Así que continuaron. ¡Construyeron dos centrales nuevas de potabilización del agua del mar, durante el año pasado!

Werner se humedeció los labios. Dijo con la voz de tona alto que tanto recordaba Bordman:

—¡Lo que sucede se lo merecen! ¡Se lo merecen y bien!

Bordman aguardaba.

—Ahora —continuó Sandringham—, exigen que se les permita entrar dentro del Cuartel General del Sector, en bien de su seguridad. Afirman que nosotros no hemos irrigado, así que no es probable que el terreno que ocupamos sufra deslizamientos. Exigen que les admitamos a todos aquí dentro para instalarse tranquilos hasta que el resto de la isla se precipite en el mar o no lo haga. Sí no lo hace, querrán esperar hasta que el suelo se estabilice otra vez lo bastante por haber dejado de irrigar.

—¡Se lo merecerían... se merecerían que no les dejásemos entrar! —exclamó Werner con viva cólera—. ¡La culpa de que no haya estabilidad es suya!

Sandringham agitó la mano.

—Mi misión no es administrar justicia abstracta. Me imagino que eso corresponde a personas más competentes. Yo he de enfrentarme meramente a la situación objetiva. ¡Lo que ya es mucho! Bordman, usted ha resuelto situaciones de pantanos planetarios. ¿Qué se puede hacer para detener el deslizamiento del suelo de la isla antes de que todo el terreno se precipite en el mar?

—En realidad, no mucho —contestó Bordman—. Deme tiempo e intentaré algo... Pero, en realidad, una mala tormenta, con el mar

azotando y lluvia en abundancia, barrería a toda la colonia civilizada. Esa cifra de viscosidad se acerca a lo desesperada, aunque no llega del todo.

El Jefe del Sector pareció impasible.

—¿Cuánto tiempo tenemos, Werner?

—¡Ninguno! —gritó Werner—. ¡Lo único factible es trasladar la mayor cantidad de personas que se pueda a las tierras firmes del Ártico! ¡Se pueden atestar las lanchas... la situación lo exige! ¡Y si se envía a los navíos espaciales en órbita a recoger una flota y se trasladan a las personas de inmediato, cuantas más mejor, quizás hayan supervivientes!

Bordman extendió las manos.

—Le pregunto cuál es realmente el problema grave —observó—. ¡Hay algo más que el asunto del deslizamiento de tierras! De otro modo usted, y estoy seguro de que el teniente Barnes ya lo ha pensado, habría permitido a la población civil entrar en el Cuartel General para instalarse a esperar mejores tiempos.

Sandringham miró al joven Barnes, que se ruborizó de pies a cabeza, al notarse observado.

—Seguro que tiene usted buenos motivos, señor —dijo, con embarazo.

—Tengo varios —contestó con sequedad el Jefe del Sector—. Uno de ellos: mientras nos neguemos a dejarlos entrar permanecerán tranquilos. No se pueden imaginar que les dejásemos ahogarse. Pero si les invitáramos a instalarse aquí cundiría el pánico y lucharían entre sí por ser los primeros en entrar. ¡Ahí fuera habría una matanza en gran escala! ¡Estarían convencidos de que el desastre era inminente, cosa de pocos segundos! ¡Y lo sería!

Hizo una pausa y miró uno a uno a los dos oficiales decanos.

—Cuando envié por usted —dijo—, pensaba que se podría hacer cargo de un posible deslizamiento, Bordman. También creí que Werner, aquí presente, haría un trabajo de relaciones públicas evitando lo bastante el susto de los paisanos para que el trabajo se realizase. ¡Ahora no es tan sencillo!

Aspiró una profunda bocanada de aire.

—Por casualidad esto es un Cuartel General del Sector. O quizás sea obra de la Providencia. ¡Eso lo averiguaremos más tarde! Pero hace diez días se descubrió que un aparato se había equivocado en

la zona de almacenaje de los navíos. No registró la filtración de un tanque. Y ese tanque tuvo filtración. Ya saben ustedes que el combustible de las naves es inofensivo cuando está refrigerado. Ya saben lo que ocurre cuando no lo está y además queda disuelto en la humedad del suelo. No sólo quedó catalizado hasta condiciones precisas, sino que resulta infernalmente corrosivo y causa agujeros en los demás tanques... ¿se imaginan que se puede intentar hacer algo al respecto?

Bordman experimentó una sensación de incrédula sorpresa. Werner se retorció las manos.

—¡Si pudiese echar la mano encima al individuo que construyó ese tanque defectuoso! —dijo con voz espesa—. ¡Nos ha matado a todos! ¡A menos que consigamos llegar a terreno firme en el Ártico!

El Jefe de Sector dijo:

—Por eso no quiero dejarles entrar, Bordman. Nuestros tanques de almacenaje descienden hasta el lecho rocoso. El combustible filtrado, recalentado ahora, se vierte a lo largo de ese lecho rocoso y se come a los demás tanques, además de ser absorbido generosamente por el suelo y disuelto en la tierra acuosa. Hemos evacuado a todo el personal de la zona más afectada por la filtración.

Bordman sintió un escalofrío en la columna vertebral.

—Sospecho —murmuró—, que debieron salir de puntillas, conteniendo el aliento y que habrán tenido el máximo cuidado de que no se les cayese nada ni arrastrar siquiera las sillas cuando tuvieran que levantarse. ¡Yo lo habría hecho! Cualquier cosa puede producir la catástrofe. ¡Pero es preciso ir a alguna parte! ¡Claro! ¡Ahora comprendo por qué no podíamos aterrizar con cohetes!

El escalofrío parecía repetirse a medida que comprendía mejor la situación. Cuando el combustible de un navío se refrigera durante su fabricación, es una sustancia tan inofensiva como pueda imaginarse, mientras se la mantenga refrigerada. Se trata de un compuesto químico energético de átomos unidos con eslabones forjados violentamente. Pero enormes cantidades de energía se necesitan para quebrantar las valencias en esos átomos no dispuestos a perder su cohesión. Cuando el combustible de un navío se calienta, o es catalizado, da un paso más allá del proceso de su fabricación. Recibe las modificaciones que impidió la refrigeración.

Cambia su estructura molecular. Lo que era estable, porque estaba frío, se convierte en algo históricamente inestable a causa de esta nueva estructura. El roce de una pluma puede detonarlo. Un grito lo puede hacer estallar. Es, en verdad, ardiendo molécula a molécula y en los motores de un navío, catalizado hasta adquirir estado inestable, lo que produce la impulsión, al detonar cada una de estas moléculas de manera aislada. Y puesto que la energía emitida por la explosión es la de los lazos forzados, la energía contenida en el combustible de una nave es mucho mayor que la que puede contener un compuesto meramente químico. El combustible de esta clase posee una fracción del poder de una explosión atómica. Pero es mucho más práctico para utilizarlo a bordo.

La cuestión ahora, claro, era que filtrado en el suelo y recalentado, prácticamente cualquier movimiento vibratorio lo haría detonar. Aún disuelto podía estallar porque no es químico, sino una acción de emisión de energía.

—Un buen golpeteo, el de la lluvia, por ejemplo —dijo Sandringham—, que suele caer en este extremo de la isla, indudablemente dispararía centenares de toneladas de combustible de navío infiltrado. Y ese debería desparramarse, catalizarse y detonar al resto. La explosión tendría un equivalente de, por lo menos, una bomba de fusión de un megatón. —Hizo una pausa y no sin ironía—. Linda está la cosa, ¿verdad? Si los paisanos no hubiesen irrigado, tendríamos que evacuar el Cuartel General también y dejarlo estallar como lo haría cualquier persona. Si el combustible no se hubiese filtrado, podríamos dejar que entrasen los paisanos hasta que el suelo de la isla se decida en un sentido u otro. De todos modos, la situación sería terrible, pero la combinación...

Werner intervino con agudeza:

—¡La única solución es evacuación al Ártico! ¡Podrían salvarse algunas personas! ¡Pocas! Me llevaré un bote y equipo y me adelantaré para preparar alguna especie de refugio...

Hubo un silencio mortal. El perro pardo que había seguido a Bordman desde la entrada bostezó sonoramente. Bordman extendió el brazo y, distraído, le rascó las orejas. El joven Barnes tragó saliva.

—Le ruego perdón, señor —dijo—. ¿Cuál es la predicción

meteorológica?

—Buen tiempo continuado —contestó con placidez Sandringham - Por eso dejé que Bordman y Werner bajasen. Tres cerebros son mejor que uno. A causa de su inteligencia he hecho que se jueguen la vida.

Bordman continuó rascando las orejas del perro. Werner se humedeció los labios. El joven Barnes miró a una y a otro. Luego volvió a contemplar el Jefe del Sector.

—Señor —dijo—, creo... creo que los nombramientos son muy buenos. ¡El señor Bordman, señor, lo conseguirá!

Luego enrojeció hasta ponerse grana por su propia presunción en decir algo consolador a un Jefe de Sector. Eso era comparable a enseñarle a quitarse los tanques de aire de su traje espacial.

Pero el Jefe del Sector asintió en un gesto serio y se volvió a Bordman para oír lo que tenía que decir.

III

El lado de sotavento de la isla se hundía suavemente en el agua. Desde una lancha en el mar, digamos a unos tres o cuatro kilómetros de distancia, la costa parecía baja, lejana y pacífica. Habían casas a la vista y otras embarcaciones. Pero eran mucho más pequeñas que las que habían estado remolcando una mancha de aceite mar adentro en unos treinta y cinco kilómetros de longitud. Estas barcas no iban y venían. La mayor parte de ellas parecía anclada. En algunas se veía actividad. Los hombres se lanzaban por la borda, sin salpicaduras y subían cosas del fondo del océano y las dejaban caer dentro de los cascos. A largos intervalos los hombres salían de debajo del agua y se sentaban en los costados de las lanchas y fumaban con cierto placer.

El sol brillaba y la tierra era verde y una apariencia de enorme tranquilidad pendía por todo el panorama marítimo. Pero el pequeño barco de recreo del personal de Inspección avanzaba hacia la playa y el aspecto de las cosas cambió. Apenas a dos kilómetros, una masa de verde, que parecían ser árboles creciendo hasta el borde del agua, se convirtió en una masa de troncos tumbados y de ramas quebradas en donde el matorral, el seto, el principio del bosque, se había desplomado. A un kilómetro el agua era opaca. Habían cosas flotando en ella: el tejado de una casa, las hojas de algún macizo floral, con casi las raíces mostrándose en superficie, limpias, lavadas. El juguete de un niño flotó más allá de la lancha. Daba una sensación terriblemente patética. Había planos exóticos y ángulos de tres tramos de escalera, flotando en las olitas del gran océano.

—Ignorando la inminente explosión del combustible almacenado —dijo Bordman—, necesitamos descubrir algo de lo que ha de

hacerse en el terreno para impedir su deslizamiento. Espero que se acuerde usted, teniente, de hacer una gran cantidad de preguntas inútiles.

—Sí, señor —dijo Barnes—. Ya lo intenté. Pregunté todo lo que uno pueda imaginarse.

—¿Aquellas lanchas de allá?

Bordman señaló una embarcación desde la que algo como un cesto de alambre caía al agua, mientras la estaban mirando.

—Una lancha de jardín, señor —dijo Barnes - En este lado de la isla la inclinación del mar es tan gradual que hay jardines marinos al alcance de la mano. Peces de colores de la Tierra no existen, señor, pero hay plantas marinas comestibles. Los jardineros las cultivan como se hace en tierra firme.

Bordman se inclinó por la borda y, con cuidado, tomó su vigésima muestra de agua marina. Entrecerró los ojos y calculó la distancia a la playa.

—Trataré de imaginarme a alguien llevando equipo de buceador y una azada —dijo con sequedad—. ¿Qué profundidad hay aquí?

—Estamos a un kilómetro de la costa, señor —contestó Barnes—. Habrán unos veinte metros. El fondo parece presentar una pendiente del tres por cien, señor. Ese es el ángulo de reposo del lodo. No hay arena para hacer posible una pendiente mayor.

—¡El tres por cien no está mal!

Bordman pareció complacido. Cogió una de sus primeras muestras y la agitó, comprobando el ángulo en que el sedimento se posaba. El barro del fondo, aquí, era esencialmente el mismo que el del suelo terrestre. Pero el suelo terrestre estaba corriendo definitivamente. En el agua marina, con toda evidencia se hundía a causa de la salobridad, que hacía más difícil la suspensión.

—¿Ve usted el punto, eh? —preguntó. Cuando Barnes sacudió la cabeza, Bordman explicó—: Probablemente a causa de mis pecados he tenido que trabajar muchísimo con planetas pantanosos; el lodo de un planeta pantanoso salobre es del todo distinto al del pantano de agua dulce. La dificultad esencial con la gente de la costa es que por su irrigación han convertido a la isla en un amplio pantano, que está del revés; es decir, el pantano en el fondo. La cuestión es ahora, ¿puede adquirir las propiedades de un pantano de agua salada en lugar de agua potable, sin matar a toda la vegetación de la

superficie? Por eso recojo estas muestras. Cuando desembarquemos, a medida que nos acerquemos a la playa, el agua será más potable, en una costa poco honda como ésta, que tiene su drenaje en nuestra misma dirección.

Hizo un gesto al soldado de Inspección que estaba en la popa de la lancha.

—Acérquese más, por favor.

Barnes intervino:

—Señor, está prohibido que las motoras se acerquen más a la costa. Las vibraciones...

Bordman se encogió de hombros.

—Obedeceremos la orden. Probablemente ya tengo bastantes muestras. ¿Hasta qué distancia llegan las llanuras de barro, en superficie?

—A unos doscientos metros, señor. El barro tiene casi la consistencia de una crema espesa. Puede usted ver dónde terminan las olitas, señor.

Bordman miró. Apartó los ojos.

—Ejem... señor —dijo Barnes con aire infeliz—. ¿Puedo preguntar?

Bordman le contestó con sequedad:

—Puede. Pero la respuesta es pura teoría. Esta información no servirá de nada bueno a menos que el problema con el que nos enfrentamos quede resuelto. Sin embargo, resolver el resto del problema tampoco servirá si esta parte permanece sin solución. ¿Comprende?

—Sí, señor. Pero las otras partes parecen más urgentes.

Bordman se encogió de hombros.

Oyó un grito desde una lancha cercana, los hombres señalaban a la costa. Bordman miró en aquella dirección.

Una sección, en apariencia sólida, se movió lentamente hacia el agua. Su frente principal pareció desintegrarse y una lenta ola dominó a las olitas insignificantes del mar en la costa, en donde los bancos de barro como crema espesa llegaban hasta la superficie.

La masa movable tendría un kilómetro de anchura. Su borde externo se disolvió en el mar y la parte superior osciló y la vegetación verde se inclinó a sotavento y se hundió en el agua. Notablemente se parecía al modo en el que un lingote de metal

férreo se desliza en el charco hecho por su propia fusión.

Pero lo que siguió fue en cierto modo horripilante. Cuando todo el suelo que se desmoronaba quedó disuelto y la hierba ondulaba como un prado flotante en el agua, quedó una brecha quebrada y poco honda en la ribera. Habían allí irregularidades: estrías verticales y desigualdad en el suelo abierto y roto.

Bordman tomó los anteojos y se puso a mirar por ellos. La costa pareció saltar hacia él. Vio las duras líneas del contorno de aquel acantilado temporal ablandarse. El fondo dejó de parecer como de tierra. Brillaba. Se movía hacia afuera en masas que se redondeaban cada vez más al hundirse. Fluyeron después tras el material caído, ahora ya desaparecido, penetrando en el agua. La parte superior del suelo quedó de pronto recortada. El material más húmedo de debajo se escabulló, dejando un borde que cortaba esmeradamente cuidados matojos de flores - Bordman pudo ver manchas de color en donde estaban los capullos y una casa brillantemente coloreada, pequeña, aseada, en la que había vivido alguna familia.

El deslizarse del suelo más profundo produjo una hondonada mayor y más cavernosa por debajo de la superficie. Comenzó a desplomarse. La casa osciló, cayó, se destrozó. Más terreno se precipitó, y más, y más.

Al poco hubo una depresión, una especie de valle que conducía tierra adentro, alejándose del mar, en lo que había sido como un terraplén verde en el borde del agua. Seguía siendo verde, pero a través de los anteojos, Bordman pudo ver que los árboles habían caído y que una cerca pintada de blanco estaba hecha astillas y, sin embargo, había allí algo de movimiento.

El movimiento disminuyó y disminuyó, pero no fue posible decir cuando cesó totalmente. En realidad, no cesó. El suelo de la isla seguía manando dentro del océano.

Barnes emitió un suspiro profundo.

—Creí que era eso, señor —dijo tembloroso—. Quiero decir... que toda la isla comenzaba a deslizarse.

—El suelo ahí abajo está algo más empapado por el agua —anunció Bordman—. En el interior, el fondo del terreno no es casi tan fluido como aquí. ¡Pero me sabría muy mal que cayese ahora una fuerte lluvia!

La mente de Barnes volvía sobresaltada al despacho del Jefe del

Sector.

—El tamborilear del agua haría estallar el combustible de los navíos, ¿verdad?

—Entre otras cosas, sí —contestó Bordman. Luego dijo bruscamente—: ¿Está usted muy fuerte en medidas de precisión? Yo he estado trasteando en planetas pantanosos. Conozco quizá mucho acerca de lo que debo encontrar, lo que no sirve de ayuda a la exactitud. ¿Puede llevarse esas botellas y medir la velocidad de sedimentación y calcular su reacción ante la salinidad?

—Sí... sí, señor. Lo intentaré.

—Si resulta que el suelo es bastante carburante —dijo Bordman —, podríamos manejar este maldito pantano al revés que los paisanos han hecho aquí con tanto cuidado. ¡Pero no lo tenemos! ¡El agua del mar potabilizada con la que han estado irrigando corre prácticamente libre como si fuese mineral! Quiero saber cuanto mineral contenido en el agua contendría al barro pantanoso impidiéndole actuar como jabón húmedo. Es del todo posible que tengamos que hacer el suelo demasiado salinoso para que se produzcan cultivos con el fin de afirmarlo. ¡Pero quiero saberlo!

Barnes habló incómodo.

—¿No querrá usted... no querrá o pretenderá colocar los minerales en el agua de irrigación para que descendan hasta el pantano?

—¡Es usted toda una promesa, Barnes! Sí. Eso mismo, y así aumentaría el coeficiente de deslizamiento antes de detenerlo. Lo que podría constituir otro problema. Pero ha sido bueno que se le ocurriese. Cuando volvamos al Cuartel General, le pondré al frente de un laboratorio, y haré que me tome todas esas medidas.

—Sí, señor —murmuró Barnes.

—Emprendamos ahora el regreso —dijo Bordman.

La lancha de recreo giró obedientemente. Se adentró en el mar hasta que el agua que flotaba junto a su casco era clara como el cristal. Bordman pareció relajarse. Por el camino se cruzaron con embarcaciones más pequeñas. Muchas eran lanchas de jardineros desde las que los hombres se zambullían con equipo de buceo para cuidar o cosechar los retazos de huerto cultivado, no demasiado profundos; pero muchas también eran embarcaciones de placer, naves de doble casco, diseñadas puramente para el deporte, para la

holganza, pequeños cruceros con cabina que podían aventurarse mar adentro, o dar la vuelta hasta el lado de barlovento de la isla, para la pesca deportiva. Todas las naves de placer estaban atestadas... de ordinario se veían llenas de niños... y se advertía que en cada una existían siempre rostros vueltos hacia la costa.

—Eso es muestra de la tensión emocional —dijo Bordman—. La gente conoce el peligro. Por tal razón han metido a sus hijos y a sus esposas en las pequeñas embarcaciones, para tratar de salvarlos. Esperan aquí, lejos de la costa, descubrir si están condenados a muerte. Yo no sabría qué decir... —Señaló con la cabeza una lancha de casco gemelo y de delicado diseño con más niños que adultos a bordo—. ¡Yo no sabría decir si eso es un buen sustituto para el Arca!

El joven Barnes se agitó inquieto. La lancha volvió a girar, y marchó paralela a la costa, hacia donde el muelle del Cuartel General se adentraba en el mar. Aquí el terreno era más firme. No había habido irrigación. La infiltración lateral había perjudicado algo los bordes de la reserva, pero la mayor parte de la costa no estaba quebrada, permanecía siendo terreno sólido e inmutable, cerniéndose sobre la playa. No había, claro, arena en el borde del agua. Cuando esta isla emergió, la capa que la cubría de barro endurecido protegió la piedra, las olas de sotavento meramente se limitaron a desnudar la roca contraída. El muelle para embarcaciones de placer se extendía sobre el agua bastante adentro del mar sobre columnas metálicas.

—Perdóneme, señor —dijo el joven Barnes—, pero... si estalla el combustible, la cosa será muy mala, ¿verdad?

—Esa es la afirmación del siglo —comentó Bordman—. Sí. Lo será. ¿Por qué?

—Tiene usted algo en mente para intentar salvar el resto de la isla. Nadie más parece saber qué hacer. Si... si me permite decirlo, señor, su seguridad es muy importante. Y usted podría trabajar en los acantilados y yo... podría quedarme en el Cuartel General y...

Se interrumpió, abrumado por su propia presunción al sugerir que podría sustituir a un Oficial Decano aún cuando sólo fuera para hacer de chico de los recados. Y menos si se trataba de algo conveniente o de cuestiones de seguridad. Empezó a balbucear:

—Quiero... quiero decir, señor, no es que... sea capaz de...

—Basta de tartamudeos —gruñó Bordman—. No son dos problemas diferentes. Es uno, compuesto por dos ramales. Me quedaré en el Cuartel General, para tratar de encontrar algo que solucione el aspecto del combustible de navío y Werner se especializará en el resto de la isla, ya que no se le ha ocurrido nada excepto trasladar a la gente al casquete polar. ¡Y la situación no es tan desesperada! Si se producen un terremoto o una tempestad, claro, quedaremos barridos. Pero excepto el hecho de que se produzca una de esas calamidades, se puede salvar parte de la isla. Todavía no sé mucho, pero sí algo. Usted tomará esas medidas. Si tiene dudas, haga que algún técnico del Cuartel General las repita. Después me proporcionan ambos cálculos.

—Sí..., sí, señor —contestó el joven Barnes.

—Y —dijo Bordman—, no trate nunca de colocar en puesto seguro a un oficial de rango superior, aunque voluntariamente desee usted correr el riesgo que él correría. ¿Le gustaría que un subordinado suyo tratase de ponerle a salvo, mientras él sufría el peligro que le correspondía a usted?

—¡No... no, señor! —admitió el jovencísimo teniente—. Pero...

—¡Haga esas medidas! —saltó Bordman.

La lancha llegó al muelle. Bordman desembarcó y marchó al despacho de Sandringham.

Sandringham estaba en el acto de escuchar a alguien por la pantalla televisora, alguien que aparentemente estaba al borde de la histeria. El perro pardo se encontraba tumbado y dormido en la alfombra.

Cuando el hombre de la pantalla visora jadeó y dejó de hablar, Sandringham contestó tranquilo:

—Se me ha asegurado de que antes de que el suelo de la isla haya desaparecido en cantidad considerable se aplicarán las medidas ahora en preparación para conseguir los resultados apetecidos. Un Oficial Decano de Inspección está ahora preparando estos remedios. Es... ejem... un especialista en problemas de esta exacta naturaleza.

—¡Pero no podemos esperar! —jadeó con fiereza el paisano—. ¡Yo proclamaré una emergencia planetaria! ¡Tomaremos la reserva a la fuerza! ¡Tenemos...!

—¡Si lo intenta —le contestó Sandringham ceñudo—, haré que

se instalen armas paralizadoras para que les detengan! —Luego añadió con gélida precisión—: ¡He apremiado al gobierno planetario para que deje de irrigar! Ustedes mismos me denunciaron ante el Consejo Planetario por tratar de entrometerme con los asuntos civiles. ¡Y ahora quieren meterse en los asuntos de Inspección! ¡Me sabe tan mal eso como les supo a ustedes y tengo mejores motivos!

—¡Asesino! —gritó el paisano—. ¡Asesino!

Sandringham cortó la comunicación. Giró en su silla e hizo un gesto de cabeza a Bordman.

—Ese era el presidente planetario —dijo.

Bordman se sentó. El perro pardo parpadeó, abrió los ojos, se puso en pie y se sacudió de cabeza a rabo.

—Estoy conteniendo a esos idiotas —dijo el Jefe del Sector con furia reprimida—. ¡No me atrevo a decirles que se corre más peligro aquí dentro que en el exterior! Si o cuando estalle ese combustible... ¿se da usted cuenta de que la caída de una simple hoja de árbol podría producir una explosión en la zona de reserva donde estamos?... Pero ya lo sabe.

—Sí —admitió Bordman. Lo sabía. Unos cuantos centenares de toneladas de combustible de navío estallando destruirían el extremo completo de la isla. Y casi seguro que la vibración produciría un movimiento violento en el resto de la superficie insular. Pero se sentía incómodo en lo tocante a exponer sus propias ideas. No era un buen vendedor. Recelaba de sus propias opiniones hasta haberlas demostrado con penoso cuidado, por miedo de hacer que las adoptasen basándose en su historial anterior más que porque fuesen razonables. Y entonces, también, este plan entrañaba que los oficiales de rango inferior fuesen informados de la propuesta. Si aceptaban un plan dudoso gracias a la autoridad de sus jefes y el plan se llevaba a cabo mal, les haría partícipes en el error, lo que dañaría la confianza en sí mismos. El joven Barnes, ahora, obedecería indudablemente cualquier orden y aceptaría toda sugerencia a ciegas y Bordman sinceramente ignoraba el por qué. Pero de hecho el adiestramiento de los mandos inferiores...

—Acercas del trabajo que hay que hacer —empezó Bordman—, supongo que las centrales de potabilización del agua marina han cesado, ¿verdad?

—¡Claro! —exclamó Sandringham—. Insistieron en seguir manteniéndolas en funciones por encima de mis protestas. ¡Ahora si alguien propusiera colocar en marcha alguna pondrían el grito en el cielo!

—¿Qué se ha hecho con los minerales sacados del agua marina? —preguntó Bordman.

—¡Ya sabe usted cómo trabajan las potabilizadoras! —exclamó Sandringham—. Bombea agua del mar por un extremo y por el otro la tubería proporciona agua potable, existiendo otra conducción para los residuos. Vuelven a lanzar los residuos por la borda, prácticamente hablando, y el agua fresca es subida mediante bombas y distribuida por los sistemas de irrigación.

—Mala cosa que parte de las sales no se almacenen —anunció Bordman—. ¿Podría ponerse en marcha de nuevo una de esas plantas potabilizadoras?

Sandringham le miró con fijeza. Luego dijo:

—¡Oh, a los paisanos les gustaría muchísimo! ¡No! Si algún hombre pusiese en movimiento un potabilizador de agua, los paisanos le matarían y destrozarían la instalación.

—Pues creo que necesitaremos uno. Tenemos que irrigar parte de la zona de reserva.

—¡Dios mío! ¿Pero para qué? —exigió Sandringham. Hizo una pausa—: ¡No! ¡No me lo diga! Déjeme que lo adivine.

Hubo un silencio. El perro pardo miró parpadeando a Bordman. Este extendió la mano. El perro se le acercó tranquilo y le ofreció la cabeza para que se la rascara.

Después de un tiempo considerable, el Jefe del Sector gruñó:

—Renuncio. ¿Quiere decírmelo?

Bordman asintió. Comenzó:

—En cierto sentido la dificultad aquí es que hay un pantano subterráneo construido por la irrigación. Se desliza. Es en realidad un pantano del revés, boca abajo. En Son II, tuvimos un problema muy raro. Sólo que allí el pantano estaba boca arriba. Poseíamos varios centenares de kilómetros cuadrados de pantano que podríamos utilizar si existiera un drenaje. Construimos a su alrededor un dique de tierra. Ya conoce usted el truco. Uno perfora dos filas de agujeros a unos seis metros de separación y coloca dentro de ellos tierra coagulante. Es un sistema antiquísimo. Se

utilizaba hace un par de siglos en la Tierra. El coagulante se extiende en todas direcciones y coagula la tierra, La hace impermeable. Se hincha con el agua y llena el espacio entre las partículas del suelo. Al cabo de una o dos semanas se ha construido una barrera a prueba de agua, hecha de tierra, que desciende hasta el lecho rocoso. Se le puede llamar una especie de ataguía. El agua no puede filtrarse. En Son II sabíamos que si conseguíamos sacar el agua del barro dentro de esta ataguía, tendríamos terreno cultivable.

Sandringham dijo con tono escéptico:

—Pero se necesitarían diez años para bombearla, ¿eh? ¡Cuando el barro no se mueve, el bombeo no resulta fácil!

—Es que allí queríamos el terreno —dijo Bordman—. No tardamos diez años. La colonia de Son II se suponía que aliviaría la presión de la población en otro planeta. Esa presión resultaba terrible. Teníamos que estar preparados para recibir unos cuantos colonos en ocho meses. Tuvimos que conseguir sacar el agua más rápidamente de lo que se haría bombeando. Y había otro problema complicado con el asunto general. La vegetación pantanosa era bastante mortífera. Era preciso también librarse de ella: así que construimos el dique y... bueno... tomamos ciertas medidas y luego lo irrigamos. Con el agua de un río próximo. Fue bastante delicado. Pero a los cuatro meses teníamos terreno seco, con la vegetación del pantano muerta y convirtiéndose en humus.

—Debí leer sus informes —murmuró sombrío Sandringham—. De ordinario estoy muy ocupado. Pero debí leerlos. ¿Cómo se libraron del agua?

Bordman se lo dijo. La narración necesitó ocho palabras.

—Claro —añadió—, elegimos un día en que había un fuerte viento del cuadrante más conveniente.

Sandringham se le quedó mirando. Luego dijo:

—¿Pero cómo se puede aplicar esto aquí? Sin embargo, resulta bastante sensato. Nunca se me hubiera ocurrido. ¿Pero qué tiene que ver con nuestra situación presente?

—Este pantano, podría decirse —contestó Bordman—, es subterráneo. Pero hay unos quince metros, como media de terreno cultivable en lo alto.

Explicó en qué consistía la diferencia. Necesitó tres frases para

dejar clara esta diferencia.

Sandringham se arrellanó en su silla. Bordman rascó al perro, en cierto modo embarazado. Sandringham pensó.

—No veo ninguna posibilidad —dijo Sandringham con disgusto—, de hacerlo de otro modo. ¡Jamás habría pensado en eso! Pero lograré quitar parte de la tarea de sus manos.

Bordman no contestó, aguardaba.

—Porque usted no es el hombre que convenza a los paisanos de lo que es preciso hacer —continuó Sandringham— Usted no impresiona. Le conozco y admito que es magnífico en cierta clase de tareas. Pero esta necesita un vendedor. Así que haré que Werner haga... ejem... influya en el gobierno planetario. Los resultados importan más que la justicia, así que Werner afrontará este asunto.

Bordman parpadeó un poco. Pero Sandringham tenía razón. Él ignoraba cómo mostrarse impresionante. No podía hablar con convicción pomposa, que es mucho más convincente para la mayor parte de las personas que la razón. Era un hombre que no conseguiría colaboración de una población no militar, porque sólo podría explicar lo que sabía y creía, y no estaba ejercitado en el arte de la persuasión. Pero Werner sí. Tenía la habilidad de hacer que la gente creyese cualquier cosa, no porque fuese razonable, sino gracias a su oratoria.

—Supongo que tiene usted razón —admitió Bordman—. Necesitaremos ayuda civil y en cantidad. Yo no soy el hombre para conseguirla. Él sí. —No dijo nada acerca de que Werner fuese un individuo capaz de apuntarse el crédito, lo mereciera o no. Palmeó la cabeza del perro y se puso en pie—. Desearía que me proporcionase una buena cantidad de coagulante terrestre. Necesito construir una ataguía en esta zona de reserva. Pero creo que lo conseguiré. Me arreglaré como pueda.

Sandringham le miró muy serio mientras Bordman marchaba hacia la puerta. Estaba a punto de cruzarla cuando Sandringham dijo:

—Bordman...

—¿Qué?

—Cúidese mucho. ¿Lo hará?

IV

Por tanto, el Oficial Decano Werner de Inspección Colonial recibió sus instrucciones de Sandringham. Bordman jamás conoció al detalle estas instrucciones que recibió Werner. Posiblemente eran persuasivas, o quizás fueran amenazadoras. Pero Werner dejó de discutir en pro del traslado de cualquier fracción de la población de la isla al casquete Polar Ártico y en su lugar hizo frecuentes discursos, llenos de elocuencia, a la población planetaria acerca de los medios científicos sobre los que iban a salvarse sus vidas. Entre esas alocuciones, quizás, juraba y sudaba, cuando un árbol tranquilamente se inclinaba en lo que parecía ser terreno firme, o un edificio se trasladaba perceptiblemente mientras lo estaba mirando, o cuando una parte de la isla se deslizaba hacia el mar o se combaba a ojos vista.

En su lugar, encabezó comités de ciudadanos y poco a poco dio instrucciones y habló de forma ininteligible y en términos muy científicos cuando los hombres más serios y desesperados le pidieron explicaciones. Pero lo que manifestó con perfecta claridad es lo que deseaba que hicieran.

Querría que perforasen agujeros en el suelo cultivable hasta la profundidad en que tales agujeros comenzasen a cerrarse sobre sí mismos. Quería que esos agujeros no estuviesen separados más de treinta metros en líneas que se decantasen con una inclinación menor de los cuarenta y cinco grados con respecto al gradiente del lecho rocoso.

Sandringham revisó sus discursos y calculó que pronunciaba cuatro por día. Una vez llamó a Bordman, que estaba en la zona de las improbables operaciones, investigando. Bordman estaba manchado con el barro gris de la isla cuando asomó en la pantalla

televisora para responder.

—Bordman —comenzó Sandringham con sequedad—. Werner dijo que estos agujeros que usted desea tienen que formar líneas exactamente a cuarenta y cinco grados con respecto al gradiente.

—Eso... me gustará bastante menos —contestó Bordman - Si se decantan cinco kilómetros y pico a través del graderío, siguiendo pendiente abajo en torno a la reserva, la cosa resultará mejor. Me gustaría colocar unas cuantas líneas más de agujeros. Pero existe el elemento tiempo.

—Le haré explicar que se había equivocado al dar la cifra —anunció Sandringham, ceñudo—. Tres a través y dos abajo. ¿Quiere usted esas líneas muy cerca?

—Lo más posible —contestó Bordman—. Pero las necesito con rapidez. ¿Qué marca el barómetro?

—Bajó una décima —dijo Sandringham.

Bordman habló:

—¡Maldición! ¿Ha conseguido mucha mano de obra?

—Toda la que hay —dijo Sandringham—. Y estoy haciendo que tracen una carretera a lo largo de los acantilados para dar más velocidad a los camiones. Si me atreviese... y si tuviese la cañería... instalaría una conducción...

—Más tarde —contestó Bordman cansado—. Si hay mano de obra de sobras, la pondremos a trabajar convirtiendo el sistema de irrigación en otra cosa distinta a lo que era antes. Que hagan un sistema de drenaje. Que se utilicen bombas. Así, si llueve, no se extenderá por la tierra toda el agua caída ni inundará las acequias. De ese modo se reunirá y, o bien caerá por encima de los acantilados, o descenderá por la pendiente sin tener posibilidad de hundirse en el suelo. De todos modos lo hará durante algún tiempo.

Sandringham dijo:

—¿Se le ha ocurrido pensar en lo que haría al Cuartel General una buena lluvia, fuerte y, en consecuencia, a la confianza pública en la isla ya que cada cual se cruzaría de brazos y creería que estaba condenado?

Bordman hizo una mueca.

—Ya estoy irrigando aquí. Hice construir un lago de pequeño tamaño y una ataguía de hielo; además, el potabilizador de agua funciona durante las veinticuatro horas del día. Si hay mano de

obra, dígales que arreglen los sistemas de irrigación y los drenajes. Eso de cualquier forma, les animará.

Estaba cansadísimo. Hay una cierta cualidad en la exhaustión en la que la necesidad de decir a los demás que trabajen pueden causar la muerte. El hecho es que uno, con toda seguridad, preferiría morir con ellos antes de disminuir la tensión.

Volvió a su trabajo. Y definitivamente pareció ser tan inútil como pudiera serlo cualquier tarea del hombre. En la parte más baja de la zona ahora completamente desierta en la que se infiltró el combustible del navío, muy pendiente abajo, había reunido todo el equipo de refrigeración de los almacenes. Puesto que la refrigeración era precisa para almacenar combustible, había muchos aparatos. Colocó tuberías de hierro dentro del suelo e hizo circular por ellas el refrigerante. Al poco hubo una pared de hielo sólidamente congelado que tenía la forma de una U. En la parte curvada de esa U hizo un trabajo de sifón y construyó un lago. Una bomba peristáltica sorbía el barro y lo enviaba pendiente abajo, más allá de la línea de tuberías congeladoras. De hecho, era un sistema de drenaje hidráulico, tal como se realiza normalmente en ríos y puertos. Pero cuando el suelo en su parte superior es simplemente antiguo barro abisal, constituye una manera excelente de trasladar la tierra. También, no requiere que nadie dé golpes en el suelo, golpes que podrían ser explosivos, cuando se acercase uno al lecho rocoso y, en particular, tampoco había máquinas que trepidaran.

Pero era escalofriante. En un día, sin embargo, tuvo una porción considerable bombeada y desecada. Y siguió bombeando hasta vaciarlo todo, corriendo el agua mientras ésta bajaba a una profundidad mayor con respecto a la superficie terrestre. Al fin de la jornada se estremeció y dio la orden de terminar el bombeo del día.

Luego colocó una tubería de agua salada describiendo un gran círculo, hasta los terrenos del Cuartel General que quedaban en la parte superior de la pendiente, en los dos y pico kilómetros cuadrados que ahora estaban desiertos y donde se hundían muy profundos en el suelo los tanques de combustible. Y aquí, también, efectuó excavaciones sin el sonido del martillo, del pico o de la pala. Colocó las tuberías dentro del suelo, proveyéndolas de morros

en un extremo que servían para echar hacia atrás parte del agua. De modo que cuando el agua del mar se vertió en ellas penetró más profundamente en el terreno por la acción hacia atrás de su propio chorro, constituyendo un avance, por así decirlo, a reacción. De nuevo, el hecho de que el terreno era antiguamente barro abisal lo hizo posible. Los morros hicieron subir por flotación mucho del barro grisáceo, pero siguió perforando hasta el lecho roquizo y allí permanecieron los morros llanos y se abrieron paso hacia un costado u otro; los túneles que construyeron estuvieron llenos de agua en todo momento.

De aquellos túneles, mientras, se extendía una sorprendente cantidad de agua del mar que se vertió en el suelo que quedaba cerca del lecho rocoso. Pero era agua del mar. Fuertemente mineralizada. Eso es algo peculiar en el agua del mar y le da carácter de electrolítica y esta propiedad electrolítica hace que coagule el coloide y desanime la extensión de pequeñas partículas sólidas que están en el mismísimo borde fronterizo de convertirse en coloides. De hecho, el agua de océano de Canna III convirtió el suelo del terreno en barro bueno, honrado, que no tenía aspecto jabonoso y a cuyo través se infiltraba con sorprendente facilidad.

El joven Barnes supervisó esta parte de la operación, una vez comenzada. Avergonzó al personal de Inspección que se le había asignado, instándole a adoptar una confianza quizás excesiva.

—Sabe lo que se hace —dijo con firmeza—. ¡Miren aquí! Tomaré esta cantimplora. Es de agua potable. Aquí hay un poco de jabón. Lo humedeceremos con el agua fresca y el cuero. ¿Ven? Se disuelve el jabón. ¡Traten ahora de disolverlo en agua del mar! ¡Pruébenlo! ¿Ven? ¡Colocan sal en el material hervido para separar el jabón, cuando lo fabrican! —Eso lo había aprendido de Bordman—. El agua del mar no ablandará el terreno. ¡No puede! ¡Vamos, pues, coloquemos otra cañería para que envíe más agua salada subterráneamente!

Sus trabajadores no comprendían lo que hacían, pero laboraron de buena gana puesto que adivinaban que habla un propósito. Y colina abajo, en el lago producido hidráulicamente por bombeo, el agua comenzó a infiltrarse, en forma de barro. Y salió otra cañería desde la costa marina. Era bastante pequeña y el personal que la puso se mostraba azorado. Porque había allá abajo una planta

potabilizadora y toda el agua potable se vertía por la borda, mientras que los residuos, saturados de sales del océano, incapaces de disolver un solo grano de nada, se empleaban para llenar el pequeño lago artificial.

Al segundo día Sandringham volvió a llamar a Bordman y de nuevo Bordman asomó cansino en la pantalla del visor.

—Si —dijo Bordman—. El combustible infiltrado está apareciendo. En solución. Trato de medir la concentración comparando gravedades específicas del agua del lago y de los residuos y luego colocando electrodos en cada uno de estos. El combustible es infernalmente corrosivo. De un grado diferente de corrosión. Mayor que los residuos de la misma densidad. Creo que lo tenemos por la mano.

—¿Desea comenzar a embarcarlo? —preguntó Sandringham.

—Ya puede usted empezar a verterlo en los agujeros —contestó Bordman—. ¿Cómo va el barómetro?

—Bajó tres décimas esta mañana. Ahora está firme.

—¡Maldición! —exclamó Bordman—. Prepararé moldes. Lo congelaré en sacos de plástico del tamaño de los agujeros perforados para que descienda. Mientras esté congelado se le puede empujar más abajo todavía.

Sandringham contestó ceñudo:

—Se ha hecho más trabajo condenadamente técnico con el combustible del navío que con cualquier otra sustancia desde que comenzó la historia. ¡Pero recuerde que ese género puede estallar, aún disuelto en el agua! ¡Su sensibilidad se rebaja, pero no desaparece!

—Si así fuese —dijo Bordman con aire siniestro—, podrían invitar a la población civil a sentarse en el suelo y esperar la muerte. ¡Tengo más de cuarenta toneladas de combustible de navío en solución con los residuos de este lado, que es todo lo que he bombeado! Pero se encuentra dentro de cinco mil toneladas de residuos. Eso es lo que queda todavía por sacar. No hablamos ni en susurros cuando estamos cerca. ¡Caminamos con zapatillas y jamás se vio gente más educada! Empezaremos a congelarlo.

—¿Cómo puede resolverlo? —preguntó Sandringham con apremio.

—Los residuos se congelan a menos treinta grados —dijo

Bordman—. En una solución del uno por cien hay sólo un porcentaje del cinco por ciento sensible a menos diecinueve. Todo lo manejamos a esos menos diecinueve. Creo que subiré los residuos y los enfriaré un poco más.

Se limpió una mancha de barro de la mano y se fue.

Aquel día, los camiones de ruedas de neumáticos de gran diámetro comenzaron a salir del Cuartel General de Inspección. Marchaban muy suavemente y arrastraban una especie de niebla de aire frío tras de sí. Y al poco hubieron hombres con gruesos guantes en las manos, tomando cosas largas como salchichas que sacaban de las cajas de los camiones, desatando sus extremos y bajándolas hasta enfocar los agujeros perforados en la parte superior del suelo y llegar a sitios en donde la humedad había vuelto a cerrarlos. Luego los hombres de Inspección empujaron aquellas salchichas congeladas, subterráneamente, aún más mediante largas pértigas cuidadosamente acolchadas y refrigeradas... Luego fueron a los demás agujeros.

El primer día hubieron quinientas de tales salchichas metidas en las perforaciones del terreno, perforaciones que intencionalmente cerraban tras de sí. El segundo día hubieron cuatro mil. El tercer día se dobló la cantidad. El cuarto, la solución de combustible de navío en residuos del lago era tan débil que no daba bastante coeficiente de corrosión en la pequeña célula eléctrica para mostrar cuanta sustancia había en los residuos. Ya no era barro. Los residuos fluían a lo alto del lecho rocoso y dejaban el barro tras de sí, porque el agua salada impedía la suspensión de las antiguas partículas de lodo globigérigeno. Todo era prácticamente coloide. El agua salada casi lo coaguló.

Los residuos se separaron de los túneles de agua salada a barlovento, mostrando que ya no contenían más combustible de navío. Bordman llamó a Sandringham y le dio la novedad.

—Ya puedo dejar entrar a los paisanos —exclamó Sandringham—. ¡Ha limpiado usted todo el material infiltrado! No se pudo haber hecho...

—Sólo aquí, con un lecho rocoso a mano debajo y además inclinado —admitió Bordman—. Dígales que pueden entrar si lo desean. Ellos servirán para elegir y escoger los residuos que entren. Quiero taponar y hundir más combustible de navío en el resto de

estos agujeros perforados.

Sandringham dudaba.

—Veinte mil agujeros —dijo Bordman cansado—. Cada uno de ellos tiene un bloque de seiscientas libras de residuos saturados y congelados metido dentro con casi una solución de una libra de combustible. Hasta allí hemos llegado. Quizás continuemos el resto del camino. ¿Cómo va el barómetro?

—Subió una décima —dijo Sandringham—. Sigue subiendo.

Bordman le miró parpadeando, porque tenía dificultades en mantener los ojos abiertos.

—¡Adelante, pues, Sandringham!

Sandríngam dudaba. Luego dijo:

—Adelante.

Bordman agitó el brazo en son de despedida y llamó a sus asociados, a quienes admiraba con gran fervor en su mente brumosa, porque siempre estaban preparados para trabajar cuanto era necesario y no dejaron de estarlo durante los últimos cinco días. Explicó que sólo quedaban seis kilómetros más de agujeros que llenar y que, por tanto, habría que extraer una buena cantidad de combustible y manejarlo con cuidado para mezclarlo con la cantidad apropiada de residuos congelados, para volverlo a congelar todo y formar las clásicas salchichas...

El joven teniente Barnes dijo:

—Sí, señor. Yo me ocuparé de eso.

Bordman intervino:

—El barómetro ha subido una décima. —Sus ojos seguían sin poderse enfocar—. Está bien, teniente. Adelante. Es usted un prometedor joven oficial. Adelante. Me sentaré aquí sólo un ratito.

Cuando Barnes regresó, Bordman dormía. Y una última remesa de ciento cincuenta salchichas de residuos y combustible congelados salió del Cuartel General en cuestión de pocas horas. Había una gran quietud dominándolo todo.

El joven Barnes se sentó junto a Bordman, amenazando a quien pensara siquiera en molestarle. Cuando Sandringham le llamó, Barnes fue a responder a la pantalla visora.

—Señor —dijo enorme formalidad—, el señor Bordman ha pasado cinco días sin dormir. Realizó su trabajo. ¡No le despertaré, señor!

Sandringham alzó las cejas.

—¿Que no lo hará?

—¡No, señor! —repitió el joven Barnes.

Sandringham asintió.

—Por fortuna —observó— nadie nos escucha. Tiene usted toda la razón.

Cortó la comunicación. Y luego el joven Barnes se dio cuenta de que había desafiado a un Jefe de Sector, cosa que es algo completamente inadecuado para un joven oficial que meramente trata de aprender a vivir y que resulta igualmente tan inapropiado como enseñar a un veterano a quitarse los tanques de su traje.

Doce horas más tarde, sin embargo, Sandringham le llamó.

—El barómetro cae, teniente. Estoy preocupado. Voy a enviar un aviso de la próxima tempestad. Nadie nos echará la culpa, pero mucha gente tendrá miedo. Explicaré que los productos químicos colocados en el suelo del fondo quizás no hayan terminado su trabajo. Si Bordman despierta, dígaselo.

—Si, señor —repuso Barnes.

Pero no tenía intención de despertar a Bordman. Bordman, sin embargo, abrió los ojos sólo al final de un sueño de veinticuatro horas. Se sentía entumecido y tenía un gusto amargo en la boca. La fatiga podía producir extrañas ilusiones.

—¿Cómo va el barómetro? —preguntó apenas abrió los ojos.

—Bajando, señor. Fuertes vientos. El Jefe del Sector ha abierto la Zona de Reserva a los paisanos por si desean entrar.

Bordman contó con los dedos un poco confuso. Se necesitaría en realidad un instrumento bastante más complejo. No se calcula con los dedos cuánto tiempo ha tardado en fundirse un uno por cien de solución diluida de combustible en los residuos congelados y cuán completamente quedaría fundido otra vez el pantano del revés con la presión de quince metros de terreno encima y, por tanto, cómo se ha dispersado subterráneamente su concentración efectiva.

—Creo —dijo Bordman—, que todo va bien. A propósito. ¿Dieron media vuelta a los sistemas de irrigación?

El joven Barnes no sabía de lo que hablaba. Habían pedido información. Mientras, suplicó solícitamente a Bordman que tomase café o comiera. Bordman se mostró muy pensativo.

—Es raro —dijo—. Uno piensa en lo que es capaz de hacer la

infiltración de combustible. Estropeando el resto del almacenaje y todo lo demás. Incluso su coeficiente mismo alcanza el volumen de un millón de toneladas de TNT. Yo me pregunto ¿con qué se comparaba la TNT, antes de convertirse en una medida de energía? ¡Uno piensa que explotará en cualquier lugar y resulta sorprendente! Pero también se piensa en toda la misma cantidad aplicada a los kilómetros cuadrados de pantano del revés. Centenares de miles de kilómetros de pantano del revés. ¿No sabe usted, teniente, que en Soris II bombeamos una solución de combustible de navío a un pantano que queríamos drenar? Lo inundamos y dejamos que se empapase hasta que llegó un día que amaneció con un hermoso y fuerte viento.

—Sí, señor —dijo Barnes respetuoso.

—Entonces lo detonamos. No teníamos la solución al uno por cien. Era más una solución de una milésima de uno por cien. Nadie ha medido jamás la velocidad de propagación de un explosivo, especialmente del combustible de los navíos, en seco. Pero sí se ha medido en solución diluida. Si no es la velocidad del sonido, es un poco más baja. Es puramente un fenómeno de temperatura. En el agua, a cualquier disolución, el combustible estalla un poco por debajo del punto de ebullición del agua. No detona por un fulminante cuando está diluido lo bastante para quedar ionizado, pero se necesita una disolución infernalmente grande. ¿Tiene más café?

—Sí, señor —contestó Barnes—. Ahora viene.

—Hicimos flotar una solución de combustible sobre ese pantano, Barnes, y la dejamos allí. Tiene un gran coeficiente de difusión. Penetró en el barro... y llegó un día en que el viento fue el conveniente. Metí una barra de hierro al rojo vivo en el agua del pantano que contenía solución de combustible. ¡Fue el espectáculo más condenadamente grandioso que se pueda ver jamás!

Barnes le sirvió más café. Bordman lo probó y se quemó la lengua.

—Todo se convirtió en vapor —dijo—. El agua del pantano que tenía combustible disuelto. Como masa, no estalló. Más tarde me dijeron que se había propagado a centenares de metros por segundo solamente. Pudieron ver el muro de vapor cruzando el pantano. Ni siquiera vapor a gran presión. ¡Hubo un zumbido! Y una nube de

vapor de un kilómetro de altura que el viento se llevó. Y toda el agua superficial del pantano desapareció y la vegetación ponzoñosa hirvió y quedó muerta. Así que... —De pronto bostezó—... tuvimos una zona de quince kilómetros por setenta y cinco de terreno cultivable preparado para los próximos colonos.

Probó otra vez el café. Añadió reflexivo:

—Ese truquito, en cierto modo, no hizo estallar el combustible. Lo quemó. En el agua. Aplicó la energía de este combustible a evaporar el agua. ¡Un género muy potente! Nos libramos de dos palmos de agua por término medio, contando la que salió del barro. ¡Costó... ejem... una fracción de gramo por centímetro cuadrado!

Se tragó el café. Habían más hombres mirándolo solícitos. Parecían contentos de verlo despierto de nuevo. Fuera un monstruoso banco de nubes era visible amontonándose en el cielo. De pronto lo miró y parpadeó.

—¡Hola! ¿Cuánto tiempo dormí, Barnes?

Barnes se lo dijo. Bordman sacudió la cabeza para aclarársela.

—Iremos a ver a Sandringnam —dijo Bordman—. Me gustaría posponer el inflamado lo más que se pueda, para lograr que ese género empiece a escurrirse hacia el mar, a sotavento.

Varios hombres manchados de barro estaban de pie en torno al lugar en donde durmió Bordman, y cuando él se fue, aún atontado, en dirección al camión de neumáticos deshinchados que Barnes tenía a la espera, le miraron de un modo muy respetuoso. Alguien gruñó:

—Me alegro de haber trabajado con usted, señor —casi con tanta admiración como una persona podría ser capaz de expresar. Esos asociados de Bordman en la tarea de limpieza del combustible infiltrado fanfarronearían acerca del trabajo hecho durante toda su vida, en cualquier lugar donde estuvieran presentes.

Luego el camión marchó traqueteando en busca de Sandringham.

Lo encontró en los acantilados del lado de barlovento de la isla. El mar ya no era de un azul cerúleo. Tenía un color grisáceo. Ocasionalmente se veían florones de espuma blanca en el agua a mil doscientos metros. Las nubes eran oscuras, cubriendo prácticamente todo el cielo. Muy mar adentro se veía una nave pequeña encaminándose hacia el extremo de la isla, para rodearlo y

dejar a popa la tempestad que se avecinaba.

Sandringham saludó a Bordman con alivio. Werner se plantó cerca, abriendo y cerrando las manos nervioso.

—¡Bordman! —dijo cordialmente el Jefe del Sector—. Tenemos un desacuerdo Werner y yo. Confía en que dando el cambiazó a los sistemas de irrigación para... convertirlos en sistemas de drenaje de superficie, el efecto... arreglará toda la situación. Añadiendo los residuos subterráneos, piensa, se conseguirá mucho más. Dice que sería malo psicológicamente hacer cualquier otra cosa. No habló de ello al público y al producirse perjudicaría la confianza del pueblo en Inspección.

Bordman intervino con sequedad:

—La única cosa que constituirá una diferencia permanente en la isla es que los potabilizadores de agua sean algo menos eficientes. Barnes tiene las cifras. Las calculó de algunas medidas que le obligué a tomar. Si las plantas de potabilización no extraen todos los minerales del mar y los vuelven a arrojar a las aguas, si no hacen el agua de irrigación tan infernalmente blanda y conveniente para lavarse el pelo y cosas por el estilo; si tiran fuera el agua dura para la irrigación, esto no volverá a ocurrir. Pero hay demasiada agua subterránea ahora. Tenemos que sacarla, porque un poco que penetrará por esta tormenta hará la situación insoportable, por muchos sistemas de drenaje de superficie que tengamos.

Sandringham señaló hacia sotavento, en donde una negra y espesa procesión de seres humanos marchaba hacia la zona de Inspección. A pie y en cada tipo posible de vehículo.

—He ordenado que les permitan entrar en los hangares y almacenes —dijo el Jefe del Sector—. Pero, claro, no tenemos cobijo para todos. Calculando por lo bajo, cuando se sientan seguros volverán a sus casas aún en plena tempestad.

El cielo a barlovento se hacía cada vez más negro. Ya no tenían una ráfaga firme de aire viniendo sobre el borde del acantilado. Ahora eran bocanadas de extrema violencia. Podían hacer que un hombre en pie se tambaleara. A cada momento se veían más florones blancos en la superficie del océano.

—Las lanchas quedaron derrotadas —añadió Sandringham—. Simplemente no había bastante aceite para impedir la agitación. Los informes de radio alcanzaban tono histérico antes de que las

ordenase volver porque ya en tierra habíamos vencido la dificultad. Ahora buscan cobijo a toda prisa. Creo que se hubieran quedado aquí fuera tratando de mantener en su lugar la resaca con su sistema de redes y aceite, si yo no hubiese dicho que teníamos la cuestión resuelta.

Werner habló, con los labios apretados:

—¡Espero que sea así!

Bordman se encogió de hombros.

—El viento ahora es bueno y fuerte —observó—. Averigüémoslo. ¿Tienen preparado el sistema inicial?

Sandríngham señaló con una mano a una batería de alto voltaje. Era del tipo diseñado para causar explosiones en planetas sin aire, pero eso no importaba. Sus cables se perdían serpenteando tras unos cincuenta metros, en una pila pequeña de tierra grisácea que había sido sacada de uno de los agujeros perforados y después dejaban atrás aquel desaliñado montón para hundirse en el suelo. Bordman empuñó la palanca de disparo. Hizo una pausa.

—¿Qué hay de las carreteras? —preguntó - Quizás salga bastante vapor por estos agujeros.

—Todo está previsto —dijo Sandringham—. Adelante - Hubo una ráfaga de viento lo bastante fuerte para derribar a un hombre y un zumbido sonoro en dicho aire, mientras el viento batía el acantilado de mil doscientos metros de altura y se vertía por encima de su cumbre. Abajo, las olas crecían a cada momento. El cielo era gris, el mar de un color oscuro. Lejos, muy lejos, a barlovento, la línea blanca del agua de lluvia al caer sobre el océano emprendía la marcha hacia la isla.

Bordman manipuló la palanca de disparo.

Hubo una pausa, mientras ráfagas de viento agitaban sus ropas y le hacían tambalear dónde estaba. Fue una pausa larguísima.

Luego el vapor salió a chorro por el agujero perforado. Era blanco absolutamente. Salió con una súbita irrupción que no tenía ningún carácter explosivo, que era simplemente un escape de agua vaporizada. Luego, a cien metros de distancia, se produjo una humedad brumosa en la superficie grasienta. Aún más lejos, una grieta en el suelo emitió una cortina de vapor blanco.

Aquí y allá, por doquier, ráfagas de vapor se vertieron en el aire y se mezclaron con el viento tormentoso. Se notaba que este vapor

no salía invisible y se condensaba en pleno espacio. Salía del suelo en nubes, ya condensado, pero impulsado por más masas de vapor que le empujaban por detrás. No era vapor sobrecalentado el que se emitía. Era simplemente vapor. Vapor inofensivo, como el vapor que sale por las cafeteras y teteras. Se alzaba desde lugares individuales en todas partes. Formaba una capa masiva de vapor que el viento tormentoso disipaba. En cuestión de segundos, un kilómetro del terreno era ya un sistema de aireación. A los pocos segundos, más de dos kilómetros. El espeso y desflecado vapor recorrió todo el panorama. El viento tormentoso sólo pudo desviarlo y barrerlo.

A los pocos minutos ya no había parte de la isla que se pudiera ver, excepto la fina línea de los acantilados extendiéndose lejos entre el agua oscura a una parte y las nubes blancas de vapor por la otra.

—No puede escaldar a nadie, ¿verdad? —preguntó Barnes intranquilo.

—No —contestó Bordman—, cuando sale de unos quince metros de profundidad del suelo. Se enfría muchísimo al captar humedad extra. Se extiende muy bien, ¿no es cierto?

V

El despacho del Jefe del Sector tenía altos ventanales, en realidad, puertas, que daban a los verdes jardines y al arbolado. Había tumulto allí, y la vibración de las ráfagas de fuerza huracanada. Incluso el edificio en que se alzaba el despacho del Jefe del Sector vibraba ligeramente por el viento.

El Jefe del Sector estaba radiante. El perro pardo entró, miró en torno a la habitación y caminó placentero hacia Bordman. Se instaló con un suspiro junto al sillón de Bordman.

—Lo que quiero saber —comenzó Werner—, es si esta lluvia no hará retroceder a toda el agua que hizo hervir el combustible.

Bordman contestó:

—Cinco centímetros de lluvia sería mucho caer, según me dice Sandringham. Es la falta de densas lluvias lo que hizo que los paisanos comenzasen a irrigar. Cuando uno calcula el contenido energético del combustible de navío, Werner, y lo cifra en una fracción apreciable de la energía en el átomo explosivo, se lleva un desengaño. Conviértalo en unidades técnicas y empieza a aclararse la cosa. Dejamos suelto subterráneamente bastante calor para hacer hervir dos palmos de suelo acuoso bajo toda la superficie de la isla.

Werner intervino con viveza.

—¿Qué ocurrirá cuando el calor atraviese el suelo? Matará la vegetación, ¿no?

—No —repuso con suavidad Bordman—. Porque habían dos palmos de agua que debía convertirse en vapor. La capa profunda del terreno aumentó de temperatura hasta la del vapor a unas cuantas libras de presión. No más. El calor ya se ha escapado. En ese vapor que vemos.

La pantalla visora se iluminó. Sandringham la conectó. Una voz

oficial continuó hablando.

—¡Bien! —exclamó Sandringham. La voz oficial continuó hablando—. ¡Bien! —repitió Sandringham—. Dije a los navíos en órbita que ahora pueden descender, si no les importa mojarse. — Volvió los ojos a los demás. ¿Oye eso, Bordman? Han perforado en nuevos núcleos. Hay unos cuantos lugares un poco difíciles, pero el terreno es tan firme en toda la isla como lo fue cuando llegó aquí al principio Inspección. ¡Bonísimo trabajo, Bordman! ¡Bonísimo trabajo!

Bordman se ruborizó. Extendió la mano y acarició la cabeza del perro pardo.

—¡Mire! —dijo el Jefe del Sector—. Mi perro le ha tomado cariño. ¿Quiere aceptarlo como regalo, Bordman?

Bordman sonreía.

VI

El joven Barnes se preparó para reincorporarse a su navío. Se mostraba muy del Servicio, en posición de firmes. Bordman le estrechó la mano.

—Ha sido estupendo tenerle como ayudante, teniente —dijo con calor—. Es usted un joven oficial prometedor. Sandringham lo sabe y ha tomado nota del hecho. Lo que me imagino le va a meter en una serie de dificultades. Hay una carencia diabólica de prometedores oficiales jóvenes. Le encomendará para trabajos infernales, porque tiene idea de que usted saldrá con éxito.

—Y yo lo intentaré, señor —dijo con formalidad el joven Barnes. Luego añadió—: ¿Me permite decir algo, señor? Estoy orgulloso de haber trabajado con usted. Pero, maldición, señor, me parece que deberían decir algo más que gracias. El Servicio debiera...

Bordman miró al joven con aprobación.

—Cuando yo tenía su edad —dijo—, mi actitud era la misma. Pero la única recompensa que tuve del Servicio fue realizar mi trabajo. Eso basta. Es el premio que se puede esperar en esta milicia, Barnes. Nunca conseguirá otro.

El joven Barnes parecía rebelde. Volvió a estrecharle la mano.

—Además —continuó Bordman—, no hay mejor premio. El joven Barnes regresó hacia su navío dentro del gran enrejado de Vigas y jácenas que era la rejilla de aterrizaje. Bordman acarició distraído a su perro mientras regresaba hacia el despacho de Sandringham en busca de la orden de reincorporarse a su propio trabajo.

VII

Era una ironía que, después de todo, Bordman descubriera que no podía darse el lujo de retirarse. Su paga, Claro, había sido empleada para educar a sus hijos y mantener su hogar. Y Laní II era un mundo en que la vida estaba muy cara. Ahora estaba ocupado por una población que medraba gracias a los arriesgados negocios de explotación y las cortinas de sodio eran cosa corriente ya y pocas personas recordaban el tiempo en que no habían existido cuando aquel mundo era inhabitable para la humanidad.

Por eso Bordman no era ningún héroe. En términos de historia, él había hecho esto y lo otro. En términos prácticos, era un simple ciudadano vulgar y corriente que podía ser entrevistado durante sus vacaciones por los locutores de las empresas de televisión, pero que nunca tenía nada interesante que decir.

Pero vivió en Laní III durante tres años y se sintió inquieto. Sus hijos habían crecido y se habían casado ya, de todas maneras, no le conocían demasiado bien. ¡Y es que estuvo fuera del hogar tantísimo tiempo! No encajaba en aquel mundo cuyos campos verdes, océanos y ríos eran obra suya. Sin embargo, en contraposición, Bordman hallaba muy agradable estar con Riki, su esposa.

Pasaron los días, los meses, los años. De vez en cuando Bordman Sentía la comezón de visitar nuevos mundos, de prepararlos para la colonización. Quedaba pensativo y hasta dejaba de notar la mirada interrogante y pesadosa de Riki posada en él.

Y Riki seguía preguntándose y preguntándose: «¿Cuándo? ¿Cuándo volverá a partir? ¿Cuándo se alejará de mí lado y cruzará las estrellas y se saciará de soledades infinitas? ¿Mañana... pasado... el año próximo?».

Y casi sin saberlo ella misma, Riki sintió aborrecimiento hacia los demás planetas, hacia la Inspección Colonial, hacia la humanidad en general, porque sabía y temía que eran capaces de arrebatárselo a su marido una vez más...

VIII

Luego de presentar Bordman su informe, se encontró con que los recién graduados del Centro de Adiestramiento de la Inspección Especial, habían sido incorporados al servicio de las necesidades de éste y que en apariencia se le necesitaba tanto como antes. Pero protestó con vigor y regresó al Lani III para disfrutar de la compañía de Riki y de sus hijos durante cuatro años y medio. Luego tres jóvenes oficiales, Agentes de Primera, murieron en el término de un año y las disponibilidades de la Inspección alcanzaron un punto de ruptura imposible. La presión de la población requería la apertura de colonias. La seguridad de miles de millones de vidas humanas dependía del trabajo de la Inspección. Los mundos que habían sido biológicamente supervisados tenían que ser revisados, para asegurarse de que estaban equipados para mantener poblaciones que esperaban impacientes desbordarse sobre ellos.

De mala gana, para hacer frente a la emergencia, Bordman accedió a regresar al servicio por un solo año.

Pero sirvió siete, con sólo dos breves visitas a sus hijos y a su esposa, cuando le prometieron que después de aquella inspección de la única colonia robot de Loran Dos, su dimisión sería aceptada.

Así embarcó a bordo de un navío de la Creta Lina para su última misión activa en la Inspección Colonial...

FIN